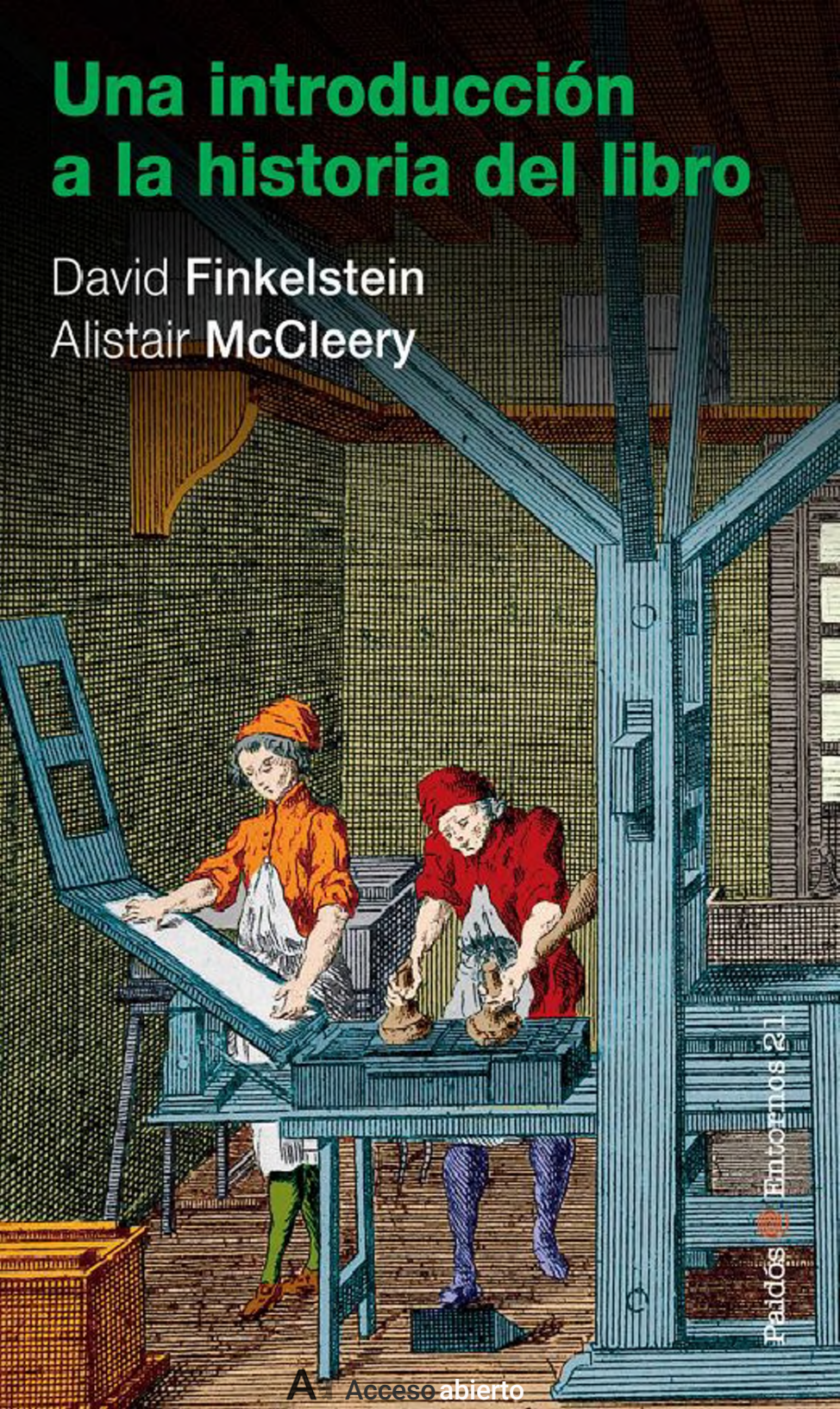
Una introducción a la historia del libro

David **Finkelstein**
Alistair **McCleery**



Paidós Entornos 21

Acceso abierto

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales

David Finkelstein
Alistair McCleery

Una introducción a la historia del libro

PAIDÓS
Buenos Aires - Barcelona - México

Título original: *An Introduction to Book History*
Publicado en inglés por primera vez en 2005 (segunda edición, 2013) por Routledge. *All Rights Reserved.*
Authorised translation from the English language edition published by Routledge, a member of the Taylor & Francis Group.

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Finkelstein, David
Una introducción a la historia del libro / David Finkelstein y Alistair McCleery -1ª ed.-
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós, 2014.
296 pp.; 23x15 cm

Traducido por: Paola Cortés Rocca
ISBN 978-950-12-5621-5

1. Historia del libro. 2. Historia de la escritura. I. Mc Cleery, Alistair II. Cortés Roca, Paola, trad. III. Título
CDD

1ª edición en Argentina, marzo de 2014

© 2005, 2013, David Finkelstein y Alistair McCleery
© 2014, Paola Cortés Rocca (por la traducción)
© 2014, de todas las ediciones en castellano:
Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello PAIDÓS®
Independencia 1682/1686,
Buenos Aires – Argentina
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Impreso en Primera Clase,
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en febrero de 2014.

Tirada: 3.000 ejemplares
ISBN 978-950-12-5621-5

Índice

Prefacio a la segunda edición 9
Introducción 13

1. Aproximaciones teóricas a la historia del libro 25
2. De la oralidad a la escritura 63
3. La aparición de la imprenta 89
4. Autores, autoría y autoridad 127
5. Editores, libreros, impresores y agentes 159
6. Los lectores y la lectura 185
7. El futuro del libro 217

Conclusión 247
Glosario 253

Bibliografía 259
Índice onomástico 283

Prefacio a la segunda edición

Este libro ofrece una introducción al estudio de la historia del libro. La historia del libro se ha consolidado y desarrollado desde la primera edición de este libro. A la humanidad le gusta crear narrativas individuales acerca de sus logros, en lugar de describir la lenta acumulación de conocimientos a través de la experimentación y la difusión. Por ejemplo, la invención del papel en China ha estado asociada durante mucho tiempo con un funcionario de la corte Han llamado Cai Lun, quien informó al emperador sobre los detalles de un proceso de fabricación de papel alrededor del año 105 a. C. La innovación de Cai Lun –que según un informe posterior se basó en materias primas tales como corteza de árbol, cáñamo, trapos y redes de pesca– finalmente reemplazó a la seda, su predecesora, por ser una superficie de escritura económicamente más barata. Sin embargo, los trapos, tanto de algodón como de lino, se convirtieron en la materia prima predominante debido a un suministro continuo y relativamente abundante, en particular en pueblos y ciudades. En 150 a. C. el uso y la manufactura del papel se habían expandido a Turkestán y por lo tanto llegaron a Corea, Vietnam y Ja-

pón. En los siglos siguientes, la capacidad para usar y producir papel se diseminó, a través de rutas claves, por Asia central; para 1150 era manufacturado en España por artesanos moriscos y desde aquí, difundido a través de Europa al mundo occidental. Esta difusión transnacional de conocimientos y habilidades es una parte fundamental de las historias más recientes sobre el libro y la imprenta. Tal énfasis en el desarrollo social y económico, en lugar de ponerlo en las acciones de un individuo, es también una parte esencial de la historia misma del libro. Las narrativas sobre el desarrollo de la imprenta desplazan a Gutenberg para acentuar las estructuras económicas, sociales y tecnológicas, y su difusión desde Alemania al resto de Europa. Al poner el énfasis en los procesos, este enfoque también evita la competencia pueril sobre quién "inventó" la imprenta y qué país lo hizo, China, Alemania o Corea.

El acento sobre las historias nacionales mencionado en la Introducción ha llegado a su fin natural pues los resultados del multivolumen que abarcan los países de América del Norte y Europa occidental completan las narrativas del crecimiento local. Al establecer fechas clave y movimientos dentro de los países, estas historias nacionales sirven a un propósito importante, pero en muchos casos también han sido la base de una narrativa que tiene como premisa el excepcionalismo nacional y el aislamiento. Por el contrario, las nuevas historias sobre el libro que se escriben ahora buscan reunir perspectivas internacionales: la del poscolonialismo, en el sentido de la relación entre las industrias editoriales de América del Norte y Europa occidental, y los autores y el público lector de los países que antes pertenecían al imperio; la de las redes comerciales –por ejemplo, entre el Reino Unido, Sudáfrica y la India–; y la de la globalización de la industria editorial, tanto en términos de su estructura como de sus productos. Estas nuevas historias desafían la autosuficiencia de la narrativa nacional y proporcionan, a través de los distintos períodos, mayor sentido a la historia del libro en tanto historia de la comunicación.

Abordar la historia del libro desde esta perspectiva implica darle mayor énfasis a los lectores y la lectura. Tal como se advierte en el capítulo 6, ha habido un aumento significativo de los estudios de la lectura, especialmente de determinadas "comunidades interpretativas", que contribuyen enormemente a nuestra comprensión de la circulación y recepción de los textos. Este énfasis en la lectura y los lectores también ha ido de la mano con el concepto de "una historia del libro desde abajo", es decir, un examen de la vida cotidiana del mundo editorial en función tanto del tipo de publicaciones (por ejemplo, almanaques en lugar de novelas) como de lectores (comerciantes en lugar de novelistas). La historia del libro, tal como se ha desarrollado desde la primera edición, no refleja ni un enfoque acotado a la cultura literaria, ni un estrecho determinismo tecnológico. Se examinaron los más amplios aspectos económicos, sociales y culturales del libro y se incluyeron todos los elementos señalados por Robert Darnton en su "circuito de comunicación", analizado en el capítulo 1.

Aunque los historiadores del libro buscan el equilibrio adecuado dentro de lo que hace a la historia del libro, también comprueban la labilidad de las fronteras entre esta y la historia literaria y social. La base institucional de la historia del libro en el Reino Unido y Estados Unidos se sitúa generalmente en los departamentos de inglés, y sus raíces disciplinarias, como se señala en el capítulo 1, se encuentran en la crítica textual y la bibliografía y el examen de los libros específicos –a diferencia de, por ejemplo, Francia, donde creció en los departamentos de historia y sus raíces disciplinarias combinan la historia económica y social, con un fuerte acento en la transformación social–. Los historiadores del libro particulares pueden encarnar la integración más que el *apartheid* disciplinario; sin embargo, más allá de lo resistentes que sean o de la poca conciencia que tengan sobre este aspecto, lo que hacen está en buena medida definido por el contexto institucional en el que trabajan. Esto explica, por ejemplo, el gran número de estudios angló-

fonos sobre la historia de la creación, producción y recepción de obras literarias canónicas. Solo muy lentamente, algunos historiadores del libro en el Reino Unido y Estados Unidos se van alejando de la historia literaria para abordar un compromiso con un rango más amplio de materiales, que va desde libros de texto escolares a atlas cartográficos.

El desafío más grande para la historia del libro, que se ha vuelto evidente desde la primera edición de este trabajo, es la necesidad de evitar ser percibida como un réquiem por la muerte de la imprenta. La frase "la brecha Gutenberg" usada por la ciencia de la información para denotar el lapso que va entre un descubrimiento y su publicación, ha sido recuperada para describir el período entre la primera publicación de Gutenberg y el cambio contemporáneo de la impresión al universo de la pantalla y de lo *online*. La relevancia de la historia del libro tal como se describe en este volumen para los desarrollos tecnológicos actuales se puede ver en los tipos de argumentos utilizados a favor y en contra de cada uno de los momentos de la innovación textual y de impresión. La interrupción y la absorción final por parte de la sociedad que marcó el cambio de lo oral a lo escrito, y luego a lo impreso, parece replicar hoy en día el cambio tecnológico de lo impreso a los medios *online* y basados en la pantalla. Lo valioso de la historia es que nos ofrece la oportunidad de volver a examinar a nuestro gusto los principios y valores que informan e involucran los cambios tecnológicos y sociales. Los libros todavía tienen valor, y su asimilación en los nuevos entornos mediáticos ha creado una relación más compleja entre el lector y el texto, que este libro particular explora por primera vez. Esta relación implica ir más allá del estudio del caso y hacia la expresión de principios y modelos generales. Nuestra esperanza es que esta segunda edición siga a la primera en tal expresión y, consecuentemente, en la afirmación del valor de la historia del libro en sí.

Introducción

En 1936, el editor británico Stanley Unwin recibió un paquete de un académico de Oxford especializado en literatura anglosajona. Contenía un manuscrito cuidadosamente tipiado que había surgido de los relatos que el autor le contaba a sus hijos a la hora de ir a dormir. Como no estaba seguro sobre qué hacer con él, Unwin le pagó un chelín a Rayner, su hijo de diez años, para que lo leyera y le diera su opinión. "Este libro, con la ayuda de mapas, no necesita ninguna ilustración. Es buena [sic] y debería atraer a los niños de 5 y 9 años" (Gekoski, 2004: 13). El texto en cuestión era, por supuesto, *El Hobbit*, y Tolkien se convertiría en un académico muy rico gracias a las ventas del libro y su continuación, la trilogía *El señor de los anillos*, especialmente a fines de 1960 cuando la contracultura recogió sus elementos míticos y fantásticos y los convirtió en lectura de culto. *El Hobbit* y los libros siguientes han trascendido los años, y se han convertido en la lectura preferida de muchos; por ejemplo, han ocupado el primer lugar en la encuesta nacional inglesa de 2003 sobre las 100 "novelas preferidas". Cada generación los ha interpretado y reevaluado, recuperan-

do diferentes temas de sus páginas: en cierto momento se toma la cuestión de lo rural frente a la vida urbana; en otro, la de la batalla entre el bien y el mal, o se analiza su evocación del bien de la naturaleza versus el mal de la vida urbana. Los libros se han convertido en una trilogía cinematográfica de gran éxito (con una "precuela" de *El Hobbit* prevista en dos partes), un vehículo para la expansión de la cultura visual, parte de una industria mediática global. Con la rica evocación de sus tierras y su lenguaje, el libro ha alcanzado un tipo de público, pero la película, al excluir gran parte de la complejidad textual para concentrarse en la narrativa, ha logrado llegar a otro público. Y la película, en lugar de alejar a las audiencias de la visión original de Tolkien, en realidad alentó a los lectores a volver al libro: las ventas de la trilogía y de *El Hobbit* se dispararon luego del estreno de cada película.

El libro se convirtió en un lugar para que Tolkien explorara y reflexionara sobre la cultura contemporánea, a partir de la mitología escandinava y del simbolismo religioso. También tenía una rica mezcla de material visual, con mapas muy detallados y dibujos que se remontan a una cultura del manuscrito, y por lo tanto ofrecía una experiencia "completa" en cada página, ricamente ilustrada y potencialmente única para cada lector. Como resultado de este éxito, Tolkieniana se ha convertido en una industria en sí misma. Las cartas de Tolkien, sus papeles y materiales "asociados" se hicieron acreedores de grandes sumas de dinero en las subastas. Nada está excluido: incluso el traje de la universidad de Oxford que usaba Tolkien cuando daba conferencias o asistía a cenas formales en la facultad, ha sido vendido por una alta suma de dinero.[1] Se venden libros sobre *El señor de los anillos*; se coleccionan muñecos,

1. El librero Rick Gekoski, responsable por la venta, advierte que había rechazado las ofertas de varios de los zapatos viejos y las chaquetas *tweed* de Tolkien, que sin dudas hoy serían muy valiosas para un dedicado fan del autor. Para un mayor desarrollo de la relación de Gekoski con Tolkien, véase Gekoski (2004: 13-24).

juguetes y figuras de los personajes. Tolkien se ha convertido en una industria del patrimonio cultural, con peregrinos que viajaban a Oxford para volver sobre sus pasos, beber en el *pub* local y acercarse a contemplar lo que veía desde su casa. Todo esto hizo un activo importante y tangible de lo que alguna vez fueron palabras originales, tipiadas en un papel ahora descolorido, asegurándole ganancias a los editores y a los herederos de Tolkien cuando sale a la venta una nueva edición. Cada vez que se venden los derechos cinematográficos y demás derechos, un nuevo cheque viene en camino.

El lenguaje de Tolkien en el texto original abrevaba en los patrones discursivos de la literatura y la cultura oral; era la marca de su conciencia de la épica oral del pasado –de *Beowulf*, por ejemplo–, lo que formaba su modo de estructurar el texto. Los sitios web dedicados a Tolkien, a su trabajo, a las películas y libros extienden el alcance de Tolkien más allá del papel y de la imprenta hacia el hipertexto y el ciberespacio. Los lectores se han transformado en autores, en el sentido de que la red global permite a los lectores crear y compartir sus propias lecturas, versiones, secuencias e interpretaciones de *El señor de los anillos* y *El Hobbit*.

El Hobbit y la trilogía de *El señor de los anillos* no son casos aislados; hay muchos otros ejemplos de libros cuya publicación cambió o influyó en la cultura, las comunidades y la comunicación. Los libros son vehículos importantes para las ideas que habitualmente desafían las normas y la autoridad establecida. Las cuestiones que surgen de casos estudiados como *El señor de los anillos* son innumerables; tan es así que hay gente que ha dedicado su carrera y su vida a estudiar la Biblia o rastrear el impacto de textos como *Mi lucha*, de Adolf Hitler, *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe y el *Manifiesto comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels. Hay diferencias entre los tipos de materiales impresos, y la historia del libro es el lugar donde diferentes medios impresos coexisten como casos de estudio de igual valor.

Las preguntas que formulan los historiadores del libro incluyen:

- ¿Qué es un texto? Un texto es un documento escrito que es leído. Pero un texto tiene que tener cierta forma física. Esa forma puede abarcar un amplio rango de medios desde la impresión en libros, revistas, diarios, hasta páginas web disponibles *online*. Las funciones de tales textos pueden incluir comunicar información, narrar y entretener.
- ¿Qué es un libro? Un cínico podría estar de acuerdo con un ex decano de arquitectura del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), quien declaró que los libros son "láminas de árboles recubiertos con una vaca muerta" (Mitchell, 1995). De manera más prosaica, son objetos físicos; el desarrollo de sus formas se rastrea con más detalle en los capítulos 2 y 3. Lo que usted está leyendo ahora es un libro –a menos que esté leyendo una versión *online* de nuestro texto, caso en el cual este no es un libro tal como se lo define tradicionalmente–. Usted puede estar leyendo parte de él bajo la forma de una fotocopia ilegal: en ese caso, aunque sea un facsímil del original impreso, no es un libro, a menos que las páginas estén encuadernadas. Sigue siendo un texto, pero adopta la forma material de una serie de páginas de papel.
- ¿Qué es un medio? Un medio, tal como se usa aquí, es un término genérico para el soporte material de un texto. Un libro es un medio; un sitio web es un medio, una pantalla también puede ser un medio. La palabra "medio" contiene el sentido fuerte de "mediación", un término clave que exploraremos más tarde en este libro. El plural "medios" se usa para referirse de manera genérica a organizaciones, incluyendo editoriales que producen diferentes

> soportes materiales de textos. En el terreno del estudio de los medios, el término ha sido usado casi exclusivamente para mencionar la prensa, la radio y la televisión; nosotros creemos que no debería confinarse a estas áreas, sino extenderse también a los libros y las editoriales.

Hay otras preguntas, tanto de definición como de sustancia, que los historiadores del libro se hacen y exploraremos en las páginas que siguen.

Una de las primeras personas en formular estas preguntas en el contexto de la historia del libro fue Robert Darnton. En 1982, Darnton hizo un relevamiento en el campo de la historia del libro y declaró que esta estaba tan desperdigada en su aproximación al objeto que parecía un "motín interdisciplinario" (Darnton, 1982b: 10). Al mismo tiempo, predijo que era un área que "parecía que iba a obtener un lugar junto a disciplinas como la historia de la ciencia y la historia del arte en el canon de la investigación" (Darnton, 1982b: 9). Un crecimiento verificable de la actividad desde ese momento sugiere que él debe de haber tenido razón: centros académicos nacionales dedicados a la investigación de la historia de la cultura impresa y del libro han florecido en América del Norte, Canadá, Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y otros lugares; los editores han obtenido réditos de la publicación de monografías académicas, manuales, compilaciones y revistas dedicadas al tema; una floreciente organización profesional (la Sociedad de Historia de la Autoría, la Lectura y la Publicación o SHARP, según sus siglas en inglés) trabaja mucho para promover el área, y muchos investigadores se vinculan con el intercambio sustancial en congresos internacionales, seminarios y coloquios. También hay cursos que anualmente se van sumando para sacar provecho de este apasionante nuevo campo de estudio.

¿Por qué estudiar los libros? Los historiadores del libro responderían diciendo que la trasmisión de textos no es un proce-

so tan sencillo como cree la gente. Se puede aprender mucho al rastrear el proceso del creador al consumidor, al considerar las estructuras de *marketing* y producción, al estudiar los efectos de la imprenta sobre la cultura. Los efectos culturales y personales de los libros no son fácilmente cuantificables: los libros y la imprenta, por ejemplo, afectan a "lectores" y consumidores de manera diferente en distintos momentos de la vida. ¿Cómo empezar a discutir esto? El soporte material afecta el modo en que leemos los textos, tal como señaló alguna vez Don McKenzie. Del mismo modo, diferentes soportes materiales pueden inducir a los lectores a leer un texto de diferentes maneras, como sostiene Jerome McGann al sugerir un estudio de la "socialización de los textos". Ambas cuestiones se abordarán en capítulos posteriores.

Este libro es sobre un tema y un campo de preguntas donde el valor de *El señor de los anillos* y su naturaleza pueden ser estudiados desde todo tipo de ángulos: teniendo en consideración desde su estado original como manuscrito hasta el producto final; conociendo en detalle la naturaleza de los que lo leen y cómo lo leen; analizándolo desde la perspectiva de la mercancía mediática que adopta diferentes formas para alcanzar audiencias y mercados internacionales; comparándolo dentro de los modelos comunicativos sugeridos por Darnton, Adams y Barker, así como otros, tal como se discute en el capítulo 1. Nuestro objetivo es resumir qué es la historia del libro, cómo los historiadores del libro abordan la tarea de estudiar libros, publicaciones y textos, y qué se puede aprender al usar los métodos de la historia del libro. Estos historiadores tratan de entender qué lugar tienen los libros y la lectura en la vida de la gente y las sociedades del pasado, del presente e incluso del futuro. Grandes proyectos como la *Encyclopædia Britannica*, la *Encyclopédie* y el *Oxford English Dictionary* han tenido tremendos efectos sociales y culturales, resguardando la precisión, fijando estándares y sintetizando importante material intelectual. Del mismo modo, hay manuscritos y documentos icónicos que se

han convertido en símbolos emblemáticos de generaciones, culturas y comunidades enteras; considérese, por ejemplo, la Carta Magna, el acta de la Declaración de Independencia de Estados Unidos o el Tratado de Waitangi de Nueva Zelanda.

Una introducción a la historia del libro busca abordar estas cuestiones. Toma como punto de partida los fragmentos originales y los textos publicados en *The Book History Reader* [Manual sobre la historia del libro] y expande el rango de comentarios y temas originalmente incluidos en el manual. Nuestra intención es entregar un libro que explica los contextos en los cuales hoy se estudia la cultura impresa y la historia del libro. Tenemos en cuenta cómo ha sido pensada la historia del libro en el pasado y especulamos acerca de cómo se podría desarrollar en el futuro. Nuestro objetivo ha sido también proveer una brújula crítica a la historia del libro y a los estudios de la cultura impresa, para que funcionen como un punto de partida y también como una guía sobre los temas contemporáneos que preocupan a aquellos que enseñan e investigan en el área. Aunque este libro se refiere con frecuencia a los textos primarios que se encuentran en *The Book History Reader*, nuestra intención general es extender el rango de análisis y cobertura de tópicos de manera tal que *Una introducción a la historia del libro* produzca una lectura provechosa también por sí solo.

Uno de los temas claves del núcleo de *Una introducción...* es nuestra idea de que lo que diferencia la historia del libro de los estudios de la cultura impresa, tal como se desarrolla actualmente, es su estimulante movimiento para entender la producción textual como parte de las estructuras de la comunicación social humana. Hay que hacer de esta demanda un abordaje interdisciplinario. *Una introducción a la historia del libro* está estructurado de manera tal que enfatiza las cuestiones de comunicación social que los estudiantes pueden encontrar en su recorrido por la historia de los libros en los tiempos modernos. Este libro es tanto la narrativa de la historia de los textos en la cultura europea occidental como una síntesis de

las últimas reflexiones sobre la comprensión y la contextualización de esa historia.

El capítulo 1 cubre las principales teorías y debates críticos que han modelado los estudios sobre la historia del libro en los últimos cien años. Discute algunas de las iniciativas pioneras en bibliografía y estudios del libro impulsadas por el movimiento *New Bibliography* y representado por el trabajo de W. W. Greg y Fredson Bowers, y considera las reacciones subsecuentes a la agenda que fijaron estos críticos. Nos preguntamos cuánto influyó el trabajo del académico neozelandés Don McKenzie en el nuevo rumbo que tomaron los estudios bibliográficos del libro durante las décadas de 1960 y 1970, y revisamos cómo esta concepción de la "sociología del texto" se ligó al movimiento de la historia social y cultural del libro que –influencia francesa mediante (la *Histoire du Livre*)– se desarrolló a partir de la década de 1950. Esta sección también sintetiza el lugar de la formulación de Robert Darnton sobre el "circuito de la comunicación" como un medio para el estudio de la circulación de textos en la sociedad, el contraargumento de Thomas R. Adams y Nicolas Barker a favor de una aproximación más biobibliográfica, y otros modelos teóricos que enfatizan el análisis de los paratextos de los libros y promueven el estudio de la "socialización de los textos". En este capítulo se incluyen otros cuyo trabajo sobre estructuras comunicativas orales, escritas e impresas han cambiado los intereses de la historia del libro, dándoles nuevas direcciones: Walter Ong, Marshall McLuhan, Elizabeth Eisenstein, Benedict Anderson, y Adrian Johns, entre otros.

El capítulo 2 considera la historia de la escritura y cómo esta área se integra con los estudios de la historia del libro. Provee un resumen sobre cómo se desarrolló la escritura y se difundió en la cultura del este de Europa. También analiza cómo se incorporan las tradiciones orales en la escritura temprana y en la cultura del manuscrito y cómo la escritura cambió en estructura y estilo en la medida en que se impuso la tecnología

de la imprenta. También nos ocupamos de cómo la escritura cambió su naturaleza debido al desarrollo de un público letrado, pasando de usarse como herramienta cultural para ser leída por uno a muchos, a un proceso que habitualmente dirigía sus resultados a los lectores solitarios e individuales. Finalmente, el capítulo examina brevemente cómo los críticos han descripto la escritura al servicio del Estado y el poder institucional, usado por la colonización cultural y política de otras partes del mundo, y en el contexto de las estructuras de clases.

El capítulo 3 marca continuidades entre esta cultura del manuscrito y la llegada de la imprenta. Llama la atención no solo sobre el proceso de producción sino también sobre las estructuras industriales que se desarrollaron en la medida en que el libro manuscrito, una mercancía coleccionable, cedió su lugar al libro impreso, una mercancía vendible. El capítulo resume e introduce debates sobre la relación entre el libro impreso y los momentos claves de la Reforma, el Renacimiento, el Iluminismo y la Revolución Industrial. La discusión sobre el desarrollo de los derechos de autor rastrea aquí cuestiones de autoría y propiedad cubiertos en el siguiente capítulo, mientras un resumen de los cambios producidos en la edición de libros durante el siglo XX anticipa el análisis del capítulo final sobre el futuro del libro.

El capítulo 4 se centra en el concepto de autoría y cómo ha cambiado y se ha desarrollado en los últimos mil años. Examina definiciones medievales de autoría y discute cómo la introducción de la imprenta desde 1450 en adelante redefinió la autoría como una actividad más creativa que podría conducir a la fama individual y a cierta fortuna. Otros tópicos que se abordan incluyen el lugar del mecenazgo, el efecto de la introducción de los derechos de autor en la autoría como profesión y el rol de los agentes literarios y los lectores de las editoriales en el proceso de publicación. Recorremos brevemente las interpretaciones críticas del siglo XX sobre la autoría que han sido centrales para los estudios de la historia del libro y concluimos con co-

mentarios sobre lo que las redefiniciones de la noción de autor han permitido anticipar acerca del surgimiento de la era digital.

El capítulo 5 considera cómo los historiadores del libro caracterizan y discuten el rol de los muchos agentes involucrados en el proceso de la producción del libro y de la cultura impresa. Provee una historia abreviada de los modelos cambiantes sobre los que se monta el negocio de la producción impresa de la Europa occidental que se ha desarrollado siguiendo la Revolución Industrial del siglo XIX, retomando materiales presentados en los capítulos 3 y 4. Examina cómo la cultura impresa se exportó hacia las colonias europeas, concentrándose inicialmente en la producción de diarios locales y regionales, y describe brevemente el rol de la cultura impresa en la construcción de las identidades nacionales y regionales. También remarca el rol que han desempeñado los agentes culturales en la promoción y formación de la producción cultural, desde los agentes literarios y los lectores de las editoriales hasta las intangibles pero muy influyentes redes literarias.

El capítulo 6 introduce el tema, menos desarrollado en términos de la historia del libro, del lector y la lectura. Propone que las perspectivas paralelas sobre la lectura como fenómeno social y como experiencia individual deben reunirse en la historia del libro, y que en este sentido ya hay un trabajo pionero desarrollado por autores como Jonathan Rose, Elizabeth McHenry, Janice Radway y Shafquad Towheed. El capítulo da un resumen de la historia de la lectura desde los códigos de los primeros escribas hasta el crecimiento de los sistemas de bibliotecas públicas en los siglos XIX y XX. Concluye con una consideración acerca de la naturaleza de la lectura, tomando reflexiones de Wolfgang Iser sobre el acto individual y de Stanley Fish sobre su naturaleza social.

El capítulo 7 confronta los rumores acerca de la muerte del libro a través del análisis de cuatro factores que podrían desempeñar un rol central en la formación del futuro del libro: la relación entre las nuevas tecnologías y la palabra es-

crita; la naturaleza de la globalización de los medios tanto en términos de la estructura del mundo editorial como de la influencia de los libros a través de las culturas; el perfil contemporáneo de la lectura y los lectores; y finalmente, el rol del Estado en el apoyo a los libros, sus editores y lectores.

Cerramos este libro con un sumario de temas y cuestiones claves que se discutieron e incluimos un glosario de los términos que se encuentran cuando uno recorre el trabajo, la bibliografía y fuentes usadas para escribir este texto. La bibliografía intenta deliberadamente no ser exhaustiva y comprensiva: dado que tal lista se provee ya en el *Book History Reader*, sentimos que sería mejor no duplicarla innecesariamente. Otros escritores han usado frecuentemente metáforas tomadas de las actividades de exploración en sus reflexiones sobre los libros y la lectura. Están entrando a un territorio que es nuevo y solo parcialmente relevado. Usted tendrá su propia oportunidad de explorarlo. Esperamos que este texto sirva como guía.

1

Aproximaciones teóricas a la historia del libro

Introducción

Este capítulo da cuenta de las principales teorías y temas generales que se han desarrollado en los estudios de la historia del libro durante el último siglo. Resumirá brevemente la influencia de miembros de *New Bibliography* como W. W. Greg y Fredson Bowers al fijar la agenda sobre la bibliografía y los estudios del libro durante la primera mitad del siglo XX, y discutirá el trabajo de aquellos que vinieron después. Consideraremos el trabajo de Don McKenzie en 1960 y 1970, y su concepción de la "sociología del texto" como medio para ampliar los intereses bibliográficos tradicionales para abarcar los contextos culturales y sociológicos. El capítulo también cubrirá brevemente cómo el trabajo de McKenzie se vinculó con el movimiento de la *Histoire du Livre* que se desarrolló a partir de los años cincuenta entre los historiadores franceses interesados en estudiar los efectos sociales y culturales de los

libros en la sociedad. Esta sección también sintetiza el lugar de las formulaciones de Robert Darnton sobre el "circuito de la comunicación" como un medio para estudiar la circulación de los textos en la sociedad, y los contraargumentos de Thomas R. Adams y Nicolas Barker a favor de un abordaje más orientado hacia lo biobibliográfico, así como otros modelos teóricos que enfatizan el estudio de los paratextos y proponen un análisis de la "socialización de los textos". Después de un breve sumario de la terminología ahora comúnmente usada para describir el funcionamiento de la historia del libro, el capítulo aborda cómo los historiadores del libro han caracterizado los distintos momentos de la historia de los libros en la cultura europea occidental, haciendo foco en el trabajo de Walter Ong, Marshall McLuhan, Elizabeth Eisenstein, Benedict Anderson y Adrian Johns, entre otros. A partir de ahí, el capítulo examina cómo los historiadores del libro han interpretado la función de autores y lectores en estos contextos y, en relación con ellos, cómo los libros se estudian debido a su efecto "mediador" en la sociedad.

Los orígenes de la historia del libro

La historia del libro (o el estudio de la historia del libro y de los textos) tiene un fuerte pedigrí histórico ligado a disciplinas como la bibliografía, los estudios literarios y la historia económica y social. La necesidad de estudiar todos los aspectos de la creación de los libros, ya sea como artefactos físicos, objetos artísticos, productos de métodos de producción únicos o como insuperables símbolos culturales, se remonta casi hasta el punto en el que los textos se volvieron parte de la cultura y del comercio de la civilización. Las grandes y lujosas colecciones de libros y manuscritos reunidas por la Iglesia, el Estado y los coleccionistas ricos a lo largo de los siglos –muchas de ellas datan del período renacentista– testimonian el poder

que han tenido los libros en los individuos como objetos de belleza estética y también como portadores del conocimiento humano. Esto, a su vez, a menudo ha fomentado el interés en la clasificación, codificación, y el estudio de los objetos de la cultura impresa debido a lo que tienen que decir acerca de las personas que los hicieron y debido al significado y las intenciones de sus creadores.

Sin duda este fue el caso a principios del siglo XX, cuando los académicos interesados en los primeros textos impresos comenzaron a hacer preguntas detalladas sobre su producción. La impresión de las primeras ediciones de la obra de Shakespeare, por ejemplo, fue problemática. ¿Cómo se podía distinguir –preguntaban los estudiosos de la literatura– entre las versiones "auténticas" de sus obras y las "alteradas"? ¿Por qué medios los investigadores podrían acceder al texto verdadero tal como fue concebido por Shakespeare en los siglos XVI y XVII, dada la falta de fuentes de un manuscrito original y la existencia de versiones impresas poco fiables? La respuesta estaba en las metodologías propuestas por la escuela de la *New Bibliography*, liderada por los estudiosos como R. McKerrow (1927), W. W. Greg (1950) y Fredson Bowers (1950b). El establecimiento de textos autorizados se convirtió en una cuestión de examen de la materialidad de la producción textual original, de estudio de textos y libros como objetos físicos (determinar diferencias en tipografía, papel, tinta, métodos de impresión y cuestiones similares) para distinguir entre versiones "buenas" y "malas" de las obras.[2] El resultado sería un cuestionamiento más riguroso de los orígenes de la producción literaria y textual: la bibliografía, en palabras de W. W. Greg, se convertiría en "la ciencia de la transmisión material de documentos literarios" (Greg, 1914: 39). En la década de 1950, la bibliografía, tal

2. La distinción de A. W. Pollard entre las "buenas" y "malas" versiones de las cuartillas de Shakespeare (desarrollada en Pollard, 1909) y sus métodos de llegar a tales conclusiones, influiría a McKerrow, Greg, Bowers y los desarrollos posteriores de los principios generales que rigen la *New Bibliography*.

como la han reconfigurado Greg, Bowers, McKerrow, y otros, se convirtió en una presencia ubicua en muchos departamentos angloamericanos de inglés, parte del plan de estudios requerido para promisorios doctorados, a los que se les enseñó –como advierte Robert Darnton– a interpretar las condiciones materiales de lo impreso con rigor extremo, incluyendo "cómo reconocer formatos, cotejar firmas, detectar cancelaciones (hojas con errores o pasajes potencialmente ofensivos), distinguir los tipos de letra, rastrear marcas de agua, analizar ilustraciones y diseños e identificar encuadernaciones" (Darnton, 2003: 43).

Reconstruir los textos (y las prácticas de impresión que condujeron a su creación impresa) era el aspecto que definía a la bibliografía "descriptiva" o "analítica" tal como la practicaban bibliógrafos y críticos textuales bajo el manto de la *New Bibliography*. Al buscar el sentido textual y autoral original, los investigadores examinaban la recesión de manuscritos con el objeto de producir la versión del texto más completa y menos alterada posible. La intervención de otros agentes además del autor en la trasmisión del texto ha sido vista como parte de ese proceso de alteración. Bowers, por ejemplo, le advierte a sus colegas bibliógrafos que "el uso acrítico de la última edición publicada en vida del autor ahora está o debería estar completamente desacreditada, aunque ocasionalmente todavía se use": la autoridad textual residía en el "texto impreso más cercano al manuscrito del autor, eso es, a la primera edición autorizada" (Bowers, 1950a: 59). La actuación de los agentes en el proceso de impresión, incluyendo editores y correctores de pruebas, estaba destinada a ser rastreada con el fin de identificar sus interferencias y establecer el texto que reflejaba con mayor exactitud la intención final del autor. Cómo descifrar la intención final del autor era, a veces, objeto de un análisis mucho menos riguroso, y quedaban dudas sobre si la intención del autor existía solamente como un concepto editorial para disfrazar las propias predilecciones y decisiones del editor (Tanselle, 1979).

Los resultados de las investigaciones de *New Bibliography* a menudo fueron inspiradores aunque igualmente decepcionantes, particularmente siguiendo los pasos de tendencias teóricas como la deconstrucción, el nuevo historicismo, y el poscolonialismo: "Los doctorados se imaginaban que se convertían en compañeros de los trabajadores que transformaron, por primera vez, las palabras de Shakespeare en libros" advierte un comentarista. "Fue una idea embriagadora, y no duró" (Darnton, 2003: 43). Otros fueron más contundentes en su concepción del lugar de la bibliografía dentro de la academia: una importante figura les advirtió a los graduados en los años ochenta que era poco probable que la historia de la imprenta avanzara sin un financiamiento significativo o sin apoyo académico dentro de los departamentos universitarios (Sutherland, 1988). La sugerencia general fue: mejor mantenerse dentro de la historia general o estudiar los textos a través de filtros fuertemente teóricos.

McKenzie y la sociología del texto

Las cosas empezaron a cambiar, lentamente al principio y después con velocidad a partir de fines de los sesenta, en parte debido al trabajo pionero de un académico neozelandés, educado en Cambridge. El abordaje de la *New Bibliography* a la producción textual había asumido (de manera idealista) que los textos estaban producidos por compositores y editores a través de patrones racionales y medios consistentes: es decir que, en esencia, la impresión y la producción impresa eran constantes "fijas" que tenían poco efecto sobre los resultados finales, excepto en la medida en que los impresores eran responsables de cometer errores accidentales (omitir o colocar mal un tipo, mezclar páginas durante el proceso de impresión o de encuadernación, omitir porciones específicas de texto, etc.) que "alteraban" las intenciones del autor original. El trabajo de Don

McKenzie en las décadas de 1960 y 1970 puso este hecho en tela de juicio, en particular, su ensayo polémico "Printers of the mind" [Editores de la mente], publicado por primera vez en *Studies in Bibliography* en 1969. McDonald y Suarez (2002) proporcionan importantes interpretaciones y resúmenes del pensamiento de McKenzie en *Making Meaning: "Printers of the Mind" and Other Essays* [Construir significado: editores de la mente y otros ensayos], el volumen que editaron sobre su trabajo acerca de cuestiones relacionadas con la bibliografía y la historia del libro. Como advierten, "Printers of the mind" desafió las concepciones ortodoxas de los bibliógrafos analíticos, que habían dominado la bibliografía textual a lo largo de las décadas de 1940, 1950 y 1960, al demostrar que la producción física de un texto era muy dependiente de las condiciones en que había sido producido. Utilizando como fuentes primarias materiales seleccionados de la correspondencia, los catálogos editoriales y los libros contables del editor inglés William Bowyer y su hijo, McKenzie demostró que el funcionamiento editorial en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII no era prolijo y ordenado, sino que estaba dominado por lo que llamó "producción concurrente": los hábitos de trabajo variaban considerablemente, a menudo los textos se imprimían al mismo tiempo, y la colocación de los tipos y la impresión física de textos no era resultado de los esfuerzos de una sola editorial o editor, sino que podía ser –y con frecuencia lo era– resultado de las actividades interrelacionadas de varios compositores e impresores que trabajaban simultáneamente, siguiendo patrones complejos e imprevisibles, en toda una variedad de textos. La cuestión era algo que podría aplicarse más allá de los textos puramente literarios. Tal como lo advirtieron McDonald y Suarez: "Los principios fundamentales de la producción concurrente [...] se aplicaron a prácticamente toda la producción de libros" (McDonald y Suarez, 2002: 13).

McKenzie avanzaría un paso más en un trabajo posterior para sostener que el estudio de los textos necesariamente re-

quiere la inclusión de cuestiones externas al significado textual. "El sentido, por lo tanto, no es inherente", sostendría, "sino que está construido por sucesivos actos interpretativos a cargo de quienes escriben, diseñan e imprimen los libros, y también a cargo de aquellos que los leen". McKenzie también sostuvo que los efectos de la cultura impresa sobre otras culturas variarían de acuerdo con sus contextos sociales y comunicativos: "Empezó a reconocerse que la noción distintivamente eurocéntrica del libro y su circulación no puede dar cuenta del rol de tales textos en otras sociedades con diferentes tradiciones comunicativas y con estándares variados de alfabetismo" (McKenzie, 2002: 268). McKenzie aplicó tal sensibilidad a su propio trabajo, sobre todo en su innovador estudio de la formulación del Tratado de Waitangi en 1840 entre los representantes de la Inglaterra colonial y los jefes maoríes, el documento impreso que estableció la soberanía británica sobre la tierra maorí y cuya subsecuente y controvertida implementación marcó el desarrollo de Nueva Zelanda y ofreció un ejemplo físico de un choque interpretativo basado en diferencias entre culturas impresas y orales (McKenzie, 1984).

El legado más importante de McKenzie fue su énfasis en la ampliación del estudio anglonorteamericano del sentido textual más allá de las barreras artificiales establecidas por áreas académicas en competencia. La crítica literaria de los textos habitualmente ignoraba el sentido más allá de los bordes del "texto"; los bibliógrafos habitualmente ignoraban el contexto sociológico dentro del cual funcionaba la producción textual; los historiadores habitualmente ignoraban el modo en que los productos de las editoriales entraban en el espacio público y eran recibidos y consumidos por el público lector. El ensayo clásico de McKenzie, "Typography and meaning: The case of William Congreve" [Tipografía y sentido: el caso de William Congreve] (1981) dirigiría la atención de los anglonorteamericanos sobre la revolución en la interpretación textual en la que era pionera la escuela de los *Annales* en Francia,

cuyos miembros habían estado aplicando, desde fines de los años cincuenta, métodos cuantitativos de la historia social a la producción y recepción textual. Al mismo tiempo, McKenzie proponía que los investigadores fueran más allá de la interpretación de los textos como meros productos de las intenciones del autor, o incluso solamente como efectos de las examinaciones cuantitativas y macrohistóricas de las tendencias de las editoriales e imprentas, y se dirigieran hacia un estudio de los textos como productos mediados en los cuales uno podía encontrar trazos de un sentido económico, social, estético y literario. "Las teorías contemporáneas de la crítica textual, indiferentes a la historia del libro, su arquitectura y el lenguaje visual de la tipografía, son bastante inadecuadas para ingeniárselas con estos problemas", concluyó. "Sólo una nueva y abarcadora sociología del texto puede abordarlos" (McKenzie, 1981: 236).

Histoire du Livre

La "sociología del texto" fue el reconocimiento de McKenzie de que los textos eran el resultado de un proceso de colaboración y requerían métodos de análisis que le prestaran atención al objeto material y a su producción y recepción, en lugar de a sus contenidos solamente. Ella formaría parte de un movimiento liderado por Robert Darnton y Roger Chartier, entre otros, y dirigido hacia la nueva *Histoire du Livre* de las décadas de 1980 y 1990, que ponía el énfasis en los lectores, la materialidad y el sentido (McDonald y Suarez, 2002: 7). Como Roger Chartier comentaría luego, el valor del concepto de McKenzie de "sociología del texto" estaba en las enseñanzas que debían aprenderse y aplicarse:

> Contra la abstracción del texto, muestra que el estado y la interpretación de una obra depende de las consideraciones materiales; contra la

> "muerte del autor", hace hincapié en el papel del autor, junto con el librero e impresor, en la definición de la forma dada a la obra; contra la ausencia del lector, recuerda que el significado de un texto se produce siempre en un marco histórico y depende de las lecturas diferentes y plurales que le asignan significado (Chartier, 1997b: 85).

Los orígenes de la metodología de la escuela de los *Annales* subrayada por McKenzie se pueden encontrar en la historia social cuantitativa de *Sociologie de la littérature* [Sociología de la literatura], de Robert Escarpit (publicado en 1958), y también en *La aparición del libro*, de Febvre y Martin, publicado también el mismo año. El trabajo de Escarpit fue notable por su intento de separar los modelos de producción, difusión y recepción del libro, de la acumulación de datos de una forma iniciada por Robert Darnton (1982b) en su artículo "What is the history of books?" [¿Qué es la historia de los libros?] y en la respuesta de Thomas Adams y Nicolas Barker a Darnton en "A new model for the study of the book" (1993) [Un nuevo modelo para el estudio del libro]. El enfoque de los *Annales* difería, por otra parte, de intentos como el de Elizabeth Eisenstein para vincular el desarrollo del libro impreso con los grandes movimientos sociales y políticos, en lo que más recientemente ha sido criticado como un enfoque excesivamente determinista y simplista, tal como se advierte en el título de su obra principal –discutida más adelante en este capítulo– *La imprenta como agente de cambio* (Johns, 1998). Febvre y Martin son tal vez más precisos en su capítulo titulado "El libro como una fuerza para el cambio". Para ellos, la imprenta fue solo uno entre varios actores en un drama social y político; Lucien Febvre propuso como título alternativo para el trabajo, *El libro al servicio de la Historia*. Donde el libro fue fundamentalmente activo en la promoción del cambio fue en el lenguaje de los textos; como sostendrán, en un punto posteriormente ampliado por Elizabeth Eisenstein: "La cultura europea unificada por el latín se disolvió finalmente con el surgimiento de las lenguas vernáculas, el cual se consolidó con la imprenta" (Febvre y Martin, 1976: 332).

El circuito de la comunicación

El innovador ensayo de Robert Darnton, "What is the history of books?" [¿Qué es la historia de los libros?] llamó la atención sobre la cantidad de métodos de investigación y enfoques a disposición de aquellos involucrados en el estudio de la historia del libro a principios de la década de 1980. El intrépido investigador se enfrentaba a un desorientador entrecruzamiento de disciplinas, "que más que un campo parecía una selva tropical [...] la bibliografía analítica que apunta hacia esta dirección, la sociología del conocimiento hacia aquella, mientras que la historia, la literatura inglesa y la literatura comparada delimitan territorios que se superponen [...] y queda desconcertado por las metodologías en competencia, que lo tienen cotejando ediciones, compilando estadísticas, decodificando leyes de derecho de autor, navegando el mundo de los manuscritos y de la reconstrucción de la prensa, y psicoanalizando los procesos mentales de los lectores" (Darnton, 1982a: 10). La solución de Darnton consistió en proponer un modelo general para analizar el modo en que los libros se abrieron camino en la sociedad, un "circuito de la comunicación" que abarcara "desde el autor hasta el impresor (si es que el librero no asume ese papel), el editor, el distribuidor, el librero y el lector" (Darnton, 1982a: 11). El circuito funcionaría con estos actores claves y entre ellos; aunque dejando lugar, por ejemplo, para demostrar la manera en que los lectores podrían influir en la producción textual (un punto sobre el cual han llamado la atención con frecuencia aquellos que trabajan en las novelas episódicas del siglo XIX) o la influencia de los libreros en las decisiones editoriales (como ha demostrado Darnton con el estudio de un caso tomado de la cultura impresa francesa del siglo XVIII, en el que rastreaba la contracción y la expansión del comercio del libro en Francia a través de las órdenes de venta). El circuito de Darnton surgía de modelos parecidos de los estudios de la comunicación, pero su intención era ofrecer a los historiadores

del libro un modo de concebir la producción de textos como una empresa multifacética que abarca las condiciones sociales, económicas, políticas e intelectuales. "Los libros pertenecen a los circuitos de la comunicación que operan con patrones consistentes, por complejos que sean", concluía Darnton. "Al desenterrar esos circuitos, los historiadores pueden demostrar que los libros no se limitan a relatar la historia, sino que la hacen" (Darnton, 1982a: 22).

El modelo de Darnton no era de ninguna manera perfecto, como él mismo reconocía. Para empezar, se basaba en una comprensión de la producción textual propia de las condiciones de impresión y publicación de la Europa del siglo XVIII (que incluían cuestiones tan fascinantes e inusuales como "la venta ambulante" y el contrabando de libros a través de las fronteras nacionales en tiempos de efervescencia revolucionaria, redes de impresión clandestinas, y la producción de textos ilícitos o prohibidos). Parte del modelo era adecuado para el estudio de la cultura del manuscrito preimprenta, o para explicar la inflexión de la cultura oral dentro de las tradiciones escritas. Pero sobre todo, marcó un intento de establecer un terreno común dentro de las diferentes agendas de la historia del libro que competían entre sí, y fue absorbido, desarrollado y utilizado cada vez con más frecuencia durante los años siguientes.

Desde la elaboración del "circuito de la comunicación" de Darnton como un medio de examinar el papel de los textos en la sociedad, la historia del libro ha comenzado a centrarse cada vez más en lo que McGann (1991) ha descrito como la "socialización de los textos" –es decir, el impacto de los libros como artefactos que van desde espacios privados hacia espacios públicos. En esta formulación, la producción se convierte en una parte muy importante del proceso de "producir un artefacto público y de insertarlo en un determinado circuito social" (Duguid, 1996: 81). O, como sugirió un estudio clave, lo que ahora se ha vuelto cada vez más importante es el modo de concebir "la actividad de producción y consumo de libros que des-

centran los elementos principales y los vuelven interactivos e interdependientes. En otras palabras: la historia editorial como hipertexto" (Jordan y Patten, 1995: 11).

El circuito biobibliográfico de la comunicación

Pero no todos han estado satisfechos con la definición de Darnton (y de sus sucesores) sobre áreas claves dentro de este "circuito de la comunicación". En 1993, dos prestigiosos bibliógrafos británicos (Thomas R. Adams y Nicolas Barker) propusieron un modelo que discutía el de Darnton y a la vez proponía su ampliación. Para ellos, el objetivo era llamar la atención sobre la dimensión biobibliográfica que muchos de los que estaban impregnados de las tradiciones bibliográficas sentían como faltante desde la perspectiva de la historia del libro y de la cultura impresa posimprenta (es decir, posterior a 1500). La respuesta a preguntas como "¿qué se imaginaba la gente que era un libro? ¿Para qué servía?" suponía reconocer una conexión más profunda entre las personas y los textos, en términos de antigüedad, de lo que podría esperarse. "La tendencia moderna es asumir que un libro era lo que es ahora, una herramienta", señalaban, para continuar:

> Es difícil reconocer lo reciente que es un concepto como el de la creación de una multiplicación mecánica; tiene cinco siglos de antigüedad, pero todavía es nuevo. En un sentido, un sentido real y práctico, no era nuevo en el siglo XV. La copia múltiple de textos, a través de una variedad de medios, había existido durante por lo menos dos milenios. Lo nuevo era el brusco cambio de escala, de volumen. Como vehículo de conocimiento o inspiración, los libros poseen un poder anterior y mayor al de la época en que fueron concebidos o escritos por primera vez (Adams y Barker, 1993: 8).

Si bien Adams y Barker reconocían que el "circuito de la comunicación" de Darnton tenía su utilidad desde la perspec-

tiva del análisis de la historia social, criticaban el abordaje de Darnton por estar demasiado centrado en explicar los procesos comunicativos y, por consiguiente, alejado del sentido de los libros como artefactos. El modelo de ellos estaba basado en procesos, por lo cual el circuito se componía de los cinco acontecimientos en la vida de un texto (edición, publicación, distribución, recepción y supervivencia), rodeados y afectados por cuatro "zonas" de influencia (influencias intelectuales; influencias políticas, jurídicas y religiosas; presiones comerciales; comportamiento y gusto social). El resultado fue un cambio de énfasis: "El texto es la razón del ciclo del libro; su transmisión depende de su capacidad para producir ciclos nuevos". Este es un circuito que no rastrea el modo en que las personas interactúan con los textos, sino que más bien sigue a los textos, "cuya secuencia constituye un sistema de comunicación" (Adams y Barker, 1993: 15).

Incursiones teóricas

Problemas similares han sido planteados por Gérard Genette en su influyente obra *Seuils*, publicada en Francia en 1987, pero traducido al inglés por primera vez en 1997 como *Paratexts: Thresholds of Interpretation* [Paratextos. Umbrales de interpretación]. El trabajo de Genette se enlaza con el de Adams y Barker a través de su atención al estudio del "paratexto" de una obra impresa (los dispositivos liminares que controlan el modo en que un lector percibe el texto, por ejemplo, la tapa y la contratapa, las solapas, los índices, notas al pie, tablas de contenido, etc.). Sin embargo, lo que los bibliógrafos tradicionales habían buscado a menudo en estas zonas (pistas sobre las técnicas de impresión o variaciones en la producción textual) no era de gran interés para Genette. Se centraba, en cambio, en el modo en que estos paratextos se convierten en zonas de operaciones, "un lugar privilegia-

do de la pragmática y una estrategia de influencia sobre el público, una influencia que, más allá de que sea bien o mal entendida y lograda, está al servicio de una mejor recepción del texto y de una lectura más pertinente" (Genette, 1997: 2). En otras palabras, una aproximación a los dispositivos de producción que se utilizan para asegurar "al texto, un destino acorde con el propósito del autor" (Genette, 1997: 407). Los estudiosos han continuado con esto, al escribir sobre temas tan liminares como las notas al pie y marginalia (Norton y Norton, 1996; Grafton, 1997; Jackson, 2001). En cierto sentido, este es un intento de teorizar valores hermenéuticos específicos y procesos como medios de impugnación de las representaciones culturales y las recepciones de los textos terminados.

Algunos han sugerido que el enfoque de Genette tiene un valor limitado para los historiadores del libro, ya que no llega lo suficientemente lejos en la "sociología" del texto. Como ha señalado Juliet Gardiner, un defecto fundamental en la teoría de Genette sobre los paratextos es su "frecuente imposibilidad de explicar la distinción entre el autor y los editores, su tendencia a considerar al editor como facilitador –de hecho, una continuación de la intención del autor– y a los paratextos como vehículo, indica una fijeza de significado para el texto insostenible y esencialista" (Gardiner, 2000: 258). Jerome McGann (1991) argumenta de manera similar contra Genette en *The Textual Condition* [La condición textual]. A la vez, advierte que el valor de la aproximación de Genette –una respuesta a teóricos literarios anteriores cuyos intereses en la naturaleza lingüística de los textos (las palabras contendidas dentro de los límites del libro) habían desplazado estos aparatos extratextuales hacia los márgenes (donde estaban literalmente) residía en su insistencia en que tales "paratextos" eran de un valor fundamental para el estudio del sentido de los textos. Contrastar el texto con el paratexto era un ejercicio útil en sí mismo, como un modo de recuperar el

sentido y la intención del autor cuando sus palabras pasaban a través del filtro del proceso de publicación.

Sin embargo, las preocupaciones de McGann se dirigen al abordaje de Genette especializado y focalizado, ya que, como incluso Genette admitió, su interés paratextual terminaba cuando aparecían los aspectos más materiales de la producción textual –tinta, tipografía, papel, y la producción física misma– en tanto estos no abordaban lo lingüístico e iban más allá del ámbito literario de influencia de Genette. "Pero por supuesto, todos los textos como todas las demás cosas humanas", sostenía McGann, "son fenómenos encarnados y el cuerpo del texto no es exclusivamente lingüístico" (McGann, 1991: 13). En la influyente discusión que le siguió, McGann esbozó su oposición al tipo de análisis que, según él, había invadido el estudio textual hasta la década de 1980 –un enfoque lingüístico que envolvía los textos literarios en una red con un apretado tejido de hermenéutica e interpretación textual–. "Los estudios textuales permanecen en gran medida bajo el hechizo de la hermenéutica romántica", declaró. "Desde este punto de vista, los textos, y en particular los textos imaginativos, no se ven como actos sociales, y en la medida en que son tan imaginados, la acción del texto se concibe demasiado subjetivamente (y demasiado abstractamente) dentro de sus condiciones lingüísticas". Su solución fue la propuesta de anclar el estudio de los textos dentro de contextos con una base tanto social como material: "Uno rompe el hechizo de la hermenéutica romántica al socializar el estudio de los textos hasta los niveles más radicales" (McGann, 1991: 12). La "socialización del texto" de McGann resultaría un punto influyente en el desarrollo de la investigación en el área de la historia del libro, junto con la "sociología del texto" de Don McKenzie, como una forma de subrayar cómo los historiadores del libro diferenciaban sus áreas de investigación respecto de aquellos que trabajaban estrictamente con una base histórica o literaria.

La cultura impresa y la historia del libro

Sin duda, la terminología utilizada para definir qué hace uno ahora en "la historia del libro" es discutible. Como hemos visto, se ha hablado de "cultura impresa", "sociología del texto", "historia de la publicación", "bibliografía textual" y así sucesivamente. En parte, la razón tiene tanto que ver con los pros como con los contras de la etiqueta "historia del libro". Para aquellos cuyos intereses residen fundamentalmente en el estudio de manuscritos o de textos antiguos y medievales, o los que abordan los textos a través de un análisis cultural de los lectores y las respuestas de lectura, el término "historia del libro" puede parecer demasiado excluyente para sus propósitos.

"Cultura impresa" es una alternativa que ha sido propuesta siguiendo la influencia crítica del trabajo de Lucien Febvre, Henri-Jean Martin, Elizabeth Eisenstein, y otros. Harold Love resume "cultura impresa" como un término usado para referirse a:

1. Un "mundo noético" o conscientemente estructurado a través de la imprenta.
2. La relación industrial entre la producción y la distribución del libro.
3. Un cuerpo de prácticas derivadas de la relación social que surge de la gestión de la lectura y la información.
4. Un área de estudio especializada dentro del campo más general de la comunicación (Love, 2003: 46).

La síntesis de Love abarca el tipo de ideas que buscaban aquellos que tomaban la formulación de Darnton del "circuito de la comunicación" en busca de inspiración. Sin embargo, "cultura impresa", a pesar de su definición precisa, no satisfizo ni a aquellos cuyo trabajo sobre oralidad y textos escritos a mano queda fuera de tal categoría, ni a aquellos que se sintieron atraídos por el cambio de Adams y Barker con el "circuito de la comunicación" y su capacidad para introducir y reflejar

más la producción física y el movimiento de los textos dentro de las esferas intelectuales y sociales.

En 1998, los editores de una nueva revista en el área utilizaron el primer número para establecer parámetros ambiciosos para la historia del libro que serían lo suficientemente amplios como para dar cabida a todas esas preocupaciones. La historia del libro, declararon, abordaría

> toda la historia de la comunicación escrita: la creación, difusión y usos de la inscripción e impresión en cualquier medio, incluyendo libros, diarios, publicaciones periódicas, manuscritos y material efímero. [...] La historia social, cultural y económica de la autoría, la edición, la impresión, las artes del libro, los derechos de autor, la censura, la venta y distribución de libros, las bibliotecas, la alfabetización, la crítica literaria, los hábitos de lectura, y las respuestas de los lectores (Greenspan y Rose, 1998: ix).

O, como otro investigador afirmó más brevemente, la historia del libro "es básicamente sobre nosotros mismos. Se pregunta cómo los lectores del pasado han producido sentido (y, por lo tanto, por extensión, cómo otros han leído de un modo distinto al nuestro); pero también se pregunta de dónde vienen las condiciones de posibilidad para nuestra propia lectura" (Price, 2002: 39). Es probable que una definición tan amplia sea la más favorecida por aquellos que estudian la historia del libro, dado que cubre todos los aspectos de la actividad de impresión. Veamos cómo podría verse dentro del contexto de la historia de la comunicación.

Modelos sobre la aparición del libro en la cultura occidental

Un modelo simplista de la evolución de la historia del libro en la cultura occidental (o, en términos más generales, la historia de la comunicación humana), sugerido por Walter Ong

(1982), Jack Goody (1987) y Marshall McLuhan (1964), propone que su desarrollo puede descomponerse en tres "fases revolucionarias" claves:

1. El cambio desde las culturas orales a las escritas (subdividido en el desarrollo del alfabeto, la adquisición del lenguaje, el establecimiento de estructuras de comercialización, la adquisición de herramientas de escritura –tinta, papel, códices– y la fijación de los sistemas de escritura).
2. El cambio desde la alfabetización a la impresión (el desarrollo de la cultura del manuscrito, el desarrollo de la imprenta, su inserción gradual en las instituciones culturales y sociales, la provisión de materiales para el consumo masivo en una sociedad cada vez más industrializada).
3. El cambio desde la imprenta a los contenidos generados por computadora (una etapa transformadora que estamos viviendo actualmente).

Walter Ong y Marshall McLuhan son citados frecuentemente por sus reflexiones acerca de los cambios sociales y culturales en el pasaje de las culturas orales a las impresas. Las afirmaciones gnómicas de McLuhan sobre la naturaleza de lo impreso, en sus libros *La galaxia Gutenberg. Génesis del homo typographicus* y *Comprender los medios de comunicación*, que fueron éxitos de venta durante la década de 1960, llamarían mucho la atención, pero luego cayeron en desgracia (hasta que el mundo de la red electrónica que él había predicho se volvió una realidad a partir de la década de 1980). En estos trabajos, McLuhan hizo hincapié en el efecto perturbador de la escritura y la impresión en las formaciones culturales orales, al señalar la "caída del mundo mágico del oído y del mundo neutral del ojo, y la emergencia de un individuo destribalizado, a partir de este quiebre" (McLuhan, 1964: 32). El carácter privado de la lectura de textos y libros impresos, sostenía, cambió irrevocablemente los patrones de la interac-

ción humana. Para McLuhan, estas rupturas no eran resultado de la evolución de la cultura escrita, sino de la revolución tipográfica iniciada por Gutenberg. Como afirmaba sentenciosamente: "No fue sino hasta la experiencia de la producción masiva de tipos uniformes y repetibles que ocurrió la fisión de los sentidos y que la dimensión visual se separó del resto de ellos" (McLuhan, 1964: 70). Con un vocabulario más contenido, Elizabeth Eisenstein reformularía y reinterpretaría esto en su concepción de la "fijeza tipográfica" (que se discutirá más adelante en este capítulo).

Walter Ong volvió a examinar la cuestión en su obra clásica *Oralidad y escritura*, donde sostuvo que la introducción de la escritura y la imprenta impusieron un nuevo tipo de "conciencia" en la comunicación social; la escritura "reconstituyó, en el espacio visual, la palabra originalmente oral y hablada", mientras que la imprenta "incrustó, de manera más definitiva, la palabra en el espacio" (Ong, 1982: 121). El resultado fue la imposición de la linealidad en las experiencias cognitivas, un sentido de organización espacial que permite la recuperación fácil de materiales y el fomento de un sentido de cierre, "la sensación de que lo que se encuentra en un texto está terminado, ha alcanzado un grado de completud [...]. Lo impreso condensa el pensamiento en miles de ejemplares de una obra con exactamente la misma consistencia visual y física" (Ong, 1982: 129-130). Comentaristas posteriores se basarían tanto en el trabajo de McLuhan como en el de Ong para discutir los efectos de mediación de la cultura textual e impresa en las formaciones sociales, las prácticas de lectura y los patrones de comunicación. Como señalaría un crítico, las reflexiones de McLuhan y Ong ofrecieron una concepción de cultura como "una modalidad de la conciencia, una estructura de percepciones y creencias, una subjetividad construida socialmente" (Love, 2003: 54).

El seguimiento de los cambios en la comunicación social desde lo oral a lo escrito y a lo impreso, sin embargo, ha llevado

a los estudiosos a concluir que las fronteras entre estos patrones comunicativos son muy fluidas, con una tendencia a superponerse y coincidir. Los límites entre ellos no son fijos, aunque la cultura oral no termina con la invención de los instrumentos de escritura, ni la cultura del manuscrito fue instantáneamente derrocada por la asimilación de la tecnología de impresión desarrollada por Johannes Gutenberg y sus sucesores a partir de 1450. Tal como lo confirma el trabajo de Harold Love, Henry Woudhuysen, Margaret Ezell, David McKitterick y otros, la transmisión manuscrita siguió siendo un aspecto significativo para muchas comunidades de la Europa occidental hasta fines del siglo XIX (Woudhuysen, 1996; Love, 1998; Ezell, 1999; Fox, 2000; Gómez, 2001; Justice y Tinker, 2002; McKitterick, 2003). Los resultados frustran los intentos de imponer un carácter irrevocable y prolijamente cronológico a los procesos humanos. Como señala David McKitterick (2003: 12): "Si se tienen en cuenta los textos de los escribas o la iluminación y la decoración, las fronteras entre lo manuscrito y lo impreso son tan desordenadas cronológicamente como lo son en los aspectos comercial, material o social".

La opinión de McKitterick es, en parte, una respuesta a un modo de ver la historia del libro que ha prevalecido desde la publicación a fines de 1970 de uno de los estudios más influyentes sobra la cultura impresa de la modernidad temprana: los dos volúmenes de *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, de Elizabeth Eisenstein (1979). Eisenstein tomó una gran cantidad de material, utilizando y argumentando en contra de un amplio espectro de fuentes críticas poco convencionales –incluyendo Febvre y Martin, Marshall McLuhan, y Walter Ong– para desarrollar la influyente tesis que propone que los patrones de comunicación de la Europa occidental han sido transformados ineluctablemente debido a la introducción de la imprenta. El uso de la nueva tecnología alteró irrevocablemente los métodos de recopilación de da-

tos, almacenamiento, recuperación y comunicación entre las clases letradas de Europa occidental a partir del siglo XV. El resultado fue lo que Eisenstein denominó "fijeza tipográfica" (Eisenstein, 1979, vol. 1: 116-120). El término denota cómo las innovaciones de la cultura impresa, al aumentar la capacidad de la sociedad para producir y difundir información, establecieron –como lo resume otro crítico– "una serie de técnicas y prácticas que permitieron que el acervo mundial de conocimiento registrado fuera puesto en uso con una nueva y temible eficacia" (Love, 2003: 46-47). Dicho de otra manera, la "fijeza tipográfica" supone "la capacidad de los libros impresos para dar a las palabras e ideas que se imprimen allí una forma sustancial y duradera, y para amplificar esta realidad verbal objetivada mediante la distribución de numerosas copias idénticas con la misma organización de las palabras en la página" (Kernan, 1987: 53).

Benedict Anderson (1982) ha retomado el concepto de "fijeza" de Eisenstein en su formulación de su influyente conceptualización de las "comunidades imaginarias" y la identidad nacional, argumentando que el "capitalismo de imprenta", en particular, ha sido crucial para establecer las condiciones para la creación de la conciencia nacional. Para Anderson, la reproducción mecánica del lenguaje, la "lengua impresa" –opuesta a la hablada– sentó las bases para la formación de la conciencia nacional moderna y el desarrollo del Estado-nación de tres formas distintas: "Creó campos unificados de intercambio y comunicaciones por debajo del latín y por encima de las lenguas vernáculas habladas", también le dio "una nueva fijeza al lenguaje, lo que a largo plazo ayudó a forjar esa imagen de antigüedad tan fundamental para la idea subjetiva de la nación [y] creó lenguajes de poder de una clase diferente a la de las antiguas lenguas vernáculas administrativas" (Anderson, 1982: 44-45).

Anderson vincula la fijeza con la actividad humana, advirtiendo que el resultado de la utilización de la tecnología im-

presa durante el período renacentista se produjo debido a la "convergencia del capitalismo y la tecnología impresa en la fatal diversidad del lenguaje humano" (Anderson, 1982: 45). Sin embargo, Anderson tiene el cuidado de diferenciar su postura respecto del argumento principal de Eisenstein que, según lo que él sugiere, "casi diviniza la imprenta como tal, como el genio de la historia moderna". "Convendrá recordar en este contexto", continúa Anderson, "que, aunque la imprenta se inventó en China, quizá 500 años antes de su aparición en Europa, no tuvo ningún resultado importante, ya no digamos revolucionario, precisamente debido a la ausencia del capitalismo en ese país" (Anderson, 1982: 44).

Adrian Johns sostiene igualmente que la "fijeza" es en realidad transitiva más que inherente: "Solo existe en la medida en que es reconocida y actúa sobre la gente, y no de otra manera" (Johns, 1998: 19). Por otra parte, Johns sostiene que el desarrollo de la cultura de la imprenta durante el período cubierto por Eisenstein no fue tan lineal sino que estuvo marcado por la incertidumbre y una integración inestable. Johns aborda la producción textual desde una posición influenciada por Darnton, Chartier y otros de la escuela de los *Annales*: "Un libro es la encarnación material de, si no un consenso, por lo menos un consentimiento colectivo", escribe, "un nexo que reúne una amplia gama de mundos del trabajo" (Johns, 1998: 3). Y lo que es más importante aún, Johns argumenta contra la posición de Eisenstein de que la "fijeza tipográfica" es algo que se volvió una cualidad inherente de la cultura impresa, que era un aspecto propio de lo impreso adonde sea que se lo transportara. Para Johns, el quid de la obra de Eisenstein es que las circunstancias de la cultura impresa pueden caracterizarse por los rasgos atribuidos a lo impreso: cuando los libros fueron creados, difundidos y utilizados, se suponía que encarnarían las condiciones de estandarización, difusión y fijeza. Los libros podían ser reproducidos exactamente, y en repetidas ocasiones, en cualquier lugar, emplean-

do herramientas y técnicas estandarizadas, eliminando así los elementos corruptores inherentes a la creación manuscrita. El resultado fue la influyente afirmación de Eisenstein de que "el Renacimiento y la Reforma adquirieron un carácter permanente debido a la permanencia misma de sus textos canónicos; que el nacionalismo se desarrolló gracias a la estabilización de las leyes y los lenguajes, y que la ciencia misma fue posible sobre la base de fenómenos y teorías registrados de manera confiable" (Johns, 1998: 11).

Tales declaraciones tienen validez dentro de ciertos contextos. Sin embargo, los investigadores han afirmado que esta situación no es totalmente exacta, que las circunstancias fueron más complejas durante los primeros siglos de la producción de libros. Los principios subyacentes que hemos heredado de la evolución del libro y de la cultura impresa, pueden ser resumidos rápidamente como:

1. El entendimiento de que los textos impresos serán copias exactas de otros pertenecientes a la misma edición impresa (con desviaciones menores que los bibliógrafos analíticos rastrean), lo que hace posible la transmisión de conocimiento a través del tiempo y del espacio, de manera efectiva y eficiente.
2. Que esa fijeza de los textos permite la "confianza" en el "autor" al que se le atribuyen esas palabras. Aunque la "autoría" como profesión es un fenómeno relativamente reciente, la autoridad que enviste a estas figuras es un acontecimiento significativo atribuido al desarrollo temprano de la impresión y la producción del libro.

Johns argumenta, basándose en el trabajo de Roger Chartier sobre las prácticas de lectura, que la "confianza" en un texto y su "fiabilidad" era menos inherente a la recepción de material impreso durante los primeros siglos de la producción del libro de lo que se ha sugerido con anterioridad. Los con-

temporáneos criticaban la falta de fiabilidad y la corrupción textual de la producción temprana de libros, problemas que no se resolvieron durante varios siglos. Como dice Johns: "El primer libro que tiene la fama de haber sido impreso sin ningún error apareció recién en 1760. Antes de eso, la variedad era la regla, incluso dentro de ediciones individuales". El primer libro tamaño folio de Shakespeare, como muchos han señalado, impreso más de cien años después del desarrollo de las técnicas de impresión en Europa occidental, todavía tenía más de 600 tipos de letra en su composición, con ortografía, puntuación, divisiones y diseño de página erráticos y no uniformes. "En un mundo así", concluye Johns, "las cuestiones de reputación ocupaban el lugar de los supuestos de fijeza". Es decir que se le pedía a los lectores que juzgaran los textos individuales sobre la base de la evaluación crítica de su identidad, reputación, fiabilidad y las "evaluaciones de la gente que participaba en la fabricación, distribución y recepción de los libros" (Johns, 1998: 31-32).

A medida que la tecnología se ha vuelto cada vez más sofisticada, y la sociedad ha desarrollado filtros institucionales y sociales para el control y la evaluación de los productos impresos (casas editoriales, personal editorial, revisiones literarias periódicas y revisores) nos hemos ido acostumbrando a depositar nuestra confianza en las identidades corporativas y las "marcas". Nuestra dependencia del texto impreso y la confianza que le tenemos no ha disminuido de cara al creciente dominio de la computadora personal en las transacciones comerciales y sociales, y en la diversidad cada vez mayor de información y de actividad que ahora está disponible y es utilizada a través de Internet. Y las habilidades para trasmitir información de manera oral (a la que se le ha agregado la capacidad de proyectar una presencia telegénica, en caso de estar involucrado en el campo de los medios visuales como el cine y la televisión) todavía se valoran dentro de un mundo cada vez más globalizado, cuyos recursos mediáticos entre-

lazan contenidos y medios provenientes de material visual, oral y escrito.

Por otro lado, críticos como Roger Chartier han cuestionado el modelo tripartito del desarrollo de la comunicación social que se ha señalado más arriba (oral, escrita, impresa), con el argumento de que no da cuenta por completo de las innovaciones particulares que produjeron transformaciones fundamentales en la sociedad, como las herramientas para escribir y la prensa (que podría, tal vez, ser considerada incluso más importante). Sería más exacto, sostienen, sugerir que los cambios desde las culturas orales a las escritas deberían marcarse a partir de otras "invenciones" adicionales:

> La invención del códice, que en los primeros siglos después de Cristo permitió la transición desde el libro que se desenrolla a aquel en el que se pasan las páginas, y así le dio al libro la forma, la estructura y la organización que ha conservado hasta el presente; la invención del "autor" en los siglos XIV y XV, que dotó a algunos autores contemporáneos (sobre todo a Petrarca) de la autoridad del nombre propio, que se había reservado tradicionalmente para los autores antiguos y los cristianos de la época clásica; la invención de los derechos de autor que, en el siglo XVIII, estableció el control –perpetuo e imprescriptible– del autor sobre su obra, sobre la base de la teoría de la ley natural y de una nueva estética de la originalidad (Chartier, 1997a: 11).

La intención del autor

Uno de los legados del siglo XIX que ha dejado su marca especialmente en la crítica literaria ha sido la tendencia a equiparar la actividad autoral con el genio creativo, invistiendo a tales individuos con el valor de ser originadores creativos, personas que tienen un alma creativa de la que emanan textos que resuenan a través de las culturas contemporáneas y futuras. El auge del culto al autor es, en la cultura occidental, sin duda producto de la época romántica, ejemplificado o más dramáticamente tipificado en la figura de Lord Byron, cuya naturaleza

tempestuosa (y su incluso más tempestuosa relación comercial con su editor John Murray) personificó el temperamento creativo del período.

El modo en que esto se abrió camino dentro de la historia del libro puede verse al yuxtaponer la reflexión de Barthes y la de Foucault sobre la cuestión de la autoría y de la relación entre autor y texto. El muy citado "La muerte del autor", el ensayo de Roland Barthes publicado en *Image, Music, Text* (1977) marcó en la década de 1960 el tono que revocaría los supuestos previos sobre el papel del autor en la formación de los textos. Su idea, y del mismo modo el argumento central en la respuesta de Michel Foucault "¿Qué es un autor?", era tratar de cambiar el énfasis de la investigación crítica centrada en el autor hacia un análisis basado en el lector. Un mayor desarrollo de este tema puede encontrarse en el capítulo 4, cuando nos dediquemos a discutir "Autores, autoría y autoridad".

Descentrar y desacoplar al autor de los textos no era un concepto nuevo; elevar al lector común a creador último del significado textual sí lo era. Sin embargo, como Foucault señaló claramente, eliminar completamente el papel del autor de la producción textual no era una opción satisfactoria. La "autoría" era una formación cultural inseparable de la mercantilización de la literatura: la reputación literaria pudo –y, de hecho, lo hizo– dar forma a moldear respuestas culturales a los textos de una manera no considerada en el análisis de Barthes. Ciertos desarrollos posteriores en la historia del libro han expandido y desarrollado el pensamiento crítico en relación con estas cuestiones. Se ha prestado particular atención al debate sobre la autoría, como un concepto que puede ser ubicado en la creación de la propiedad literaria bajo la legislación británica sobre los derechos de autor durante el siglo XVIII, él mismo un producto de la lucha nacional entre escoceses e ingleses (Ross, 1992; Rose, 1993).

La legislación sobre los derechos de autor dio a los autores el derecho legal de ser reconocidos como creadores y, por

lo tanto, propietarios de un producto específico (en este caso, el texto). Esto sirvió de base para una nueva profesión y una nueva industria que se desarrolló de manera exponencial en el siglo XVIII y que combinó la fabricación y distribución de productos culturales que descansaban en el autor (y no como antes, en la imprenta/librería) como fuente original de ese material. Los cambios resultantes en las redes culturales y sociales de la producción literaria sentaron las bases para el surgimiento de la autoría de pleno derecho como una profesión respetada y lucrativa en el mundo impulsado por la industria y por la lectura de lo impreso en la Europa occidental y la América del Norte decimonónicas.

Otro teórico francés cuya obra ha construido a partir de la reformulación foucaultiana sobre la autoría en términos de su mercantilización es Pierre Bourdieu. Su articulación del concepto de "campo literario" ha sido muy productiva para los interesados particularmente en la cultura impresa y la autoría contemporánea (desde el siglo XIX al XXI). También ha sido utilizado con especial incidencia en los estudios que relacionaban la cultura impresa con el floreciente campo de los estudios poscoloniales (Brouillette, 2007; Van der Vlies, 2007; Fraser, 2008; Fraser y Hammond, 2008; Helgesson, 2008; McDonald, 2009). El "campo literario" de Bourdieu subraya la unión entre la cultura, la sociedad y la producción material, definidas como ámbitos sociales, intelectuales e ideológicos que vinculan a los productores (impresores, editores y autores) con los productos (libros, publicaciones periódicas, obras literarias). En particular, Bourdieu se refiere a cómo "el capital simbólico" es adquirido, perdido o atesorado por las élites literarias, en "campos literarios" que constituyen microcosmos sociales específicos y relativamente autónomos, dentro de los cuales y entre los cuales se mueven los productores culturales y sus productos. Crucial para el desarrollo de Bourdieu es su afirmación de que tales campos son generalmente autónomos, "un universo social independiente con leyes propias de funcionamiento, sus

relaciones específicas de poder, sus dominadores y dominados" (Bourdieu, 1993: 164). Las personas que operan dentro de estos campos luchan por obtener capital cultural que se traduce en una mayor recompensa material, ya sea como reconocimiento del mérito artístico, como ganancia financiera o aumento del estatus social. Como sostiene Bourdieu:

> Este universo es el lugar de luchas totalmente específicas, particularmente en relación con la cuestión de saber quién es parte del universo, quién es un escritor de verdad y quién no. Un hecho importante para la interpretación de las obras es que este universo social autónomo funciona de algún modo como un prisma que refracta toda determinación externa: los acontecimientos demográficos, económicos o políticos se retraducen siempre de acuerdo con la lógica específica del campo, y es a través de su intermedio que impactan en la lógica del desarrollo de las obras (Bourdieu, 1993: 164).

Es importante resaltar que las preocupaciones de Bourdieu tienen que ver con la estética general y la producción cultural; sus análisis abordan los textos literarios así como el arte y la música. Está menos interesado en la producción material de los textos que en cómo esa producción cultural puede ser manipulada o interpretada dentro de estructuras sociales, literarias y artísticas particulares que permitan movimientos entre tales "campos literarios".

Janice Radway ha utilizado y reinterpretado el concepto de "campo literario" de Bourdieu (así como el de plano literario), en su trabajo sobre la cultura estadounidense de clase media, y más concretamente, en su trabajo sobre las actividades de los clubes del libro del mes en Estados Unidos a partir de los años veinte. Como parte del intento de crear una herramienta de *marketing* específica, destinada a los lectores hogareños a través de un servicio de correo, y, en consecuencia, de crear para sí la función de mediador, árbitro y filtro de la producción literaria –lo cual le daba una identidad única–, el Club del Libro del Mes estableció una junta interna de jueces

"expertos" en leer textos para la posterior recomendación y venta a los miembros del Club. En esencia, sus procedimientos reproducían una variación interna del "campo literario", donde los textos eran evaluados por su capital cultural y luego categorizados y diferenciados de acuerdo con su venta a diferentes audiencias. "El movimiento clave en las prácticas evaluativas de los jueces del Club del Libro del Mes", advierte Radway, "no era para nada el juicio, sino más bien la actividad de categorización, la de clasificar en diferentes planos" (Radway, 1996: 24). El Club del Libro del Mes estableció una suerte de plano para concebir los textos dentro de "una serie de mundos discontinuos, discretos e incongruentes". Al hacerlo, el Club creó vínculos entre el productor (autor) y el consumidor (lector) mediante los cuales el difusor –en este caso, la organización del Club, con sus jueces que filtraban y categorizaban los títulos en lugar de ofrecer juicios estéticos sobre los libros– se volvía menos un árbitro del valor literario y más un gerente de producción textual (Radway, 1996: 24). Y en muchos casos, diferentes arenas o planos de la producción textual, ya sea manuales de autoayuda, atlas, libros de divulgación científica, biografías o novelas, operaron claramente en diferentes planos de significación, satisfaciendo las necesidades de diferentes públicos con códigos, estructuras y formatos técnicamente distintos. El Club del Libro del Mes comenzó como una propuesta de negocios y estableció para sí una identidad global como un proveedor no evaluativo de textos de calidad en una variedad de áreas de especialización, que opera simultáneamente en diferentes planos y espacios textuales.

La lectura y la historia del libro

La investigación académica de los últimos treinta años sobre el encuentro entre el texto y el lector ha cambiado las cosas a tal punto que la postura barthesiana acerca de que "la muerte

del autor" posibilitó "el nacimiento del lector" puede ser leída ahora como un intento anacrónico que refleja las preocupaciones de las revoluciones posestructuralistas de la década de 1960 contra las restricciones de la Nueva Crítica literaria. Un mayor desarrollo sobre este punto puede verse en el capítulo 6, que recorre cuestiones de lectura y lectores.

El "lector", tal como lo han demostrado los estudios de Roger Chartier, Michel de Certeau y otros, no es tan omnipotente y autónomamente creativo como Barthes nos quiere hacer creer (un punto al que alude Michel Foucault en "¿Qué es un autor?", su refutación de Barthes). Más bien, como nos recuerda Chartier, la lectura es una actividad históricamente mediada: el significado textual "depende de las formas a través de las cuales es recibido y asimilado por los lectores (u oyentes)" (Chartier, 1989b: 48). "Debemos reconocer", continúa Chartier, "que la forma produce sentido y que incluso un texto fijo resulta investido de nuevo sentido y estatuto (*statut*) cuando cambia la forma física a través de la cual se ofrece para ser interpretado" (Chartier, 1989b: 48). El resultado es que cualquier estudio de las prácticas de lectura y de las respuestas del lector debe confrontar necesariamente el contexto en que tales actividades tienen lugar: "Una historia de los modos de lectura debe identificar las disposiciones específicas que distinguen a la comunidad de lectores y las tradiciones de lectura" (Chartier, 1989b: 48). Hacer esto de manera apropiada –argumenta en otra parte el mismo autor– supone aprovechar las oportunidades que ofrece la historia del libro, cuyos objetivos incluyen la reconstrucción y la interpretación de "las condiciones del encuentro entre el mundo del texto, que es siempre un mundo de formas, soportes y objetos, y el mundo del lector, que es siempre un lector definido socialmente por la competencia, las convenciones, las expectativas y las prácticas de lectura que comparte con los otros" (Chartier, 1997a: 10).

En su trabajo de 1986, "First steps toward a history of reading" [Primeros pasos hacia una historia de la lectura], Robert

Darnton reiteró este llamado a historizar y contextualizar los estudios de la lectura como parte de una misión de la historia del libro, expandida y marcada sociológicamente. Darnton hizo un llamado por una mayor investigación sobre una historia de la respuesta de los lectores que permitiría la contextualización del lugar de la imprenta en la vida cotidiana: "Necesitamos trabajar más con los archivos", argumentó, "comparar las narraciones de las experiencias de los lectores con los protocolos de lectura de los libros y, cuando sea posible, con sus conductas" (Darnton, 1990: 157). Además, los historiadores del libro tienen que prestar atención a los vínculos flexibles y recíprocos entre los lectores y los productores del texto, y la manera en que los significados derivados de los textos podrían cambiar con el tiempo. Los historiadores de la lectura requieren, desde su punto de vista, "confrontar el elemento relacional en el corazón de la cuestión: ¿cómo los cambios en la lectura producen cambios en los textos?" (Darnton, 1990: 187). Al haber estudiado la lectura como un fenómeno social, los historiadores del libro "pueden responder muchas de las preguntas acerca de 'quién', 'qué', 'dónde' y 'cuándo', que pueden ser de gran ayuda en el abordaje de las más difíciles sobre 'por qué' y 'cómo'" (Darnton, 1990: 157).

Ahora estamos, en términos de Darnton, explorando los "porqué" y los "cómo" de la historia de la lectura tanto como el "quién", "qué", "dónde" y "cuándo". Las fuentes para esta historia siguen siendo fértiles y problemáticas: el archivo, incluyendo las listas de las librerías, los archivos de la biblioteca, los registros del Estado, ofrecen datos generales que pueden ser usados para determinar los patrones y las tendencias que pueden localizarse o no, y lo personal, incluyendo cartas, diarios y autobiografías, ofrece presentaciones del yo del lector que pueden proporcionar prudentes percepciones sobre los hábitos y prácticas de lectura de los individuos. Por ejemplo, *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public, 1800-1900* [El lector común inglés. Una historia social

del publico lector, 1800-1900], el informe de Richard Altick (1957) sobre la lectura en Gran Bretaña, ilustra la riqueza y la densidad que se deriva de este material y, a la vez, nos alerta sobre la necesidad de recrear la historia de las mentalidades de la cultura que se aborda –el "porqué" y el "cómo", como lo exigen rigurosamente *analistas* como Henri-Jean Martin, Roger Chartier, Robert Escarpit, entre otros.

El "cómo" de Darnton incluye tanto los elementos paratextuales del mundo impreso (un tema que ya se ha señalado en relación con el trabajo de Jerome McGann y Gérard Genette) como la naturaleza del acto mismo de la lectura. Este último tema fue el eje de la escuela crítica de la respuesta lectora que surgió en Alemania durante la década de 1970 y en la que Wolfgang Iser fue la figura predominante. Iser devolvió al lector al centro del acto de la lectura, una posición de la cual había sido desalojado por esa atención limitada a las "intenciones" del autor y a la estructura del texto. En el modelo de lectura de Iser, el lector era un participante activo y creativo en la producción de significado textual. Podría parecer, entonces, que este modelo subraya la importancia de lo histórico, ya que se desprende que los diferentes lectores en diferentes períodos producirán significados distintos a partir de la lectura. Este concepto ha demostrado ser importante para permitir que el historiador de la lectura pasara de la información sobre los individuos a las conclusiones sobre las audiencias, para tratar de refutar la afirmación de Darnton de que "la experiencia de la gran masa de lectores se encuentra más allá del alcance de la investigación histórica" (Darnton, 1990: 177).

La historia del libro y la mediación

Con una amplia gama de temas e inquietudes disponibles, los historiadores del libro cada vez han enmarcado sus trabajos en términos de "mediación" (siguiendo las pistas de, entre otras

cosas, el "circuito de la comunicación" de Darnton). El concepto de "mediación" es esencial para apoyar las interpretaciones contemporáneas sobre lo que es la historia del libro y la cultura impresa. Como explica Joan Shelley Rubin: "Al rechazar la opinión de que un artefacto impreso es simplemente la materialización de las palabras de un autor, el término se refiere a la multitud de factores que afectan la transmisión del texto" (Rubin, 2003: 562). Michael Winship apoya esta interpretación al señalar: "Algo básico para la historia del libro es entender que la literatura es una institución humana, que forma parte de una matriz de fuerzas sociales y culturales de las que se desprende, en vez de ser algo puramente ideal o abstracto, independiente de la historia" (Winship, 1993: 95-96). Otros se han movido hacia fuera, en su examen de esta matriz, desde las obras literarias hacia textos tan variados como antologías, catecismos, manuales y libros infantiles (Monaghan, 1989; Howsam, 1991; Price, 2000). Tal diversidad también sustenta las multiformes iniciativas nacionales para la historia del libro que han aparecido desde fines de la década de 1990, y de las que han surgido publicaciones de varios volúmenes que tratan de rastrear preguntas como: ¿qué infraestructuras y mecanismos sustentaron los desarrollos de la cultura impresa nacional? ¿Qué valores culturales se transmitieron y se asimilaron en los espacios de las comunidades locales a través de textos que circulaban en y a través de los territorios establecidos y en desarrollo? ¿Y lo que se transmite de vuelta a través de los circuitos y las redes "imperiales"? ¿Quién manejaba las máquinas, qué habilidades y talentos se requirieron y desarrollaron en consecuencia, y quién creó la copia y financió la distribución de lo impreso y de los textos en todas sus formas (desde lo escrito y efímero al folleto, periódico, revista, y libro impreso)? Estas discusiones se dan sobre todo en inglés y en las investigaciones de habla inglesa correspondientes a Australia, el Reino Unido, Canadá, Irlanda, Nueva Zelanda, Escocia, y Estados Unidos. Todos ellos han explorado y nos

presentaron información fundamentada empíricamente sobre la imprenta y el texto a través de la sociedad, y el desarrollo de las infraestructuras nacionales de impresión (Griffith *et al.*, 1997; Hellinga y Trapp, 1999; Lyons y Arnold, 2001; Barnard y McKenzie, 2002; Fleming *et al.*, 2004; Lamonde *et al.*, 2005; Gillespie y Hadfield, 2006; Sheahan-Bright y Munro, 2006; Amory y Hall, 2007; Bell, 2007; Casper *et al.*, 2007; Finkelstein y McCleery, 2007; Gerson y Michon, 2007; Morgan y Thompson, 2008; Kaestle y Radway, 2009; Suárez y Turner, 2009; McKitterick, 2009; Nord *et al.*, 2009; Brown y McDougall, 2011; Gameson, 2011; Murphy, 2011; Walsh y Hutton, 2011).

La historia del libro como campo de estudio marca a la vez un fin y un comienzo. Es evidente que a medida que nos adentramos en una era marcada por los debates sobre la "nueva" revolución electrónica, la "vieja" revolución de la imprenta, iniciada en el siglo XV, asume un enfoque más claro y un cierre natural. Así como las tradiciones manuscritas se fusionaron con las nuevas tecnologías de impresión, ahora también estamos viendo fusiones similares y modos de complementarse entre los nuevos y los viejos medios. La incorporación de la cultura visual dentro de las formaciones culturales a partir del siglo XX (el avance del cine, la televisión, Internet) también ha significado una remodelación de la cultura impresa para dar cabida a estos medios de comunicación. Esto es evidente en la forma en que ahora los libros forman parte de las industrias culturales occidentales contemporáneas, donde la creatividad, el capitalismo y el consumo se vinculan a través de la creación de productos mediáticos basados en textos (de los libros a las películas y "novelizaciones" del cine posterior). También es evidente en la manera en que los textos impresos (periódicos, revistas) son ahora solo uno de los muchos sistemas de comunicación mediática que compiten por la atención del público de masas. No hay más que examinar los múltiples medios de comunicación a través de los cuales se comunica la humanidad actualmente para ver que la cultura

impresa está siendo lentamente desplazada desde el centro de la comunicación social a la periferia, todavía necesaria, pero ya no la única forma de información en la era electrónica.

Sin embargo, que en el futuro el libro ya no sea la principal forma de comunicación humana no significa, como algunos críticos nos quieren hacer creer, la muerte del libro. De hecho, muchos han argumentado que los nuevos medios tienen el potencial de extender la vida del libro a través del compromiso individual con los textos escritos, como lo demuestra la explosión de los blogs, la creativa interacción entre imagen y texto a través de sitios web especialmente adaptados y diseñados, y el consumo creciente de las versiones digitales de los textos impresos a través del iPad, Kindle y dispositivos similares (Baron, 2009). Como señala Dennis Baron, las nuevas tecnologías no borran las anteriores, se limitan meramente a añadir nuevas capas de complejidad a la forma en que recibimos y utilizamos la información; el mundo digital ha desplegado la autoría y la lectura de maneras positivas, redefiniendo radicalmente el espacio público y privado, y creando nuevas formas de promover el flujo de información a través de las fronteras nacionales (Baron, 2009). Por otra parte, la historia del libro se ha consagrado como un tema digno de estudio en el ámbito académico y ha provocado el interés de los editores que buscan nuevos espacios para generar listas y ventas: así como proliferan los títulos y cursos sobre el tema, también se han multiplicado los manuales, las introducciones (como esta), guías, y volúmenes con encuestas, necesarios para informar a los estudiantes sobre este tema (Howsam, 2006; Finkelstein y McCleery, 2007; Eliot y Rose, 2009; Bland, 2010; Suárez y Woudhuysen, 2010). Lo que todos tienen en común es la opinión de que la historia del libro es importante por lo que dice sobre el desarrollo humano. Sin la portabilidad y el alcance de los textos impresos, las formaciones sociales, culturales, legales, humanistas y religiosas no se habrían desarrollado, ni transmitido, ni habrían modelado las creencias y los sistemas de todo el mundo.

Conclusión

En este capítulo se han expuesto algunas de las teorías más importantes, y se ha examinado brevemente el trabajo de algunos de los principales teóricos que han dado forma a la disciplina de la cultura impresa y a los estudios de la historia del libro durante el último siglo. Se ha demostrado cómo la historia del libro se ha deslizado desde las pasadas tradiciones en estudios bibliográficos y textuales que buscaban fijar textos estables y precisar intenciones textuales, hasta las preocupaciones actuales que consideran los libros y la imprenta dentro de contextos culturales, sociológicos y bibliográficos más amplios y fluidos. El capítulo también ha explicado cómo la historia del libro ha desarrollado interés en vincular la producción de libros y textos con los estudios sobre la autoría y la lectura. En él se ha descripto cómo los historiadores del libro enmarcan cada vez más sus trabajos en términos de "mediación", cambiando el énfasis desde la recuperación del significado exacto del texto hacia la comprensión del lugar de los textos dentro de la sociedad contemporánea. Las nuevas prácticas mediáticas e Internet desafían la fijeza de lo impreso y crean nuevos vínculos entre las formas de comunicación visual, oral y textual, y por eso es necesario que cambiemos el modo en que concebimos los textos (pasados, presentes y futuros) para reconocer los contextos más amplios en los que existen. Para hacer esto, tal como se ha demostrado en este capítulo, la historia del libro toma prestada y reformula una combinación de instrumentos de análisis y de enfoques derivados de diversas disciplinas, que van desde los estudios literarios hasta la historia, y los estudios de comunicación y medios. La historia del libro ya no es simplemente la esfera de los bibliógrafos o los críticos literarios, sino que puede ser vista como una parte integral de la historia de la comunicación humana.

Cuestiones para pensar

Estas son algunas de las preguntas claves para reflexionar sobre los temas tratados hasta ahora. ¿En qué medida las diversas teorías sobre la historia del libro ayudan a explicar el modo en que los libros pueden actuar como una fuerza para el cambio? ¿Y qué tiene de diferente el estudio de los textos y libros respecto de otras áreas de estudio?

2

De la oralidad a la escritura

Introducción

La sociedad se basa en transacciones posibilitadas por los procesos comunicativos. Gran parte de nuestras vidas giran alrededor de esto, y nuestra capacidad de funcionar está frecuentemente determinada por la precisión y uso más adecuado de la información y el conocimiento disponible. Desde el comienzo de los tiempos, la capacidad y la habilidad de procesar, decodificar, trasmitir y utilizar el conocimiento y la información han sido altamente valoradas. Las culturas orales han tenido sus *griots* [narradores], chamanes, brujos y sabios, cuya función era preservar y transmitir las tradiciones orales, que actuaban como repositorios de valores sociales y culturales, y que eran convocados para juzgar, sanar, informar o entretener. Las culturas escritas han convocado a sus escribas y filósofos para preservar e interpretar el pensamiento y la actividad humana. Incluso hoy, aquellos que están capacitados para recolectar, utilizar y manipular información tanto en forma oral como escrita, con frecuencia desempeñan las mismas funciones, y vemos esto inmerso en una variedad de prácticas y tra-

diciones vinculadas al trabajo, desde gurúes de las relaciones públicas y agentes de prensa (una suerte de guardianes de la información) hasta escritores de *bestsellers*, periodistas, guionistas y comentaristas culturales.

Este capítulo aborda la escritura, en tanto ha sido integrada a los estudios de la historia del libro y también a la historia de las estructuras de comunicación social. Delinearemos cómo la escritura se desarrolló y se expandió en la cultura europea occidental, marcando vínculos con las autoridades y las instituciones, que serán analizados en mayor profundidad en el capítulo 4. Prestaremos atención al modo en que las tradiciones orales se incorporaron a la cultura temprana del manuscrito y la escritura, y examinaremos cómo la escritura cambió en su estructura y estilo con el predominio de la tecnología de la imprenta. Este capítulo también recorre el modo en que la escritura cambió su naturaleza debido al desarrollo de un público lector y letrado, desplazándose desde ser usada como una herramienta cultural para ser leída a muchos hacia un proceso que habitualmente dirigía sus resultados a lectores individuales y solitarios. Finalmente, el capítulo examina brevemente cómo los críticos han descripto la escritura al servicio del Estado y el poder institucional, usada para la colonización política y cultural de otras partes del mundo y en el contexto de las estructuras de clase.

La comunicación social a través de la escritura

Las tradiciones europeas occidentales de la comunicación social a través de la escritura pueden rastrearse varios milenios atrás en el Cercano Oriente y la Mesopotamia. Se dice que alrededor de los años 3500 a 3300 a. C. las comunidades agricultoras sumerias empezaron a agruparse en ciudades-Estado. Ellos inventaron nuevas técnicas de riego para cosechar las tierras secas, y las complejidades de la vida urbana comen-

zaron a requerir leyes, normas y códigos para las transacciones comerciales. De esto, se ha sugerido, surgió la escritura, y no, como es de suponer, para grabar la lengua, sino más bien como dispositivo mnemotécnico (ayuda memoria) que se marcaba sobre superficies duras, como unas tablas de arcilla, destinadas a registrar las comunicaciones y transacciones económicas, y para inscribir la propiedad y demás derechos sobre bienes y propiedades (Schmandt-Besserat, 1982a, 1982b; Assmann, 1994: 18). Sin embargo, durante los aproximadamente tres mil años del desarrollo social y político de la Mesopotamia, la escritura pictográfica y cuneiforme (*cuneiforme* deriva de la palabra latina *cuneus*: cuña, lo que refleja la forma básica de los símbolos impresos en las tablillas de arcilla), junto con el recitado público, se expandirían en términos de importancia y estarían vinculados a los actos y rituales sagrados, "el privilegio tecnológico profundamente protegido detentado por unos pocos que no eran solo académicos, sino también magos, médicos y sacerdotes" (Noegel, 2004: 134).

La escritura mesopotámica fue una de muchas escrituras desarrolladas por separado en todo el mundo. Entre otras, podemos contar los jeroglíficos egipcios, desarrollados alrededor del año 3000 a. C.; la escritura egea (llamado lineal A y lineal B), que data de 1650 a 1200 a. C., aproximadamente; la escritura del Valle del Indo, de alrededor de 3000 a 2400 a. C.; la escritura china, de alrededor del año 1500 a. C.; el alfabeto griego (precursor del alfabeto occidental) en torno al año 800 a 700 a. C.; la escritura maya, que se produce alrededor de 50 d. C.; y la escritura azteca, que data de 1400 d. C. (Martin, 1995: 1-42; Olivier, 2001: 197). La escritura jeroglífica egipcia demostró ser, en su concepción inicial, un sistema de grabación más sofisticado que la escritura cuneiforme sumeria: su propósito era "la comunicación política, en lugar de la económica, el registro de los actos de especial significación política" (Assmann, 1994: 18). El uso egipcio de los signos icónicos y los símbolos, que ha llevado a algunos a considerar los

jeroglíficos como un género de arte pictórico, se basaba en la oferta de representaciones gráficas de actos o momentos concretos, sagrados, sociales y políticos, que se tallaban en piedra y así se los protegía para la posteridad en espacios consagrados. La escritura con jeroglíficos egipcios estaba organizada en complejos niveles, que utilizaban simultáneamente sistemas de comunicación fonéticos, silábicos y logográficos. Contaba con imágenes-signos para referirse tanto a los nombres como a los actos. Como la escritura mesopotámica, también fue el espacio reducido de una sección de élite de la sociedad, un "sacerdocio con competencia en medicina y magia" (Noegel, 2004: 135), con jeroglíficos "reservados para la 'escritura de la palabra divina', como se le decía en egipcio, para la grabación en el espacio sagrado de la permanencia" (Assmann 1994: 19).

Esa reverencia por la naturaleza sagrada de la palabra se transmitió a las culturas asentadas en las regiones del Sinaí y Palestina, sobre todo encapsulada en la Biblia hebrea. Como señala Scott B. Noegel, esto no es sorprendente "ya que Israel se convirtió en un canal y un receptáculo cultural para las influencias egipcia y mesopotámica, dado que en Canaán (que con el tiempo se convertiría en la tierra de Israel) apareció por primera vez la escritura cuneiforme" (Noegel, 2004: 135). Las inscripciones "protosinaíticas" y los signos alfabéticos inspirados en jeroglíficos encontrados en la península del Sinaí, que datan de alrededor de 1850 a 1500 a. C. y a menudo situados al lado de los jeroglíficos egipcios, dan fe de estos vínculos y legados culturales (Lemaire, 2001: 203-204). Aunque también hubo diferencias obvias y desviaciones entre el uso y el desarrollo de los sistemas de escritura, lo que unía a las culturas de la Mesopotamia, Egipto y del Sinaí era la creencia en el peso de las palabras, tanto escritas como habladas, "una concepción de la palabra como vehículo de poder, de la creación por decreto, y del uso oracular de las palabras escritas y habladas" (Noegel, 2004: 134). En concreto, esto significaba una especial atención a la representación de las palabras, una práctica de la

transcripción que creía que las inexactitudes violarían los principios sagrados y tendrían consecuencias imprevistas y graves. Dentro de tales contextos, "una memoria precisa es todo, copiar es sagrado, y el conocimiento de las sutilezas asociativas integradas en un texto equivale al conocimiento secreto de lo divino" (Livingstone, 1986; Noegel, 2004: 137).

La verdad, la autoridad y el carácter sagrado de la palabra escrita también se incrustaría en el movimiento religioso más influyente que emergió de la Cuenca del Sinaí durante la época romana. El cristianismo –surgido en el contexto de una cultura sinaítica estrechamente conectada con el mundo helénico, bajo la dominación romana, y en contacto a través del intercambio y el comercio con otras culturas mediterráneas y árabes– en un principio se basó en las tradiciones orales para difundir su mensaje, con los apóstoles mismos a cargo de la tarea de predicar el Evangelio a las grandes multitudes y de establecer las comunidades cristianas a través de las cuales se difundían, por vía oral, las narrativas y los mensajes religiosos. Luego, esas comunidades se quedaron con versiones y resúmenes escritos de sus sermones y enseñanzas principales, para su uso futuro.

A través de la reiteración, amplificación y grabación escrita de los mensajes más importantes, la comunidad cristiana desplegó un conjunto unificado de doctrinas que aprovecharon los nuevos desarrollos en la tecnología de la escritura (los formatos de los códices, las superficies de los pergaminos) para hacer su mensaje más transportable. El cristianismo conquistó el Imperio Romano a causa de su capacidad para ofrecer un mensaje universal atractivo para las culturas griega y latina. Las obras y los filósofos paganos se leían con el objetivo de tomar prestadas y reutilizar las ideas extraídas de textos claves para convertir al no creyente. Al mismo tiempo, la evolución de una Iglesia Católica dominante desde el siglo IV en adelante implicó la formación de nociones de tradición, donde "los Padres de la Iglesia afirmaban sin cesar que la Iglesia era el único depositario de la verdad que los apóstoles le habían

pasado, ya que solo la Iglesia estaba habitada por el Espíritu Santo" (Martin, 1995: 113) (la autoridad religiosa en relación con el concepto emergente de autoría se discute más adelante en este libro). La naturaleza sagrada de la palabra escrita se insertó en el ritual de la Iglesia con la encarnación escrita de la Biblia (especialmente el Nuevo Testamento), tan prominente en los espacios sagrados (algo similar a la exhibición reverencial de los rollos sagrados –la Torá– en los espacios benditos de las sinagogas judías), reproducida por otros medios visuales (pinturas, vitrales) y copiada para que los sacerdotes la usaran para enseñar a los fieles.

A lo largo del primer milenio del calendario cristiano, la escritura en Europa occidental se mantendría contenida dentro de la esfera eclesiástica y sería practicada principalmente dentro de los límites de los monasterios y abadías. Varios momentos de confluencia histórica y de iniciativas individuales de los Estados producirían el desplazamiento de la escritura hacia el exterior y en dirección a la esfera pública. Un ejemplo de ello fue el renacimiento cultural carolingio, encabezado por Carlomagno y sus sucesores en la región del valle del Rin y del Mosa durante los siglos VIII y IX. Carlomagno trajo a los hombres de letras para trabajar en su corte, extendió la copia de importantes manuscritos y textos clásicos, alentó un resurgimiento de la escritura en las actividades diplomáticas y administrativas (Carlomagno republicó viejos fallos judiciales y eclesiásticos, y pidió que los nuevos decretos y leyes se pusieran por escrito), y en el año 787 reforzó el valor de lo escrito en Italia mediante la emisión de una proclama que afirmaba la superioridad de las leyes escritas sobre las costumbres orales.

Carlomagno y sus sucesores también establecieron políticas educativas con el objetivo de poner orden a la formación de los clérigos y sacerdotes para el servicio religioso. Sin embargo, como señala Henri-Jean Martin, la escritura, tal como se concibió en tales centros educativos, estaba ligada a los contextos eclesiásticos, debido a que se utilizaba "un lenguaje común –el

latín– para familiarizarse y obtener una mejor comprensión de la escritura, y para perpetuar la realización correcta y uniforme de los ritos y sacramentos de la gloria de Dios y la unidad de Occidente" (Martin, 1995: 126). La copia de los manuscritos para tales fines también condujo a mejoras en el estilo y la forma de la escritura: la escritura carolingia, a medida que se fue perfeccionando durante este período, incorporó nuevos sistemas de puntuación que serían adaptados por los miembros de los movimientos humanistas del siglo XV y reformados en la manera en que los conocemos hoy en día (para un mayor desarrollo de los cambios en el estilo y la forma de la escritura, véase más adelante en este capítulo).

Las tradiciones orales

Es importante señalar, sin embargo, que el paso de las tradiciones orales a las escritas implicó transformaciones sociales que copiaron, incorporaron y al mismo tiempo reformaron las viejas tradiciones para adaptarlas a las nuevas formas y contextos. Walter Ong ha escrito mucho y con gran erudición sobre las tradiciones comunicativas orales y el efecto que tuvo el desarrollo de la escritura en las sociedades prealfabetizadas. "Más que cualquier otra invención" –sostuvo en una de sus famosas declaraciones– "la escritura ha transformado la conciencia humana" (Ong, 1982: 77). En *Oralidad y escritura*, Ong comparó las disyunciones causadas por los cambios en la conciencia comunicativa, y sostuvo que el desarrollo de la escritura implicó nuevos tipos de experiencias cognitivas, distintas de las de la comunicación cultural oral. Las culturas orales, por su propia naturaleza transitiva, requieren habilidades y formas discursivas particulares. Ong usó una metáfora especialmente adecuada para describir los patrones orales de la comunicación cuando comentó: "El discurso oral por lo general se ha considerado, aun en medios orales, como un tejido o un bordado"

(Ong, 1982: 13). Un aspecto particularmente importante de la oralidad y del discurso oral es su dependencia de la memoria y la repetición (entretejer la información, en particular, a partir de patrones reconocibles), ya que, con el objeto de retener el conocimiento, la información tiene que ser transmitida por vía oral en una forma repetitiva hasta que el oyente haya internalizado y retenido su significado. Como explica Ong (1982: 23): "Los patrones de pensamiento asentados en fórmulas fijas son esenciales para la sabiduría y la administración eficaz".

Hasta el desarrollo de la imprenta, la escritura y la cultura del manuscrito conservaron muchas de las tradiciones del discurso oral: de naturaleza repetitiva y concebido con el fin de entablar un diálogo en el que uno pensaba a través de su punto de vista expresado en términos orales. Así, en la Inglaterra del siglo XI encontramos a Eadmer de St. Albans comentando que, para él, componer de manera escrita era similar a dictarse a sí mismo, mientras que Santo Tomás de Aquino, que prescindía de los escribas para escribir sus propios textos, componía y organizaba sus textos en "un formato cuasi oral": que incluía en cada sección una lista de las objeciones que un interlocutor podría plantear contra las posiciones propuestas por Santo Tomás, un resumen de la propia postura de Santo Tomás, y una respuesta detallada a cada pregunta y consulta planteada por el objetor imaginario.

Estas posiciones reflejan la adaptación a la escritura de los estilos de declamación oral. La cultura del manuscrito "había conservado una sensación sobre el libro como una clase de manifestación, un enunciado en el curso de la conversación, más que como un objeto" (Ong, 1982: 123). El cambio de las tradiciones orales a las escritas se fue incrementando gradualmente, con personas versadas en las tradiciones orales que impugnaban con firmeza la validez de las tradiciones escritas. Algunos de los ejemplos más famosos de estas impugnaciones son los discursos filosóficos de Sócrates sobre la escritura, que datan del siglo IV a. C. (irónicamente, accesibles a los comentaristas

modernos gracias a que fueron escritos por Platón). En varios diálogos registrados por sus discípulos, Sócrates dedicó alguna atención a los efectos nocivos que creía que la escritura estaba teniendo en la sociedad griega contemporánea. Grecia se situaba en la cúspide del cambio, cuando la sociedad había asimilado e incorporado plenamente la escritura en todas las facetas de la vida política, social y cultural. Este fue un cambio resistido por influyentes defensores de una cultura basada en lo oral. Se trataba de una batalla perdida, porque, como señala Ong:

> Para la época de Platón (¿427?-347 a. C.) había sobrevenido un cambio: los griegos por fin habían interiorizado efectivamente la escritura, lo cual tomó varios siglos después del desarrollo del alfabeto griego alrededor de 720-700 a. C. [...]. La nueva manera de almacenar el conocimiento no consistía en fórmulas mnemotécnicas sino en el texto escrito. Ello liberó a la mente para el pensamiento más abstracto y original (Ong, 1982: 23-24).

Tal como lo registra Platón en la *Carta VII*, Sócrates tenía poco interés y aún menos fe en el valor de la escritura: en una de sus frases más famosas sobre el tema, Sócrates concluye que "una composición escrita sobre cualquier tema debe ser en gran medida una creación de fantasía [y, por lo tanto,] [...] jamás se ha escrito nada, en prosa o verso, digno de seria consideración". En *Fedro*, un texto que aborda la naturaleza del amor, la sabiduría, la sociedad y el arte de las letras, Sócrates volvió a contar la leyenda del encuentro entre el rey de Egipto y el dios egipcio Teut (inventor, entre otras cosas, de la escritura), como un comentario admonitorio sobre la escritura. Teut le ofreció al rey varias invenciones para que transmitiera a su pueblo, y en el proceso conversó con él acerca de las ventajas y desventajas de cada una, hasta que llegaron a la escritura. "Esta invención", dijo Teut, "hará a los egipcios más sabios y servirá a su memoria; he descubierto un remedio contra la dificultad de aprender y retener". El rey de Egipto no estaba impresionado y le respondió al dios que la escritura produciría:

> El olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en este auxilio extraño abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias, y das a tus discípulos la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. Porque, cuando vean que pueden aprender muchas cosas sin maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes, en su mayor parte, y falsos sabios insoportables en el comercio de la vida.

Un lector, le advirtió Sócrates a Fedro, "tiene que ser un gran necio si piensa que lo escrito puede hacer algo más que recordarle algo que ya conocía de antemano" (Manguel, 1996: 58). Lo que es evidente aquí es la manera en la que Sócrates asume y utiliza viejas convenciones y marcos de referencia (es decir, la memoria y las tradiciones de la cultura oral) para hacer frente a nuevas realidades. Aquellos empapados en las tradiciones que aprecian la memoria, naturalmente no estimarían demasiado una forma social (la escritura) que cambiara esas normas y valores, y requiriese la adopción de diferentes habilidades.

Pero la ola de cambio barre a aquellos como Sócrates. La naturaleza misma de la escritura exigió una adaptación cultural nueva en la medida en que aumentó la cantidad de gente alfabetizada. Como señala un crítico, "el conocimiento avanzado de la escritura propicia la composición verdaderamente escrita, en la cual el autor compone un texto que es precisamente un texto, concentra sus palabras sobre el papel. Esto proporciona al pensamiento perfiles distintos de los que posee el pensamiento que se produce oralmente" (Ong 1982: 94). Los cambios crecientes desde el manuscrito a la cultura impresa ocasionan lo que Ong y otros han resumido como la creación de un nuevo "mundo noético", que implica cambios desde los espacios orales a los visuales, un deslizamiento hacia los procesos racionales y lineales de pensamiento en la comunicación impresa, "la imposición en el discurso de un sentido de cierre", y modos de abordaje textual más formales, mecánicos e impersonales (Love, 2003: 54).

Pero, como se señaló en el capítulo 1, estos cambios no fueron totalitarios, sino que eran formas de adaptación y mezcla que acomodaban las antiguas estructuras de comunicación en el seno de las nuevas y cambiantes formas comunicativas.

La escritura desempeñó un papel importante en la evolución de las lenguas nacionales –no solo en términos de fijación de la ortografía, la sintaxis y las reglas formales y convenciones de la versión escrita y oral de la lengua, sino también en términos de proporcionar la base de la enseñanza formal y la difusión de la lengua más allá de las fronteras regionales. La fijación de la lengua (por escrito y de manera impresa) y de sus normas fue posible gracias a la ayuda de ciertos marcos de referencia comunes que permitieron que todos compartieran su uso.

Al mismo tiempo, críticos como Jack Goody y Marshall McLuhan han demostrado que la escritura (y luego la imprenta) desempeñó un papel crucial en la reorientación y reformulación de la experiencia a lo largo de la historia humana. Ellos han sostenido que el encuentro del hombre con la página escrita e impresa, y en particular con el alfabeto fonético lineal (a diferencia de los pictogramas y jeroglíficos), produjo una división entre, como McLuhan lo sintetiza de manera memorable, "el mundo mágico del oído al mundo neutro de lo visual" (McLuhan, 1962: 32). Walter Ong dedica varias páginas a delinear los muchos cambios que él advierte en el paso de la cultura oral a la letrada. McLuhan, en cambio, se centró en muchas de sus influyentes obras (como *La galaxia Gutenberg* y *Comprender los medios de comunicación. La extensión del ser humano*) en la "revolución Gutenberg", argumentando que los efectos del alfabeto griego, la escritura romana, e incluso la cultura medieval del manuscrito, fueron insignificantes en comparación con la mucho más radical división en la conciencia humana que resultó del desarrollo de la imprenta. "Desde el punto de vista de los recientes y profundos conocimientos acerca de los componentes visuales de la experiencia", señaló McLuhan:

> El mundo griego se nos aparece como tímido e indeciso. Pero en la fase del manuscrito, de la tecnología del alfabeto, nada hubo que tuviese la suficiente intensidad para separar completamente lo visual de lo táctil. Ni aun la escritura de los romanos tuvo fuerza para hacerlo. La escisión de los sentidos y la ruptura y alejamiento de la dimensión visual no se produjo hasta que tuvo lugar la experiencia de la producción en masa de tipos exactamente uniformes y repetibles (McLuhan, 1962: 70).

Más de veinte años después, aunque manifestara su rechazo por la prosa académica de McLuhan, que resultaba incomprensible para los objetivos académicos, Elizabeth Eisenstein usó la aproximación general de McLuhan para articular una noción similar sobre el efecto, en la sociedad europea occidental, de la "fijeza tipográfica", un punto que ya fue abordado en el capítulo 1 (Eisenstein, 1983: 41-90).

Cambios tecnológicos

Los cambios desde la cultura oral a la escrita fueron facilitados por los avances tecnológicos y el desarrollo de importantes materiales de escritura. Inicialmente, la adaptación del papiro para su uso como material de escritura permitió a los egipcios, griegos y romanos crear superficies lisas sobre las que escribir. También se utilizaban cálamos cortados de una caña, que se sumergían en tinta y así se escribía. El papiro, fabricado a partir del secado de los tallos de las cañas de los pantanos, era lo suficientemente flexible como para enrollarlo, pero demasiado frágil para ser cortado y doblado como las hojas de las páginas. Se dice que los romanos idearon técnicas para pegar las tiras de papiro con el objetivo de crear rollos continuos. Generalmente estos rollos tenían entre 6 y 8 metros de largo, y allí estaba el texto escrito

> en columnas paralelas de entre 15 y 30 caracteres por línea, cada columna tenía entre 25 y 45 líneas, lo cual daba "páginas" de 300 a 1.350 signos, comparables con la página actual escrita a máquina de

> algo más de 1.500 caracteres o una página impresa [...] de unos 3.000 caracteres (incluyendo espacios, que no existen en un texto manuscrito de *scriptura continua*) (Martin, 1995: 58-59).

El historiador romano Plinio el Viejo afirmó que el pergamino, hecho de pieles de animales, había sido perfeccionado en el siglo II a. C. por Eumenes, rey de Pérgamo, como consecuencia de la prohibición de exportar papiro de Egipto establecida por el rey Ptolomeo, que deseaba mantener el secreto de la producción del papiro dentro de las fronteras egipcias. El hallazgo de cuadernillos hechos con pergamino que databan de un siglo antes sugiere que este dato puede ser inexacto.

Cualquiera sea la verdad, el pergamino, más flexible que el papiro, permitió el desarrollo del códice (páginas rectangulares, unidas o pegadas y escritas de los dos lados) alrededor de los años 40 a 103. Mientras que la mayoría de los romanos preferían mantener los rollos tradicionales, los cristianos promovieron la preservación de sus textos sagrados y tratados médicos en forma de códice y utilizando papel vitela –un tipo de pergamino más resistente, hecho con pieles de animales–, no solo porque el códice de pergamino era más fácil de consultar, sino también porque su tamaño flexible y su durabilidad hacían que fuese más fácil de ocultar y transportar textos prohibidos por las autoridades romanas. En el año 400, los códices de pergamino –y sus versiones alternativas más caras, como el papel vitela– se habían convertido en toda Europa en el estándar del modo principal de circulación de los textos manuscritos, "producidos como hojas reunidas en un formato rectangular" (Manguel, 1996: 127). Una alternativa al pergamino, el papel hecho de cáñamo o de lino, emergería varios siglos después. Se inventó en China, fue adoptado por los árabes en el siglo VIII de nuestra era y se extendió por los estados musulmanes a lo largo del Mediterráneo (incluyendo España) entre los años 800 y 1000; finalmente los italianos se hicieron cargo de su fabricación, y a lo largo del siglo XIII perfecciona-

ron las técnicas de producción (por ejemplo, introduciendo el proceso de fabricación de pasta, las marcas de agua y también suavizando la superficie a partir del uso de gelatina animal). Así, las fábricas de papel en pueblos y ciudades como Fabriano, Bolonia, Padua y Amalfi se hicieron famosas en toda Europa. Durante el siglo XIV, surgió una mayor competencia con las fábricas de Francia y Alemania, y luego, en la segunda mitad del siglo XV, le siguieron otros países (se establecieron fábricas de papel en Estrasburgo en 1445, en Inglaterra en 1490, en Austria en 1498, en Holanda y otros países del norte en 1500).

El uso del pergamino, el papel y el formato del códice afectaron la manera en que se ha conservado la escritura. Inicialmente, el material escrito se conservaba bajo la forma de oraciones continuas (*scripta continua*) en rollos o códices de pergamino, y esto servía a los que podían leer en voz alta para distinguir entre los sonidos de las palabras y, posteriormente, interpretarlos. Los problemas surgieron con las consiguientes malas interpretaciones de un texto debido a la falta de signos para marcar detenciones, pausas o finales (Martin, 1995: 54-59).

En los primeros textos griegos y latinos puede encontrarse puntuación de todo tipo, pero su uso y estilo eran erráticos y, en Europa occidental, el uso de las formas de puntuación para indicar pausas en el discurso seguiría siendo igualmente errático e irregular durante la mayor parte del medioevo. En algún momento después del siglo VII se desarrollaron métodos para indicar énfasis y detención en el flujo textual, en este caso, a través de la introducción de puntos, guiones y comas. En el siglo IX, los monjes, ahora los principales guardianes de las tradiciones escritas europeas, comenzaron a aislar partes de la oración en sus transcripciones manuscritas, por medio del agregado de más signos de puntuación y la introducción de diferentes colores de tinta para indicar el comienzo y el final de las secciones. Al transcribir textos clásicos para nuevas bibliotecas, los innovadores italianos de comienzos del siglo XV, como Poggio Bracciolini y Niccolo de Niccoli –que formaron

parte del movimiento cultural humanista caracterizado por el dinamismo, la empresa y el patrocinio de una clase burguesa mercantil cada vez más rica que emergía en ciudades italianas como Florencia y Venecia– mejorarían y perfeccionarían la escritura de manuscritos al incorporar como estándar el uso de itálicas, comillas, comas, puntos, paréntesis y otros signos de puntuación para indicar cortes y cambios en el significado textual. El uso de estos métodos sería cada vez más común con el advenimiento de la imprenta varias décadas más tarde, lo que llevaría a la estandarización de lo impreso tal como estamos acostumbrados a verlo e interpretarlo hoy.

La escritura, la autoridad y el individuo

A través de, e incluso mucho más allá de 1500 (cuando empezó a funcionar la impresión mecánica), la escritura y el conocimiento de ella estaba limitado a las élites de la sociedad –la corte, la ley, los laicos, religiosos y sacerdotes–. El auge de las bases de poder regional con estructuras políticas formales requería individuos que pudieran interpretar los códigos escritos: el decodificador, el escriba, cuyo papel en los circuitos oficiales de grabación, desciframiento, y difusión de información fue creciendo y desarrollándose hasta que se convirtieron en los oídos, los ojos y las voces de los gobernantes y las élites políticas. Tal acceso les dio poder, como el que tenían los griots y los chamanes en las sociedades basadas en la cultura oral. Pero la escritura, pese a ser un proceso de transformación, también mantuvo la forma de la cultura oral de la que surgió, a menudo manteniendo por escrito la forma del diálogo y la conversación, con ornamentos retóricos y repeticiones generalmente asociados con los patrones del habla.

En este contexto, el manuscrito europeo occidental y la producción textual resultaron comprometidos con la suposi-

ción de que pocos podían leer los resultados, pero que muchos más acabarían escuchándolos. La escritura fue concebida para ser leída en voz alta (un punto elaborado en otro capítulo de este libro). Existía la opinión de que leer un texto en voz alta era una manera de hacer que cobrara vida, de proporcionarle un espíritu de un modo que era diferente de la lectura en silencio. Los textos no estaban destinados a ser leídos para uno mismo sino a ser compartidos. En el año 383, San Agustín escribe sobre su visita a Ambrosio, obispo de Milán donde ve algo que para él era inusual, pues San Ambrosio está leyendo en silencio:

> Cuando leía, los ojos recorrían las páginas y el corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban. Muchas veces, estando nosotros presentes –porque a nadie se le prohibía la entrada, ni había costumbre de anunciarle al visitante–, lo vimos leer así en silencio y jamás de otra manera (Manguel, 1996: 42).

Si la lectura en voz alta era la norma, aquí se daba un comportamiento que rompía esas normas, lo que constituye una adaptación a las nuevas formas culturales. Hasta bien entrado el Renacimiento, la escritura se concibió a partir de la suposición de que los lectores oían más que veían los textos. Las lecturas públicas eran comunes ya que pocos sabían leer, y en cualquier caso, había pocos textos escritos a mano disponibles para el consumo masivo (este tema se trata con más detalle en el capítulo 6).

Los que leían gozaban de una especie de poder, como se ejemplifica en los rituales de todas las religiones más importantes. La Iglesia Católica, por ejemplo, al igual que muchas otras religiones organizadas, tenía en su centro representantes que estaban allí como árbitros y explicadores definitivos de la palabra de Dios (el sermón del domingo, en el que se leían en voz alta los textos y se los comentaba, era un ejemplo de un foro público donde se daba la reinterpretación oral de un texto escrito para el beneficio de una audiencia mayor).

Otro aspecto crucial en el ejercicio de ese poder era una concepción de la escritura como acción permanente que afec-
taba los sentidos. En un famoso tratado sobre la verdad y su
encarnación en la escritura (*Filobiblión*, 1345), Richard de Bury
(1287-1345) opinaba sobre el valor de la escritura y los textos
de una manera que contrasta directamente con las ideas de
Platón sobre la cultura escrita. Para De Bury, la escritura era
una manifestación física de la verdad, con un efecto sobre los
sentidos más fuerte y más duradero que el del mero discurso.
Como sugiere un crítico, el argumento de De Bury era que
"la verdad que aparece [...] en el pensamiento, el habla o la
escritura, es más provechosa en los libros". Tal como afirma
De Bury, la escritura tenía una permanencia que superaba la
presentación oral:

> Pues el significado de la voz [*virtus vocis*] perece con el sonido, la verdad latente en la mente [*mente latens*] es la sabiduría que está escondida y el tesoro que no se ve, pero la verdad que resplandece en los libros desea manifestarse a todos los sentidos impresionables [*omni disciplinabili sensui*]. Se encomienda a sí misma a la vista cuando se lee, al oído cuando se escucha, y además de alguna manera al tacto, cuando soporta el ser transcripta, encuadernada, corregida y conservada (Müller, 1994: 38).

La palabra escrita podía ser una maestra benéfica, una compañera sin defectos humanos, constantemente disponible para ser usada, y viva en el sentido de capaz de proporcionar conversación a aquellos que estuvieran dispuestos a participar. También fue una presencia muy material: en la cultura del manuscrito en particular, "el cuerpo del libro" –la forma física en que existía la escritura– también funcionaba como "garante de la longevidad de la palabra y de la presencia del autor y del significado" (Müller, 1994: 44).

El lugar y la "autoridad" del autor en la cultura del manuscrito y la cultura impresa es algo que se discute en un capítulo posterior de este libro, pero lo que está claro es que a lo largo

de la evolución de la cultura del manuscrito en Europa occidental, la escritura ejerció su poder a través de su presencia material, algo que forma parte de un legado que se remonta a su inserción en el discurso humano de los tiempos de la Mesopotamia y el Egipto premilenarios. La escritura sirvió para cristalizar y ejemplificar la autoridad política y religiosa, a la par con la evolución de los Estados-nación. A medida que las potencias de Europa occidental se fueron fortaleciendo desde el siglo XV en adelante, ampliaron su control sobre los territorios y colonias extranjeras, imponiendo, en este proceso, normas culturales y realidades políticas que se reforzaban a través de estatutos legales y acuerdos reproducidos de manera escrita (y, eventualmente, impresa).

Escritura y poder

Mucho se ha escrito acerca de los efectos que la imposición de la escritura ha tenido en la formación de los valores culturales y en la justificación de la dominación política en las zonas colonizadas por las potencias de Europa occidental. Es un lugar común decir que, a menudo, la historia la escriben (y reescriben) las clases dominantes en términos culturales e históricos. La conquista por parte de España de América Central y de América del Sur durante los siglos XV y XVI ofrece un ejemplo de ello. La llegada de los conquistadores españoles a México en el siglo XV, por ejemplo (y la consiguiente destrucción de la cultura maya), produjo una estela de misioneros cristianos decididos a llevar la salvación a las razas paganas. Uno de los efectos secundarios de este flujo fue una marginación y una falta de comprensión de la cultura maya y sus artefactos. Los registros sociales que los mayas conservaban bajo la forma del *quipu* (un intrincado tejido de cuerdas y nudos que ciertos escribas mayas eran expertos en descifrar) fueron destruidos, y las costumbres mayas fueron posteriormente regis-

tradas por los comentaristas españoles –incluso por aquellos que simpatizaban con esta cultura– de un modo tal que refleja valores y modos de inteligibilidad eurocéntricos. No fue sino hasta fines del siglo XIX y principios del XX cuando se descubrieron y excavaron las ruinas mayas y se rescataron artefactos sociales que revelaban una nueva visión de la cultura maya, que la percepción de la cultura maya empezó a ser reformulada de una manera distinta de aquella que había sido modelada por los registros escritos de los españoles, que habían reemplazado estos artefactos en su conquista de América Central (Ascher y Ascher, 1981; Radicati de Primeglio, 1992; Lavallée, 2001).

El trabajo reciente de los historiadores culturales, historiadores del libro, antropólogos y sociólogos ofrece materiales considerables y casuística sobre los resultados de la colisión entre los poderes coloniales y los grupos colonizados en la cultura oral, la escrita, y la impresa. El trabajo de Chris Bayly y otros sobre las tradiciones orales y escritas de la India, por ejemplo, ha mostrado magistralmente cómo la historia de comunicación escrita e impresa de la India cambió en respuesta a la invasión y la interacción con las culturas y las influencias externas (Bayly, 1996; Finkelstein y Peers, 2000b; Darnton, 2001; Joshi, 2002; Ghosh, 2003). Los mongoles trajeron las tradiciones manuscritas de la cultura persa para influir en las funciones cortesanas y el funcionamiento de la burocracia oficial; la incursión de las potencias europeas desde fines del siglo XVI en adelante fue resistido, con frecuencia, a través de la asimilación y la reorientación de sofisticadas herramientas de comunicación: los que lucharon contra el levantamiento hindú de 1857, por ejemplo, utilizaban materiales escritos y redes de comunicación oral para forjar la resistencia de un modo que confundía a la inteligencia británica en sus esfuerzos por recolectar información y comprender los rápidos y cambiantes acontecimientos.

El ensayo clásico de Don McKenzie sobre la historia de Nueva Zelanda, que se centra en interpretaciones contradictorias del Tratado de Waitangi entre jefes maoríes y oficiales

británicos en 1840 (que cedió a la corona derechos sobre la tierra) demuestra, de manera similar, cómo el discurso oral y el impreso (los "mundos noéticos" señalados por Walter Ong) podrían chocar en momentos particularmente significativos de la historia humana. En este caso, el poder soberano y el tribal en Nueva Zelanda, y los diferentes medios por los cuales se ejercía tal poder (lo oral versus lo impreso), dio lugar a interpretaciones muy disputadas y radicalmente diferentes del significado que tenían los documentos escritos e impresos producidos después del hecho en cuestión (McKenzie, 1984).

Un ejemplo similar del uso de la escritura para ejercer el poder político y el tribal es registrado por el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss. En la década de 1930, Lévi-Strauss pasó varios años estudiando a las tribus indígenas de las selvas brasileñas. En el siguiente extracto de "Lección de escritura", parte de su *Tristes trópicos*, estudio pionero publicado por primera vez en 1955, describe un encuentro con los nambiquara, una tribu india, que implicó la apropiación de la escritura con fines políticos:

> Se sospecha que los nambiquara no saben escribir; pero tampoco dibujan, a excepción de algunos punteados o zigzags en sus calabazas. Como entre los caduveo, yo distribuía, a pesar de todo, hojas de papel y lápices con los que al principio no hacían nada. Después, un día, los vi a todos ocupados en trazar sobre el papel líneas horizontales onduladas. ¿Qué querían hacer? Tuve que rendirme ante la evidencia: escribían, o más exactamente, trataban de dar al lápiz el mismo uso que yo le daba, el único que podían concebir, pues no había aún intentado distraerlos con mis dibujos. Para la mayoría, el esfuerzo terminaba aquí; pero el jefe iba más allá. Sin duda era el único que había comprendido la función de la escritura: me pidió una libreta de notas; desde entonces, estamos igualmente equipados cuando trabajamos juntos. Él no me comunica verbalmente las informaciones, sino que traza en su papel líneas sinuosas y me las presenta, como si yo debiera leer su respuesta. Él mismo se engaña un poco con su comedia; cada vez que su mano acaba una línea, la examina ansiosamente, como si de ella debiera surgir la significación, y siempre la misma desilusión se pinta en su rostro. Pero no se resigna, y está tácitamente entendido entre nosotros

> que su galimatías posee un sentido que finjo descifrar; el comentario verbal surge casi inmediatamente y me dispensa de reclamar las aclaraciones necesarias (Lévi-Strauss, 1988: 321).

La cuestión importante aquí es la forma en que el jefe de la tribu captó la importancia de la escritura como una forma de mantener su estatus, lo que le permitió actuar como intermediario principal entre los indígenas y el exterior. En este ejemplo, Lévi-Strauss documentó un momento en el que se utiliza la escritura como agente de poder, como método para conectar y controlar el acceso al mundo exterior. Pero en este caso, lo importante no era la escritura *per se* –la comprensión de los símbolos con fines comunicativos–, sino más bien la escritura como símbolo que se toma prestado con fines sociales y no intelectuales. Lévi-Strauss utilizó este incidente para reflexionar sobre el papel fundamental de la escritura y la cultura escrita en la sociedad, concluyendo que la clasificación y la colocación de los individuos en castas y clases era uno de los objetivos principales del lenguaje escrito en la civilización occidental: "El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político". Y concluye de manera bastante provocativa: "Si mi hipótesis es exacta, hay que admitir que la función primaria de la comunicación escrita es la de facilitar la esclavitud" (Lévi-Strauss, 1988: 324).

La posición de Lévi-Strauss, aunque sea extrema, no es única; Foucault, por su parte, ha llamado la atención de la crítica sobre la naturaleza transgresora de la escritura ("un gesto lleno de riesgos"), un discurso inexorablemente cercado por la censura, el control del Estado y el ejercicio de la propiedad legal sobre los textos (sobre todo después del desarrollo de la legislación de los derechos de autor en los siglos XVIII y XIX). Bajo tales circunstancias, la escritura –"un acto colocado en el campo bipolar de lo sagrado y lo profano, lo lícito y lo

ilícito, lo religioso y lo blasfemo"– se convierte en objeto de juicio penal cuando no cumple con las restricciones y códigos sociales, políticos y religiosos contemporáneos (Foucault, 1984: 108-109).[1] La historia de la censura de la escritura y de la producción textual está más allá del alcance de este capítulo, pero ofrece una saludable aproximación al papel que la comunicación escrita prestó al apoyar, contestar o resistir las formaciones culturales contemporáneas.

Los estudios sobre la obra de Shakespeare también ofrecen una interesante aproximación a la continua resistencia a la utilización política de la escritura para controlar a la sociedad durante los siglos XV y XVI. Tal como lo señala Roger Chartier en "The practical impact of writing" [El impacto práctico de la escritura], la segunda parte de *Enrique VI*, la obra histórica de Shakespeare de 1594, por ejemplo, presenta ciertos momentos del choque entre la cultura oral y la escrita (Chartier, 1989b: 111-160). Entre los eventos descritos está la rebelión de 1449, cuando Jack Cade, que entra a Londres con el objetivo de matar a "todos los abogados", ataca al secretario de Chatham y destruye los lugares donde se produce y se transmite la cultura escrita (en este caso, los tribunales, los archivos y las fábricas de papel). El propósito declarado de los rebeldes es restablecer la cultura tradicional y las normas del discurso, incluyendo las leyes basadas en las proclamas orales y el registro de deudas y transacciones comerciales no a través de libros y de papel, sino a través de los sistemas tradicionales alternativos (como las muescas en la madera). A pesar de que Shakespeare escribió esta obra de teatro 150 años después de los acontecimientos, los usa –tal como señala Chartier– para poner de relieve las tensiones entre dos culturas:

> una basada cada vez más en el recurso a la palabra escrita, tanto en la esfera pública como en la privada; la otra basada en la estima nostálgica

1. Roger Chartier ofrece un productivo análisis de las reflexiones de Foucault sobre la función del autor, en Chartier (1994: 25-60).

> y utópica de una sociedad sin escritura, regida por palabras que todo el mundo pudiera oír y signos que todos pudieran entender. Cualquiera fuera su intención al representar un levantamiento popular como tonto y sangriento, y a los rebeldes como incautos manipulados por otros, es evidente que la causa subyacente a la rebelión es la hostilidad a la escritura, a la que se culpa por las revueltas que transforman la sociedad (Chartier, 1989b: 123).

Aquí, se representa a las clases bajas preocupadas por el poder encarnado en el acto de la escritura, y la autoridad que les imponen las estructuras oficiales apoyadas por la cultura escrita (la ley, el Estado, la Iglesia). Tales preocupaciones serían sustituidas, a su vez, por las preocupaciones de la clase letrada sobre los efectos de la imprenta en la cultura del manuscrito. La llegada de la imprenta a fines del siglo XV y principios del XVI produjo un proceso de cambio cultural que amenazaba los privilegios de la élite y las zonas bajo su control. Un buen ejemplo de este tipo de reacciones es el caso del monje veneciano del siglo XVI, quien argumentó en el Senado de Venecia (para su aprobación general) en contra de la adopción de las innovaciones de la imprenta de Gutenberg. Había que resistir a la imprenta en favor de la escritura porque –explicaba el monje– esta alteraba los textos (a través de su circulación con fines de lucro, en ediciones mal hechas e incorrectas); corrompía la mente (poniendo a disposición del público general y sin la debida autorización o consentimiento de la Iglesia, textos amorales o peligrosos), y atentaba contra el conocimiento (poniéndolo gratuitamente a disposición de los ignorantes) (Chartier, 1989b: 123).

Lo que el descubrimiento de Gutenberg en 1450 finalmente le permitió hacer a la gente era producir masivamente los textos y hacerlos circular de un modo que no tenía precedentes. Antes, la circulación del conocimiento se limitaba a los textos producidos a mano que circulaban de manera privada. La información sobre acontecimientos internacionales a menudo circulaba a través de relatos manuscritos enviados entre gen-

te y naciones poderosas, autoridades civiles o eclesiásticas que luego se copiaban y se reenviaban o se hacían circular a través de redes cerradas. A lo largo del Renacimiento, las tasas de lectura y alfabetización mejoraron, pero el conocimiento de la escritura quedó confinado a unos pocos, una política deliberada y promovida por las iniciativas protestantes y luteranas en Europa durante los siglos XVII y XVIII para enseñar a todos a leer la palabra de Dios, a "ver con sus propios ojos lo que Dios había ordenado y mandado a través de su palabra sagrada" (Chartier, 1989b: 118)[2] (en el capítulo 6 se ahonda en el desarrollo de la lectura en la época moderna de la historia de europea occidental).

Conclusión

La historia de la comunicación humana se ha caracterizado por cambios radicales en las prácticas culturales, así como por procesos de resistencia, alojamiento e internalización. En este capítulo, hemos explorado cómo, en la historia europea occidental, las culturas orales se enfrentan a ciertos retos impuestos por el desarrollo de una cultura escrita o letrada que adoptó y reemplazó muchos de sus métodos y procesos, y los impuso como nuevos modelos culturales. Como hemos demostrado, influyentes críticos como Walter Ong y Marshall McLuhan han sostenido que estos procesos reformaron el discurso y la conciencia humana desde los modos discursivos orales a los escritos. El capítulo examinó también cómo un proceso similar de adopción, adaptación y remodelación marcó el paso desde la cultura escrita a la impresa. También se ha mostrado cómo los críticos de la integración de la cultura oral dentro de la cul-

2. En este texto, Chartier es particularmente perspicaz e informativo acerca del impacto de las influencias culturales sobre el cambio en las tasas de alfabetización en la historia social de Europa occidental durante la modernidad temprana.

tura escrita han tenido que lidiar con la idea de que la difusión del conocimiento se homologaba a la "profanación", y cómo tuvieron que enfrentar los cambios en los métodos elegidos para procesar la información. Fuentes de la época se quejaban de que la cultura impresa, al triunfar sobre la cultura escrita, hizo mal al permitir a las culturas alfabetizadas igual acceso (sin control) al conocimiento previamente inaccesible. Estas cuestiones se desvanecieron en la medida en que los individuos y las instituciones aprovecharon las oportunidades para usar la escritura con el objeto de llegar a un público más amplio. Este capítulo también ha discutido cómo las instituciones utilizaron la escritura al servicio del poder del Estado, y cómo los críticos han descrito su uso en otras circunstancias sociales y políticas. Tal como queda claro en otros capítulos de este libro, la historia de la escritura, la lectura y la producción textual ha estado marcada constantemente por procesos de cambio, evolución e integración, que forman parte del circuito de la comunicación humana, que es una parte cada vez más importante de los estudios actuales sobre la historia.

Cuestiones para pensar

Aquí hay algunas preguntas a considerar al revisar este capítulo. Las principales críticas que se producen cada vez que se introduce una nueva herramienta de comunicación, a menudo se centran en su potencial perturbador y destructivo. Así, la escritura iba a terminar con la conversación; la imprenta iba a multiplicar los errores. ¿Se puede decir lo mismo sobre Internet y los medios digitales en términos de impresión y cultura textual? ¿Podemos ver nuevas medidas para controlar el acceso a la escritura y la comunicación textual *online* en diálogo con ejemplos del pasado? ¿De qué maneras podría seguir floreciendo la escritura en el cambiante panorama multimediático y digital?

3

La aparición de la imprenta

Introducción

Este capítulo aborda el desarrollo del libro en la era de la imprenta, no solo los procesos involucrados, sino también las estructuras industriales que se desarrollaron en la nueva producción. La relación entre la capacidad de producir múltiples copias de libros y folletos de una manera rápida, eficiente y barata, y amplios movimientos sociales e intelectuales, como la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración, ya no pueden ser considerados de un modo causal simplista: la imprenta como un agente de cambio. En efecto, Elizabeth Eisenstein, a partir de cuyo trabajo el término ha ganado un amplio reconocimiento, ha protestado recientemente en contra de esas interpretaciones simplistas de su texto pionero, y afirma tener más en común con el último trabajo de Adrian Johns sobre ciencia e imprenta de lo que revisores y críticos se inclinan inicialmente a admitir (Eisenstein, 1979, 2002a, 2002b; Johns, 1998, 2002). Ya hemos sintetizado la aparente oposición entre

Eisenstein y Johns, en el capítulo 1. Sin embargo, sus respectivos debates –por ejemplo, sobre el gran astrónomo Tycho Brahe– no son necesariamente tan antinómicos. El desarrollo siguiente en este capítulo intenta proporcionar una historia de la llegada de la imprenta que podría no solo contextualizar los debates del capítulo 1, sino también resaltar las posibilidades de integración.

Las investigaciones de Darnton sobre la relación entre la Ilustración (en su versión francesa) y las actividades de impresión, en particular la producción de la *Encyclopédie*, demuestran que se pusieron en juego factores múltiples y más complejos (Darnton, 1982a, 1982b). Esta, de hecho, es una de las áreas en las que la historia del libro puede arrojar nueva luz sobre las versiones ortodoxas acerca de estos grandes movimientos sociales e intelectuales a través de la combinación de investigaciones a gran escala sobre la producción y distribución de libros, y detalladas microhistorias acerca de instituciones particulares, como la Société Typographique de Neuchatel (STN), libros específicos y lectores o grupos de lectores particulares. En este capítulo se procede en un orden cronológico relativamente sencillo, desde el período de transición entre lo manuscrito y lo impreso hasta la industrialización de la producción de libros. A pesar de su longitud, el capítulo no ofrece una historia completa sino abreviada, con el objeto de suministrar el contexto de ciertos debates internos a la historia del libro y de su definición de la cultura impresa.

Los libros antes de la imprenta

El título de este capítulo es similar a *La aparición del libro*, el título del revolucionario estudio de Febvre y Martin, pero también difiere de él en su preocupación por remarcar una continuidad desde la alfabetización y la producción artesanal de libros hasta el surgimiento de una tecnología que hizo po-

sible las primeras etapas de la industrialización de esa producción –un proceso que se completó durante el siglo XIX, por un lado gracias a la introducción de la energía a vapor, y por el otro, debido al desarrollo de la composición mecánica (Febvre y Martin, 1976). Desde aproximadamente el siglo VI de nuestra era hasta el momento en que lo impreso reemplazó al manuscrito, a fines del siglo XV y principios del XVI, los libros eran reproducidos por los escribas de acuerdo con una serie de convenciones (Cavallo, 2003). A menudo estos escribas eran monjes que trabajaban en talleres monásticos conocidos como *scriptoria*. Parte de su trabajo era la reproducción de obras litúrgicas necesarias para la educación de los principiantes y para el culto, aunque también reproducían textos seculares escritos en latín. Los textos se escribían en pergamino o papel vitela, que se preparaban para ser doblados en páginas que se demarcaban y a las que se les trazaban las líneas para los renglones. Después la hoja se cortaba en páginas que se reunían en cuadernillos. Si se requerían múltiples copias, el texto se repartía entre un número de escribas y cada uno hacía varias copias de su propia sección.

El trabajo era supervisado por un intendente, el *armarius*, que suministraba a los escribas pergaminos, plumas, tinta y reglas. El copiado se hacía solo durante el día debido al riesgo de incendio generado por el uso de la luz artificial. El escriba copiaba solo el cuerpo del texto, usando tinta negra, y dejaba títulos, encabezados e iniciales para ser insertados en rojo por el *rubricator*. Se trata de un mundo que ha sido muy bien reproducido por Umberto Eco en su novela *El nombre de la rosa* (publicada en 1983).

Se desarrollaron varios estilos de escritura para acelerar el proceso, que podían asignarse a una serie de grupos. La caligrafía uncial y medio-uncial se desarrolló en el siglo IV y recibió influencias del arte bizantino; se extendió por Europa y estuvo en uso hasta el siglo XII, en varias formas nacionales. El ejemplo más famoso de esta caligrafía es un texto irlandés,

el *Libro de Kells*. Durante el siglo VIII, bajo el patrocinio del emperador Carlomagno, se hizo un intento por mejorar los estándares de escritura, lo que llevó al desarrollo de la minúscula carolingia que constituyó la base de la mayoría de las caligrafías europeas de ese momento. En el siglo XIV surgió una nueva caligrafía nacional, en armonía con el estilo gótico que prevalecía en el arte europeo de ese entonces. Estos varían en estilo y nombre: *black letter* en Inglaterra, *lettre bâtarde* en Francia, *fraktur* en Alemania, y *rotunda* en Italia. Los primeros tipos se basaron en estas caligrafías (Parkes, 1999).

Los grandes *scriptoria* de la Edad Media, como el de la Abadía de Cluny, producía libros para otras bibliotecas monásticas de clausura, pero, en la medida en que aumentaron las tasas de alfabetización y creció la demanda de libros de parte de las universidades, se desarrolló un método de trabajo para producir lo máximo posible. Esto implicó la aparición de *scriptoria* comerciales y el sistema de pecias, en el que las secciones de un ejemplar se distribuían entre una serie de copistas y cada uno producía varias copias de una sección (Hamesse, 1999). La *scriptoria* monástica experimentó un renacimiento en el siglo XV, a través del trabajo de renovadas órdenes religiosas, como la de los cartujos y la de los Hermanos de la Vida Común, pero la producción comercial de manuscritos, que servía ahora también a un mercado de coleccionistas de libros de lujo, continuó floreciendo en talleres como el de Vespasiano da Bisticci, en Florencia (Eisenstein, 1979; Grafton, 1999).

A menudo, los manuscritos particularmente importantes y los encargados por mecenas ricos eran decorados o "iluminados" (Febvre y Martin, 1976). La iluminación consistía en tres elementos principales: la inicial, el borde y la miniatura. Las miniaturas no eran necesariamente pequeñas en tamaño sino el elemento pictórico de la decoración. Las iniciales podrían estar decoradas con flores o follaje entrelazado, pero a veces tenían pequeñas imágenes en los bucles, siendo así parte también de la miniatura. El borde podía rodear la totalidad del

texto en la página, pero a veces se limitaba a separar la miniatura del texto. Los dibujos que formaban estas decoraciones podían ser en color o tener una pátina de oro o plata. Juntos, el texto y la decoración, formaban una obra de arte completa: el libro como una mercancía de colección.

Continuidades y cambios

La invención de la imprenta convirtió los libros en una mercancía comerciable que requería, como cualquier otra, un sistema de producción, ventas y distribución. El comercio de libros del medioevo tardío se había centrado en las papelerías y los *scriptoria* comerciales que proveían a las universidades o a los coleccionistas de manuscritos de lujo. Como tales, abastecían a un mercado local muy limitado. Sin embargo, los ideales del humanismo y el aumento general de la alfabetización durante los siglos XV y XVI elevaron la importancia de la literatura en la cultura europea (Grafton, 1999). En respuesta, la imprenta dio acceso a una mayor variedad y cantidad de libros. A largo plazo, las empresas de impresión más duraderas tendieron a ser centros comerciales más que centros intelectuales organizados alrededor de las universidades y los monasterios. Durante el período de los incunables, todas las funciones de la producción de libros impresos solían estar unidas: la fundición y el cortado de los tipos y punzones, la operación de la prensa y la venta del producto terminado, todo tenía lugar dentro de la misma empresa. Los primeros libros se parecían mucho a los manuscritos (¿qué otra cosa entendía el mercado?), sobre todo en su tipografía, y las iniciales decoradas se seguían añadiendo a mano. Las innovaciones del siglo XVI incluyeron el uso de grabados en cobre para las ilustraciones y el cambio de la tipografía gótica a los tipos romanos e itálicos en la mayor parte de Europa (Müller, 1994).

Las primeras imprentas combinaban las funciones de impresor, editor y librero, pero no podían sostener esto durante mucho tiempo, incluso si solo abastecían a un pequeño mercado local. El gran capital inicial del que se debía disponer para mantener funcionando un negocio de impresión pronto forzó tanto la separación de responsabilidades como la búsqueda de mercados más amplios. Los maestros impresores comenzaron a concentrarse en la principal tarea editorial de asegurar el respaldo financiero de nobles, comerciantes pudientes o instituciones, y de establecer redes de ventas con el objeto de garantizar la supervivencia comercial y un rendimiento suficiente de las inversiones. Los impresores exitosos crecieron y se transformaron, entonces, en empresas editoriales que alentaron la división entre la producción y la venta. Editores famosos como Manucio (Venecia), Koberger (Nuremberg) y Plantin (Amberes) cimentaron empresas que, si bien ellas mismas continuaron imprimiendo además comisionaban algunos trabajos a imprentas más pequeñas (Eisenstein, 1979).

También crearon estructuras internacionales de ventas. Tradicionalmente, los profesores les habían vendido los libros a los alumnos, o los vendedores ambulantes los habían promocionado en los mercados, pero se necesitaban ventas mucho más altas de las que podían proporcionar estos medios. Los editores exitosos eran aquellos que, como Koberger, empezaron a imprimir sus catálogos, instalaron sucursales en las grandes ciudades y pueblos importantes, asistían a ferias internacionales del libro y actuaban como agentes de otras editoriales. Las principales ferias del libro en Europa eran las de Amberes, Lyon, Leipzig y Fráncfort. Los privilegios comerciales hicieron de estos lugares un punto focal para todos los comerciantes. Fráncfort, tradicionalmente un centro de venta de manuscritos, pronto se convirtió también en la mayor feria de obras impresas. En 1506, el negocio de Koberger era tan próspero que estableció un depósito en la ciudad para almacenar sus existencias. Ferias como la de Fráncfort permitían

que los impresores, editores y distribuidores convergieran en un lugar, recibieran pedidos, intercambiaran libros, compraran equipos y comisionaran trabajos. Los libreros también empezaron a formar parte de la estructura comercial. Los agentes que originalmente participaban de las ferias como intermediarios para grandes editoriales se convirtieron en distribuidores al por mayor, y se concentraban en grandes eventos, como Lyon y Fráncfort, y abastecían a los libreros de las grandes ciudades como París (Febvre y Martin, 1976).

Desde muy temprano, los impresores se dieron cuenta de que su supervivencia dependía de una distribución eficiente. Las librerías locales habían abastecido tradicionalmente con textos académicos en latín a las universidades con las que estaban frecuentemente vinculadas, y los lectores populares habían sido abastecidos por mercaderes viajeros, o buhoneros, que ofrecían folletos, baladas, almanaques y romances en la lengua vernácula. Los vendedores ambulantes que llevaban pequeñas cantidades de libros continuaron en el siglo XVIII, pero podían llegar solo a un mercado limitado. Los impresores y editores, que cumplían funciones en una misma estructura de comercialización del libro, requerían de una circulación de sus productos mucho más eficaz. Los intermediarios, por lo tanto, pronto se volvieron útiles agentes de promoción de los catálogos y folletos que describían el *stock* de un editor. Hasta el siglo XVII, había poca distinción entre editores y libreros.

El comercio de libros se llevaba a cabo cada vez más en ferias como la de Fráncfort, y fue aquí donde los carreteros empezaron a ocuparse del transporte de las mercancías de los editores. Los libros, que eran pesados y frágiles a la vez solo podían ser transportados por barco o en carro. Para ser enviados, se envolvían en lienzo y se colocaban en grandes cajas de madera para su transporte. Los editores más importantes establecieron depósitos en Fráncfort para guardar su *stock* entre una feria y la otra; las sucursales en las principales ciudades de Europa también servían como puntos de distribución.

En Francia, París y Lyon aprovechaban los ríos Sena y Loira para la distribución, mientras que el Rin y el Elba servían para la distribución de mercancía a través de Alemania (Febvre y Martin, 1976). Venecia pudo convertirse en la ciudad editorial más importante de Europa debido a que su ya establecida red comercial proporcionaba una distribución del *stock* sumamente eficaz (Lowry, 1979).

La difusión de la imprenta en Europa

Las innovaciones por las que el veneciano Aldo Manucio es conocido en el mundo editorial son la introducción de la tipografía itálica y el uso del octavo para la publicación de ediciones de bolsillo de los clásicos griegos y latinos (Lowry, 1979). Estas dos innovaciones estaban relacionadas: más allá de cualquier consideración estética, la itálica tiene la ventaja de ser delgada y condensada, lo que le permitía al impresor hacer un mejor uso de la zona impresa –algo particularmente importante en el caso de las páginas pequeñas. Los textos que Aldo editó en este formato cumplían con los más altos estándares académicos contemporáneos, pero se publicaron en una forma que los hacía compactos, portátiles y también baratos. La tirada fue otra innovación: 1.000 ejemplares en lugar de las 100 a 250 copias (hasta un máximo de 500 copias), habituales en ese momento. Estos pequeños libros estaban destinados a ser posesiones personales y a popularizar autores clásicos griegos y latinos y poetas italianos como parte del movimiento humanista. Alcanzaron una gran difusión así como una buena reputación y, como resultado, otros los copiaron. El principal centro de falsificación estaba en Lyon, a pesar de que las imprentas en Francia no mantenían los mismos altos estándares académicos y tipográficos, no obstante haber obtenido algunos tipos del diseñador de la tipografía de Aldo, Francesco Griffo. Aldo también publicitaba su trabajo a través de listas impresas

con el detalle de sus publicaciones. Se imprimieron al menos tres de estas listas: en 1498, 1503, y de nuevo en 1513. En ellas no solo aparecían las publicaciones disponibles, sino que también se indicaba el precio mínimo a pagar por cada título. Estos fueron los primeros catálogos editoriales.

Sin embargo, como advierte Chartier en "The practical impact of writing" [El impacto práctico de la escritura], estos avances no se dieron sin una resistencia similar a la que se ofreció a la alfabetización misma, como se señaló en el capítulo anterior (Chartier, 1989b). Si previamente alguien de las clases bajas de la sociedad había desconfiado de la escritura debido a sus vínculos con el poder y los privilegios, ahora aquellos que disfrutaban de ese poder y esos privilegios se mostraban en desacuerdo con la democratización del conocimiento (y del poder) que parecía entrañar la imprenta. Un monje dominico, Filippo di Strata, inicialmente convenció al Senado veneciano de restringir la imprenta con el argumento de que multiplicaba textos con errores en ediciones producidas rápidamente y solo con fines de lucro; corrompía las mentes al poner textos inmorales o peligrosos al alcance del público general sin un adecuado control de las autoridades eclesiásticas; y corrompía el conocimiento al ponerlo a libre disposición de los ignorantes. Chartier cita la frase veneciana que dice "la pluma es una virgen, la imprenta, una puta" (Chartier, 1989b: 124). Las dos ideas que la imprenta (y la escritura) debía superar, y efectivamente lo hizo, eran, por una parte, que representaba un nuevo medio de dominación y, por otra, que el desplazamiento del saber, desde una esfera exclusiva a una inclusiva era en sí mismo una amenaza para el orden social establecido.

Sin embargo, el crecimiento dinámico de la imprenta en sus primeros cien años estuvo motivado, en parte, por la ausencia de estructuras comerciales que organizaban otras profesiones y que podrían haber dificultado su desarrollo. En sus comienzos, la novedad de la imprenta y el hecho de que empleara gente con habilidades tan diversas significaba que era capaz de evo-

lucionar fuera de las restricciones del sistema de gremios del medioevo. Los gremios monopolizaban su área comercial dentro de una ciudad o región, y dictaban cómo, cuándo y dónde alguien podía ser empleado en esa área. Sin esta matriz, el aire de la libre empresa trajo un rápido desarrollo de la imprenta y permitió la proliferación de establecimientos empresariales. Los gremios de la imprenta comenzaron a aparecer recién en la segunda mitad del siglo XVI, una vez que el comercio en sí había llegado a la etapa en la que los maestros impresores asumían el rol de editores y vendedores –algo que los alejaba un poco del trabajo real de impresión– y una vez que los gobiernos comenzaban a perseguir el control de la prensa. Las primeras asociaciones que incluían impresores y editores eran el Gremio de Venecia, que no se estableció hasta 1548 y la Stationers' Company [Compañía de Librerías] de Londres. Esta última había representado desde 1403 los intereses de los copistas, iluminadores y encuadernadores ingleses, pero no incorporó a los impresores y libreros hasta 1556 (Feather, 1988). Una vez establecidos, los gremios empezaron a representar los intentos de los maestros impresores de controlar una fuerza de trabajo difícil (Febvre y Martin, 1976).

La fuerza de trabajo del mundo de la imprenta se dividía a partir de una jerarquía: aprendices, jornaleros y maestros impresores (Darnton, 1996). Al igual que en la mayoría de los comercios, los jóvenes aprendices eran contratados por dos a cinco años al servicio de un maestro que les proporcionaría formación, alojamiento y comida, ropa y, ocasionalmente, un pago. El aprendiz limpiaría el taller, haría mandados, prepararía la tinta, operaría la prensa, y finalmente aprendería cómo realizar un trabajo más calificado, como el del jornalero. Un jornalero era un especialista, un aprendiz que se había graduado en el papel de cajista, corrector, diseñador de tipos u operador de la prensa. Se mudaba de ciudad en ciudad perfeccionando sus habilidades y estableciendo contactos. Los cajistas eran, con frecuencia, los oficiales más experimentados, ya

que necesitaban un buen nivel de alfabetización para hacer su trabajo. Un oficial cajista aspiraba a alcanzar el puesto de jefe de composición en una gran empresa antes de establecerse por su cuenta como impresor.

Para el año 1500 todos los centros urbanos importantes en Europa contaban con al menos un taller de impresión (Eisenstein, 1979; Müller, 1994). Variaban en tamaño: había pequeños negocios que incluían solamente al maestro impresor y un aprendiz, y también empresas más grandes que podían emplear hasta doce personas. Los negocios a cargo de Koberger en Nuremberg y Platin en Amberes, que tenían veinticuatro prensas y empleaban a más de cien hombres, eran casos excepcionales de producción a gran escala. El típico negocio de impresión contaba con media docena de trabajadores, algunos como personal permanente y algunos como jornaleros. El maestro impresor/editor o, en empresas más grandes, el jefe de composición, supervisaba el proceso de impresión. Uno o dos cajistas establecían líneas de texto seleccionando las letras y colocándolas en un componedor tipográfico. La línea terminada se colocaba entonces en una bandeja para galeras, separada de la siguiente por medio de delgadas tiras de plomo. Finalmente se componía una página entera o forma que se ubicaba en un marco de metal llamado "cama". Los cajistas necesitaban saber leer y escribir en latín para componer correctamente. Dos hombres, un impresor y un tintero operaban la prensa, con papel suministrado por el encargado del depósito. También se podía emplear a otro trabajador para colgar las páginas mojadas y sujetarlas con un palo largo, llamado "piel", a una grilla colgada del techo. Los impresores no contaban con grandes cantidades de tipos, por lo cual una forma se distribuía (desarmaba) casi inmediatamente después de la impresión para que las letras pudieran usarse en la siguiente forma. Por lo tanto, a lo largo de una jornada de trabajo se mantenía un ritmo de composición, impresión y distribución. Si la empresa podía pagarlo, un corrector o alguien que verificaba las pruebas,

tal vez un escritor local o un estudiante, chequeaba la copia. Como los talleres producían alrededor de tres mil páginas por día, el trabajo era duro y continuo, y dependía de un compromiso con el trabajo en equipo.

El trabajo en equipo necesario para llevar adelante una imprenta creaba solidaridad entre los trabajadores, que pronto se manifestaba bajo la forma de hermandades y comisiones que servían para proteger sus intereses. Los maestros impresores protegían sus propios intereses uniéndose o creando sindicatos que buscaban imponer prácticas comerciales estrictas. La tensión entre los trabajadores y los maestros se centraba en disputas sobre salarios, comidas, extensión de la jornada laboral y uso excesivo de aprendices no calificados para reducir costos. Las huelgas no eran raras (Darnton, 1996).

Gutenberg y Alemania

El uso de tipos móviles de metal por parte de Gutenberg de alguna manera no fue más que la adaptación y la novedosa aplicación de viejos materiales y prácticas (Müller, 1994). Los talleres de impresión implicaban la reunión de habilidades diversas. Sin embargo, y a pesar de las advertencias tempranas de Darnton, sigue existiendo una tensión residual entre el punto de vista social, característico de la historia del libro, y el enfoque centrado en personajes célebres, típico de la historia popular (Darnton, 1982b). Junto con la prensa de tornillo que se utilizaba para el prensado de uva y aceituna, la experiencia en orfebrería, el conocimiento de la escritura y la experiencia en tala de madera convergieron para crear la nueva tecnología. Sin embargo, alguien que concursa en un programa de preguntas y respuestas probablemente responda "Gutenberg" si le preguntan por "el inventor de la imprenta". Johannes Gensfleich zum Gutenberg había nacido en la década de 1390 en Maguncia, en una familia burguesa, y su pri-

mera actividad fue la orfebrería. Entre 1428 y 1444 se encontraba en Estrasburgo, al parecer huyendo de las luchas entre las familias patricias y los gremios de artesanos en Maguncia. Allí experimentó con el desarrollo del tipo: tenía una prensa y compró una gran cantidad de plomo mientras trabajaba en un "proyecto secreto" con unos socios. En 1448 regresó a Maguncia donde pidió dinero prestado a un abogado, Johann Fust, para completar el desarrollo de una prensa para imprimir. La Biblia de 42 líneas de Maguncia, generalmente atribuida a Gutenberg, apareció a más tardar en 1456; pero Fust embargó la imprenta antes de que pudiera obtener un beneficio económico de esta publicación y tomó posesión de los equipos de impresión de Gutenberg. A continuación, Fust se asoció con Peter Schöffer, el capataz de Gutenberg. A pesar de que no hay certezas sobre lo que Gutenberg hizo a continuación, se cree que siguió trabajando como impresor por un tiempo, aunque no hay obras impresas que lleven su nombre. Así como la Biblia de 42 líneas, otras obras que se le atribuyen incluyen otra Biblia (la de 36 líneas), algunas obras gramaticales, una indulgencia papal, al menos, un calendario astrológico apaisado, y posiblemente el *Catholicon* de Juan Balvi de Génova. Parece que deja de imprimir a partir de 1460 y se cree que puede haber quedado ciego. En 1465 se convirtió en un pensionado del arzobispo de Maguncia. Murió el 3 de febrero 1468 (Eisenstein, 1979; Müller, 1994).

A los pocos años de su primer uso en Maguncia, el nuevo proceso para reproducir un texto atribuido a Gutenberg se había extendido por toda Europa. En la misma Maguncia, Fust y Schöffer habían adquirido la mayor parte de los materiales de Gutenberg y el negocio siguió en manos de Johann, hijo de Schöffer. Johann Mentelin estableció una imprenta en Estrasburgo e imprimió una Biblia entre 1460 y 1461, que competía con la de Gutenberg. Gunther Zainer probablemente fue discípulo de Mentelin en Estrasburgo, y fue llamado a Augsburgo por el abate de San Ulrich y San Afra, que ya era famosa por

su *scriptorium*, y la primera publicación vino de su imprenta en 1472. Ese mismo año, la primera imprenta que se estableció en Ulm fue la de Johann Zainer, que debe de haber sido el hermano de Gunther Zainer de Estrasburgo (Febvre y Martin, 1976).

Pronto se establecieron imprentas en otras ciudades alemanas. Ulrich Zell estableció una prensa en Colonia en 1464; esta ciudad fue un importante centro de impresión en el noroeste de Alemania durante algunos años, y fue aquí donde se capacitó Caxton. La imprenta de Anton Koberger funcionó en Nuremberg desde 1470. Johann Amerbach imprimía en Basilea desde 1477, aunque luego los impresores de Zúrich se volvieron preeminentes en las zonas protestantes a partir de 1521. Stephen Arndes de Hamburgo se asentó en Lubeck en 1486, una ciudad importante en la Liga Hanseática: desde aquí las imprentas difundieron su trabajo e introdujeron la técnica en los pueblos de todo el Báltico (Febvre y Martin, 1976). Alemania poseía un eficiente sistema de publicación; ahora necesitaba el material y el motivo para publicarlo.

La Reforma

La Reforma Protestante del siglo XVI y principios del XVII fue el equivalente a una metamorfosis en la imaginación religiosa europea. Fue una batalla de doctrinas, libros sagrados y modos de culto que se libró en un ámbito de debate público que había sido habilitado por la imprenta (Gilmont, 1999). Desde el momento en que las ideas y los métodos del Humanismo ingresaron en Europa del Norte desde Italia, le dieron a un nuevo cuerpo de académicos alemanes, entre ellos Johannes Reuchlin, Sebastian Brandt y Ulrich von Hutten, los medios para impulsar la expresión de sentimientos generalizados anticlericales y nacionalistas. Estos hombres usaron las artillería retórica de la educación humanista para crear una sátira social y comentarios políticos que ya hacían tambalear la autoridad papal.

Cuando Martín Lutero (1483-1546) entró en escena en 1517, proclamando los resultados de una relectura humanista de la Biblia, su incipiente teología se integró al escenario de descontento popular que se expresaba en folletos, libros, volantes y grabados. La rebelión personal de Lutero no fue sino una expresión del impulso de la baja Edad Media de una reforma que, al tratar de despertar la espiritualidad de los laicos y reavivar el espíritu evangélico del cristianismo, criticaba la jerarquía, la corrupción mundana y, en última instancia, la teología de la Iglesia Católica Romana. El hecho de que Lutero se convirtiera en la personalidad central alrededor de la cual se dio una revolución religiosa, social y política se debió, en parte, a la imprenta.

En el pasado, la innovación religiosa había sido o bien absorbida por la Iglesia, o bien clasificada como una herejía o cualquier otra cosa menos extinguida, como la Iglesia Husita en lo que hoy es la República Checa. La producción masiva de libros permitió que la nueva generación de ideas reformistas llegara a un público mucho más amplio con una velocidad nunca antes alcanzada y obligó al debate público de los temas vinculados a la reforma. En octubre de 1517, Lutero supuestamente sigue la tradición del debate medieval, al clavar sus argumentos contra las indulgencias papales en la puerta de la iglesia de Wittenberg. A partir de entonces, sin embargo, la disputa se trasladó a los fueros públicos. Entre 1517 y 1520, los centros de impresión, como los de Colonia, Nuremberg, Estrasburgo y Basilea imprimieron más de 300.000 copias de tratados breves de Lutero, incluyendo los famosos panfletos de 1520: *La nobleza alemana*, *El cauterio babilónico* y *La libertad cristiana* (Febvre y Martin, 1976).

Muchos impresores alemanes de este período eran predicadores o ex sacerdotes con educación humanista que veían la oportunidad que la nueva tecnología le brindaba a la evangelización. A través de su función editorial, la imprenta se convirtió en una mediación entre el academicismo de los re-

formadores educados y las diferentes formas de una cultura popular predominantemente oral y visual. De alguna manera, esto prefiguró el impacto de la imprenta tiempo después sobre las sociedades orales y alfabetizadas, por ejemplo, en el subcontinente indio (Bayly, 1996). En prefacios a la Biblia, folletos y tratados ilustrados con viñetas, sofisticadas ideas doctrinales adoptaban el lenguaje, la imaginería, rimas y consignas de la gente común. Desde el púlpito, los evangelistas viajeros armados con textos uniformes podían volcar las ideas reformistas en los oídos de la gente y en las tabernas, ayuntamientos, granjas y mercados de Europa. Al mismo tiempo, el pensamiento de la élite educada se reformó y se redirigió debido a la participación en las polémicas populares.

La guerra de panfletos que se desencadenó en Alemania entre 1520 y 1525 hizo famoso a Lutero, pero al demostrar el tipo de apoyo que podían inspirar sus ideas, alentó al monje, antes tímido, a pensar a través de su teología radical y a comenzar una nueva traducción de la Biblia al alemán. La noción luterana del "sacerdocio de todos los creyentes" animó a los laicos a pasar por alto al clero y a interpretar las Escrituras por sí mismos (Gilmont, 1999). Richard Baxter escribió casi dos siglos más tarde, en 1673:

> Las sagradas escrituras no son sino la prédica del evangelio dirigida al ojo tal como la voz le predica al oído. La prédica oral se basa en la preeminencia del movimiento de los afectos y se diversifica en función del estado de las congregaciones que asisten a ella. De este modo, la leche que se mama está más caliente. Pero los libros tienen ventajas en muchos otros aspectos. Uno puede ser capaz de leer a un predicador cuando no hay posibilidad de escucharlo. Los predicadores pueden ser silenciados o desterrados, mientras que los libros pueden estar a mano. Los libros pueden costar menos que los predicadores. Un libro, si se lo elige bien, es algo presente, constante, cotidiano, pertinente, poderoso en sus sermones y siempre de gran utilidad para la salvación personal (Chartier, 1989b: 124).

Este punto de vista condujo naturalmente al aumento de la producción de biblias y de literatura devota en lengua vernácula, así como de sátiras religiosas, sociales y políticas. La década de 1520 fue testigo de la multiplicación por diez de la producción de libros en alemán. La imprenta, entonces, permitió que los reformadores sostuvieran un ataque a gran escala respecto de los abusos de la Iglesia y, al mismo tiempo, suministró el material con el cual encontrar formas alternativas para los actos piadosos y para la construcción de una nueva iglesia (Eisenstein, 1979).

El libro desempeñó un papel igualmente importante en la difusión de las ideas reformistas en el resto de Europa. Ginebra y Estrasburgo se convirtieron en puntos significativos para la publicación de las ideas de Juan Calvino, mientras que folletos y biblias de diversas sectas se introducían de contrabando en Inglaterra para propagar el cambio (Febvre y Martin, 1976). Los propios reformadores eran conscientes de la importancia de imprimir sus propuestas. Lutero describió a la prensa como "el acto de gracia divina más alto y más extremo, a través del cual difundir el evangelio". La Reforma dividió a Europa en católica y protestante, ramas que se basaban en las diferentes culturas literarias del cristianismo que habían formado cada una de sus prácticas religiosas (Gilmont, 1999). La Contrarreforma también resultó impulsada por la prensa, ya que los nuevos manuales católicos sobre la fe, disponibles después del Concilio de Trento, redefinieron la ortodoxia.

El Renacimiento

Durante el Renacimiento, los que participaron en el "estudio de la humanidad" se conocieron como *umanisti* [humanistas]. Muchos de los primeros humanistas o bien eran sacerdotes o estaban vinculados a la corte papal, pero las creencias subyacentes al estudio humanista abarcaban más que una élite

clerical. En general, los *umanisti* tendían a ser laicos educados: profesores, maestros, notarios, abogados, secretarios y cancilleres. Practicaban un humanismo cívico que tenía como objetivo revivir las ideas clásicas y aplicarlas en un entorno contemporáneo para la regeneración moral de la sociedad. Perseguían este objetivo a través del esfuerzo literario y retórico: por un lado, a través de la traducción de los textos clásicos y la creación de nuevos parámetros historiográficos y filológicos con los que medir las obras de la Antigüedad y, por otro, componer poesía, tratados éticos, historias y cartas –tanto en latín como en italiano– (Grafton, 1999).

Petrarca (1304-1374) es considerado como una figura central en la promoción de este nuevo programa intelectual, los *studia humanitatis*, que pretendían mejorar la condición humana a través del estudio de la sabiduría tal como se encontraba en autores clásicos como Cicerón, Séneca, Virgilio y Tito Livio. De la misma manera que los estudios sobre Cicerón habían ayudado a trasladar la filosofía griega a la cultura romana, Petrarca y sus seguidores concibieron su tarea como una recuperación de las enseñanzas clásicas, antiguo saber de su toque gótico, y su infusión en la cultura italiana. Los *studia humanitatis* defendían la idea del conocimiento como una virtud que vinculaba a la gente en la sociedad, nutría la compasión y civilizaba mediante la educación.

La reconstrucción del pasado clásico inicialmente consistió en la recopilación, enmienda y reinterpretación de obras latinas muy familiares para los estudiosos, un proceso luego fortalecido por el redescubrimiento de textos "perdidos" en las bibliotecas de la universidad y el monasterio, a cargo de bibliófilos como Niccolo de Niccoli (1364-1437) y Poggio Bracciolini (1380-1459). A medida que los textos griegos estuvieron disponibles durante el Renacimiento, debido tanto a los esfuerzos de Aldo Manucio como a otros, el pensamiento humanista tomó un carácter más neoplatónico. En manos del peripatético holandés Desiderio Erasmo, este nuevo saber

devino humanismo cristiano. Erasmo tomó la idea clave del humanismo italiano –la creencia en el poder de la razón para llevar a cabo la reforma moral– y la combinó con la *philosophia Christi*, derivada de sus estudios bíblicos, para producir una visión de la simple piedad cristiana que tenía un atractivo cosmopolita. Así como los humanistas italianos trataron de restaurar los textos y la sabiduría de la Antigüedad, los humanistas cristianos trataron de restaurar los textos y el espíritu del cristianismo temprano. En esta nueva versión, el humanismo era más abiertamente crítico de los abusos del clero, y es de esta manera que las sátiras de hombres como Erasmo trazaron el camino hacia la Reforma (Grafton, 1999).

El humanismo cristiano se transmitió a través de un círculo de académicos y se infiltró en los currículos de las universidades del norte de Europa, algo que inspiró a Tomás Moro a defender el nuevo aprendizaje como un medio para "entrenar el alma en la virtud". La capacidad de los humanistas cristianos para dirigirse y llegar a la cristiandad dependía principalmente de cierto grado de intimidad con la imprenta del que ningún humanista italiano había gozado. Durante la primera década del siglo XVI, Erasmo trabajó con Aldo Manucio, produciendo una versión revisada de sus *Adagios* (1508), y luego con el impresor Basileo Johannes Froben, que publicó por primera vez su Nuevo Testamento griego (1516). Como asesor literario de estos editores, Erasmo pudo influir en la naturaleza de los libros que se imprimían durante esta época. La idea monástica del "apostolado de la pluma" era fundamental para Erasmo, pero en esta etapa se había vuelto un "apostolado de la prensa" (Lowry, 1979).

Avanzado el siglo, el ideal humanista unido a la sabiduría cristiana colapsó bajo la presión separatista de la Reforma, y los humanistas cristianos se dividieron. Algunos se unieron firmemente al campo protestante; algunos ingresaron a sectas radicales, y otros fueron reclutados como parte de la ofensiva religiosa de la Contrarreforma. Como reacción al protestantismo,

la reforma católica evangélica adquirió mayor organización y disciplina, y al hacerlo reconoció la importancia de la imprenta como medio de transmisión. Una nueva gama de literatura devota que promovía las refinadas doctrinas y prácticas católicas fue producida y utilizada por las cofradías y nuevas órdenes para llevar adelante campañas que reforzaran el papel de la Iglesia tradicional en la vida cotidiana. La más famosa de estas órdenes, la Compañía de Jesús –los jesuitas– fundó universidades por toda Europa que, con frecuencia, estaban vinculadas a una editorial. Durante los siglos XVI y XVII, la política y la religión eran inseparables y en este período la industria de la imprenta se desarrolló casi en función de los intereses políticos y religiosos. Bajo el dominio español, Amberes se convirtió en un centro editorial católico (la dinastía de los Plantino), mientras que el protectorado jesuita llevó el dominio católico editorial a Lyon y París (Febvre y Martin, 1976).

Saber y poder

La imprenta se propagó por los países de Europa del este durante la década de 1470, y alcanzó Buda en Hungría en 1473, Cracovia en Polonia y Praga en Bohemia en los siguientes dos o tres años. El año 1473 vio los primeros libros impresos en Valencia, España, aunque pasó algún tiempo hasta que la primera imprenta se estableciera en Madrid (1499) o en Lisboa (1489). La primera prensa en Escandinavia fue la de Estocolmo en 1483. La imprenta pronto sobrepasó Europa, estableciéndose en Constantinopla en 1488, y en la ciudad griega de Salónica en el año 1515. Los primeros tipos griegos habían sido cortados por Aldo Manucio en Venecia durante la década de 1490. La imprenta no alcanzó las áreas que utilizaban el alfabeto cirílico hasta mucho más tarde, así que los primeros libros impresos aparecieron en Moscú y Belgrado recién durante la década de 1550 (Febvre y Martin, 1976). En

Inglaterra, el comercio de libros, vinculado a Caxton y el establecimiento de una imprenta en la Abadía de Westminster en 1476, se centró inicialmente en Londres. La preocupación de los Tudor de suprimir la literatura sediciosa y hereje en el siglo XVI dio lugar a un acuerdo entre los libreros y la Corona. La reina Mary concedió el monopolio de la imprenta a la Compañía de Librerías de Londres en 1557, lo cual no solo les dio el control de la producción de libros en la capital, sino que también prohibió imprimir en cualquier otro lugar que no fuera las universidades de Oxford y Cambridge (Feather, 1988).

La paranoia política siguió restringiendo la impresión y venta de libros durante la guerra civil inglesa en el siglo XVII y durante los años del jacobismo, a comienzos del siglo XVIII, pero las imprentas estaban siempre funcionando en las provincias y listas para expandirse si surgían buenas oportunidades. La caducidad de la ley de licencias en 1695 fue una de esas oportunidades que permitió que las imprentas que trabajaban a pedido en las provincias establecieran talleres y produjeran periódicos locales. Las primeras imprentas provinciales no podían darse el lujo de competir en el campo de la edición de libros, pero la distribución local y las redes de publicidad que crearon resultaban atractivas para los libreros de Londres. Durante el siglo XVIII, un sistema descentralizado de comercialización de libros se extendió por toda Inglaterra, basado en el contacto comercial entre Londres y los centros regionales del norte y el centro. A principios del siglo XVIII, las coronas inglesa y escocesa se unieron, lo que le dio un nuevo estímulo a la relativamente subdesarrollada comercialización escocesa del libro. Editores como James Watson de Edimburgo establecieron vínculos con el continente, pero fueron los hermanos Foulis quienes, a mediados del siglo XVIII, convirtieron a Glasgow en el centro del comercio del libro en Escocia. La amenaza de un dominio londinense dio lugar al desarrollo de una legislación sobre derechos de autor (véase el capítulo 4) (Feather, 1988; Rose, 1993).

No todo eran libros y folletos. Durante la modernidad temprana, los descubrimientos del nuevo mundo, los nuevos aprendizajes y las nuevas tecnologías se combinaron para establecer una nueva era para la cartografía (Eisenstein, 1979). En la medida en que fue aumentando la expansión de ultramar de los estados marítimos europeos durante los siglos XV y XVI, también avanzó el arte de la producción y reproducción de mapas. El celo con el que se custodiaban los conocimientos de navegación y los descubrimientos geográficos durante la baja Edad Media indica que, si no estaban disponibles para ser copiados, los manuscritos contemporáneos –como el famoso mapa portugués de Cantino– tuvieron que ser pasados de contrabando a través de los canales de espionaje diplomático y comercial. Los subterfugios solo aumentaron la probabilidad de la distorsión de los contenidos que ya era inherente al copiado a mano.

Sin embargo, a medida que el nuevo mundo se fue estableciendo, se hacía más evidente la necesidad de mapas nuevos y confiables, y los cartógrafos, que buscaban una mayor precisión y consistencia en la reproducción, prestaban atención al emergente negocio editorial. La relación laboral que se desarrolló entre editores y cartógrafos dio como resultado copias más fiables de los mapas y una comercialización más abierta, en la medida en que se fue abandonando el secreto. Como todos los artistas y eruditos influenciados por el humanismo en la modernidad temprana, los cartógrafos regresaban a los ejemplos clásicos y desarrollaban un método inductivo. El mapamundi de Ptolomeo se convirtió en el modelo sobre el que los cartógrafos basaron su trabajo en el siglo XV. A medida que la colaboración con la imprenta llevó a los mapas a la esfera pública, sin embargo, se hizo posible un método más inductivo y el mapa de Ptolomeo, que contaba con un océano Índico rodeado de tierra, fue mejorando poco a poco conforme a las apreciaciones de los exploradores.

Durante el siglo XVI, los holandeses se convirtieron en los cartógrafos más eminentes de Europa (Febvre y Martin, 1976;

Eisenstein, 1979). Las obras de Gerard Mercator (1512-1594) comenzaron a hacer de los mapas algo más fácil de usar, al incorporar desarrollos tipográficos que facilitaban la lectura y utilizar la proyección de Mercator para representar la curvatura del mundo sobre la superficie plana. Abraham Ortelius publicó un atlas del mundo, el *Theatrum*, que fue reeditado continuamente con mejoras y correcciones enviadas por los exploradores y otros cartógrafos.

El proceso de producción de un mapa era complejo ya que no había una gran variedad de datos a incluir. La copia a mano había permitido la representación de una amplia gama de características y la inclusión de diferentes estilos y tamaños de escritura, pero no podía garantizar la exactitud de la reproducción. Por otro lado, los primeros mapas que se imprimieron, a partir de grabados en madera en la década de 1470, garantizaban la normalización, pero no podían presentar datos finos y precisos. El uso de los grabados en placas de metal y de la prensa rotativa permitió imprimir líneas más precisas y delicadas, variación tonal y tipográfica. Este detalle hizo que los mapas se volvieran más útiles no solo para los viajeros, estrategas militares y administradores gubernamentales sino también para la investigación y el fluir de la imaginación de los nobles y eruditos. Figuras alegóricas, monstruos marinos, naufragios y armadas, así como representaciones pictóricas de acontecimientos históricos, decoraban y embellecían los mapas y atlas de este período, volviéndolos algo más que una mera herramientas de referencia.

La Ilustración

Los mapas y los libros habían estado restringidos a los ricos, ya fueran individuos o instituciones, o a aquellos apasionados por el aprendizaje. Pero la prensa surge en una esfera que superpone lo privado con lo público. Si la élite acomodada terminó comprando textos, como sugiere Chartier, para el

consumo privado en el hogar, el papel de la imprenta en este tipo de "esferas privadas", con el tiempo comenzó a coincidir con lo que Jürgen Habermas ha denominado "esfera pública" (Chartier, 1989b). Este concepto tiene sus raíces específicamente en el efecto de la cultura impresa (libros, periódicos, folletos) en el debate público durante la Ilustración, un período de muy fuerte agitación política (Darnton, 1982a, 1996). La Ilustración es el término aplicado a un movimiento intelectual en Europa, que alcanzó su pico de mayor influencia en el siglo XVIII. Los pensadores de la Ilustración eran frecuentemente críticos de la sociedad contemporánea y, especialmente, de la religión, a la que veían como representación de las cadenas de la superstición que limitaban el espíritu humano. Se pensaba que este espíritu podía ser liberado por el progreso social a partir de la aplicación de la razón a los asuntos humanos y de los avances en el conocimiento científico. Aunque la razón adquirió una importancia mayor a la que tenía en movimientos intelectuales anteriores, los sentimientos y emociones no se negaban por completo. Los pensadores de la Ilustración eran sobre todo críticos, no solo racionales o emocionales, y se concentraban en la búsqueda de explicaciones racionales y científicas de la organización social y de las motivaciones de los individuos, resumidas por Alexander Pope en la frase: "El estudio más interesante del hombre es el hombre mismo".

A menudo se denomina colectivamente a los escritores de la Ilustración como los *philosophes*, lo que refleja el hecho de que muchos de ellos eran franceses (Darnton, 1982a, 1982b). Entre los más prominentes estaba Denis Diderot, que era la fuerza motora de la *Encyclopédie*; el barón de Montesquieu, quien escribió *De l'esprit des lois* [*El espíritu de las leyes*], publicado en 1748, Jean-Jacques Rousseau, autor de *Émile* [*Emilio*] (1762) –que exponía la idea de una educación centrada en el niño– y del tratado político *Du contrat social* (1767) [*El contrato social*], con su famosa frase inicial: "El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado"; y Voltaire, autor de *Candide*

[*Cándido*] (publicado en 1759). Los escritores contemporáneos de otras nacionalidades incluían al británico Jeremy Bentham, David Hume, John Locke y Adam Smith (*The Wealth of Nations* [*La riqueza de las naciones*], 1776), los alemanes Immanuel Kant y Gotthold Lessing, y el italiano Cesare Beccaria, entre muchos otros. El libro fue el vehículo del pensamiento ilustrado, un vehículo que cruzaba las fronteras internacionales (Darnton, 1982b).

Muchos de los *philosophes* contribuyeron a la monumental *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonnée des Sciences, des Arts, et des Métiers*, que fue originalmente editada por Diderot y D'Alembert (este último se retiró después de la publicación de los primeros siete volúmenes). Fue publicada a pesar de las dificultades que surgieron con las autoridades religiosas, los desacuerdos entre los colaboradores y los gastos de publicación. La *Encyclopédie* se publicó entre 1751 y 1772, y contaba con 35 volúmenes, incluyendo suplementos: 12 volúmenes contenían ilustraciones y 2 volúmenes eran de índice. Sus objetivo era resumir todo el conocimiento de la época y probar que la razón era fundamento suficiente sobre la cual basarse y, así, reemplazar a la religión (Darnton, 1982b).

Algunos pensadores de la Ilustración, como Montesquieu, se concentraron en cuestiones políticas, como la legitimidad de las distintas formas de gobierno y de la adecuación de la legislación que regula la vida cotidiana. Las ideas iluministas influyeron en algunos soberanos del siglo XVIII, conocidos como los "déspotas ilustrados": este término se refiere, en particular, a Federico el Grande de Prusia (1712-1786), José II de Austria (1741-1790) y Catalina la Grande de Rusia (1729-1796), así como a los monarcas de algunos países más pequeños. A pesar de que siguieron siendo monarcas absolutistas con poderes despóticos, se presentaban a sí mismos en el papel de servidores del pueblo, más que en el de amos. Esto los hizo responsables de mejorar la suerte de sus súbditos, algo que se lograría en parte gracias a la modernización del Estado y a la

"ciencia" de la administración. Esto implicó el establecimiento o la ampliación de una burocracia dedicada a la gestión racional y eficiente de los asuntos de gobierno, que también podía abarcar cuestiones sociales como la mejora de la educación y la supresión de restricciones como los peajes internos con el fin de promover el comercio. El amplio desarrollo de una ciudadanía letrada creó un deseo de conocimiento que estimuló la creación, producción y distribución de nuevos títulos que, a su vez, promovieron los ideales de una ciudadanía letrada y su derecho a acceder al conocimiento.

El concepto de derechos humanos tuvo su origen entre los pensadores de la Ilustración e inspiró a los pensadores de las Revolución Francesa y la estadounidense de fin de siglo. Se culpó a los pensadores de la Ilustración por algunos estallidos y excesos de la Revolución Francesa, como se vio, por ejemplo, cuando Catalina de Rusia –alguna vez mecenas de Diderot–, revirtió algunas de sus políticas más iluministas. Sin embargo, las ideas mismas pueden haber sido menos influyentes que los hábitos de pensamiento crítico engendrados por autores como Rousseau y Voltaire, cuyas obras fueron publicadas y leídas en toda Europa, y a partir de allí, en las colonias y puestos fronterizos.

La Revolución Industrial

La Ilustración creó y reflejó el espíritu de racionalismo e investigación científica que vio sus resultados prácticos en la implementación de nuevos procesos, en particular la sustitución del trabajo humano por el trabajo mecánico durante la Revolución Industrial. La era de la industrialización desde fines del siglo XVIII hasta el XIX fue un período en el que la circulación de bienes materiales y de información mejoró drásticamente. También fue un período de urbanización en el que los trabajadores y sus familias emigraron a los nuevos centros

industriales. Estos cambios afectaron tanto la demanda como la oferta editorial. Los desarrollos en el transporte debido a mejores canales, caminos, puentes y luego vías férreas transformaron la sociedad y abrieron nuevos mercados y una nueva gama de productos para publicar. La expansión de la comunidad empresarial necesitó de una variedad de productos impresos para administración y publicidad, mientras que una red de información, formada por el sistema postal, el telégrafo y los periódicos crearon una sociedad más amplia, con intereses compartidos.

Con la constante mejora de los niveles de alfabetización, las nuevas condiciones sociales urbanas produjeron una demanda no solo para nuevos tipos de material impreso, sino también una mayor cantidad de ellos. En respuesta, la industria de la imprenta pudo aprovechar los avances tecnológicos, como la energía a partir del vapor, para lograr la mecanización y mejorar significativamente los métodos de fabricación prácticamente por primera vez desde Gutenberg (Fyfe, 2012). Para la imprenta, la industrialización significó el cambio de la prensa manual a la mecánica. El primer paso en este proceso fue la sustitución, durante las primeras dos décadas del siglo XIX, de la tradicional prensa de madera por máquinas totalmente hechas en hierro, como la prensa Stanhope y luego los modelos Columbian y Albion. Estos instrumentos eran más potentes, más rápidos y más fáciles de manejar, pero no aumentaron lo suficiente el número de páginas que podían imprimirse en una hora. El movimiento hacia la mecanización total provino de periódicos y revistas, en particular del diario londinense *The Times* (Feather, 1988). En las últimas décadas del siglo XVIII y comienzos del XIX, *The Times* fue el único periódico cuya circulación era lo suficientemente grande como para requerir la búsqueda de mayor velocidad en el funcionamiento para satisfacer las demandas de producción. Fue este diario el que financió el desarrollo de las máquinas de vapor de Koenig durante la década de 1810 y su subsecuente mejora a cargo de Applegath y Cowper durante la década de 1820 (véase el capítulo 5).

La experimentación a cargo de varios ingenieros durante el siglo XIX significó que innovaciones como la prensa rotativa y los sistemas de entintado y estereotipos gradualmente se convirtieron en algo estándar. Al igual que en otras industrias, el camino hacia una mayor mecanización suscitó la oposición formulada por la fuerza de trabajo tradicional. La primera máquina de vapor que se usó en *The Times* se instaló en secreto por temor a provocar a los que manejaban la imprenta. La estereotipia también amenazaría la situación de los compositores. Desde la Reforma, y a lo largo de la Ilustración, la imprenta siempre había estado ligada a la difusión de ideas radicales y al surgimiento de la conciencia política. A fines del siglo XVIII, este vínculo se manifestó en el papel de la prensa en la aparición de una cultura radical (Lee, 1976). Folletos, publicaciones periódicas y páginas de noticias que defendían la causa de la reforma contribuyeron a la formación de la opinión pública. *Los derechos del Hombre*, de Tom Paine, se publicó en 1792, y la revista radical de William Cobbett, *Weekly Political Register*, alcanzó en 1817 una circulación de más de 40.000 ejemplares. Al igual que en la Reforma, los productos de la prensa radical alimentaron una cultura de la comunicación oral de la que surgieron grupos de lectura, sociedades de debate y talleres de discusión (esto proporciona una perspectiva menos confrontativa de las categorías de lo oral, lo letrado y lo impreso proporcionadas por Ong –1982–, en su teoría general, o por McKenzie –1984–, en relación más específicamente con el Tratado de Waitangi, como se explica en el capítulo anterior).

Debido al alto grado de alfabetización exigido por la profesión, los trabajadores de la imprenta eran importantes en la transmisión de ideas radicales a los no lectores dentro de la cultura oral. La camaradería siempre había sido fuerte entre los trabajadores del gremio, como ya se ha señalado, y las hermandades fundadas en los primeros negocios de imprenta se habían desarrollado en Inglaterra en el siglo XVIII en grupos

conocidos como "capillas" (Feather, 1988). Estos protosindicatos eran organizaciones de jornaleros que controlaban las prácticas laborales de trabajo, pero también actuaban como foco social y representantes de las quejas de los trabajadores. El radicalismo alentó a las capillas a organizarse más y la década de 1790 fue testigo de la consolidación de organismos relacionados. La Asociación de Compositores se formó en 1792 y pronto le siguió la Sociedad de Amigos de los Operadores de Prensa. Gracias a las capillas y a los sindicatos que asumieron sus funciones, el negocio de la imprenta fue uno de los primeros en negociar con éxito acuerdos salariales.

En un clima de miedo, abonado por los acontecimientos de la Revolución Francesa, Gran Bretaña fue dura en su represión a la agitación obrera. La legislación de 1799 (*Combination Acts*) prohibió las asociaciones obreras, y muchos agitadores fueron encarcelados por conspiración política. Editores radicales, como Richard Carlile, lucharon por la libertad de prensa y, a menudo, ellos también fueron encarcelados. Los controles legales y fiscales de la prensa –estos últimos llamados "impuestos al conocimiento"– fueron introducidos también en este momento. Sin embargo, a medida que el siglo XIX entraba en un período de estabilidad y satisfacción general, después de las guerras napoleónicas en Europa y sus extensiones en América del Norte y la India, la voluntad para hacer cumplir estos controles disminuyó, y poco a poco se fueron retirando (Lee, 1976). La vigilancia se había vuelto más difícil, ya que las redes de comunicación se volvieron más sofisticadas. La industrialización cambió no solo las prácticas en los talleres y la cultura en los pueblos y ciudades, sino también significó que la imprenta se centró menos en Londres en la medida en que un mejor transporte de mercancías y personas permitió que se establecieran las imprentas provinciales.

El largo siglo XIX

El siglo XIX fue testigo de una revolución en el mundo editorial. La industrialización de la mayor parte del proceso de producción del libro implicó menores costos y un aumento de la producción. Inventos como la prensa de vapor, la mecanización de la composición tipográfica, la estereotipia y las innovaciones en la reproducción de la ilustración aseguró que la producción de libros fuera más eficiente y mucho, mucho más rápida. Las sociedades industrializadas de todo el mundo vieron la necesidad de una fuerza laboral más educada, y ciertamente letrada, para desempeñar nuevos puestos. Las leyes educativas (*Education Acts*) cimentaron el crecimiento de la alfabetización en el Reino Unido de manera tal que, a fines del siglo XIX, la gran mayoría de la población constituía un mercado para los libros (Feather, 1988). La edición de libros se convirtió en una industria en auge. Crecía la competencia entre los impresores y libreros establecidos, y cuando se fueron expandiendo y consolidando, se convirtieron en las casas editoriales que dominarían el negocio hasta la segunda mitad del siglo XX e incluso más allá.

El mercado editorial se benefició con los avances en las redes de comunicación y distribución, las mejoras en las carreteras, teléfonos y ferrocarriles. Esto hizo que los editores de las provincias pudieran manejar sus negocios en pie de igualdad con los de Londres. El aumento de la población en Europa y Estados Unidos (en el siglo XIX, la población de Europa se duplicó y la de Estados Unidos aumentó quince veces) proporcionó un público ávido de libros y revistas (Fischer, 2003). Se requerían libros para leer en los viajes en tren, en las nuevas escuelas estatales, en las bibliotecas, y para obtener información acerca de los nuevos oficios producidos por la industrialización (algo que se expondrá con más detalle en el capítulo 6).

El idealismo y el "amor por los libros" que había caracterizado a unos pocos editores antes del siglo XIX dio paso, en parte, a un mayor enfoque en las ganancias y a objetivos comerciales viables. Se publicaron más y más títulos y los nichos temáticos de los editores se diversificaron. En Gran Bretaña, se publicaban alrededor de 100 títulos nuevos cada año hasta 1750, aumentando a 600 en 1825 y a 6.000 para principios del siglo XX (al final del siglo, la publicación de nuevos títulos alcanzaría la marca de 100.000) (Feather, 1988).

La profesionalización de la edición y comercio de libros, en general, estuvo marcada por la formación de la Publisher's Association (PA) [Asociación de Editores], la Bookseller's Association [Asociación de Libreros], la Society of Authors [Sociedad de Autores] y, a través del nuevo PA, la elaboración del Net Book Agreement [Acuerdo de Precio Fijo para el Libro] (Feltes, 1986). El papel del autor se vio reforzado por el surgimiento del agente literario. Esto se expone con más detalle en el próximo capítulo; sin embargo, tal vez valga la pena destacar en este punto que la reflexión de Bourdieu sobre "el campo de la producción cultural" parece más apropiada en el entorno de los siglos XIX y XX (Bourdieu, 1993).

A mediados del siglo XIX se vio el nacimiento de las colecciones populares, se publicaron grandes cantidades de libros a precios bajos y destinados para el consumo masivo: "Literatura para millones". Se publicaron 1.300 títulos pertenecientes a las novelas de la Biblioteca Ferroviaria de George Routledge [George Routledge's Railway Library], con un precio de un chelín cada una, a tono con el precio de la mayoría de los libros de bolsillo. Muchos libros de esta colección eran reimpresiones más baratas gracias al hecho de que los derechos de autor habían caducado y no había regalías para pagar. A partir de la visión comercial de las editoriales, la cultura impresa alcanzó su apogeo (Sutherland, 1976).

Derechos de propiedad intelectual

Sin embargo, al hacerlo, también comenzó a desplazarse desde el transporte físico de los libros a la venta de derechos de un texto, para la reproducción, traducción, adaptación –para el teatro o para los nuevos medios como el cine o la radio– y *merchandising* –como en el caso de las historias de Sherlock Holmes, que generaron una gama de productos–. Esta transición desde la centralidad del libro como objeto material hacia el texto como recurso se basó en un régimen seguro y aplicable de derechos legales internacionales.

A mediados del siglo XVI, como hemos visto, el negocio editorial en Inglaterra era efectivamente controlado por la Compañía de Librerías. El derecho perpetuo de imprimir una obra y los beneficios consiguientes se restringieron al que tenía los derechos –habitualmente el editor– que le compraba la obra a su autor o compilador. Aunque era posible proteger los derechos de una editorial sobre un texto, inscribiéndolo en el registro de la Compañía de Librerías, la primera edición aseguraba, de hecho, los derechos sobre muchos libros, incluso si se trataba de una edición pirata producida sin pagarle al que la había originado o al que había comparado los derechos de autor. Los derechos a imprimir algunos trabajos particularmente rentables, como la Biblia, los libros litúrgicos y algunos libros de textos estándar, se limitaban a un pequeño grupo de editores y se consideraban propiedades valiosas que se negociaban y se heredaban.

En el Reino Unido, la primera ley de derechos de autor [*Copyright Act*], de 1709, estableció que el derecho de autor sobre una obra le pertenecía a su autor. Las razones de este cambio se tratan con más detalle en el capítulo siguiente (Foucault, 1984; Rose, 1993). Este cambio le permitió a algunos autores solicitar mayores sumas de dinero en el momento de vender sus obras a los editores, aunque la venta de los derechos de autor siguió siendo, durante algún tiempo, un acuerdo

más habitual que el de la participación en las ventas o regalías. La publicación de libros sobre la base de una suscripción, un método popular de financiar las publicaciones antes de 1709 también siguió siendo popular. Sin embargo, aunque los derechos de autor podían hacerse cumplir dentro de un país, estos no tenían ningún estatuto internacional. En lo referente a las publicaciones en idioma inglés, esto dio lugar a un vigorosa y descontrolada piratería de obras británicas que se llevaban a Estados Unidos y que enfurecía a autores populares como Dickens. Este último, de hecho, prestó su nombre y le dedicó energía a las campañas para el reconocimiento transatlántico de regulaciones de derechos de autor en la línea de lo que ya había sido establecido en Europa. Esta presión finalmente tuvo éxito, pero no hasta después de la muerte de Dickens en 1870. La protección internacional a los derechos de autor se estableció y se mantuvo a través de tratados como el Convenio de Berna de 1886 y la Convención Universal sobre Derechos de Autor de 1952. Una nueva ley sobre derechos de autor del Reino Unido, de 1911, reconoció el potencial de otros medios además de la imprenta al ampliar la protección del derecho de autor a otras formas de expresión y producción. Esto, a su vez, proporcionó una base segura tanto para el desarrollo de esos medios de comunicación como para la adaptación de la obra de un autor para diversos medios.

El crecimiento de la edición en rústica

Como los derechos originados por los libros comenzaron a ser explotados a principios del siglo XX a través de varios medios de comunicación populares, como el cine o la radio, los editores buscaban una forma de atraer a esas audiencias masivas que los nuevos medios de comunicación ponían de manifiesto. En 1935, Allen Lane lanzó Penguin, la innovadora y pionera marca de libros de bolsillo. Inspirada en las reediciones de bol-

sillo de Albatros, que eran populares en el continente europeo, y consternados por la falta de material de lectura disponible para el tren, Lane diseñó la colección Penguin (McCleery, 2002). A pesar de considerarse "baratos y divertidos", los libros de Penguin gozaban de un alto nivel de diseño y tipografía para su precio de venta original, que era una moneda de seis peniques. De hecho, algunas de las primeras ediciones de Penguin se han convertido en artículos de colección, apreciados por la excelencia de su diseño. Los expertos se mostraron escépticos sobre la primera publicación. Los libreros temían una reducción de las ganancias, en comparación con las ediciones de tapa dura, y mientras Lane apostaba sobre los gustos de los compradores, las tiradas iniciales fueron altas con el fin de mantener el costo unitario de producción, y por lo tanto el precio al por menor, lo más bajo posible. No obstante, Penguin representaba una buena relación calidad/precio. La apuesta de Lane dio sus frutos. Penguin se convirtió en casi un sinónimo de publicaciones en rústica de buena calidad. Penguin, que en la década de 1930 había representado un experimento arriesgado en la popularización del libro, se convirtió en un negocio multimillonario dentro del grupo de empresas Pearson.

La revolución del libro de tapa blanda cruzó el Atlántico, donde las empresas estadounidenses infundieron al diseño editorial y a la comercialización un mayor grado de dinamismo y energía. Penguin misma abrió una sucursal estadounidense poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Este conflicto fue un momento importante en la democratización de la lectura y del libro, tanto de ficción como de no ficción. Los ejércitos se dieron cuenta de la necesidad de una tropa alfabetizada, educada en los principios por los que estaban luchando y capaz de asumir el papel de ciudadanos activos en el momento del cese de las hostilidades. La ley de reajuste para los soldados [*GI Bill of Rights*] en Estados Unidos y la expansión de las universidades en el Reino Unido de la posguerra fueron una continuación de este reconocimiento del derecho del individuo a la educación y

de su necesidad social. Los libros de tapa blanda constituyeron herramientas de conocimiento de bajo costo que podían colaborar con esa educación formal e informal. Muchos otros editores comenzaron a producir libros en rústica, y por la década de 1950 tenían una presencia notoria en las bibliotecas y librerías de todo el mundo. Al abordar todos los temas imaginables, los libros en rústica eran deseables y accesibles para todos. De hecho, se dice que la proliferación de libros de tapa blanda convirtió a los que sacaban los libros de las bibliotecas en compradores de libros, creando así un *boom* en la industria editorial y de la información. Este nuevo público lector creó un mercado para la nueva escritura y revitalizó muchas de las industrias conectadas con la compra de libros: el comercio minorista, la comercialización y el diseño salieron beneficiados. Los libros en rústica se abrieron camino en todos los ámbitos de la vida y se vendían en nuevos contextos: farmacias (en Estados Unidos), supermercados, aeropuertos y venta ambulante, entre ellos (West, 1985).

Tradicionalmente, los libros de tapa blanda eran reimpresiones de títulos de tapa dura que habían tenido éxito y estaban listos para un público más amplio. Sin embargo, algunos editores, en particular los de ficción literaria, publican ahora sus primeras ediciones en rústica, lo que mantiene bajos los costos y permite que la obra sea difundida entre la mayor audiencia posible. En la publicación académica, es bastante habitual que las ediciones de tapa dura y tapa blanda de un título se publiquen al mismo tiempo: la edición de tapa dura para su uso en las bibliotecas públicas y universitarias, y la edición en rústica para los mismos estudiantes.

El final del siglo XX y más allá

Durante la segunda mitad del siglo XX, las editoriales se reunieron a través de fusiones y adquisiciones para formar grandes conglomerados, a menudo, transnacionales (Greco,

1995, 1996). Hay tres factores que están detrás de este movimiento: la conciencia de la naturaleza internacional de la industria editorial y las oportunidades para la comercialización transnacional de sus productos; la necesidad de explotar productos a través de una serie de medios de comunicación, incluyendo el cine y la televisión, y, en general, la infracapitalización de las editoriales más pequeñas e independientes. Han surgido dos tipos de conglomerados: uno en el que la impresión se basa en un lugar y se opera en un número de diferentes países –tal es el caso de Bertelsmann, con sede en Alemania–; el otro opera en diferentes medios de comunicación, uno de ellos, y no necesariamente el más importante, sería la edición de libros –por ejemplo, *News Corporation*, propiedad de HarperCollins–. La formación de estos conglomerados no siempre es considerada benigna. A menudo, el ejercicio involucra poco más que la liquidación de activos de las ediciones, autores, fondo editorial y personal. Algunos autores reaccionaron de manera adversa frente a la pérdida de cierta intimidad en su relación con los editores, mientras que otros le dieron la bienvenida a una explotación más eficaz de su trabajo. Hubo una percepción general de la tensión entre los aspectos creativos de la edición y la necesidad, impulsada por una centralización de la dirección, de cumplir con objetivos de rentabilidad comunes (Schiffrin, 2001). El fracaso para lograr esto último llevó a la desaparición de editoriales largamente establecidas o importantes editores a nivel regional o nacional. Sin embargo, el lado creativo de la edición continuó prosperando a través de la constante fundación de firmas independientes, habitualmente a cargo de ex empleados de los conglomerados. La venta de libros también vio durante este período el surgimiento de cadenas internacionales, algunas de las cuales formaban parte de medios más amplios o de conglomerados editoriales. La pérdida del dominio editorial, su dilución institucional dentro de los conglomerados multimediáticos, la globalización de la información y la cultura, ella misma basada en la explotación de firmes dere-

chos de propiedad intelectual: todos estos factores condujeron a un cuestionamiento acerca del futuro del libro, un tema que será tratado en más detalle en nuestro capítulo final.

Conclusión

Este ha sido un capítulo extenso. En sustancia, la producción y distribución de libros impresos ha estado en el corazón de la historia del libro y ha definido los debates sobre la relación entre la producción y distribución, y su contexto social. Desde una perspectiva puramente interna, ese contexto consistió tanto en la adaptación y desarrollo de estructuras que ya existían para los manuscritos como en la creación de estructuras nuevas que se ajustaban a la rápida propagación de la imprenta. Desde una perspectiva externa, este contexto consistió, por un lado, en la relación entre la imprenta y los grandes movimientos de importancia social, cultural y política como la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración y, por otro, en la relación entre las estructuras editoriales y las instituciones de poder –el Estado y la Iglesia–. Si bien la naturaleza de esas relaciones sigue siendo la fuente de una animada controversia, como vimos en el capítulo 1, son cruciales para la historia del libro y su capacidad de proporcionar un análisis sólido acerca del pasado reciente, tal como veremos en el capítulo 7.

Cuestiones para pensar

Estas son algunas de las preguntas claves a considerar en el momento de reflexionar sobre los temas tratados hasta ahora. A menudo se trazan analogías entre enciclopedias impresas como la *Encyclopédie* o la *Encyclopaedia Britannica*, y en fuentes de información *online* como Wikipedia. ¿Cuáles son las principales similitudes y diferencias entre las dos? Si la distribu-

ción del libro físico se desplazó desde ríos y cursos de agua a ferrocarril en el siglo XIX, entonces, ¿cómo se distribuyeron los libros impresos en el siglo XX? Los libros contemporáneos ¿son puramente funcionales o uno puede encontrar ejemplos que podrían figurar junto a los mejores manuscritos monásticos en términos de su atractivo estético?

4

Autores, autoría y autoridad

Introducción

Este capítulo analiza cómo los conceptos de autoría han cambiado y se han desarrollado en los últimos 1.000 años. Examina las definiciones medievales de autoría. En el contexto de ese período, cuando la producción de manuscritos estaba basada principalmente en espacios religiosos o eclesiásticos, los "autores" eran vistos a menudo como reproductores, compiladores, anotadores, o comentaristas. Vamos a examinar cómo la introducción de la imprenta desde la década de 1450 redefinió la autoría como una actividad más creativa que podría llevar a un individuo a la fama y a contar con alguna fortuna. También nos referiremos al lugar del mecenazgo en el apoyo y la formación de la producción textual. El capítulo luego pasa a considerar la cuestión de los derechos de autor y cómo la introducción de las leyes de derechos de autor en la década de 1700 en adelante cambió el modo en que se le paga a los autores y las cosas que producen. Además cubriremos brevemente los efec-

tos sobre la autoría de la industrialización del siglo XIX, y los modos en que los nuevos actores (como los agentes literarios) y las innovaciones tecnológicas cambiaron los contextos en los que actuaban los autores. A partir de esto, el capítulo avanza hacia un breve repaso de las interpretaciones críticas de la autoría que han sido centrales para los estudios de la historia del libro. Se concluye con observaciones sobre las redefiniciones de la autoría como resultado de la aparición de la era digital.

La cultura del manuscrito y el "autor"

La reflexión académica ha sugerido en el pasado que la separación de la evolución de la cultura del manuscrito (y su concepción del "autor") en Europa occidental tuvo dos épocas distintas: la era monástica y la era secular. La primera va desde alrededor del año 400 d. C. hasta fines del año 1100 d. C., y la segunda se desarrolla desde fines del siglo XII hasta fines del siglo XV (e incluso más allá) (Thomas, 1976: 15). Desde la caída del Imperio Romano en el siglo V hasta el siglo XII (cuando la creación de universidades y lugares de aprendizaje empezaron a cuestionar este tipo de centros de poder), los monasterios y centros religiosos mantenían casi un monopolio sobre la producción de textos en Europa occidental. Como se ha señalado en los capítulos anteriores, la vida intelectual se focalizaba en los centros eclesiásticos, y se producían manuscritos en línea con el interés religioso en defensa de la autoridad de la Iglesia y sus enseñanzas. Las órdenes monásticas reservaban partes del día para el trabajo intelectual y la copia y la iluminación de los textos sagrados. Los *scriptoria* monásticos o *scriptorium*, en el que se dice que tenía lugar ese trabajo, llegó a simbolizar la esencia de la cultura medieval, "donde los copistas, rubricadores e iluminadores se unían en una labor piadosa, copiando meticulosamente la palabra de Dios" (Taylor, 1999: 353).

Estos centros podrían ser naturalmente muy organizados, con espacios particulares reservados a diferentes aspectos de la producción de manuscritos, que iban desde la escritura a la caligrafía y el trabajo de iluminación, y tareas específicas asignadas a miembros específicos de la orden. Pero como Andrew Taylor y otros señalan, tales generalizaciones pueden ser engañosas, ya que en realidad un *scriptorium* monástico a menudo se refería a un grupo de escribas más que al lugar que ocupaban ellos: algunos monasterios no tenían habitaciones especiales reservadas para este tipo de trabajo, y con frecuencia los monjes que trabajaban en los manuscritos se encontraban ocupando espacios individuales dispersos por el claustro (Knowles, 1950, vol. 2: 520-522; Ker, 1960: 3-11; Eisenstein, 1979, vol. 1: 14-15; Taylor, 1999: 354).

Hay pruebas de que, a partir del siglo XI, los monasterios encargaban el trabajo a "notarios" profesionales o escribas contratados para tal fin. Los monjes benedictinos alemanes de Saint Emeric, Tegernsee, y Scheyern, por ejemplo, utilizaban regularmente escribas profesionales para transcribir tanto textos eclesiásticos como seculares, que iban desde sermones y obras teológicas y litúrgicas hasta enciclopedias. El hecho de subcontratar partes del trabajo se aceleró en la medida en que aumentó la demanda de textos para ser enseñados en la era secular por las universidades recién establecidas en lugares como Bolonia, París, Lovaina, Basilea, Cambridge y Oxford. La demanda pronto superó la capacidad monástica para proporcionar textos y generó una industria comercial de libros independiente, en la que las librerías proporcionaban, entre muchos otros servicios, pecias o textos ejemplares originales para que los estudiantes y otros laicos interesados los alquilaran y copiaran.

La fundación de las universidades a fines del siglo XII y principios del XIII aceleró el desarrollo de un nuevo público lector interesado en una gama de textos más amplia que la producida anteriormente. Al principio, gran parte de este público

lo constituían los clérigos que, vinculados a una universidad o facultad y junto con los profesores, requerían textos de autores clásicos, referencias, comentarios y glosas. Las universidades buscaron establecer bibliotecas para atender la demanda estudiantil, y junto con ellas establecieron talleres basados en la universidad para hacer frente a la demanda de ejemplares de obras esenciales.

Al mismo tiempo, el crecimiento en el siglo XIII de un público lector extraído de las clases burguesas emergentes –principalmente abogados, funcionarios del Estado, comerciantes exitosos, y médicos– crearon una demanda para la producción de textos en áreas como derecho, política, ciencia y medicina, así como otras obras de carácter recreativo, popular y de naturaleza edificante (obras literarias, romances, traducciones, poesía, y otras similares). El flujo resultante de obras "humanísticas" seculares contrastaba con el número predominante de textos reproducidos durante la era monástica, de naturaleza religiosa, aunque también se incluían textos de algunos autores latinos antiguos, como Ovidio, Virgilio, Boecio y Prisciano, a los que los eruditos medievales les habían otorgado una autoridad especial (*auctoritas*) y por eso se reproducían de acuerdo con la lógica eclesiástica.

La autoridad y la función del autor

Con respecto a la producción textual durante el siglo XIII, el franciscano San Buenaventura argumentó que el acto de escribir libros (o, en este caso, textos manuscritos) podía dividirse en cuatro categorías:

> Una persona escribe material compuesto por otra gente, sin agregar ni cambiar nada, y se dice que es meramente el escriba [*scriptor*]. Otro escribe materiales compuestos por otros, uniéndolos pero sin agregar nada propio, y se dice que esta persona es el compilador [*compilator*]. Otro escribe tanto los materiales compuestos por los demás como los

> suyos, pero los materiales compuestos por otros son los materiales más importantes, mientras que los suyos se añaden con el fin de aclararlos, y se dice que esta persona es el comentarista [*commentator*], no el autor. Otro escribe tanto sus propios materiales como los compuestos por otros, pero los suyos son los materiales más importantes, y los de los otros se incluyen para confirmar los propios, esta persona debe ser llamada autor [*auctor*] (Wogan-Browne *et al.*, 1999: 3).[1]

Los argumentos de Buenaventura procedían de un contexto académico muy específico; presentaba a los escribas como individuos que trabajaban principalmente con textos particulares en conjunción con otros. Ese acto era a menudo difícil (reunir las pocas fuentes manuscritas para crear nuevas interpretaciones de la actividad humana) y lo practicaba una pequeña élite. Las categorías de Buenaventura se centraban en la reproducción mecánica del pensamiento y las ideas. No consideraban importante lo que nuestra sociedad ubica hoy en el centro de la escritura –es decir, literatura imaginativa y creativa, fuente de información y de interpretación intelectual–. Eran un reflejo del punto de vista de la élite que veía la producción textual como una tarea llevada a cabo dentro de los confines de la Iglesia Católica y los establecimientos eclesiásticos (Minnis, 1988; Brown, 1995: 197-206; Kuskin, 1999; Taylor, 1999: 353-365).

Otros tenían ideas diferentes sobre lo que la escritura y la producción textual podría representar en el período medieval. Basta con considerar el famoso verso de Chaucer dirigido a su "escriba" Adam Scrivcyn –uno de los comentarios en inglés medieval citado con mayor frecuencia sobre el papel del escriba y la génesis de los textos–, en el que lamenta la tendencia de su copista a apresurarse y su falta de control para la reproducción precisa de los manuscritos literarios:

1. La traducción está adaptada de Alistair Minnis (1988: 94). Una versión levemente distinta del mismo texto es utilizada por Elizabeth Eisenstein (1979, vol. 1: 122), adaptada de John Burrow (1976: 615).

Adam scriveyn, if ever it thee bifalle
Boece or Troylus to wryten newe,
Under thy long lokkes thou most have the scalle,
But after my makyng thow wryte more trewe;
So ofte a daye I mot thy werke renewe,
It to corecte and eke to rubbe and scrape
And al is thorugh thy neglygence and rape.[2]

Aquí la "autoridad" es Chaucer (en lugar de la Iglesia), que le asigna a su copista/escriba el mantenimiento de altos estándares de precisión para reproducir sus palabras tal como él las había formulado. Por otra parte, la poesía de Chaucer destaca y adhiere al modelo de autoría, compartida entre sus contemporáneos medievales, de un participante en una tradición intelectual en curso vinculado a las autoridades del pasado (Boecio). Como sostienen los editores de una antología sobre teoría literaria de inglés medio, la autoría en la época de Chaucer, "era más probablemente entendida como una participación en una tradición autorizada intelectual y moralmente, dentro de la cual [...] un escritor podía desempeñar uno de varios papeles, tanto al copiar, modificar o traducir, como al componer" (Wogan-Browne *et al.*, 1999: 4-5). Se consideraba autores (o *auctors*) a las personas que *reconfiguraban* ciertos materiales para sus propios propósitos, creando un material que glosaba o que se vinculaba a otro dentro de la misma esfera de actividad intelectual. No eran "autores" en el sentido posromántico de los artistas/genios creativos, dado que en la mayoría de los casos no tenían la propiedad

2. Los autores transcriben aquí la traducción al inglés moderno: "*Adam Scribe, if ever it thee befall/ Boethius or Troilus to write anew,/ Under thy long locks thou must have the scale, [scaly condition of the scalp],/ But after my making trough write more truth./ So often daily I must thy work renew,/ It to correct and also to rub and scrape/ And all is through thy negligence and haste*" (Benson 1988: 650). En español: "Adam, mi escriba, si alguna vez ocurriese que usted transcribe nuevamente el *Boecio* o *Troilo*, que tenga usted caspa bajo sus largos bucles a menos que copie mis líneas correctamente. A menudo, tengo que rehacer su trabajo y corregir y limpiar y fregar, todo debido a su descuido y su violencia". [N. de T.]

definitiva de los textos en los que habían trabajado y que habían reconfigurado.

Al mismo tiempo, la "autoridad" era algo que podría residir en un texto independientemente de su relación con un "autor". Las referencias medievales a los textos de Ovidio, San Agustín y otros, por ejemplo, no asociaban o atribuían veracidad o verdad a la obra del genio creador de un autor individual, sino que más bien asignaban "autoridad" a la verdad del texto mismo. Como algunos comentaristas han señalado con perspicacia: "Ya en la modernidad temprana era la edad, la autenticidad y la conformidad con la verdad, y no el genio individual, las que se suponían que conferían autoridad a los textos y a los autores (Wogan-Browne *et al.*, 1999: 6).

Los autores en el Renacimiento

Las interpretaciones sobre qué significaba y hacía un "autor" en Europa occidental cambió en el Renacimiento. Esto se debió principalmente a la reproducibilidad de los textos impresos: el cambio, a partir del siglo XV, de la circulación de un pequeño número de manuscritos transcriptos a la reproducción impresa en grandes cantidades. La escritura se convirtió en una actividad individualizada, una fuente potencial para el reconocimiento y el ascenso social. Como señalan Febvre y Martin (1976): "Mientras que en la Edad Media los autores habían tenido escaso interés en vincular sus nombres a una obra, los editores fueron empujados a buscar o querían buscar la verdadera identidad de los autores de las obras que publicaran; y cuando no lo lograban, lo inventaban". El resultado de asociar un nombre a un texto era la evaluación crítica, el reconocimiento y, en algunos casos, una mejor reputación. Esto aceleró el interés y el deseo de algunos de buscar la fama, si no la fortuna, de este tipo de trabajo. Febvre y Martin (1976: 261) concluyen: "Este nuevo tipo de estímulo fue también el

signo de una nueva época en la que los artistas comienzan a firmar sus obras, y la autoría adquiere un significado totalmente nuevo". Esta sería una idea reiterada por Elizabeth Eisenstein varios años más tarde: "El 'deseo de fama' en sí mismo", sostiene Eisenstein, "puede haber sido afectado por la inmortalidad surgida de la imprenta" (Eisenstein, 1979, vol. 1: 121).

La imprenta involucró a los productores textuales en una forma que era diferente a la actividad anterior de los escribas, al socavar conceptos largamente establecidos sobre la autoridad colectiva. Los mismos principios de la actividad autoral individualizada se aplicaban a aquellos cuyas obras fueron extraídas de otros medios de comunicación. Los dramaturgos británicos, por ejemplo, se beneficiaron con el activo mercado de obras impresas, que coincidió con la profesionalización de los escenarios de Londres en el año 1500: el resultado, como argumenta Douglas Brooks, fue una mercantilización de la dramaturgia que, a su vez, alimentó e intensificó la "preocupación por el radio de acción del autor individual" (Brooks, 2000: xiv). Los editores percibían las posibilidades comerciales de las obras impresas que exhibían la "presencia" de un "autor", cuya autenticación de "los textos autorizados" podía, entonces, ser utilizada para aumentar su valor comercial. Tales acciones subrayaron cómo durante la modernidad temprana la imprenta cambió la base para posibilitar que la autoría se viera como una actividad individual, completando, tal como comenta Mark Rose, "la transformación del *auctor* medieval en el *autor* del Renacimiento" (Rose, 1993: 18).

Tal transformación realineó los intereses y las actividades de autor. Es generalmente reconocido que el concepto de derecho de autor como una representación del derecho de la propiedad intelectual del autor no prevaleció hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando fue implementado agresivamente en Gran Bretaña, Francia y Alemania, entre otros lugares. Los estudiosos, sin embargo, han señalado ejemplos de conceptos incipientes de la propiedad literaria

que datan de principios del año 1500 en adelante, y están vinculados al reconocimiento legal de los derechos individuales a las patentes de las invenciones (Eisenstein, 1979, vol. 1: 120; Rose, 1993: 16-18; Brown, 1995: 1-8). Entre los primeros casos hay dos registrados en Francia en 1504; el primero involucra a Guillaume Cop, un conocido médico parisino responsable de la compilación de un almanaque anual, que obtuvo, en marzo de 1504, una orden judicial contra un librero para evitar la expedición de copias del almanaque sin la autorización y autenticación de Cop. El fallo fue significativo en su reconocimiento de la importancia de unir la firma y el nombre de Cop a este producto textual. "En cierto sentido, entonces", comenta Mark Rose, "lo que Cop estaba asegurando era tanto un derecho que tiene que ver con el uso de su nombre como un derecho a un texto" (Rose, 1993: 18-20). Dos meses más tarde, el poeta André de la Vigne se aseguró el derecho a imprimir y vender una antología de obras poéticas suyas y de otros como resultado de un intento de un editor de reimprimir una versión no autorizada del libro. Estos casos, como advierte Cynthia J. Brown, señalaron un cambio en las percepciones sobre el rol de los creadores de textos en un entorno comercial. "Los 'autores' se volvieron mercancías comercializables fuera del circuito de la corte y los benefactores ricos", advierte Brown, "y los nuevos participantes en la producción del libro –el editor, la imprenta y eventualmente un público lector diferente y en expansión– fueron determinaciones cruciales en la participación del autor en el momento de decidir la manufactura física y literaria de sus libros". Brown concluye que estos y otros movimientos legales de los escritores de la baja Edad Media marcaron un cambio importante en los patrones de producción textual: "Incluso la tríada jerárquica mecenas, poeta y escriba, que caracterizaba la cultura del manuscrito, evolucionó, en la cultura impresa, hacia un mayor balance de la autoridad compartida por el mecenas, el poeta y el editor" (Brown, 1995: 2).

Tales casos también reforzaron el hecho de que, con la llegada de las estructuras legales que apoyaban la explotación comercial de las mercancías (y los textos), y la subsecuente toma de conciencia acerca del monopolio eclesiástico del "saber", los editores y libreros de la mayor parte de las ciudades principales de Europa occidental estaban en posición de capitalizar la producción textual, y habitualmente buscaban mantener el derecho legal a explotar y comercializar el material impreso, que se vendía bien. Una vez que los autores entregaban su trabajo para el proceso de producción, sin embargo, perdían invariablemente el control sobre él. Pero, como señala Mark Rose, un aspecto del mercado literario permanecía bajo el control general del autor: "Los autores podían no tener la propiedad de sus textos, pero sí la tenían de sus manuscritos, los objetos físicos que habían hecho con sus propias manos o que mandaron a hacer, y para estos objetos tanto el librero como las compañías de teatro proveían un mercado. El derecho del autor, sin embargo, cesó con la transferencia del manuscrito" (Rose, 1993: 17-18).

Mecenazgo

Antes de los cambios en el mercado producidos en el siglo XVIII e instigados por el uso autoral de los derechos, el patrón general de intercambio de los autores estuvo dentro de un sistema altamente desestructurado de mecenazgo desarrollado durante la Edad Media como parte de la evolución de la cultura del manuscrito. Los "autores" operaban dentro de los círculos cortesanos específicos de ciertos benefactores pudientes y, por lo tanto, "a través de un complejo conjunto de transacciones simbólicas y materiales, los mecenas recibían honor y estatus bajo la forma de un servicio de parte de sus clientes y, a cambio, proveían una retribución tanto material como inmaterial" (Rose, 1993: 16; véase también Brown, 1995: 2).

Por supuesto, el mecenazgo para los escritores y poetas no era original del medioevo: por ejemplo, hay evidencia de élites literarias que funcionaron bajo la protección de poderosas figuras aristocráticas y políticas en tiempos romanos entre el año 250 a. C. y 200 d. C., y también después. Estos "microcampos" literarios, como Henri-Jean Martin los denomina, podían ser grupos fundados alrededor de figuras como Escipión el Africano (235-183 a. C.), o Precia y Lesbia (durante el siglo I d. C.), o el caballero romano Mecenas, patrono de Horacio (Martin, 1995: 99).

Los mecenas existían para comisionar, proteger, fomentar y, en muchos casos, controlar la producción literaria. Los autores sin una fuente independiente de ingresos buscaban un vínculo con un mecenas importante para avanzar en sus carreras y situaciones financieras. A lo largo de los siglos XIV y XV, en particular, el sistema de mecenazgo funcionaba ampliamente y operaba como una "economía de intercambio de regalos", dentro de la cual los autores dedicaban o presentaban las obras a potenciales patrocinadores de la corte o las élites (reyes, caballeros, príncipes y nobles), con la esperanza de obtener una contribución monetaria a cambio, y/o una sinecura dentro de la casa del patrocinador o de sus círculos sociales y políticos (Mauss, 1954; Macherel, 1983).

El sistema también coexistía con una "economía de mercado": el vínculo con un patrocinador importante garantizaba un éxito de público para la obra de un autor, una consideración significativa, especialmente a partir del siglo XVI, cuando la interacción, en Europa occidental, de los autores con los editores y libreros sobre la impresión y venta de sus textos implicaba, cada vez más, la consideración del valor y potencial económicos (Febvre y Martin, 1976: 25; Davis, 1983; Macherel, 1983: 151; Brown, 1995: 106-107). Sin embargo, todavía en la década de 1740, frente a un mercado cambiante para la producción textual, los autores seguían buscando y obteniendo beneficios de los mecenas poderosos. El poeta inglés James Thomson, por

ejemplo, trabajó durante varios años como tutor de los hijos de varios oscuros aristócratas ingleses y escoceses antes de obtener una pensión de Frederick, el príncipe de Gales, en 1738, y una sinecura como inspector general de las islas Leeward, de lord Lyttelton en 1744 (en esta última ocupación recibía 300 libras anuales y prácticamente no implicaba ningún esfuerzo de parte de Thomson). O está el caso de Jean-Baptiste-Antoine Suard –documentado por Robert Darnton–, que llegó a París cuando tenía alrededor de 20 años, durante la década de 1750, con la intención de hacer carrera en los círculos literarios. Durante los siguientes cuarenta años, Suard cultivó cuidadosamente los contactos entre la élite, incluyendo al abad Raynal, los miembros de la aristocracia y los ministros con altos cargos políticos, y logró varias sinecuras importantes (como el puesto de censor real y corresponsal literario del marqués de Bayreuth). Fue debidamente elegido para la Academia Francesa (un honor que venía con un generoso ingreso anual). Como concluye Darnton, Suard ascendió a través de los círculos culturales franceses a pesar de producir poco en prosa o en verso, y vivir de prebendas y pensiones, pero no de las ventas de libros. "De hecho, escribió poco y tenía poco que decir, nada que ofendiera al régimen –algo que casi no necesita aclararse–. Él acató rigurosamente los deberes de los *philosophes* y recogió su recompensa" (Darnton, 1982a: 7).

Estos casos apuntan a un aspecto del mecenazgo que satisfacía a los que no tenían ambiciones, pero que podía frustrar a los autores más activos. Los vínculos de mecenazgo podían conducir a la subordinación de un autor y a la pérdida de independencia intelectual: con frecuencia, se les pedía a los poetas y escritores patrocinados que compusieran material que reflejara y promoviera los intereses de sus patrocinadores, o se los comisionaba especialmente para crear y llevar a cabo trabajos con fines particulares. En 1369, por ejemplo, Carlos V de Francia, que apoyaba a numerosos traductores, le encargó a uno de ellos, Nicole Oresme, la tarea de traducir

las obras de Aristóteles sobre política, economía y ética, algo que llevó a cabo en 1372. El objetivo era proporcionar materiales de lectura que le permitieran a Carlos V guiar a sus asesores y funcionarios estatales para que apoyaran determinadas reformas políticas inspiradas en modelos aristotélicos. La situación cambió un poco en el siglo XVIII: muchos autores ingleses notables (personas como Joseph Addison, Richard Steele, William Congreve, Edward Gibbon, y Samuel Johnson) perseguían intereses literarios independientes a través de canales como la floreciente prensa inglesa, aunque frecuentemente su independencia se veía comprometida cuando tomaban puestos de gobierno o recibían pensiones reales, porque, como señala John Brewer, "se esperaba que la mayoría de los escritores que tenían apoyo de la corona participaran por escrito de las polémicas políticas a favor de los ministros del rey (Brewer, 1997: 163).

Los resultados creaban tensiones entre los intereses de autor y las consideraciones materiales prácticas: los textos tenían que estar enmarcados de tal manera que pudieran atraer y mantener el interés de los mecenas y su aprobación política. Como concluye Cynthia Brown, a menudo los autores tenían que hacer concesiones morales y creativas para ganarse la vida. "En el sistema de mecenazgo, entonces, la escritura del autor representaba su interpretación personal de los deseos, necesidades e imagen del patrono, y estaba inspirada por algún tipo de encargo o por la esperanza de obtener uno" (Brown, 1995: 106). Sin embargo, no todos los críticos han considerado el mecenazgo de manera tan negativa. Raymond Williams, por ejemplo, sostuvo que, en contraste con el funcionamiento de un brutal "mercado literario" ligado a la incertidumbre del "gusto popular", el sistema de mecenazgo a menudo ofrecía un ambiente benigno y positivo en el cual los escritores (favorecidos, tal como se entendía implícitamente) podrían florecer. "Bajo el mecenazgo", comenta, "el escritor tenía por lo menos una relación directa con un círculo inmediato de lectores, de

los cuales, ya sea de manera discrecional o voluntaria, como marca o cuestión de respeto, estaba acostumbrado a aceptar y, a veces, a considerar ciertas críticas. Es posible argumentar que este sistema le daba al escritor una libertad más importante que la de aquel que lo sucedió" (Williams, 1966: 50).

Patrocinadores, editores y público

El papel del mecenas cambió en la medida en que el surgimiento de la impresión mecánica favoreció el desarrollo de las obras impresas financieramente viables durante los siglos XVI y XVII. Libreros y editores se vincularon con los nobles y otras figuras de la corte como mecenas potenciales, señalando el cambio en el patrocinio desde la comisión y el control hacia la promoción, consumo y distribución. A fines del siglo XVIII, el desarrollo adicional de una prensa periódica –que se hacía oír y que operaba, con variados grados de éxito y niveles de censura, en las principales capitales europeas– ofreció una vía adicional para la producción textual. Con frecuencia, los editores que contaban con "casas" editoriales ya establecidas funcionaban como patrocinadores literarios, patrocinando a los autores para crear obras particulares, creando salones literarios y sociedades en las que la reputación profesional y social pudiera establecerse y/o mejorarse, y desarrollando publicaciones periódicas y diarios en los que pudieran aparecer artículos y obras anónimas, con seudónimos y, de vez en cuando, firmados. Un escritor competía por la atención de figuras importantes en el mundo editorial, con el fin de generar interés en su trabajo y entrar en estos "campos literarios" de actividad. El mecenazgo cortesano fue reemplazado lentamente por un patrocinio impulsado más económicamente y orientado hacia el mercado.

Asimismo, durante todo el siglo XVIII y hasta bien entrado el siglo XIX, el papel del mecenas fue asumido por las

sociedades educativas e intelectuales, así como por los círculos literarios informales y los salones. Ellos fueron parte de cambios sociales y culturales en el sistema de patrocinio que aumentaron hasta abarcar "el apoyo a un escritor de parte de una persona o institución que lo protege pero que espera, a cambio, la satisfacción de necesidades culturales" (Escarpit, 1971: 38). Incluso hoy vemos vestigios de tales sistemas de patrocinio en puestos patrocinados por el Estado, como el Poeta Laureado. Aunque tal patrocinio social y orientado al mercado funcionó como parte de una "profesionalización" de la actividad autoral, los contemporáneos a menudo se quejaron de la sensación de alienación que experimentaban y de la naturaleza fragmentaria del trabajo que se veían obligados a emprender para ganarse la vida por medio de la escritura. En Gran Bretaña y en otros lugares, el escritorzuelo "de Grub Street" (llamado así por la calle londinense en la que muchos escritores "por contrato" tenían cuartos y oficinas) se convirtió en una metáfora y en una imagen perdurable que sintetizaba la actividad impersonal de los letrados de los siglos XVIII y XIX, que cobraban un precio variable por el número de palabras que producían diariamente. "Sin medios y sin control", como señalan John Brewer y Iain McCalman, el resultado fue que:

> Los escritores se convirtieron en fabricantes de componentes en la fábrica de la literatura. Esta fragmentación socavó la integridad de los escritores, que llegaban a tener solo una relación marginal con las obras que ayudaban a producir. Lo que escribían no era realmente de su propiedad: había sido diseñado por otro y tenía valor solo como parte de un todo más grande. Ellos carecían de interés en la obra completa ya que no era una cosa que podían o deseaban reconocer como propia. Los escritores no eran autores sino cifras maleables cuyo valor residía en su capacidad para asumir una serie de funciones autorales (Brewer y McCalman, 1999: 206).

Autores, derechos de autor y remuneración

El surgimiento de un público lector a fines del siglo XVIII (con interés en las obras impresas y capacidad para pagar por ellas) también fue un factor en este cambio de sistema, que generó las circunstancias en las que los autores pasaron de crear obras con vistas a solicitar fondos y apoyo de ciertos mecenas a buscar una publicación a través de esquemas de pagos por adelantado y suscripciones. Con tales esquemas, los autores o los impresores/editores solicitaban anticipos de los lectores interesados para cubrir los costos de publicación y producción. Posteriormente, esto daría paso a las prácticas editoriales generales y comerciales asociadas con los sistemas actuales de interacción autoral (por ejemplo, el pago de regalías por la venta de ejemplares).

La publicación por suscripción funcionó durante muchos años como uno de los métodos más importantes (después del mecenazgo) para asegurar la publicación de las obras en prosa y verso. En Gran Bretaña, el volumen de suscripciones aumentó rápidamente durante la década de 1600 y hasta la década de 1730, mantuvo un nivel constante hasta la mitad del siglo, y luego aumentó nuevamente durante los últimos veinte años del siglo XVIII. Las obras suscritas de esta manera iban desde poesía, sermones, historias, textos médicos y libros de ayuda hasta biografías, obras matemáticas, libros de música y otros textos no literarios.

Otros métodos para recompensar a los autores incluyeron el sistema de lucro compartido, donde los autores aceptaban compartir el riesgo de la publicación con el fin de recibir el 50% de los ingresos generados por las ventas del libro (después de deducir los costos). Esto se usó habitualmente durante los siglos XVIII y XIX, pero a veces dio lugar a abusos de parte de los editores que, a través de una contabilidad engañosa y de inflar los costos de distribución y producción, podían terminar con mayores beneficios a expensas del autor. Un segundo mé-

todo, que se ha utilizado desde los comienzos de la imprenta, consiste en que el editor o el librero directamente le compre los derechos al autor pagando un precio fijo. Bajo este sistema, el autor no tiene acceso a nuevas sumas en el caso de reediciones si la obra tiene éxito. Un tercer método utilizado con frecuencia, después de la aplicación y la defensa de los derechos de autor en el siglo XIX, fue la compra por parte del editor de los derechos de autor durante un número convenido de años o una cantidad de ediciones, después de lo cual los derechos volvían al autor. Por último, existió la aplicación del sistema de regalías, que se estableció durante el siglo XIX, a raíz de una fuerte acción legal y presión ejercida por las partes interesadas.

El *copyright*, o derecho exclusivo a imprimir un texto en particular, se desarrolló principalmente como resultado de las batallas legales del siglo XVIII en Gran Bretaña entre los libreros ingleses y escoceses. La idea de un "autor" que pudiera controlar su trabajo con fines de lucro fue algo que obviamente cayó a fines del siglo XVIII y principios del XIX como resultado de la relación jurídica entre derechos de autor y actividad artística. Pero los derechos de autor, en el sentido de control exclusivo sobre los procedimientos y procesos de impresión de los textos, era algo que formaba parte del proceso de impresión desde fines del siglo XV en adelante. Febvre y Martin (1976) señalan algunos de los primeros casos de demanda de derechos de autor ocurridos en Italia durante el siglo XV: hay registros legales de editores e impresores milaneses que pedían privilegios exclusivos de *copyright* y que les fueron concedidos en 1481 (cuando Andrea De Bosiis consigue los derechos de publicación de *Sforziade*, de Jean Simoneta) y en 1483 (cuando el duque de Milán le otorga un derecho de cinco años a Petrus Justinus de Tolentino por los derechos para publicar *Convivium*, de Francesco Filelfo). Los registros franceses muestran una gran actividad en el siglo XVI, con derechos que habitualmente se pedían y eran otorgados por el rey, el Parlamento y los tribunales locales. Del mismo modo,

las imprentas del siglo XVI en Alemania recibieron derechos de *copyright* de parte del emperador y las autoridades locales. Tanto en Alemania como en Francia, tales privilegios fueron utilizados a menudo como un medio de control de la producción impresa y del tipo de materiales que emanaban de este tipo de negocios (Febvre y Martin, 1976: 241; Darnton, 1982a, 1996).

La renovación de estos derechos y privilegios, en el caso de obras exitosas (algunas concesiones podrían durar hasta treinta años), era muy polémica y a menudo discutida. Como señalan Febvre y Martin: "En principio otorgaban estos privilegios para la reimpresión de libros antiguos, así como para publicar nuevos, y los editores que disfrutaban del favor real trataban, por lo tanto, de renovar sus monopolios indefinidamente, mientras que el Gobierno, al mismo tiempo, tendía a favorecer a los editores más ortodoxos y más manejables" (Febvre y Martin, 1976: 241). Con frecuencia, esto tuvo como resultado monopolios poderosos que ponían dificultades a los recién llegados para iniciarse y establecerse con credibilidad en el negocio de la impresión, edición o venta de libros.

En Gran Bretaña, las escaramuzas legales sobre monopolios y privilegios similares de publicación e impresión condujeron a la sanción del Estatuto de Anne de 1710, que invistió a los autores y a sus representantes con el derecho de propiedad sobre las obras impresas para períodos fijos (14 años, luego 21, o 28 si el autor aún vivía). Un mayor fortalecimiento de estos derechos individuales fue el resultado de una batalla histórica en 1774 entre un librero escocés y un vendedor de libros inglés. El caso fue discutido con la ayuda legal de James Boswell –biógrafo de Samuel Johnson y abogado escocés cuando los intereses literarios no ocupaban su tiempo– y resuelto en los tribunales de Londres. Estableció los precedentes legales y los conceptos de derechos de propiedad individual de textos que posteriormente se adoptaron en las interpretaciones internacionales del *copyright*.

El caso Donaldson contra Becket se centraba en el derecho de Alexander Donaldson, un librero de Edimburgo, para reimprimir, a un precio más bajo, ciertos textos originalmente publicados en Londres, y sobre los cuales los libreros de Londres afirmaban poseer derechos de reimpresión exclusivos y perpetuos (expulsando así cualquier competencia posible). La demanda legal amenazaba el monopolio de libreros/editores ingleses (principalmente con sede en Londres) para mantener los derechos exclusivos de reimprimir las obras de los autores que habían comprado. El monopolio se había originado a partir de la organización corporativa estructurada de libreros londinenses a mediados de la década de 1500, conocida como Compañía de Librerías. Un acta real de 1557 le otorgó a la compañía el monopolio de la impresión: solo aquellos que ingresaban como miembros de la compañía o que mantenían patentes de impresión particulares tenían el derecho tanto a imprimir libros como a copiarlos.

Aunque, en un principio, el objetivo del acta real había sido el de permitir un mayor control gubernamental de lo que se editaba en las imprentas inglesas, las interpretaciones posteriores ampliaron el asunto hasta involucrar la exclusividad nacional en los derechos de reproducción (un movimiento para crear un "*copyright* perpetuo" en los textos vendibles). La movida implicó un cambio en la interpretación del valor de los textos –desde verlos como acciones, valuadas por lo que podrían representar, su capacidad de exponer injusticias, o para ser usados con el objeto de ganarse el favor del "autor", hasta verlos como cosas, propiedades con un mercado de valor tangible–. Como advierte Mark Rose: "Pensar los textos como acciones, valorarlos por lo que podían hacer, estaba acorde con un sistema de regulación en el que la censura y los privilegios de los libreros se confundían, del mismo modo que, más tarde, considerar a los textos como objetos estéticos estaba de acuerdo con un sistema de producción y regulación cultural basado en la propiedad" (Rose, 1993: 13).

Donaldson fue uno de los muchos libreros emprendedores que a fines de la década de 1700 comenzó a desafiar activamente el monopolio que tenían las empresas con base en Londres sobre los derechos de autor. Tales desafíos venidos de los centros "provinciales" de venta y publicación de libros aumentó en tanto la gente se dio cuenta de que la cuidadosa manipulación y uso de materiales con *copyright* podría colaborar con el desarrollo de un negocio rentable. Como resultado, más y más negocios de publicación y venta de libros se inauguraron en las afueras de Londres: entre 1740 y 1790, por ejemplo, el número de estos puntos de venta aumentó desde alrededor de 400 establecimientos en 200 ciudades a 1.000 en más de 300 lugares.

Es en este contexto que se enmarca la demanda legal de Donaldson. Su caso objetaba el hecho de que los miembros de la compañía de los libreros tuvieran un derecho automático y perpetuo sobre los derechos de textos comprados a los autores, ya que esa exclusividad eliminaba la competencia y era intrínsecamente injusta con aquellos que habían producido los textos en un principio. Los tribunales acordaron y se sentaron las bases legales con respecto a las leyes básicas que rigen los derechos de los autores sobre sus propias obras. Inicialmente, se concedía a los autores, o a quien comprara los derechos, la reproducción exclusiva de la obra durante 14 años y luego 28. Francia siguió en 1778 con su aplicación legal de la protección de *copyright* (derechos que se fortalecieron posteriormente en 1793 con nuevas leyes). Austria hizo lo mismo en 1832 y Alemania, en 1835. Durante los siguientes sesenta años, otras naciones adoptaron lentamente leyes de *copyright* similares (con el aumento creciente del lapso asignado para la protección del derecho de autor, de 50 años y luego de 75 años después de la publicación inicial). La regulación internacional del *copyright*, sin embargo, solo se logró después de una gran lucha, con la ratificación del Convenio de Berna en 1886.

Los autores de la era industrial

Los cambios en los derechos legales serían seguidos por inmensas innovaciones y cambios tecnológicos y mercantiles. La cultura impresa del siglo XIX se vio transformada por la implementación de nuevas técnicas para la fabricación de papel y la producción impresa, y los avances en los sistemas de comunicación (estos desarrollos y temas se cubren con más detalle en el capítulo 5). La máquina para fabricar papel inventada por Fourdrinier en 1801, por ejemplo, sustituyó las técnicas de fabricación de papel a mano, aumentando la productividad y reduciendo los costos del papel; la implementación de máquinas de composición tipográfica rápida y de prensas rotativas impulsadas a vapor acortaron los tiempos de producción; el desarrollo de medios de transporte cada vez más eficientes (trenes y barcos a vapor) permitieron agilizar la entrega de libros y materiales impresos a través de las fronteras nacionales e internacionales; los avances en las redes de comunicación (servicios postales, telegráficos y cables submarinos para la comunicación transatlántica e internacional) permitieron la rápida transmisión y circulación de información entre autores, editores e imprentas y la reducción del tiempo de producción.

Los patrones de la cultura impresa industrializada se desarrollaron en sincronía con la industrialización general de Europa occidental. Como señala Robert Escarpit, la mecanización amplió el potencial de mercado y al mismo tiempo vigorizó el comercio de libros. "Ante un mercado en desarrollo, la impresión y venta de libros se sometió a un cambio importante, en la medida en que la naciente industria capitalista se hizo cargo del libro. El editor surgió como el empresario responsable, relegando a la imprenta y al librero a un papel de menor importancia. Como efecto secundario, la profesión literaria comenzó a organizarse" (Escarpit, 1966: 22-23). En la práctica, esto dio lugar a una separación de actividades. Emergieron las principales casas editoriales, que actuaban como editores

generales tanto como especializados; aquí se incluían pesos pesados como John Murray, William Blackwood, Longmans y Macmillan & Co. en el Reino Unido; Hachette en Francia; Samuel Fischer y Bernhard Tauchnitz en Alemania; George Putnam, Houghton Mifflin y Harpers & Co. en Estados Unidos; Gyldendals en Dinamarca, y Norstedts y Albert Bonnier en Suecia. Algunos tenían la operatoria de impresión unida a las oficinas de redacción y a las oficinas, pero, en general, las empresas tendían a consolidar su reputación como "editores" depositando la mayor parte del trabajo de impresión sobre los hombros de imprentas especializadas, que aprovecharon las nuevas tecnologías para responder a los pedidos de varias editoriales al mismo tiempo y a gran velocidad.

Gran Bretaña abrió el camino en el establecimiento de turnos de producción industrial entre 1800 y 1850. Francia vio grandes cambios en la década de 1830: con la revolución de julio de 1830, la censura estatal se relajó y se instituyeron leyes comerciales liberales, mientras que la enseñanza general se volvía obligatoria a partir de 1833, lo que dio lugar así a un aumento en el nivel de lectores alfabetizados. Para 1848, cambios industriales similares en la producción impresa (con cambios concomitantes en las oportunidades para los autores) habían afectado a Alemania, Estados Unidos y los países nórdicos, entre otros lugares. En sincronía con estos cambios, hubo un crecimiento de una clase burguesa cada vez más activa y de un público lector entusiasmado por consumir los productos de la imprenta (Chartier, 1981; Gedin, 1982: 34-39; Hall, 1996: 44).

Estos cambios en los estatutos legales, la tecnología, las prácticas empresariales y las formaciones sociales crearon las circunstancias en las cuales los textos impresos, fabricados más rápidamente y con costos cada vez más baratos, podían venderse a una audiencia masiva cada vez más grande, generando mayores ganancias para los editores y permitiendo que los autores obtuvieran ganancias constantes como resultado de sus trabajos (a través de los métodos ya mencionados, como

el sistema de lucro compartido, las regalías por las ventas de sus textos durante un período limitado o el cobro de regalías sobre las ventas), lo que les aseguraba así ingresos estables y continuos después de la primera publicación.

Nació una profesión y, en particular durante la segunda mitad del siglo XIX, vemos una explosión en toda Europa occidental, en la cantidad de gente que empieza a depender de la escritura para generar un ingreso anual adecuado. Si alguien podía crear algo aparentemente de la nada y hacerlo publicar, con un acuerdo que lo acompañara y permitiera un ingreso anual de tales recursos, podía acumular suficiente como para mantener ese ingreso constante. Los autores importantes empezaron a pedir altos precios por los derechos de sus obras: el ex primer ministro británico Disraeli recibió 10.000 libras esterlinas de Longmans, en 1881, por la totalidad de los derechos para publicar *Endymion*, una novela que era sensación; George Eliot abandonó temporalmente a su editor de siempre John Blackwood cuando el londinense George Smith le ofreció 7.000 libras esterlinas por *Romola* en 1862; George Smith también persuadió a Wilkie Collins para que abandonara sus planes de serializar *Armadale* con Charles Dickens, y los reemplazara por su participación en *Cornhill Magazine* de Smith pagándole la principesca suma de 5.000 libras esterlinas por los derechos de esta colección. Y cruzando el canal de la Mancha, Balzac negoció un pago inicial de 15.000 francos por la publicación y un segundo pago de otros 15.000 francos sobre la venta de los dos tercios de la edición inicial de la *Comedia humana* (Escarpit, 1971: 42-43; Laurenson y Swingewood, 1972: 120; Sutherland, 1976: 105). Estas sumas eran enormes, pero, como muchos han señalado, eran excepcionales en una profesión compuesta, en general, por muchos que trabajaban duro por una recompensa relativamente pequeña.

Sin embargo, hasta fines del siglo XIX y principios del XX no veremos la plena aplicación del sistema de regalías que caracteriza a la mayoría de los libros publicados en la actuali-

dad, donde los autores reciben un porcentaje acordado sobre el precio de venta de cada ejemplar vendido de su obra. Se dice que este sistema, adoptado de las prácticas de publicación estadounidenses, se volvió común en Gran Bretaña a partir de la década de 1880, con la publicación de dos libros del editor estadounidense George Haven: *Autores y editores de Putnam: un manual de sugerencias para los principiantes en la literatura* (1883) y *Las disputas legales entre autores y editores* (1887), en los que describe el sistema de regalías norteamericano y aboga por su adopción en Gran Bretaña y –por extensión– en toda Europa occidental (Hepburn, 1968: 13-14; Keating, 1991: 15-19, 459, nota 24).

Del mismo modo, no es sino hasta fines del siglo XX que vemos el desarrollo de las estrategias de *marketing* y promoción que son habituales hoy en día –agentes literarios dedicados a manejar honorarios y a vender los textos al mejor postor; organización de recorridos y visitas del autor; lecturas y firma de ejemplares para promover la venta de las obras; uso de otros medios de comunicación (radio, televisión y prensa) para generar interés en las obras de los autores (Bonham-Carter, 1978, 1982; West, 1985, Marek, 1995; McDonald, 1997; Finkelstein, 2002)–. Como comenta Julieta Gardiner, los resultados llevaron a los autores a ser "biografiados en el afán por colocar su libro en la primera fila de la mesa principal de la librería, en el lenguaje británico, o 'en la pared', como dicen los libreros estadounidenses: en *pole position*" (Gardiner, 2000: 263).[3]

Para interpretar la función de autor

El desarrollo de métodos críticos para la discusión de los textos, sobre todo en los contextos posindustriales, se dio a

3. En una posición privilegiada, es decir, ubicado en la vidriera o en las mesas principales que están inmediatamente en la entrada de la librería. [N. de T.]

la par con el desarrollo de la autoría como profesión. Durante muchos años, las personas que trabajaban en el ámbito académico literario trataron de explicar los textos a través del análisis hermenéutico de las estructuras y sentidos internos, con poco recurso a los contextos externos en los que las obras fueron producidas. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, un aspecto clave en los análisis académicos de la producción textual fue la tendencia humanística a atribuir autoridad creativa al autor, que era visto como la expresión, la intención, la creación y el control de todos los significados legibles en el texto. Para los que participaban en la hermenéutica literaria, como resume sucintamente Andrew Milner, "el significado relevante era aquel al que apuntaba, consciente o inconscientemente, el autor del texto literario" (Milner, 1996: 29). La tarea máxima llevada a cabo, en particular, en los círculos académicos de habla inglesa, era, como acertadamente lo señaló F. D. E. Schleiermacher: "Comprender el texto en principio tan bien y luego incluso mejor que su autor" (Schleiermacher, 1985: 83). Un ejemplo de tal interpretación se puede encontrar en las influyentes obras de principios y mediados del siglo XX del académico británico F. R. Leavis, que en un momento pronunció la célebre afirmación de que solo había seis autores en la literatura inglesa que eran dignos de estudio –incluyendo a Joseph Conrad, Henry James, y D. H. Lawrence–. Los argumentos de Leavis se basaban en la idea de que los textos mismos eran la fuente última de la "verdad", que las palabras producidas por genios creativos por encima de la naturaleza humana se investían de "autoridad". Los autores eran individuos de los que brotaban textos de sabiduría pura e infinita. (En el terreno bibliográfico, esto era entonces considerado como algo que resultaba inevitablemente dañado durante el proceso de producción. El resultado ha sido una verdadera industria centrada en la creación de ediciones que tratan de reproducir lo más fielmente posible los "ur-textos" autorales.)

Las reacciones a esto han evolucionado a lo largo de las líneas lingüísticas, semiológicas y sociológicas para desembocar en movimientos críticos como el estructuralismo, el posestructuralismo, el materialismo cultural con influencia marxista y la deconstrucción. Una historia de esos movimientos críticos está fuera del alcance de este capítulo, pero hay varios manuales interesantes ya publicados que le ofrecen al lector más detalles sobre el tema (Milner, 1996).

Las reacciones a la autoridad y los intereses críticos del pasado surgidas del fermento de los años sesenta fueron una importante marca estructuralista que tiene relevancia para los que estudian la autoría en el contexto de la historia del libro; específicamente, el ensayo "La muerte del autor", de Roland Barthes, publicado en 1967. El artículo de Barthes encarnó las tendencias críticas contemporáneas que interpretaban y al mismo tiempo destruían concepciones acerca de la "creatividad" y la "autoridad" del autor. Un autor, declaró Barthes, dejaba de existir una vez que su obra pasaba al dominio público. Al destituirlo, se abrió espacio para nuevos significados y se liberó el texto. En un intento por cambiar el énfasis crítico desde un enfoque centrado en el autor hacia un análisis basado en el lector, Barthes sostuvo de una manera espectacular que el modo en que los lectores interpretaron los textos era ahora muy importante para la reflexión crítica. "El alejamiento del autor", señaló Barthes "no es tan solo un hecho histórico o un acto de escritura: transforma de cabo a rabo el texto moderno (o –lo que viene a ser lo mismo– a partir de aquí el texto se hace y se lee de manera tal que el autor se ausenta de él a todo nivel)" (Barthes, 1977: 145). En otras palabras, ya no existía la necesidad de pensar en los textos como una secuencia lineal del Dios/Autor al lector, a través de la cual se deslizaban rígidas verdades que necesitaban ser desentrañadas. En su lugar, los lectores creaban sus propios significados sin la ayuda de este concepto de autor –en cierto sentido, ellos eran autores en cuanto a sus derechos. Cada vez que los lectores leen algo, pueden terminar con sentidos y significaciones totalmente diferentes. Barthes continuaba:

> El lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ninguna, todas las citas que constituyen una escritura; la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino. Pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología; él es tan solo ese alguien que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito (Barthes, 1977: 148).

La posición crítica contra la que batallaba Barthes era aquella que interpretaba la intención del autor como garante del sentido, "el individuo concreto e histórico a quien ya hemos aprendido a no pensar como el sujeto/tema expresivo del texto" (Gardiner, 2000: 256). Descentrar y desacoplar la autoridad de un autor respecto de los textos no era un concepto nuevo. Elevar al lector común al rango de creador último del sentido textual sí lo era. Pero, como señaló Michel Foucault en su famosa réplica, publicada un año más tarde ("¿Qué es un autor?"), esto no era suficiente, especialmente en el contexto de la producción material y la empresa capitalista. Decir que el autor había muerto, y así eliminar su "autoridad" era ignorar el hecho de que vivimos en un mundo impulsado por la producción cultural y las fuerzas del mercado. Los autores y sus libros son mercancías. Y el nombre de un autor llevaba consigo todo tipo de significaciones. Como señala Foucault:

> Un nombre de autor no es simplemente un elemento en un discurso (que puede ser sujeto u objeto, que puede ser reemplazado por un pronombre, etc.); ejerce un determinado papel con relación al discurso: garantiza una función de clasificación; un nombre semejante permite reagrupar un determinado número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros (Foucault, 1984: 107).

O, como sintetiza, el nombre del autor, "corre en el límite de los textos, los recorta, sigue sus aristas, manifiesta su modo de ser o al menos lo caracteriza" (Foucault, 1984: 107).

Lo que Foucault sugirió fue que la función autor podría ser tan importante como cualquier otra cosa, para establecer

qué eran los textos y que hacíamos con ellos. Un autor puede identificarse con su trabajo, su *œuvre* un punto que se ha trasladado también a los productos de otros medios, como el cine, donde la función del *auteur* (que asigna autoridad creativa y originalidad al director de cine) es dominante. Desde el punto de vista de Foucault, el autor moderno debía ser visto no tanto como una "esencia" sino como una "función" surgida de diversas condiciones tecnológicas y sociales. El "autor" de Foucault, en este caso, como ha sintetizado un crítico, es "un nombre que circula independientemente del individuo y funciona a la vez como la certificación del derecho de propiedad, y como vehículo para cualquier significado o reputación que el nombre haya llegado a adquirir" (Wernick, 1993; Chartier, 1994: 29-59; Gardiner, 2000: 256).

Uno de los resultados de las posturas antihumanísticas tanto de Barthes como de Foucault (es decir, de su rechazo a la obra crítica literaria humanista que buscaba develar el sentido intencionalmente propuesto por el autor) fue un período frenético de teoría literaria semiótica, estructuralista y posestructuralista que, tal como dijo secamente un comentarista, "se deleitaba con las implicaciones teóricas de la 'muerte del autor', primero anunciada por Roland Barthes y, posteriormente, legitimada por Michel Foucault" (Milner, 1996: 115). Esta tendencia fue particularmente prominente en las batallas de la teoría crítica anglófona de las décadas de 1970 y 1980: disputas mordaces que incluían luchas sobre la idea de que "en teoría literaria y cultural, la recuperación de las intenciones del autor como parte de la práctica central para develar el significado textual había sido largamente desechada" (Gardiner, 2000: 274).

En los últimos años se ha visto un regreso del autor como un factor primario del sentido textual, reconstituido, sin embargo, como parte de análisis históricos y culturales más amplios. Por ejemplo, los promotores del *New Historicism* [Nuevo Historicismo], como Stephen Greenblatt, han demostrado interés en "situar la obra literaria en relación con los textos 'ordinarios'

(de carácter práctico, jurídico, político o religioso) que constituyen la materia prima sobre la que opera la escritura y que hace posible su inteligibilidad" (Chartier, 1994: 27). Otros han recurrido al trabajo de Pierre Bourdieu sobre la sociología de la producción cultural para examinar las relaciones estructuradas de "campo literario" y las jerarquías de los valores culturales, políticos y comerciales dentro de los cuales operan los artistas, autores y otros productores culturales (McDonald, 1997; Radway, 1997). Igualmente, la función autor es un aspecto importante de la cultura impresa actual y del trabajo de la historia del libro.

Lo que los historiadores del libro han hecho especialmente bien es demostrar hasta qué punto las concepciones acerca de la figura del autor (y de los sistemas de propiedad dentro de los cuales está incrustada la actividad autoral) se remontan a la época medieval. El autor tal como se constituye en la cultura del manuscrito está muy lejos de las actuales concepciones culturales y críticas sobre los autores, que son vistos cada vez más como parte de un espacio público complejo, mercantilizado y digital. Cada vez más publicaciones y textos forman parte de la "integración vertical" de los productos mediáticos surgidos de los conglomerados transnacionales multimedia, y a menudo se venden de manera conjunta con películas, televisión y otros productos (véase el capítulo 7). Los autores participan y luchan por espacio dentro de los medios de comunicación pública (aparecen en programas de radio y televisión para promover sus obras, soportan apariciones en ferias del libro, firman copias para los fans y responden correos electrónicos, cartas y solicitudes generales). Es parte de lo que Juliet Gardiner ha señalado con precisión como la circulación del nombre de autor, "cubierto con una lectura romántica de la autoría como algo singular, individual y confesional, que permite que la intención del autor se reinscriba de modos que presentan al autor como el significado de su texto más allá de su escritura, a través de una serie de actos performativos específicos en el proceso de producción del significado de su libro" (Gardiner, 2000: 263).

Los "autores" pueden igualmente encontrarse a sí mismos reinscriptos a través de los crecientes medios digitales: digitalizado, copiado, pegado, recombinado y distribuido (con atribución o sin ella) *online* y a través de Internet. Los intentos actuales por frenar la piratería digital de material con *copyright* ilustran las dificultades inherentes al mantenimiento de concepciones estables y de la cultura impresa acerca de la autoría, en un medio fluido, globalizado y cambiante. Como sostiene Mark Poster, los productos digitales (ya sea cine, música, o publicaciones) "tienen una lógica que confunde a los principios del capitalismo en un nivel muy básico", complicando lo que había sido previamente un proceso sencillo de actividad económica y rentabilidad financiera (Poster, 2001: 43). Estaríamos, en efecto, siendo testigos de un cambio de lo que Poster llama "autores analógicos" (es decir, aquellos integrados y unidos a concepciones y actividades físicas de la tecnología de lo impreso) a "autores digitales" (aquellos ligados a "formas de escritura quizá posmodernas, quizá futuras, mediadas por la computadora e incluso Internet"). Poster sostiene que la cultura digital está creando un impacto sobre la producción cultural que, aunque no sea tan apocalíptico en sus efectos sobre la cultura impresa como los expertos en tecnología digital (y los que la critican) sostendrían, está cambiando las bases sobre las que se monta la figura del autor. "La escritura digital", sostiene Poster, "es a la vez una inscripción tecnológica del autor y un término para designar una nueva constelación histórica de la autoría, que es emergente pero aparentemente cada vez más predominante" (Poster, 2001: 69).

Conclusión

Hemos visto la forma en que la autoría como concepto y actividad en las tradiciones de Europa occidental ha cambiado en los últimos 1.000 años. Durante el medioevo, la autoría era una actividad limitada principalmente a los centros de la élite ecle-

siástica, aunque las cosas cambiaron cuando individuos como Chaucer llegaron para desafiar el orden establecido. Los autores eran generalmente vistos como individuos que le daban nueva forma a un material del pasado para su uso contemporáneo. Con la llegada de la imprenta, desde mediados del siglo XV en adelante, la autoría como función cambió, al igual que las estructuras económicas y sociales que apoyaron la actividad autoral. Hemos visto cómo los editores y mecenas desempeñaron un papel importante en la vida de los autores hasta el siglo XVIII, e incluso un poco después. Hemos observado también cómo los cambios en las leyes de derecho de autor y el advenimiento de la industrialización en el siglo XIX cambió aún más los parámetros de autoría y la producción de libros. Hemos examinado las interpretaciones del siglo XX sobre las funciones de los autores para profundizar en los debates actuales sobre el tema, y hemos señalado cómo los nuevos paradigmas de actividad autoral y las redefiniciones de lo que constituye la "autoría" probablemente surjan como consecuencia de la aparición de la tecnología digital en el siglo XXI. La autoría en la era digital también puede estar en proceso de transformación. Si esto va a requerir una reinterpretación del papel de los autores en la sociedad o si –como lo ha sido el caso en las pasadas "revoluciones" del manuscrito y de la imprenta– implicará meramente acomodar las superposiciones entre los métodos tradicionales y los nuevos para discutir la autoría, es algo que aún está por verse. Evaluar el papel de la función contemporánea y futura del autor dentro de esos términos es, por lo tanto, un desafío que los futuros académicos de la cultura impresa y de la historia del libro tendrán que enfrentar y asumir.

Cuestiones para pensar

Al revisar este capítulo hay aquí algunas preguntas a considerar. El patrocinio contemporáneo, bajo la forma de progra-

mas de residencia para escritores, la enseñanza en programas de escritura creativa, y otras formas de apoyo ¿significan una regresión potencial a la época en que los autores no podían obtener sus ingresos exclusivamente de la escritura? La posibilidad actual de la autopublicación *online* ¿implica el sacrifico de la "calidad" y del ingreso que se genere a partir de ella? ¿La publicación *online* representa algo nuevo o se trata de una variante de un viejo tema en la publicación y la autoría? En un mundo donde todo tipo de información está disponible de manera gratuita en formato digital y *online*, ¿pueden los autores mantener su derecho al *copyright* y a la compensación por parte de los lectores?

5

Editores, libreros, impresores y agentes

Introducción

Una de las áreas estudiadas con más profundidad en los recientes estudios de historia del libro es la historia internacional de la imprenta, los editores y diversos agentes que intervienen en la producción, distribución y recepción de los libros y otros textos. El capítulo 3 de este libro, que aborda la llegada de la imprenta, es el que ha tomado mayor espacio hasta ahora. Esto tiene que ver, en parte, con la fascinación por el libro como objeto material –a menudo, la historia y las personalidades detrás de la fabricación de libros raros, deseables o poco comunes ha estado ligada a la evaluación del valor material de los libros– y también con el importante lugar de los libros y la escritura en el desarrollo cultural y social. Como se ha sugerido en los capítulos anteriores, el "circuito de la comunicación" de Robert Darnton ha sido de gran ayuda en el establecimiento de un modelo rápido para mapear las elaboradas redes que apoyaron e influenciaron la producción, difusión y consumo

de la imprenta. El ensayo de Darnton destaca una continua expansión del campo de la historia del libro desde su antiguo foco bibliográfico en la materialidad del texto hasta incluir los intereses actuales en los contextos culturales, sociales, económicos y jurídicos de la producción de la cultura impresa. La respuesta de Thomas Adams y Nicolas Barker a Darnton, que sugiere un "circuito de la comunicación" centrado en el ciclo de producción de libros más que en las fuerzas externas a los textos, sigue organizando, sin embargo, nuestra comprensión de los libros en el contexto de las preocupaciones materiales, teniendo en cuenta los imperativos económicos que rigen la producción de libros y textos.

Este capítulo examina cómo los historiadores del libro caracterizan y analizan el papel de los muchos agentes que intervienen en el proceso de producción del libro y de la cultura impresa. Proporciona una historia de los cambiantes modelos comerciales de la producción impresa de Europa occidental desarrollados después de la Revolución Industrial en el siglo XIX, retomando materiales que se describen en los capítulos 3 y 4. Examina cómo la cultura impresa se exportó a las posesiones coloniales europeas, inicialmente concentrada en la producción de periódicos locales y regionales, y describe brevemente el papel de la cultura impresa en la creación de identidades nacionales y regionales. También pone de relieve el papel que los agentes culturales han desempeñado en el apoyo y la formación de la producción cultural impresa, desde los lectores de editoriales y agentes literarios a las intangibles pero influyentes redes literarias.

Cambio de los modelos de negocio

Como se ha señalado en los capítulos 3 y 4, el negocio de la imprenta, desde la época de Gutenberg hasta el siglo XIX, ha seguido modelos de negocio bastante simples. Los prime-

ros impresores combinaron las funciones de impresión, publicación y venta de libros, al buscar textos posibles, comprar los derechos para imprimirlos, y después intentar, a través de diversos medios, beneficiarse de la promoción y venta de esos textos. En la medida en que el negocio aumentó hasta incluir el comercio internacional, estos roles comenzaron a separarse: a principios del siglo XIX, muchas ciudades de Europa Occidental tenían comerciantes especializados específicamente en publicar, subcontratar a los impresores, ilustradores y otros especialistas relacionados con la producción para completar el trabajo material sobre los libros y otros textos impresos, y posteriormente, la venta de los productos terminados a las librerías especializadas ya establecidas. El comercio del libro británico fue uno de los primeros en transformar sus estructuras y comprender las ventajas posibles gracias a los desarrollos industriales. Después de 1780 comenzaría el cambio, "desde una serie de firmas de venta de libros independientes pero cooperativas hasta un grupo de grandes corporaciones" (Hall, 1996: 44). Las empresas familiares como Macmillan, Blackwood & Sons, John Murray, Chambers, Smith, Elder & Co., y otras, fundadas a fines del siglo XIX, se volverían preeminentes en su campo durante la década de 1860, dominando el comercio en Gran Bretaña y beneficiándose con las exportaciones a las colonias de habla inglesa en todo el mundo. A fines del siglo XIX, la estructura económica del mercado del libro en Europa occidental estaría firmemente arraigada como para incluir elementos distintos pero entrelazados, como impresores, editores y editoriales, libreros, periódicos y productores de revistas, bibliotecas, agentes literarios, escritores independientes, y un creciente público lector.

Del mismo modo, empezamos a ver el movimiento de imprenta en la esfera pública bajo la forma de productos rentables impulsados por los avances en las nuevas tecnologías: por ejemplo, el desarrollo de la prensa de vapor de Koenig (mencionada en el capítulo 3), adoptada en Gran Bretaña en 1814

justo cuando Lord Byron empezaba a convertirse en un ícono literario, revolucionó la forma en que autores como Byron podían llegar al mercado literario. "Estoy convencido", le decía James Brewster a Byron, "de que debe escribir a vapor", reconociendo cómo el poeta podría convertirse en un beneficiario de los poderes culturales desatados por el aprovechamiento de las nuevas tecnologías industriales (Mole, 2003: 128). Las revoluciones en la producción industrializada de textos autorizaron a autores como Byron a transformar su material rápidamente de manuscrito en texto impreso, mientras que la velocidad en los medios de transporte garantizaron que sus palabras llegaran más lejos y más rápido que nunca.

La energía de vapor (y la máquina de vapor) se convertiría en un símbolo clave de la reestructuración social y económica de Europa occidental en el período posterior a la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas de la década de 1790 y principios de 1800. El vapor dominaba el debate público como una metáfora abreviada de los cambios sin precedentes ocasionados por los avances industriales. Los procesos de información y de comunicación crecieron más rápido, ayudados por los ejemplos visibles de la nueva tecnología y los sistemas de producción en masa en funcionamiento, como los sistemas postales nacionales e internacionales, las líneas telegráficas, los veloces barcos revestidos en metal e impulsados a vapor, los ferrocarriles y la prensa de vapor, que producía periódicos para el consumo diario (Fyfe, 2012). Comentando durante la década de 1840 acerca de los cambios en la historia humana provocados por la invención de la máquina de vapor, Karl Marx exclamó que la naturaleza misma estaba siendo desafiada por la intervención humana: "La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ni ferrocarriles o telégrafos eléctricos. [...] Estos son productos de la industria humana: materiales naturales transformados en instrumentos de la voluntad humana" (Briggs y Burke, 2002: 111).

La inauguración de la prensa de Koenig, una prensa de rodillos de vapor secretamente instalada por los propietarios

del diario británico *The Times* y capaz de producir 1.000 impresiones por hora, que fue utilizada por primera vez el 29 de noviembre de 1814, incorpora el vapor a la actividad de la imprenta. Con la hipérbole típica, el momento fue alabado por el diario como "el resultado práctico del mayor desarrollo conectado con la impresión desde el descubrimiento de la técnica misma" (Briggs y Burke, 2002: 111). No estaban muy equivocados. Junto con los avances en la fabricación de papel, la impresión gracias al vapor resultó central para ubicar la comunicación impresa en el centro de la interacción y la interpretación cultural. Como señala James Secord, durante este período el terreno estaba preparado para que la lectura se convirtiese en un aspecto clave de la cultura de masas: "La imprenta con energía de vapor, el papel hecho a máquina, las bibliotecas públicas, los grabados baratos, la estereotipia, los tratados religiosos, la educación laica, el sistema postal, el telégrafo y el ferrocarril como parte de la distribución desempeñaron un papel clave en la apertura de las puertas a una mayor cantidad de público lector" (Secord, 2000: 30). Esto permitió que la cultura impresa mediara con mayor rapidez, y también que albergara y promoviera la rápida difusión de la información en un mundo cada vez más alfabetizado y educado. El fermento intelectual ocasionado por las revoluciones políticas y sus desafíos se uniría, en la mente del público, a las principales revoluciones económicas gracias a su figuración y representación en los libros y otras formas de lo impreso: "Esta fue la época que vio la invención de la prensa ilustrada, el periodismo moderno, la llamativa publicidad callejera, la exposición internacional, y el libro en rústica" (Secord, 2000: 24). El resultado fue que "la cultura impresa, al informar sobre sí misma, ocupó un lugar central en la concientización pública acerca de la revolución industrial" (Secord, 2000: 30).

Este éxito animó la expansión tecnológica del comercio de lo impreso más allá de las fronteras nacionales. Desde la década de 1830, la experiencia británica se duplicaría a través

del Atlántico y en otros países europeos y, como ha explicado David Reed, "la segunda mitad del siglo XIX fue testigo de una absoluta transformación en el comercio de lo impreso" (Reed, 1997: 44). En Estados Unidos, por ejemplo, la prensa formó parte importante de la experiencia colonial, practicada durante todo el siglo XVIII por importantes figuras como Benjamin Franklin, cuya larga y productiva vida laboral comenzó por la construcción de un imperio de impresión y edición en las colonias de Nueva Inglaterra (Brands, 2000; Morgan, 2002; Isaacson, 2003). Pero, como señala David D. Hall, la "edad de oro" de la actividad editorial estadounidense tuvo lugar después de 1830 con el advenimiento de las nuevas tecnologías y el aumento de la capacidad de comunicación, y surgirían empresas como Harpers en Nueva York, o Carey, Lea en Filadelfia, que se harían conocidas a nivel nacional e internacional (Hall, 1996: 44). Su capacidad para dominar los mercados locales también se debió al tamaño y las tasas de producción: normalmente, las ediciones estadounidenses eran tres o cuatro veces mayores que las británicas (que promediaban entre 750 a 51.000 ejemplares por edición), y los precios, un tercio o un cuarto más baratos. Las ediciones baratas fueron posibles, en parte, debido a la "piratería" generalizada, una preocupación particular de las fuentes británicas de las que se "tomaba prestado" el material. El problema de la violación del *copyright*, y de las regulaciones proteccionistas estadounidenses contra el material que no estaba fabricado en Estados Unidos (justificado por la industria como una necesidad de proteger los intereses de la industria nacional de impresión), resultaría endémico hasta la década de 1890, cuando Estados Unidos adoptó a regañadientes algunas medidas de la legislación internacional sobre *copyright* a partir de la ley llamada *Chance Act*.

Pero esa actividad proteccionista también fue parte de un movimiento de la prensa estadounidense para establecer para sus productos un mercado que se autoabasteciera. Por lo tanto, es en Estados Unidos donde vemos los primeros experimentos

en ediciones en rústica, por primea vez en la década de 1840 con las ediciones en rústica de los "suplementos de periódicos" pregonadas por los vendedores de periódicos y ofrecidas a través de métodos de venta por correo; y luego, durante la década de 1860 hasta la de 1890, cuando los editores Beadle Brothers, con sede en Boston, fueron pioneros en el desarrollo de ediciones en rústica para el mercado masivo. Su primer libro de bolsillo, *Malaeska, the Indian Wife of the White Hunter* [Malaeska, la esposa india del cazador blanco], publicado en el verano de 1860, produjo ganancias de más de 13 millones de dólares. Entre 1860 y 1865 solamente, los títulos de la empresa venderían más de 4 millones de ejemplares en rústica, con ediciones que vendían hasta 80.000 copias (Schneirov, 1994: 63; Milner, 1996: 69).

Francia fue testigo de cambios radicales similares en el consumo de la comunicación impresa debido a los avances tecnológicos; las reformas educativas que fomentaban la expansión de las tasas de alfabetización básica, y los cambios en las leyes que suavizaban las normas para la publicación y la distribución del material impreso. El surgimiento de una prensa de masas que abastecía a un público francés urbano cada vez más alfabetizado data de la aparición, en 1836, del diario comercial de Émile de Girardin *La Presse* y su rival *Le Siècle*. Al año siguiente, las ventas generales de diarios en todo París habían aumentado de 70.000 a 235.000 ejemplares diarios; hacia 1870 habían llegado al millón; en 1880 habían superado los 2 millones (Escarpit, 1966: 28; Motte y Przyblyski, 1999: 2). Las innovaciones textuales incluían novelas por entregas (*roman feuilleton*), un método copiado de fuentes británicas. Entre los autores, ahora canónicos, de la literatura francesa del siglo XIX publicados inicialmente de esta forma estaban Balzac, Dumas, Zola y Flaubert.

Las fuentes de distribución francesa del siglo XIX también se inspiraron en los modelos británicos –en primer lugar, en el sistema de bibliotecas circulantes comenzado por C. E. Mudie en Londres en 1842 (y que durante más de cincuenta años mo-

nopolizó y dictó los términos bajo los cuales se producía y se distribuía la ficción victoriana, en particular), y también en la prensa y la red de quioscos ferroviarios que vendían libros, desarrollada por W. H. Smith. Guinevere Griest comenta sobre los inicios de Smith: "En la primera parte del siglo XIX, Smith había sido el principal agente de prensa de Gran Bretaña, una posición que no abandonó cuando la empresa comenzó a expandirse con los puestos de libros en las estaciones de tren en 1848" (Griest, 1970: 31). En 1862, Smith había obtenido el monopolio de las operaciones de venta de libros en casi todos los ferrocarriles ingleses (un competidor menor, John Menzies, dominaría el mercado escocés), posición que seguiría ocupando hasta fines del siglo XX. También se aventuraría en el mercado editorial, publicando junto con Chapman y Hall, a partir de 1854 en adelante, reediciones de novelas populares al bajo precio de 2 chelines, para ser vendidas específicamente en las estaciones de ferrocarril (que se conocen como "*yellowbacks*" debido al tinte amarillo de las tapas).

Operadores franceses imitarían las innovaciones en la distribución. El editor francés Louis Hachette, que había iniciado su actividad en París en 1826, había convertido a su empresa, en la década de 1860, en la editorial más grande de Francia, gracias a un astuto compromiso con el gobierno francés como uno de los principales proveedores de libros de texto escolares. El año de su muerte (1864), la empresa empleaba a 165 personas y generaba una facturación bruta anual de un millón de francos. En una visita a Gran Bretaña en 1851, Hachette observó el éxito de los quioscos en las estaciones de ferrocarril de W. H. Smith. Cuando regresó a su país, negoció con éxito los derechos para establecer puestos de libros similares en las estaciones francesas del ferrocarril. A medida que la red ferroviaria se expandió (creciendo un 600% entre 1850 y 1870), también lo hizo el imperio de los quioscos ferroviarios de Hachette, que se extendió a varios miles de puestos y tiendas por todo el país. Hachette también copió la idea de Smith de una

colección de reediciones para su "biblioteca ferroviaria", en la década de 1850. Publicó 107 títulos en el primer año y otros 60 en el segundo. Se publicaron 500 títulos durante el ciclo de vida de la colección. Algunos títulos exitosos incluían obras de Dickens, que tenía 28 volúmenes (entre los cuales *David Copperfield* era el más popular, con más de 100.000 copias vendidas, seguido por *Oliver Twist*, con 83.000 ejemplares), Thackeray, George Sand, Victor Hugo y *Malheurs de Sophie* [Las desgracias de Sofía], de la condesa de Ségur, que a lo largo de la década de 1860 vendió una cantidad constante de 40.000 ejemplares al año, y alcanzó con el tiempo un total de 1,7 millones de ventas (Gedin, 1982: 39-40). La editorial Hachette se volvería cada vez más poderosa en las décadas siguientes, abriendo puntos de venta y expandiendo el mercado más allá del océano, en lugares como Argelia y Turquía. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, su facturación anual superaría los 60 millones de francos. Después de la guerra, sin embargo, dejó de funcionar como una empresa familiar, y durante todo el siglo XX sería sometida a una serie de reestructuraciones que terminarían en su reformulación como imperio transnacional de conglomerados multimedia, que cubre una amplia área de productos de entretenimiento.

Un éxito editorial como este, propio del siglo XIX, también se correspondía con las oportunidades de publicación disponibles entre una cornucopia de publicaciones masivas que incluían revistas diarias, semanales, mensuales y trimestrales. El aumento en el número de revistas que aceptaban contribuciones permitió que muchos autores se ganaran la vida con la escritura. La propiedad literaria resultó ser una mercancía cada vez más valiosa, sobre todo en la medida en que los autores ganaron derechos legales cada vez más firmes sobre sus textos a través de resoluciones nacionales e internacionales cruciales, y de acuerdos comerciales firmados a lo largo del siglo XIX. Los editores se dieron cuenta de que el material de lectura recreativa podría impulsar las ventas de

diarios y revistas, y también servir como publicidad útil para el sello editorial y sus colecciones de ficción y no ficción. El uso de materiales en serie a partir de la década de 1840 se convirtió en omnipresente en publicaciones periódicas y diarios, y durante la década de 1880 se desarrolló un mercado en el que los textos (adquiridos de manera legal o pirateados) se serializaban y tenían circulación internacional: "historias de Nueva York, la moda de Francia, la información de Australia llenaba las democráticas páginas de la miscelánea decimonónica" (Johnson-Woods, 2000: 355).

Los nuevos mercados periódicos para la producción literaria también alentaron una organización más sistemática de la profesión literaria y de su edición; en Gran Bretaña, a fines del siglo XIX, los principales sectores de la edición y la profesión literaria habían fundado asociaciones que representaban sus intereses específicos (algo que se ha señalado brevemente en el capítulo 4). Estas incluían la Sociedad de Autores (fundada en 1884), la Asociación de Editores (fundada en 1896), y la Asociación de Librerías de Gran Bretaña e Irlanda (fundada en 1895). A continuación de la desaparición del formato de tres volúmenes para las primeras ediciones de ficción en Inglaterra en 1894, y de la creciente falta de rentabilidad debido a un sistema feroz de precios puesto en práctica posteriormente por los minoristas, libreros y editores impulsaron la implementación de un acuerdo de precios fijos consensuados para las obras nuevas. El *Net Book Agreement* nacería en 1899 después de largas negociaciones y duraría hasta 1995. En Estados Unidos, la recientemente establecida American Publishers' Association [Asociación de Editores Estadounidenses] intentó introducir, en 1901, un acuerdo similar de precios fijos; una prolongada acción judicial dio lugar, trece años más tarde, a una sentencia de la Suprema Corte que declaraba ilegal esa fijación de precios bajo las leyes antimonopolio.

Prácticas de exportación de comunicación impresa

Las prácticas de comunicación impresa tal como fueron remodeladas tras las innovaciones tecnológicas del siglo XIX se exportaron con éxito a otros países, aprovechando la inversión europea, su tecnología y mano de obra calificada. Las redes y actividades editoriales prosperarían o fracasarían de acuerdo con las necesidades específicas y los niveles de apoyo de los poderes dominantes. La instalación inicial de una imprenta habitualmente formaba parte de los asentamientos misioneros y de los requisitos de que las comunicaciones oficiales se imprimieran por razones informativas. La cultura impresa de Nueva Zelanda y su historia de la comunicación, por ejemplo, están marcadas por el encuentro, el conflicto, el alojamiento, la colonización y la maduración. Como han señalado muchos comentaristas, el período comprendido entre los encuentros iniciales y esporádicos entre los europeos y los maoríes a partir de la década de 1770, los asentamientos misioneros desde 1814 en adelante, y la marea de colonos blancos a partir de 1840 también marcó un encuentro de expresiones culturales en conflicto entre, por un lado, la cultura maorí enraizada en las tradiciones orales y, por otro, la cultura europea confiada en el poder de la palabra escrita y la tradición, y el marco legal y político asentado y construido sobre los modos de comunicación de la cultura impresa (McKenzie, 1984; Cave y Coleridge, 1985; Belich, 1996: 116; Traue, 2001). La firma del tratado de Waitangi entre los maoríes e importantes pakehas, el 6 de febrero de 1840, que los funcionarios británicos vieron como un documento oficial sobre la cesión de la soberanía maorí a la corona británica, fue solo un momento de la colisión, interpretación y reconfiguración de las culturas orales y las impresas, cuyas ramificaciones todavía hoy siguen en disputa.

El patrimonio impreso de Nueva Zelanda comienza con la tradición del libro del misionero, impreso en la lengua indígena de la zona –en este caso, entre 1815 y 1845–, como parte de los

esfuerzos misioneros para producir material en la lengua de los indígenas, para ser consumido por aquellos a los que trataban de convertir. Un segundo momento, con ediciones en inglés, se desarrolla en Nueva Zelanda desde 1840 con la publicación de un periódico, *The New Zealand Gazette and Britannia Spectator*. El periódico se convertiría en la principal expresión de la actividad de la imprenta en el desarrollo colonial de Nueva Zelanda. Como advierte J. E. Traue, el crecimiento fue rápido: había "28 periódicos fundados entre 1840 y 1848 para una población europea de 59.000 personas; 181 periódicos fundados entre1860 y 1879; 150 fundados entre 1880 y 1889" (Traue, 1997: 109).

La interposición de las tradiciones de la cultura impresa en Nueva Zelanda y su expresión inicial a través de la producción de periódicos, se duplica en otros territorios coloniales como las Indias occidentales, Hawái, Tahití, Indonesia, Kenia e India (Anderson, 1982; Cave, 1986; Bayly, 1996; Finkelstein y Peers, 2000a; Chakava, 2001; Traue, 2001). La India, por ejemplo, fue testigo del desarrollo de sus redes de comunicación impresa desde mediados de 1700 en adelante. Aunque la tecnología y la cultura de los medios de comunicación era, al menos al principio, tomada en gran parte de Europa, su audiencia estaba mucho más fragmentada por lengua, región y raza. Curiosamente, los británicos estaban entre las últimas potencias europeas en la India que buscaban introducir la prensa en sus enclaves. No fue sino hasta 1761 cuando los británicos en la India adquirieron una prensa, e incluso entonces se trató de una prensa tomada de los franceses. Su función era fundamentalmente la producción de los documentos y textos oficiales. La edición para el consumo popular vino mucho más lentamente. El primer periódico en Calcuta apareció en 1780, seguido por uno en Madrás en 1785 y otro en Bombay en 1789. A mediados del siglo XIX, los periódicos y las revistas eran elementos habituales de la vida del anglo-hindú. Como señaló un comentarista en 1851, "el periódico es un complemento en la mesa del desayuno tan necesario en Calcuta como en Londres" (Hobbes, 1851: 362).

Australia fue testigo de una curva similar en el desarrollo de la imprenta. A lo largo del siglo XIX hubo poca publicación de libros nacionales en Australia, la producción impresa nacional se desarrolló después de la fiebre del oro de la década de 1850, y se centró en el mercado de periódicos y revistas, junto con el comercio en general. Los distribuidores australianos de libros al por mayor, como George Robertson de Melbourne, distribuyeron títulos producidos principalmente en Gran Bretaña y América del Norte, aunque con un enfoque en material de probable interés para las colonias. Los escritores australianos encontraron mercados para su trabajo a través de dos rutas. La primera consistía en la publicación o la serialización en diversas revistas literarias y varios diarios locales y regionales, entre los cuales hubo muchos ejemplos de corta duración. La segunda era la búsqueda de publicaciones (o republicación, en el caso de una serie inicialmente editada en Australia) en editoriales británicas, en particular después del exitoso lanzamiento, en 1880, de colecciones económicas y encuadernadas en tela –las "colecciones coloniales"– de Bentley, Sampson & Low, Macmillan, y otros, orientadas a los mercados de Canadá, Australasia y la India. Los títulos australianos más vendidos o publicados en esas series coloniales incluían *Robbery Under Arms* [Robo a mano armada] de Rolf Boldrewood, que vendió más de medio millón de copias entre su primera edición en 1889, en la serie Biblioteca Colonial de Macmillan, y 1937 (Eggert, 2003); y *My Brilliant Career* [Mi brillante carrera] de Miles Franklin, publicado por William Blackwood & Sons, de Edimburgo, en 1901 y reeditado en una serie colonial dirigida al mercado australiano, entre 1902 y 1904.

En el último cuarto del siglo XIX, los libreros australianos comenzaron a aventurarse en la publicación, a menudo a través de empresas de coedición con editores británicos. Por lo tanto, *His Natural Life* [Su vida natural], de Marcus Clarke, el poderoso relato de la vida de un convicto australiano, publicado por primera vez como una serie en una revista australiana,

fue comprado por George Robertson en Melbourne en 1874 y reeditado con el pie de imprenta de Bentley en 1875, y luego seguido por una edición conjunta Robertson/Bentley vendida en Australia a partir de 1882. Del mismo modo, el popular *The Man from Snowy River* [El hombre del río Snowy] de A. B. Paterson fue copublicado con grandes ventas en 1895 por Macmillan en Londres y Angus y Robertson en Sídney (Johanson, 2000: 148-149). Desde la década de 1890 hasta la de 1960, sin embargo, el mercado del libro australiano estaría dominado en gran medida por los editores británicos, sobre todo después de la aprobación en Australia de la ley de derechos de autor en 1912, que "garantizaba que los editores extranjeros pudieran dictar los términos de las ventas y obligaba a los minoristas a obtener suministros de fuentes prescritas, fijando así los precios y manteniéndolos a un nivel alto" (Kirsop, 2001: 326). Todavía en 1961, el 40% de los libros británicos editados ese año se destinaba a la exportación, y un 25% de esas exportaciones iban solamente a Australia (Johanson, 2000: 254-282).

La prensa y la cultura impresa en Canadá se desarrollaron a un ritmo diferente y mucho más tempranamente, pero fue igualmente lento en el paso del trabajo general de la imprenta y el periodismo a la producción literaria y narrativa local. Como sugiere un estudio:

> La publicación en Canadá comenzó con manuscritos distribuidos en forma privada. Esto dio paso a la prensa y los productos generales de las imprentas usando tipos manuales, y luego las nuevas tecnologías disponibles. Durante los primeros años, la distribución de libros se hacía a menudo a través de la importación privada o mediante la compra en la imprenta local, antes de que la población fuera lo suficientemente grande como para financiar las librerías independientes y demás agentes de distribución (MacDonald, 2001: 92).

El desarrollo de la imprenta fue progresivo a través de las provincias de Canadá; la imprenta llegó por primera vez a Halifax en 1751, luego a Quebec en 1764, a Niágara en 1793,

y a Toronto en 1798. El trabajo realizado en esta primera etapa era generalmente "trabajo de impresión" (folletos, artículos de papelería, libros de contabilidad, etc.); otras fuentes principales incluyen materiales de estado y material religioso, así como la publicación del periódico. Hasta fines del siglo XIX, la estructura económica de la producción de impresión y distribución en Canadá presentaba una combinación de pragmatismo, individualismo y actividad regionalizada, con individuos que funcionaban en relación con modelos más antiguos en los que se combinaban los roles vinculados a la impresión, publicación y distribución. Como señala un comentarista: "No fue sino hasta que empezó la consolidación con la llegada de las grandes empresas no canadienses a principios del siglo XX que esto cambió" (MacDonald, 2001: 93).

La imprenta y la cohesión nacional

Es justo decir que a lo largo de toda la historia de la imprenta posindustrial, especialmente en su evolución en las zonas de influencia o dominio europeos, la cultura impresa se desarrolló inicialmente a través de la producción de periódicos, utilizados como un medio para informar y unir a las comunidades locales. La producción a gran escala de periódicos por medios mecánicos influenció y facilitó los movimientos nacientes hacia la cohesión nacional, dándole forma a la lengua y facilitando, como señala Robert Escarpit, "las literaturas nacionales independientes" (Escarpit, 1966: 24). Benedict Anderson ha argumentado convincentemente que el uso de la imprenta de esta forma –la prensa capitalista, como la llama– ha sido fundamental para la formación permanente de una identidad nacional de las "comunidades imaginadas" que explora en el libro con ese título. Si un libro puede estimular y comprometer emocional e intelectualmente a los individuos, de igual modo, la prensa diaria, consumida por miles si no millones durante el mismo

lapso temporal, permite a los individuos sentirse conectados en un lenguaje común, "que continuamente confirma que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida cotidiana" (Anderson, 1982: 35-36).

Lectores y agentes

Tales ejemplos internacionales demuestran en qué medida la producción impresa y editorial a menudo evolucionó de forma similar cuando fue exportada con éxito desde Europa occidental. Al mismo tiempo, la producción impresa internacional y los sistemas de comunicación también han demostrado ser propensos a las jerarquías y divisiones que forman parte de "un determinado conjunto distintivo de prácticas relacionadas y a menudo contradictorias" (Feltes, 1993: 17). El creciente valor atribuido a la propiedad literaria creó el espacio para los nuevos intermediarios, como los lectores editoriales y los agentes literarios, para filtrar y promover un material "en bruto" preparado para el consumo masivo.

El de lector editorial era un rol en la producción de la cultura impresa que se desarrolló en la medida en que las posibilidades de venta decimonónicas para la actividad literaria impulsaban a las personas a presentar su trabajo en editoriales y periódicos, cada vez más numerosos. El lector editorial no era un fenómeno nuevo: los asesores literarios de los editores o sus predecesores (los libreros) se utilizaban y convocaban a menudo cuando se necesitaba un juicio sobre una presentación particular. Arthur Waugh destacó la figura apócrifa de estos lectores informales representados en los círculos literarios de mediados de siglo, cuando dijo que "el asesor literario de mediados de la época victoriana era [...] una suerte de misterioso adivino, encarcelado en alguna habitación secreta, y al que se hacía referencia de manera crítica como 'nuestro lector' (Waugh, 1930: 139). Los lectores editoriales de fin de siglo

pasaron a los ámbitos literarios contemporáneos, y, con pocas excepciones, eran principalmente "hombres de letras" como John Forster, John Morley, Andrew Lang, Edward Garnett y George Meredith. Las mujeres que también desempeñaron un papel importante en la evaluación del material incluyeron a Margaret Oliphant, Elizabeth Rigby y Geraldine Jewsbury.

Con el cambio, a fines del siglo XIX, en la relación entre los escritores y los editores para acompañar las negociaciones cada vez más complejas sobre las fuentes de la publicación, el pago de regalías y derechos de serialización, también cambió la función y el lugar de los lectores editoriales. Los lectores fueron contratados para desempeñar funciones particulares: tanto como alguien que, de manera activa, buscaba, trabajaba en y alentaba la incorporación de posibles títulos a las listas de la editorial, o como alguien que proporcionaba evaluaciones basado únicamente en el material que le pasaba el editor o el director de una revista. Edward Garnett, que asesoraba a Jonathan Cape, fue un ejemplo del primer tipo, pues trabajaba –como señala Linda Marie Fritschner– para encontrar nuevos talentos para Cape y ofrecía un servicio integral como lector: "Revisaba manuscritos pero a menudo el tipo de asesoramiento que hacía iba más allá de lo superficial y tocaba el tema, la motivación y la estructura de una novela" (Fritschner, 1980: 93). Geraldine Jewsbury, lectora de Bentley, encarnó la segunda categoría: una persona que no se relacionaba con los autores, sino con sus textos, aprobando o rechazando el material por motivos comerciales y estéticos, sin competencia en el seguimiento y desarrollo del material ya evaluado. Como sintetiza Fritschner:

> Los servicios [de Jewsbury] se daban principalmente en nombre de la editorial, solo en segundo lugar en nombre de los autores, y en último lugar en nombre de la literatura. Ella trató de mantener los estándares literarios dentro de la categoría de literatura como entretenimiento o distracción. En general, la aceptación o el rechazo de un manuscrito dependía de la evaluación que hacía del potencial comercial del manuscrito (Fritschner, 1980: 94).

En la medida en que más gente buscaba entrar a la profesión literaria, se exigía cada vez más que estas tareas fueran realizadas por evaluadores "expertos". Como demuestra un ejemplo estadounidense, el volumen de manuscritos recibidos por los editores de revistas no retrocedía a medida que avanzaba el siglo sino que aumentaba de manera exponencial: los editores de una de las revistas mensuales estadounidenses con más ventas, *Century* (con una tirada máxima en 1897 de 250.000 copias), por ejemplo, vio como se duplicaban las presentaciones, pasando de 1.700 manuscritos en 1873, a 2.000 en 1874; 2.400 en 1875, y finalmente 3.200 en 1876 (Schneirov, 1994: 11, 66). El número de títulos publicados cada año en Gran Bretaña reflejó un crecimiento exponencial similar en el mercado, en gran parte del "largo siglo XIX" y durante los años veinte, pasando de un promedio de 580 en la década de 1820, a 2.600 en la de 1850; 6.044 en 1901; 12.379 en 1913, y 22.143 en 1958 (Williams, 1965: 185, 187, 191-192).

Como señala Fritschner, el lugar del lector en las reestructuradas prácticas de los editores británicos –un modelo exportado al extranjero en los años siguientes– implicó un poderoso papel mediador entre el productor de un manuscrito y el del producto final impreso. "Aunque los patrones de relación entre lectores, autores y editores difieren, los lectores, en tanto aconsejaban sobre la aceptación, el rechazo y la revisión de los manuscritos [...] tenía un poder sustancial en la configuración de la política editorial" (Fritschner, 1980: 93-94). El cambio ejemplifica un alejamiento de las relaciones "personales", un enfoque emotivo y gentil que favorecía la cortesía y los vínculos cordiales con los autores (a la vez que ocultaba su carácter de modelo editorial inclinado a favor de los intereses de los editores), hacia una estructura más comercial, con fines de lucro y que lidiara con una multiplicidad de mercados de medios masivos para los productos impresos.

Es en esta etapa cuando el agente literario hizo su aparición. El crecimiento del agente literario profesional desde fines del

siglo XIX en adelante se describe con detalle en varias obras, incluyendo el breve e innovador estudio de James Hepburn *The Author's Empty Purse and the Rise of the Literary Agent* [La billetera vacía del autor y el surgimiento del agente literario]. Ciertas personas actuaban, de manera informal, en nombre de los autores a través de gran parte del siglo XIX. John Forster, por ejemplo, descripto por un crítico como el hombre que "tendió un puente entre el mecenas del siglo XVIII y el agente literario del siglo XX", actuaba como mediador y consejero de Charles Dickens, Tennyson, Thomas Carlyle y Robert Browning, entre otros, desde la década de 1830 hasta la de 1860. Thackeray rindió homenaje a las habilidades de negociación de Forster cuando escribió: "Cada vez que alguien está en apuros todos vamos corriendo a donde está él en busca de ayuda; él es todopoderoso y hace milagros" (Hepburn, 1968: 26). Otros que llevaban a cabo funciones similares para los autores fueron George Henry Lewes para George Eliot entre los años 1850 y 1870, y Theodore Watts-Dunton para Algernon Swinburne entre los años 1880 y 1890. Siendo cónsul de Estados Unidos en Londres entre 1827 y 1854, Thomas Aspinwall actuó como agente transatlántico de Washington Irving, James Fenimore Cooper y el historiador William Hickley (autor de *Fernando e Isabel* y de *Historia de la conquista de México y Perú*) (Barnes y Barnes, 1984).

A fines del siglo XIX, el agente literario se había profesionalizado. En Gran Bretaña, varios individuos se distinguieron de esta manera. Los primeros en surgir fueron A. M. Burghes (un sombrío representante que primero anunció sus servicios en 1882, y que eventualmente fue llevado a la corte por estafar a varios clientes), y el más confiable Alexander Pollock Watt, un escocés que abrió una agencia en Londres en 1875, pero solo comenzó a publicitarse comercialmente como agente literario en 1881. A Watt se le atribuye el desarrollo de las bases del oficio de agente literario, tal como se practica hoy en día: el establecimiento de una comisión estándar (del 10%) para

una representación exitosa, y el desempeño como "cazatalentos" de materiales redituables tanto para el editor como para el autor. Su habilidad consistió en reconocer y perfeccionar la función de mediación del agente como árbitro y evaluador de la propiedad literaria, o más precisamente, como señaló un comentarista, en "participar y, de hecho, convertirse en la fuente de *copyright* y de su valuación" (Gillies, 1993: 22). Su principal rival sería James Brand Pinker, quien abrió su agencia en enero de 1896. Aunque A. P. Watt había dejado su huella al promover autores consagrados como Rider Haggard, Rudyard Kipling, Wilkie Collins y Arthur Conan Doyle, Pinker se concentró en desarrollar las carreras de los autores emergentes –en particular, aquellos asociados con el movimiento modernista, incluyendo a Joseph Conrad, Stephen Crane, Ford Madox Ford, D. H. Lawrence, James Joyce y H. G. Wells. Hasta su muerte, en 1922, se desempeñó como un negociador grandioso y reconocido de la propiedad literaria, un hombre de cuya paciencia Conrad escribió: "Ha tratado no solo mis estados de ánimo, sino incluso mis fantasías, con la mayor consideración" (Hepburn, 1968: 58). Otros prominentes agentes transatlánticos incluyen al inmensamente exitoso agente estadounidense Curtis Brown, quien comenzó a trabajar en Londres en 1899, y la Agencia Literaria, fundada y dirigida desde 1899 por C. F. Cazenove y George Herbert Perris (Gomme, 1998).

Estos agentes pronto comenzaron a negociar los derechos de reproducción de material en una serie de nuevos y desconcertantes mercados que se extendían más allá de los límites habituales del medio impreso. En 1925, por ejemplo, hubo varios casos de agentes que negociaban más de veintiséis derechos diferentes para un mismo libro, incluyendo derechos para juegos de cartas e imágenes en paquetes de cigarrillos (Joseph, 1925: 92-93). Sin embargo, las actividades de los agentes literarios fueron inicialmente resistidas por los editores, cuyos comentarios sobre ellos dejaban ver la ansiedad generada por el cambio que representaban los agentes en la distribución de poder

dentro del "circuito de la comunicación". William Heinemann, uno de los críticos más virulentos de los agentes literarios de este período, era mordaz al momento de valorarlos:

> Mi teoría es que una vez que un autor cae en las garras de un típico agente, está perdido para la decencia. Por lo general, adopta el punto de vista moral del embaucador, que el agente le inocula con toda rapidez, y el virus es tan venenoso que mejor que el editor se desinfecte y evite el contagio (Whyte, 1928: 124).

Sin embargo, en 1917, la fecha de este exabrupto, los agentes literarios eran una parte importante del proceso de publicación, debido al deseo creciente de los autores de ahorrarse el problema de negociar los derechos de publicación. En 1894 había seis agentes registrados en el directorio de la oficina de correos de Londres. Para el año 1914 había más de treinta agencias y sindicatos que promocionaban sus servicios literarios en revistas especializadas.

En Estados Unidos, los agentes literarios eran vistos bajo una luz más benévola; los editores estadounidenses eran muy aficionados a observar que estos agentes eran una beneficiosa invención británica, y atribuían su llegada a "la cordialidad superior y la sabiduría para hacer negocios de los autores y editores de este país" (Sheehan, 1952: 74). Varias agencias concentradas en Nueva York fueron fundadas durante la década de 1880, incluyendo Athenaeum Bureau of Literature, Nueva York Bureau of Literary Revision y Writer's Literary Bureau. Sin embargo, el principal agente literario estadounidense de este período fue Paul Revere Reynolds, que dominó el campo entre 1891 y 1916. Entre los que siguieron se incluye la exitosa Flora May Holly, quien entre fines de 1890 y principios de 1940 sería, desde una oficina en la Quinta Avenida de Nueva York, la representante de figuras como Theodore Dreiser, Gertrude Atherton, Edna Ferber y Noël Coward. Del mismo modo, Elizabeth Nowell trabajó incansablemente a favor de autores como Thomas Wolfe, como

miembro de la agencia literaria de Maxim Lieber durante la década de 1930 (West, 1985: 88, 96).

En la medida en que la actividad editorial tuvo un mayor alcance internacional, en particular a raíz de la creación, a fines del siglo XX, de los conglomerados mediáticos transnacionales, como se ha señalado en el capítulo 4, el papel del agente literario evolucionó en escala e importancia. Ahora, por lo general, los agentes son los principales "filtros" iniciales del material textual presentado para su publicación y comercialización, y reemplazan a los editores y a los lectores editoriales como árbitros iniciales del valor literario (el lector editorial, generalmente contratado de manera externa, todavía se utiliza en áreas especializadas como las publicaciones de revistas y libros académicos). El agente se ha convertido en un mediador importante en la cultura impresa, así como una presencia significativa en otros medios de comunicación, que negocia contratos y evalúa el talento individual en deportes, cine, televisión, radio y otras áreas del entretenimiento. La expansión señala la difusión continua de la actividad de la cultura impresa dentro de otras redes de comunicación.

Campo literario y redes literarias

Los historiadores del libro han comenzado a prestar atención a los efectos de mediación de la redes literarias en el momento de negociar el valor textual que sigue a las etapas de publicación y difusión. Como advierte Jane Tompkins: "En la medida en que una obra literaria será percibida por un público, los procesos sociales y económicos que rigen su difusión no son más fortuitos respecto de su reputación –e incluso de su naturaleza misma– que las concepciones culturales (de la naturaleza de la poesía, de la moral, del alma humana) con las que esa obra es leída" (Tompkins, 2001: 251). Pierre Bourdieu, Peter McDonald y Jane Tompkins, entre otros, han explorado ejem-

plos franceses, británicos, estadounidenses, entre otros, de esas redes intangibles de individuos interconectados, y cómo pueden afectar la publicación y recepción textual, ya sea dirigiendo el material hacia los editores interesados (como agentes), modelando la opinión pública a través de reseñas y debates, o defendiendo determinadas obras en los círculos socioculturales apropiados. El escritor estadounidense Nathaniel Hawthorne, por ejemplo, contó con la ayuda, en la década de 1840, de un círculo de notables de Nueva Inglaterra con buenas conexiones (caracterizado por Lewis Simpson como la "clerecía de Nueva Inglaterra"), cuyo juicios sobre asuntos literarios, diseminados en influyentes revisas culturales –como *Christian Examiner*, *The North American Review* y *The Atlantic Monthly*– resultó fundamental para la formación del canon literario estadounidense del siglo XIX. La carrera de Hawthorne floreció con la ayuda de influyentes reseñistas contemporáneos, como E. P. Whipple, el apoyo editorial de William Ticknor (la mitad de la editorial Ticknor y Fields) y el consejo editorial de William Emerson (editor de *Monthly Anthology* y padre de Ralph Waldo Emerson). Por el contrario, un contemporáneo de Hawthorne, Richard Henry Dana Senior, admirador y emulador de los poetas románticos ingleses –un movimiento que no era apoyado por la élite cultural con sede en Boston–, renunciaría a su carrera literaria al enfrentar el rechazo y las ásperas críticas de la misma élite sobre sus ensayos, cuentos, y ediciones completas de poesía y prosa. Jane Tompkins contrasta la emergente reputación literaria de Hawthorne con la menguante significación cultural de la escritora instalada en Nueva York Sophie Warner, lo que ilustra la manera en que la reputación del autor y lecturas textuales pueden cambiar como resultado de las funciones de bedel cultural desempeñadas por esas élites culturales. Ambos autores surgieron dentro o desaparecieron de la visibilidad cultural y el mercado literario como resultado de las circunstancias sociales, literarias y económicas específicas en las que fueron producidos y leídos.

Los árbitros intangibles en el proceso de distribución también han funcionado como bedeles de un modo similar. El trabajo reciente de Janice Radway sobre el extremadamente poderoso e influyente modelo de la diseminación del libro que, en Estados Unidos, inició el Club del Libro del Mes, ilustra cómo esta organización basada en la venta por correo y establecida en la década de 1920 utilizó innovadoras técnicas de *marketing* para crear una identidad única y darse a sí misma el papel de mediadora, árbitro y filtro de la producción literaria. Lo hizo a través de la utilización de un comité interno de jueces "expertos", que leían los textos para su posterior recomendación y venta a los miembros del club, y la creación de un "proceso de filtrado" de valor textual que sirvió para definir el material de lectura apropiado para audiencias específicas. Como señala Radway (1996): "El movimiento clave en las prácticas de evaluación de los jueces del Club del Libro del Mes no estaba basado para nada en el juicio, sino en la actividad de categorización, la de organizar en diferentes niveles". Ver el mundo de la edición de este modo, como "una serie de mundos discontinuos, discretos y no congruentes" continúa Radway, estableció un vínculo entre el productor (autor) y el consumidor (lector) por el cual el difusor, en este caso, el Club del Libro del Mes originado en Estados Unidos, con sus jueces internos que ordenaban los títulos en lugar de promover juicios estéticos, se volvió menos un árbitro del valor y más un administrador de la producción textual literaria (Radway, 1996: 24). La función del Club al crear, relacionar y reforzar una "comunidad interpretativa" de lectores de clase media y de aspirantes a la clase media ha visto una expresión posterior en otros medios, con el desarrollo de los clubes literarios del libro que comenzaron a organizarse alrededor de las personalidades televisivas que funcionaban como "una marca" (Oprah Winfrey, la conductora del programa de entrevistas con sus recomendaciones mensuales de libros es un ejemplo significativo).

Conclusión

Este capítulo ha considerado a los varios agentes involucrados en la circulación de la cultura impresa. Ha repasado brevemente los efectos de los avances industriales y tecnológicos del siglo XIX que cambiaron los métodos de producción, diseminación y consumo de textos y publicaciones, y ha mostrado cómo las innovaciones en Europa del este se exportaron, fueron adoptadas y adaptada en otros países. Este capítulo también exploró cómo los circuitos comunicativos que facilitaron la circulación y el consumo de lo impreso involucraron diversos agentes culturales, cuyos roles en la promoción de los libros y publicaciones ahora constituyen un aspecto significativo de los intereses de la historia contemporánea del libro, parte de nuestra continua exploración y estudio del papel central que la imprenta ha desempañado en la formación del discurso social y las identidades nacionales durante los últimos 500 años.

Cuestiones para pensar

Aquí hay algunos puntos para considerar cuando se revisa este capítulo. ¿Qué roles continuarán involucrándose en el proceso de producción del libro y la cultura impresa en el futuro? ¿Quiénes actúan como bedeles de los textos en la sociedad contemporánea y cómo influyen en lo que leemos y consumimos? ¿Qué tipo de modelos comerciales para la circulación de los libros y las publicaciones tenderán a adoptarse o a producirse en el futuro?

6

Los lectores y la lectura

Introducción

Este capítulo discute el "eslabón perdido" en la historia del libro: el lector. Provee una breve historia de la lectura, discute teorías relacionadas con los lectores y la lectura, y concluye con un brevísimo análisis del lugar de esta última en la época de los nuevos medios. Hasta no hace mucho, estudios fundacionales como los de Altick y Ginzburg sobresalían como algunos de los pocos dispuestos a considerar a "los lectores y la lectura" como un componente vital del circuito de la comunicación (Altick, 1957; Ginzburg, 1980). Esto se debió, en parte, a la falta de evidencia empírica disponible o en uso, o que no fuera incompleta ni partisana. Esto ha comenzado a cambiar, ya que, afianzados material y teóricamente, los estudios de la historia de la lectura en términos culturales, han comenzado a aparecer en cantidad, como los de Martyn Lyons, Elizabeth McHenry, Leah Price, Janice Radway, Jonathan Rose, William St Clair, Towheed,

entre otros (Radway, 1997; Rose, 2001; McHenry, 2002; Price, 2004; St Clair, 2004; Littau, 2006; Lyons, 2010; Towheed *et al.*, 2010, 2011). Del mismo modo, las iniciativas de investigación a gran escala como la internacional Reading Experience Database (<www.open.ac.uk>), la estadounidense What Middletown Read (<www.bsu.edu>) y Scottish Readers Remember Project (<www.sapphire.ac.uk>) han reunido valiosos datos empíricos sobre las experiencias y la historia de la lectura. Lo que la mayoría de ellos tienen en común es un enfoque que considera la lectura como un fenómeno social –tal como se ve, por ejemplo, en el estudio de Chartier sobre la difusión de la alfabetización, tanto en sus atributos de lectura como de escritura– y como una experiencia individual –tal como se advierte en el retrato que hace Ginzburg del molinero Menocchio (Ginzburg, 1980; Chartier, 1989b). Los estudios realizados por Rose, McHenry, Radway y otros tratan de fusionar el enfoque social y el individual: Rose, con su detallado examen de las autobiografías, diarios y cartas de la clase trabajadora para crear una historia de las audiencias; McHenry, con su estudio de la formación de los hábitos y gustos de lectura de los afronorteamericanos a través de las sociedades de lectura; Radway, con sus estudios detallados de los grupos de lectores, ya sean de ficción romántica o del Club del Libro del Mes; y Towheed y sus colaboradores, a través de comparaciones transnacionales de experiencias de lectura a lo largo de varios siglos y en los siete continentes (Radway, 1984, 1997; Rose, 2001; McHenry, 2002; Crone y Towheed, 2011). El análisis de Radway de un grupo particular de lectoras proporciona una representación empírica de lo que Stanley Fish ha denominado "comunidades interpretativas", un desarrollo de las aproximaciones de Iser a la naturaleza de la lectura y la interpretación (Fish, 1976; Iser, 1980; Radway, 1997). Al considerar esta última, la historia del libro se superpone otra vez con la teoría literaria en su intento por explicar el acto individual de la lectura.

Tal explicación refleja, en parte, el alto valor dado al acto de la lectura y a la capacidad de leer, algo ahora común en todas las sociedades desarrolladas (el hecho de que no siempre fue así se discutió en el capítulo 2). La novela *El lector*, de Bernhard Schlink disfrutó de un éxito generalizado tanto en su lengua original, el alemán, como en sus traducciones en el resto de Europa y Estados Unidos (Schlink, 1997). El libro reflexiona sobre la responsabilidad de los alemanes, sobre todo los de la generación de la posguerra, respecto de su historia, pero, como lo indica el título, la historia también se refiere a la lectura. El más joven de los dos personajes centrales, Michael, le lee a una mujer mayor y analfabeta, Hanna, con quien tiene una aventura. Que le lean le da a ella cierto beneficio de lo que de otro modo sería una relación construida por él a partir del amor adolescente y el sexo. Esa ventaja reproduce una experiencia anterior de ella como guardia en un campo donde protegió a algunas de las prisioneras para que ellas también pudieran leerle. Sin embargo, el estigma asociado al analfabetismo es tal que, cuando se la juzga por crímenes de guerra, admite ser la autora de un informe de las SS, en vez de revelar que no sabe leer ni escribir. Tal es la calidad liberadora, la sensación de empoderamiento individual y autorrealización que la lectura trae a nuestra percepción convencional que Michael, ya adulto, se alegra cuando Hanna aprende a leer y escribir en la cárcel. "El analfabetismo es dependencia. Al tener el coraje de aprender a leer y escribir, Hanna avanzó desde la dependencia a la independencia, un paso hacia la liberación" (Schlink, 1997: 186).

Lo que acaba de leer es nuestra "lectura" de la novela, donde "lectura" significa, claramente, interpretación. Debido al contexto de este capítulo, nuestra interpretación hace hincapié en la funcionalidad de la lectura y su papel emancipador. En un contexto diferente –y tal vez más de crítica literaria–, nuestra lectura podría haber enfatizado la naturaleza de la culpa o las circunstancias históricas concretas de la novela. La lectura es

en sí creativa, forma el significado a partir de la interacción entre el texto y el lector. La forma material del texto influencia o guía la formación de significado, a la vez que nuestra individualidad se imprime a sí misma en ella. Al mismo tiempo, otros podrían crear el mismo significado, tal como lo hemos hecho nosotros, para *El lector*. De hecho, Thomas Docherty hace esto en un ensayo (Docherty, 2003) y ni nos hemos puesto de acuerdo ni nos hemos copiado los unos a los otros. Es el resultado de dos factores: que el rango de significados está unido a las palabras concretas del texto y que pertenecemos a una de las "comunidades interpretativas" de Stanley Fish, lo cual subraya menos nuestra individualidad y más nuestra pertenencia a un grupo más grande (Fish, 1976). Como práctica individual, la lectura es una forma de interpretación; como acto social, la lectura es parte de la historia de la recepción.

Para la mayoría de los que lean este libro, el acto mismo de leer parece natural e inconsciente. Sin embargo, como la escritura se desarrolló como una tecnología venida del mundo hablado, la lectura es una habilidad que se tiene que aprender para utilizar la tecnología de la escritura (Monaghan, 1989; Manguel, 1996). El acto individual de la lectura ha cambiado a través del tiempo. Los biólogos afirman que en la evolución humana, la ontogenia recapitula la filogenia; en otras palabras, el desarrollo del individuo repite el desarrollo de un grupo más amplio. Esto también es cierto respecto de la lectura. Los adultos les leen en voz alta a los niños desde muy pequeños; nuestra primera experiencia de lectura es anterior al momento en que podemos leer. A medida que crecemos, se nos enseña, en la escuela o en la casa, la relación entre símbolos y sonidos; nos enseñan a seguir los símbolos en un sentido determinado, por ejemplo, trazando el movimiento correcto con la punta del dedo. Empezamos por escuchar al maestro leyendo y siguiendo el texto en nuestras propias copias; leemos en voz alta todos juntos y al unísono. Pero, cuando comenzamos a leer textos individuales, la cacofonía que podría resultar de continuar con

la lectura en voz alta impone la necesidad de leer en silencio, internamente. Podemos mover los labios o vocalizar en un susurro mientras lo hacemos, pero esto es reprobado pedagógicamente y la mayoría de nosotros, a menos que estemos frente a un texto especialmente difícil o desconocido, aprendimos a no hacerlo. Hemos pasado de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa. Usted está leyendo estas palabras, probablemente en silencio, hacia adentro.

El dominio de la lectura sigue siendo más avanzado que la competencia en la escritura, pero ambos se enseñan juntos. Nos enseñan la puntuación y a separar en párrafos como formas de aclarar el sentido de lo que estamos leyendo. Aprendemos la estructura del libro, incluyendo su división en capítulos y secciones, y su índice, como una forma de recorrer su contenido de manera más efectiva. Todo lo que se nos transmite y que absorbemos en nuestros primeros años de educación con el fin de alfabetizarnos (en particular, para leer con cierto grado de fluidez) es el resultado de muchos siglos de desarrollo.

Historia de la lectura

Origen

La historia de la lectura comenzó en el momento en que un escriba comenzó a hacer marcas en el barro, la piedra o la madera para registrar información de modo tal que al menos una persona lo entendiera. Sin embargo, mientras la escritura seguía siendo codificación de datos simples, como cantidades o bienes o propiedades, la lectura no era más que una forma primitiva e instrumental de decodificación (Fischer, 2003). Todos los códigos implican alguna forma de acceso limitado, y la lectura permaneció como algo restringido al pequeño grupo de los que, necesitando o deseando recuperar la información de su registro permanente, habían dominado el significado de

la escritura. Inicialmente, este grupo estaba formado por los escribas y los burócratas, en algunas culturas procedentes de la casta sacerdotal. La recaudación de impuestos representa un importante estímulo para la grabación, conservación, y verificación de esos datos. El lector simplemente confirma el diezmo y, como escritor, señala su pago.

El papel del lector no era pasivo en relación con la forma material de la escritura y la complejización de los mensajes transmitidos. La preferencia de los primeros lectores cristianos por el códice sobre el rollo, por ejemplo, condujo al eventual predominio del primero, tal como se ha señalado en el capítulo 2. El códice de pergamino ofrecía la posibilidad de ir hacia atrás y hacia adelante, para buscar, comparar y resumir, sin el inconveniente de desenrollar varios rollos (Cavallo, 1999). Como tal, era más adecuado para el dominio de los puntos más finos de una nueva religión, el cristianismo, surgido –y deseoso de distinguirse– de una religión, el judaísmo, cuyos textos sagrados estaban en rollos (en el pasado, los rollos de papiro había presentado una clara ventaja sobre las tabletas de arcilla o cera, o las tiras de corteza, que no podían contener obras más largas que los impuestos o los registros mercantiles). Las necesidades de los lectores menos competentes llevaron, además, a la introducción de espacios entre las palabras, la separación en párrafos, y el uso de la puntuación como orientación adicional (Cavallo, 2003). En el caso de las escrituras cristianas, esto también condujo a la eventual división de los libros en capítulos numerados y versos. Después de la recaudación de impuestos, de hecho, la religión representa la fuerza más potente en el desarrollo de la lectura y la alfabetización. En muchos países islámicos y en las comunidades judías ortodoxas, por ejemplo, la lectura sigue siendo sinónimo de lectura de obras religiosas. Como los textos sagrados tenían autoridad, sobre todo en las culturas monoteístas, a través de su carácter fijo, que trasciende el tiempo y el cambio, de igual modo se consideraba que la capacidad de leerlos otorgaba poder e influencia –sagrada y secular–.

Las inscripciones públicas, como los jeroglíficos egipcios que adornaban tumbas, columnas, y sarcófagos, o aquellas del monumento trilingüe de Darío I del siglo VI a. C. en Behistun, en el oeste de Irán, pueden representar un distanciamiento de los códigos restringidos, a fin de proporcionar un acceso más amplio (aunque también servían para impresionar a los dioses, supuestamente alfabetizados, y al ignorante, que supuestamente veneraba la alfabetización) (Fischer, 2003). La lectura de los más antiguos registros puede haber sido internalizada, pero cuando se empezaron a registrar narrativas más complejas, estas eran leídas en voz alta, en parte, sobre el precedente de que los poetas y bardos recitaban, y en parte, debido a que la recitación permitía llegar a un público más amplio que el lector individual, una audiencia que incluía a los analfabetos. De esta manera, la rareza y el gasto ocasionado por el libro no tenía por qué dar como resultado que su información se limitara innecesariamente a un individuo en un momento dado. Los romanos ricos usaban esclavos alfabetizados para que les leyeran. Plinio el Joven escribió en una carta, en el siglo I d. C.: "En la cena, cuando está presente mi esposa o unos pocos amigos, hago que lean un libro en voz alta" (Fischer, 2003: 45). La vida monástica en un período posterior incluyó la lectura regular a cargo de un hermano al resto de sus compañeros mientras trabajaban o comían. A su vez, el elemento performativo de la lectura privilegiaba un estilo retórico de escritura. La oralidad y la alfabetización, en relación con la lectura en voz alta a un público, no tienen por qué ser mutuamente excluyentes. La lectura silenciosa existía en paralelo (hay evidencia de esto en las obras de Aristófanes de fines del siglo V a. C.) pero era una excepción más que la norma para la mayoría en la Antigüedad (Nagy, 2003). Era suficientemente excepcional como para que, en el siglo IV d. C., San Agustín lo remarcara con asombro al ver a San Ambrosio leyendo en silencio (Manguel, 1996; Parkes, 1999).

El desplazamiento desde lo comunal a lo individual debe también haber sido visto en el aumento de las colecciones pri-

vadas de libros así como de bibliotecas. Estas últimas desempeñaron una función clave para poner los libros al alcance de aquellos que no podían comprarlos porque no tenían dinero. Sin embargo, esto fue un desarrollo posterior de su función original, que era la conservación más que la accesibilidad. La gran biblioteca de Alejandría parece haber funcionado principalmente como museo al administrar la mayor colección de rollos en el mundo clásico y, en segundo lugar, como centro de investigación para que los académicos llevaran adelante el cotejo, la recopilación, edición, creación de antologías y compendio de textos (Canfora, 1989). No ofrecía la accesibilidad característica de las bibliotecas en un período muy posterior. Sin embargo, su patrimonio estaba clasificado y ordenado para la comodidad de los usuarios académicos. A veces, cuando los libros (rollos y, más tarde, códices) eran raros y valiosos, las bibliotecas podían ser depósitos del botín conquistado o salas de exhibición de la visible riqueza. Cicerón utilizaba la biblioteca personal de Fausto Sila, cuyo padre había saqueado los libros de Atenas en el año 86 a. C.; las propias obras de Cicerón fueron copiadas por los esclavos de Tito Ático, su "editor", y sin duda, vendidas a cantidad de colecciones privadas (así como utilizadas de manera abreviada en un sinnúmero de "manuales" para estudiantes de retórica). El uso de Cicerón de las bibliotecas de Fausto Sila revela una red de lectores educados en donde unos y otros usaban la villas de los demás para estudiar. Cicerón mismo tenía colecciones de libros en sus villas de Formia y Tusculum, así como en su casa de Roma (Harris, 1989). Dividía sus colecciones según la lengua, latín o griego, una práctica que también caracteriza a la Villa de los Papiros en Herculano (Fischer, 2003).

El nivel de esta élite de lectores/propietarios de libros constituye solo una parte –aunque la más destacada, en términos de datos preservados– de un público más amplio que también incluía lectores "profesionales", como maestros y letrados funcionales que no tenían necesariamente interés en (o tiempo

libre dedicado a) los clásicos o la literatura contemporánea. Las cartas domésticas encontradas en Vindolanda, o los grafitis mismos sobre las paredes de Pompeya exigen que reconozcamos la existencia de una gama mucho más amplia de la alfabetización –y donde hay escritores, hay lectores– que la evidenciada por Cicerón, su círculo y sus sucesores, en los tiempos en que la República dio lugar al Imperio. La primera biblioteca pública en Roma se abrió ya en el año 39 a. C., ofreciéndole a los romanos alfabetizados la oportunidad de leer una serie de obras en latín y griego, y de discutir y debatir estas obras, así como cuestiones generales sobre historia, literatura y gustos, y de asistir a las lecturas de autores contemporáneos. En el siglo II d. C., Roma contenía siete de estas bibliotecas públicas, lo cual proporcionaba una alternativa a las colecciones privadas (Cavallo y Chartier, 1999). La existencia de múltiples copias de las obras en bibliotecas públicas y privadas ayudó a su supervivencia después del final de la hegemonía romana en Occidente. El Imperio mismo extendió la lectura, por medio tanto de su necesidad de administradores como a través de la creación de noblezas locales deseosas de ser más romanas que los romanos a través de la adquisición de una educación en latín –si no era para ellos, al menos para sus hijos–. Las librerías existían para atender la demanda de material de lectura no solo en la capital imperial, sino también en las provincias de la Galia y Bretaña. Plinio el Joven ronronea con autosatisfacción: "No tenía idea de que hay libreros en Lugdunum [la moderna Lyons] y tampoco que, como tan agradablemente lo supe por su carta, mis libros están encontrando compradores ahí" (Fischer, 2003: 72).

Aprender a leer, para los romanos y sus súbditos, empezaba con el reconocimiento de las letras mayúsculas del alfabeto romano. Tal aprendizaje podía tener lugar, dependiendo de las circunstancias individuales, dentro de la familia, con un tutor o en una escuela pública. El patrón era similar al modelo esbozado anteriormente: a las formas y los nombres de las letras

individuales le seguían las sílabas y luego las palabras completas. El alumno aprendía a leer en voz alta cada vez con mayor fluidez, y se le dedicaba tanta atención, según Quintiliano, al desarrollo de la voz adecuada como al reconocimiento de textos complejos (Cavallo y Chartier, 1999). No es de extrañar, por lo tanto, que algunas formas de escritura se privilegiaran sobre otras en esta aproximación retórica a la lectura: a la poesía épica le siguieron otros géneros en verso y luego discursos e historias. Aprender a leer también significaba aprender a tener los bloques diferenciados de *scripta continua*, o escritura ininterrumpida, y elegir frases y oraciones significativas sin la ayuda de una puntuación sistemática. La posterior adopción del códice también trajo el uso de la distribución en la página y la puntuación, que facilitaron esta dificultad para el que estaba aprendiendo. Esta educación logró crear un público lector repartido por todo el Imperio Romano, pequeño pero capaz de mantener una producción de libros diversificada.

Edad Media

La Edad Media podría verse como la decadencia de este logro clásico, pero también como un importante desplazamiento desde la lectura como representación a la lectura como un ejercicio introspectivo. Hasta el siglo XIII en Europa occidental, la Iglesia cristiana enseñaba a leer y escribir como parte de su programa de formación del clero, y transmitía estas habilidades, así como el conocimiento de la lengua de la comunicación escrita –el latín–, a una pequeña minoría de la población estable. La Iglesia gozaba casi de un monopolio en la producción de libros de la época, y sus edificios, catedrales y monasterios contenían las únicas bibliotecas, accesibles solo a los que habían tomado los hábitos. No es que esto necesariamente hubiera creado una relación de confianza, como lo demuestra la existencia de "bibliotecas con cadenas" en las que los libros se ataban a las mesas de lectura (Saenger, 1999).

Desde comienzos del siglo XIII, en estas bibliotecas eclesiásticas, la lectura silenciosa se convirtió en obligatoria para permitir la lectura individual y la meditación; la lectura en voz alta continuaba en el refectorio y en algunas áreas de trabajo. La Iglesia comenzó a publicar libros para los laicos devotos, especialmente los libros de horas, que proporcionaban información sobre el calendario y la liturgia eclesiásticos. Sin embargo, muchos de ellos estaban tan suntuosamente producidos que alcanzaban la categoría de objeto de arte tanto como de almanaque. Cada vez que otras funciones requerían de la alfabetización –por ejemplo, el gobierno y otros aspectos de la administración civil, como los tribunales–, se empleaba al clero para suministrar servicios como secretarios y escribas. Es importante tener en cuenta esto a la luz de la reflexión de Roger Chartier acerca de la resistencia a la alfabetización (Chartier, 1989b). Ya se ha señalado en el capítulo 2 la sospecha socrática sobre la alfabetización, y la clara sensación de pérdida que implicaba específicamente la escritura (Ong, 1982). Lo que Chartier destaca es el temor del campesino medieval respecto de la alfabetización, basado en sus vínculos con la autoridad –a menudo, una autoridad aparentemente arbitraria y arrogante–, con la ley –en general, no del lado de los campesinos– y con lo sagrado, a menudo difícilmente distinguido de la magia, las maldiciones y la brujería.

El comienzo del siglo XIII también marcó la fundación y el desarrollo de las primeras universidades en Europa. La enseñanza adoptó el formato de la conferencia o *lecturer* (la raíz de la palabra viene del término en latín, *lectura*) donde se leía en voz alta de un texto particular y se animaba a los estudiantes a transcribir o a poseer su propia copia. Así, cada estudiante comenzaría a formar una colección de libros, exigua pero propia, a menudo –como se señaló en el capítulo 3–, a través de la copia y/o compra de secciones, según el sistema de pecias (Hamesse, 1999). Estos libros, o partes de libros, se leerían en silencio dentro de los alojamientos comunitarios

estudiantiles, como se hacía con cualquier manuscrito consultado en la biblioteca de la institución. Las bibliotecas necesitaban catálogos para asegurarse de encontrar de manera eficiente el acervo más relevante. A fines del siglo XIV, según Chartier, "la lectura silenciosa era la norma, al menos para los lectores que también sabían escribir y que pertenecían a los sectores de la sociedad que habían sido alfabetizados durante mucho tiempo" (Chartier, 1989b: 125). El cartel "Silencio, por favor" asociado a la biblioteca tiene un extenso pedigrí.

Muchos de los estudiantes que se graduaban en las primeras universidades se convertirían en abogados. Junto con una creciente clase mercantil dentro de las ciudades y los pueblos grandes, ellos eran el ejemplo más prominente de la creciente difusión y secularización de la lectura dentro de la sociedad, no rural, sino urbana. La nobleza, una vez liberada de las obligaciones militares y de una selección darwiniana basada en habilidades militares, también comenzó a desarrollar cierto interés en la colección de libros y en la lectura; las esposas e hijas de los nobles comenzaron a ir más allá de los libros de horas y otras obras piadosas hacia textos claramente más seculares, como los manuales de administración del hogar. Sin embargo, el número total de lectores ha sido relativa y proporcionalmente pequeño. Debe de haber aumentado desde el 0,1% de la población del Imperio Romano en los dos primeros siglos hasta menos del 5% de la población de Francia de mediados del siglo XV, en ese entonces, posiblemente el país más avanzado de Europa occidental (Chartier, 1995). Los libros conservaban un alto valor monetario, y a menudo eran parte de los testamentos; a los estudiantes se les permitía incluso utilizarlos como garantía de un préstamo.

La enseñanza de la lectura se mantuvo prácticamente sin cambios desde la época clásica, aunque se centró en los textos cristianos y, más allá de la familia, fue dirigida por la Iglesia: a las letras le seguían las sílabas y luego las palabras enteras; frases y oraciones se separaban del texto y se leían en

voz alta con la debida pronunciación, acentuación y ritmo. Dado que el latín ya no era –o no lo había sido nunca en su forma literaria– una lengua materna, los libros de gramática introducían el análisis sistemático como medio para la elaboración de las relaciones semánticas a través de las relaciones gramaticales. El latín sigue siendo muy enseñado hoy en día a través del aprendizaje de relaciones gramaticales, como las declinaciones y las conjugaciones verbales, como pasos previos a la captación del sentido textual. Las madres que sabían leer y escribir iniciaban el proceso de la alfabetización en el hogar. Los libros de horas a menudo tenían imágenes de la virgen María aprendiendo a leer con su madre, Santa Ana. Las escuelas públicas –en las ciudades– comenzaron a complementar a las instituciones eclesiásticas en el siglo XV en la medida en que la clase de los comerciantes comenzó a afirmar su independencia cívica. Ambas seguían el mismo currículo del *trivium* (retórica, gramática y lógica) y asistían a ellas los niños de ambos sexos. Sin embargo, en general solo los varones continuaban, ya a los catorce años, a la universidad para educarse en el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Los textos contenían comentarios y glosas, y los nuevos lectores no eran reacios a añadir sus propias observaciones en los márgenes de los manuscritos, con lo que creaban una forma de interacción no solo con el texto (y su autor putativo y comentaristas conocidos) sino también con los lectores posteriores de esa copia particular. *Scripta continua* siguió siendo la norma para los textos, incluso en la época de la imprenta. Sin embargo, el uso de la tinta roja para indicar los puntos de partida o las rúbricas, y las letras iniciales decoradas, junto con la introducción gradual en los manuscritos de algunos signos de puntuación, indicaban una clara transición desde la organización para la representación oral hacia la clarificación destinada a la interpretación interna en silencio (Saenger, 1999).

El libro impreso

La invención de la imprenta, analizada en el capítulo 3, se basó en –y aceleró– la propagación de la lectura. Sin embargo, no fue el único factor. La creciente prosperidad económica, basada en parte en el descubrimiento de nuevas tierras para la explotación y la colonización; el redescubrimiento de los textos clásicos y el auge del Humanismo, conocido como el Renacimiento; los cismas en la Iglesia creados por la Reforma y la reacción de la Contrarreforma, la consolidación de los Estados-nación y el deseo de crear sentidos nuevos y distintivos acerca de la nacionalidad; el comienzo de una exploración científica del mundo cotidiano paralela a la exploración física de las Américas, Asia y África: todo contribuyó a la difusión de la lectura. Al principio, la imprenta producía más de lo mismo con mayor rapidez y de forma más económica; pero con el tiempo permitió cambios en la naturaleza del libro para facilitar la lectura. Nuevas tipografías surgieron de la mano de manuscritos existentes. Aldo Manucio, en Venecia, desarrolló libros de un tamaño más pequeño y más portátiles que no requerían de un atril o soporte de lectura, ni hacían que al lector le dolieran los brazos por el hecho de sostenerlos (Lowry, 1979). La gama de temas, aunque seguía dominada por las necesidades de la religión y la ley, comenzó a expandirse más rápidamente.

La correspondiente expansión en el número y la naturaleza de los lectores alimentó la desconfianza en las autoridades, el Estado y la Iglesia. El disenso podía prosperar y propagarse fácilmente si se imprimía en libros con múltiples copias. Se introdujeron ciertas formas de regulación, no solo con el fin de controlar lo que se estaba imprimiendo, sino también para restringir a los que podían comprar material y leérselo a los sectores de la sociedad que tenían menos que perder con la subversión del Estado y la Iglesia. Otorgar licencias para las imprentas fue el método más directo para controlar lo que se producía, junto con severas sanciones a aquellos que

violaran la ley. La restricción de la lectura se podía mantener debido a la prohibición de material en lenguas vernáculas, la limitación de las publicaciones a los idiomas (principalmente el latín) del clero y los sectores educados, y a través de impuestos al papel, la impresión y el producto final, lo cual aseguraba que solo los ricos pudieran darse el lujo de comprar libros. Estas formas de censura indirecta persistieron en muchos países hasta bien entrado el siglo XX. Las autoridades estaban acertadas en sus sospechas. Los lectores laicos comenzaron a cuestionar el dogma y redescubrir los escritos precristianos, dando lugar a la adopción de una perspectiva humanista que emancipaba al lector de la autoridad y producía un nuevo concepto de individualidad.

El auge del Humanismo, abordado en el capítulo 3, incorporó no solo nuevas ideas en la filosofía, la religión, la jurisprudencia y la historia, sino también poesía antigua –Ovidio y Catulo– y contemporánea –Dante y Petrarca– (Grafton, 1999). Los lectores buscaban estimular la imaginación y las emociones así como la inteligencia. Estos fueron los libros que redujeron su tamaño desde los grandes folios originales para facilitar el transporte y los préstamos. Sin embargo, una de las ventajas de los libros impresos más grandes era que se entregaban más fácilmente a la glosa en los márgenes y entre columnas. Los ejemplos que sobrevivieron de estos libros, a menudo con rastros escritos de más de un lector, ilustran una forma de lectura interactiva en la que el lector entra en un diálogo en curso con el autor (y a veces con otros lectores) en la forma de comentario añadido, preguntas y refutaciones. La lectura puede ser más claramente entendida no como la recepción (y aceptación) de la autoridad, sino como una interpretación que admite ambigüedad y diferencia. El significado puede ser la creación del lector del texto en lugar de quedar enmarcado únicamente por el texto mismo. Sin embargo, paradójicamente, tal vez, este punto de vista esté acompañado por la creciente insistencia en la exactitud de los textos y la

necesidad de alguna forma de autorización de esa precisión. La imprenta parecía prometer esto. Como los textos y los textos sobre textos se multiplicaban, también lo hizo la necesidad de catálogos que trataban de dar cuenta de todo lo que se estaba publicando. Los lectores necesitaban la ayuda de estos tempranos "motores de búsqueda" para ubicarse en la proliferación de las publicaciones.

El latín comenzó, poco a poco, a dar paso a las lenguas vernáculas, como muestran los ejemplos de Dante y Petrarca. Dante sostenía que la lengua vernácula debía ser apreciada por encima del latín, ya que Adán debió de haber hablado una lengua vernácula en el Edén debido a que las lenguas vernáculas se aprenden orgánicamente –a diferencia del análisis sistemático del latín mencionado anteriormente–, y debido a que las lenguas vernáculas son universales, mientras que el latín tenía un número limitado de usuarios. William Caxton imprimió 74 libros en inglés de un total aproximado de 90 emitidos antes de su muerte en 1491 (Feather, 1988). Ese movimiento a favor de la lengua vernácula se aceleró durante la Reforma, a menudo caracterizada como una batalla de libros. Uno de los principios de la Reforma fue la relación no mediada entre los laicos y Dios, por un lado, y entre los laicos y la Palabra de Dios revelada –es decir, la Biblia–, por el otro. Los reformadores trataron de asegurar esa relación directa a través del aumento de la alfabetización y de la disponibilidad de la Biblia y otros escritos religiosos en la lengua vernácula. El mismo Lutero entendió la importancia de la imprenta como un medio para lograr esto, donde reformadores anteriores como Wycliffe y Hus habían fracasado; en cambio, Calvino en Ginebra y Knox en Escocia crearon escuelas para enseñar las habilidades de lectura necesarias (Gilmont, 1999).

Una vez aprendidas, esas habilidades no podían limitarse solamente a los temas religiosos, y la posesión de libros en los hogares se convirtió en una característica típica de los países del norte de Europa, donde se impuso la Reforma. Es más,

todos los libros adquirían algo de la reverencia con la que se consideraba al Libro –la Biblia–; en una relación casi platónica, la lectura de los libros, en general, adquiere el estatus que deriva de la lectura de la Palabra de Dios. La Contrarreforma, en su respuesta a los cambios sociales y religiosos ahora puestos en marcha, tuvo que transitar una delgada línea entre explotar las posibilidades para la comunicación de masas del libro impreso y seguir a los reformadores en subvertir la brecha entre el clero y los laicos. Esa línea dio lugar a la publicación de muchos ejemplares de "vidas de los santos", comentarios simples de la naturaleza del cristianismo y catecismos para reforzar la clara doctrina de la Iglesia Católica Romana como descendiente directa de Pedro. Estos libros también se produjeron en la lengua vernácula, y de por sí requerían la adquisición de habilidades suficientes para leerlos. La batalla de los libros puede haberse iniciado, pero sus beneficios más pacíficos incluyeron el aumento en el número de lectores, en el número de publicaciones disponibles (incluyendo obras seculares), en la lectura de material escrito en lenguas vernáculas, y en el estado de la lectura como práctica (Manguel, 1996).

Afirmar esto es correr el riesgo de exagerar en algunos aspectos; se trataba, todavía en gran parte, de un fenómeno urbano, y se limitaba principalmente a las clases medias y altas: la burguesía y la nobleza. Sin embargo, uno de los casos habitualmente citados sobre este período es el de Menocchio, un molinero en una relativamente buena posición que vivía en las montañas al norte de Venecia, entre 1532 y 1600 (Ginzburg, 1980). El registro de sus lecturas subsiste porque fue material para los juicios por herejía en 1583 y nuevamente en 1599, cuando fue condenado a ser estaqueado. Las narraciones sobre el juicio revelan que tenía una mente despierta y curiosa que lo hizo entrar en disputas y debates con sus vecinos, particularmente sobre el tema de la Biblia. Él mismo poseía una traducción ilegal de la Biblia en lengua vernácula,

así como al menos otros once libros, sagrados y seculares, incluyendo el *Decamerón*, aunque pudo haber pedido prestado algunos de ellos. Estaba muy orgulloso de ser capaz de leer (y conocer estos libros), mérito que le atribuía a los clérigos. Él mezcló lo aprendido en los libros con su experiencia rural para la construcción de sus creencias y sus propios puntos de vista sobre la religión. También vale la pena citar el ejemplo de Santa Teresa de Ávila: a pesar de que provenía de una familia burguesa en la que los libros estaban presentes, su educación limitada por ser mujer se restringía a vidas de los santos o relatos de caballería, ambos escritos en el castellano vernáculo. Más adelante en su vida, ella se encontró en inferioridad de condiciones debido a su desconocimiento del latín. En particular, la Biblia se le volvió un libro inaccesible ya que la Iglesia había prohibido su traducción al castellano. Todas las citas que sabía de la Biblia las había memorizado de los sermones de los demás o aprendido de memoria de las publicaciones autorizadas de la Contrarreforma. Otros todavía más limitados que Santa Teresa en sus capacidades de lectura dependían de una combinación de textos simples con imágenes explicativas (Manguel, 1996).

Algunos estaban más preocupados por el aumento en la escala y la naturaleza expansiva de la lectura: las preocupaciones iban desde la afirmación de que la lectura en sí misma –más que las condiciones de iluminación en las que se leía– conducía a la ceguera, hasta la creencia de que el exceso de lectura de ficción, como los relatos de caballería, podían conducir a la locura, como le había ocurrido a Don Quijote. Las cifras sobre la cantidad de alfabetizados son más difíciles de verificar que los detalles sobre los títulos y la distribución de los libros (Chartier, 1989b). En la segunda parte de *Henry VI*, la obra de Shakespeare, el rebelde Jack Cade representa anacrónicamente el punto de vista de las clases excluidas de la lectura que tratan de hacer retroceder la corriente iniciada por Gutenberg: "Tú has corrompido muy traicioneramente

a la juventud del reino erigiendo una escuela de gramática, y mientras hasta hoy nuestros antepasados no tuvieron otros libros que la muesca y la tarja, tú eres la causa de que se usara la imprenta". Sin embargo, Aldo Manucio producía regularmente 1.000 copias de sus ediciones en griego de Aristóteles, Platón y Tucídides, y en latín, de Virgilio, Horacio y Ovidio (Lowry, 1979). Publicó, además, los diccionarios y libros de gramática que facilitarían la formación de nuevos lectores para sus títulos. Las nuevas ediciones en su formato portátil se publicaron desde abril de 1501, cada dos meses durante los siguientes cinco años. La rentabilidad de la empresa indica que sus libros encontraban lectores por toda Europa occidental. Estos compradores consideran los libros como objetos preciosos, no por su valor económico –ahora en disminución, como resultado de la imprenta–, sino como fuente de iluminación individual y de progreso común a través del saber.

Los límites de la lectura

Los libros eran todavía objetos con valor económico, en particular para el equivalente de Jack Cade en el siglo XVI. Una copia sin encuadernar de *Hamlet* podía costar seis peniques. Sin embargo, un artesano, zapatero, carpintero o comerciante ganaban un promedio de dieciséis peniques por día. Por lo tanto, comprar una copia les habría costado alrededor de tres octavos del salario diario (Altick, 1957). Según los precios de la época, por la misma suma se podían pagar dos cenas o ir al Teatro del Globo y mirar seis obras en la zona de los espectadores de pie. Los libros, por lo tanto, se limitaban a los ricos o a los que tenían pasión por aprender. La tabla 1, tomada de Altick, muestra los precios comparados de algunos productos a fines del siglo XVII.

Tabla 1
Comparación de precios e ingresos de fines del siglo XVII[1]

Libros	Artículos generales	Ingreso promedio, 1688
Folios: 7 a 10 chelines.	Mantequilla: 6 peniques por libra.	Clérigo: aproximadamente 1 libra semanal.
Octavo: 1 a 4 chelines.	Café: 3 chelines por libra.	Granjero: 16 chelines con 4 peniques semanales.
Obras de teatro independiente: 1 chelín.	Azúcar: 6 peniques por libra.	Tendero: 17 chelines con 4 peniques semanales.
Sermones, panfletos: 6 peniques.	Vino de Canarias: 7 chelines por galón.	Artesanos: 14 chelines con 7 peniques semanales.
Entrada a la galería del teatro: 12 o 18 peniques.		

Fuente: obtenida de Altick (1957).

En otras palabras: el precio siguió siendo un factor que limitaba una circulación más amplia de los libros y, por lo tanto, el instrumento de censura más efectivo. Dispositivos estatutarios como la necesidad de solicitar privilegio real, en Francia desde 1563, o de pedir autorización del Consejo Privado, en Inglaterra desde 1538, se convirtieron en obstáculos que los impresores y editores tenían que eludir ingeniosamente. La Iglesia Católica Romana publicó su primer *Index Librorum Prohibitorum*, lista oficial de libros prohibidos, en 1559, y al comienzo su prohibición fue generalmente eficaz en los países católicos del sur de Europa, pero tuvo el efecto imprevisto de estimular la producción de estos títulos en la

1. Un chelín es igual a 12 peniques.

Europa protestante del norte, desde donde las copias volvían a Francia, España e Italia. La lengua se convirtió, como hemos visto, en un factor cada vez menos restrictivo a medida que más y más títulos se publicaban en las lenguas vernáculas. La Compañía de Librerías de Londres, por ejemplo, renunció a tener libros en latín entre sus existencias en 1625. Solo científicos como Newton, que quería comunicarse con un público internacional de pares, siguieron escribiendo en latín (Feather, 1988). Por otro lado, a pesar de la tan desarrollada piratería, el precio de los libros continuó restringiendo el acceso al conocimiento y a las ideas hasta el siglo XIX y el doble factor de la industrialización de la imprenta y el desarrollo de las grandes adquisiciones a través de bibliotecas comerciales y públicas. Hasta ese momento, la lectura y lo que se leía reflejaba el crecimiento en el estatus y la riqueza de la burguesía. Por otra parte, los editores no tardaron en darse cuenta del poder adquisitivo y la influencia de los miembros femeninos de esa clase, y empezaron a reflejar sus gustos y preferencias en sus publicaciones (Flint, 1993).

El surgimiento de lo popular

A fines de los siglos XVII y XVIII se vio una mayor expansión en el número de lectores y el desarrollo de nuevas formas de publicación para adaptarse a sus gustos y necesidades. En Francia, se fomentó la lectura popular a través de la creación de la *Bibliothèque bleue* a cargo de dinastías consecutivas de impresores y libreros de Troyes (Chartier, 1987). Esta serie, llamada así por el papel azul de las tapas, fue específicamente diseñada para un amplio número de lectores. Los libros se imprimían en un papel barato; eran pequeños, a menudo, extractos de obras mucho más largas; se abreviaban o se editaban para simplificar o censurar. El contenido constaba de relatos de caballería (como los que habían afectado a Don Quijote), novelas románticas, cuentos de hadas, guías prácticas, guías de

etiqueta, obras religiosas y almanaques; eran distribuidos por vendedores ambulantes y vendidos a través de numerosas tiendas, y además eran relativamente baratos. La serie fue un gran éxito y se vendieron decenas de miles de ejemplares. Prefiguró el éxito de la novela del siglo XVIII.

La novela, un género que se dice que debe su existencia al ascenso de la burguesía, aumentó su popularidad desde *Don Quijote* a *Robinson Crusoe* (1719) por toda Europa y América del Norte. Un índice de su popularidad es el número de quejas sobre el efecto corruptor de tanta ficción, en un eco de Platón que puede escucharse incluso hoy en día, o de la pérdida de tiempo involucrada en una ocupación tan trivial. Leer en la cama, gracias a una mejor iluminación suministrada por la lámpara de aceite, ahora era más común, pero produjo mayores críticas. La lectura se había convertido definitivamente en algo individual e introspectivo. *Pamela*, de Samuel Richardson (1740) atrajo principalmente a un público femenino, tanto porque sus detalles de la vida doméstica estaban en consonancia con su propia experiencia como porque parecía ofrecer una aproximación íntima a su heroína epónima. Combinaba el suspenso narrativo de una telenovela contemporánea con las lecciones morales de un sermón del domingo. Es decir, era a la vez audaz y prudente. Los lectores quedaron cautivados. La locura por la lectura de novelas persistió: en Alemania se publicaron 276 nuevas novelas (Wittmann, 1999). El predominio del género continúa hasta nuestros días.

Si cada vez más la novela fue ocupando el tiempo libre y contribuyendo a la superación personal a través del refinamiento sentimental, luego la proliferación de enciclopedias y otros compendios de conocimientos alimentaron la superación personal a través de la adquisición de saber. La *Cyclopedia* de Chambers de 1728 condujo directamente a la más famosa *Encyclopédie* de Diderot, que apareció entre 1751 y 1772 (Darnton, 1982a). La gente leía para informarse sobre el mundo que los rodeaba; la lectura podía saciar una sed de

conocimiento insatisfecha por las instituciones de educación formal. El desafío implícito a la ortodoxia, a través de la difusión de un acercamiento al saber basado en la razón –el Iluminismo–, así como sus críticas más explícitas, contribuyeron a crear un clima de cuestionamiento a la autoridad que condujo a las revoluciones estadounidense y francesa, como se ha señalado en el capítulo 3. Sin embargo, las investigaciones de Robert Darnton en los archivos de la Société Typographique de Neuchatel (STN), en Suiza, han puesto de relieve la importancia de otro género: la pornografía. El 21% de una muestra de 457 títulos pedidos por los libreros era pornografía (Darnton, 1982b). Esto puede ser visto, por una parte, como un desafío similar a la autoridad moral vinculado a los otros desafíos a la autoridad política y eclesiástica, y, por otra parte, como la buena predisposición de la STN para satisfacer las necesidades de los lectores. Lo más importante es que señala la elaboración de un comercio popular y subterráneo de materiales de lectura. Los coleccionistas, entre los que se destacaban los abogados y los médicos, establecían bibliotecas privadas en gran escala, y los libreros proliferaban para satisfacer sus demandas, así como las de un grupo mucho mayor de lectores fijos extraídos del resto de la burguesía. Darnton llama la atención sobre el empresario francés Jean Ranson, que compraba libros tanto del STN como de su librería local en La Rochelle. Ranson ordenó 59 obras procedentes de Suiza entre 1775 y 1785. Compró la *Encyclopédie*, las obras de Rousseau y títulos religiosos y educativos. Su contemporáneo, Imbert-Colomès, un fabricante de seda de Lyon, acumuló 10.000 libros.

La naturaleza de la lectura pasó, durante el siglo XVIII, de ser intensiva a extensiva (Engelsing, 1974). No se trató de una "revolución en la lectura" sino de un cambio constante en el predominio general de una norma a la otra (Wittmann, 1999). Antes de las últimas décadas del siglo XVII, los lectores solían leer y releer, memorizar en su totalidad o en partes, reflexio-

nar y discutir acerca de un pequeño número de libros como la *Biblia* o *The Pilgrim's Progress* [*El progreso del peregrino*], de John Bunyan (1678-1684). Después de este período, los lectores devoraban todo lo que podían, promiscua y vorazmente; los editores, como la familia Oudot, en Troyes, producía una avalancha de material impreso relativamente barato para satisfacer sus apetitos (Chartier, 1987). No solo la gente leía más sino que también había más gente que leía. Las tasas de alfabetización, como lo demuestra la capacidad de firmar con el propio nombre, iban en aumento en las zonas rurales, así como en los pueblos y las ciudades (Chartier, 1989b). A su vez, la demanda de material educativo, en particular los manuales y abecedarios, aumentó, y tales libros comenzaron a reemplazar a las obras religiosas como base del catálogo de los editores. Desde 1686, la Iglesia Luterana de Suecia tenía una política de premios y castigos para aumentar las tasas de alfabetización: se alentaba a las mujeres que vivían en el campo para que les enseñaran a leer y escribir a sus hijos, y se les prohibía la eucaristía y el matrimonio a las personas analfabetas. La estrategia tuvo éxito y el porcentaje de los que sabían leer aumentó un 80%, aunque el número de las personas capaces de escribir era mucho más bajo.

La industrialización de la lectura

Los cambios radicales del siglo XIX, sobre todo la urbanización de una población al servicio de complejas necesidades fabriles, trajo la necesidad de una fuerza de trabajo más alfabetizada, que solo podía crearse si el Estado se abocaba a la educación pública y obligatoria para las clases más bajas. La industrialización de la producción de libros –el abaratamiento de las copias– estableció un círculo virtuoso entre productores y consumidores –gente más pobre–.

La lectura puede haber sido una habilidad de supervivencia de las sociedades industrializadas, pero su uso fue más allá

de la necesidad de leer manuales de instrucciones u hojas de pedidos. En este momento, la mayoría de los países eliminaron ciertas restricciones a lo impreso, especialmente las cargas fiscales, y cuando los precios bajaron se produjo un auge de todo tipo de material de lectura. Si una compra directa todavía no era posible o deseada, entonces había suscripciones a las bibliotecas o clubes que permitían pedir libros prestados por una pequeña cuota. En la medida en que las redes ferroviarias se expandieron, la lectura se convirtió en el método preferido para sobrellevar el viaje, y se establecieron librerías en las estaciones para satisfacer esta nueva demanda. W. H. Smith abrió su primer puesto de libros en la estación de Euston, en Londres, en 1848 (el ejemplo de Hachette en Francia ya se ha expuesto en el capítulo 5). La introducción del alumbrado de gas mejoró la iluminación. El tiempo libre, aunque en un primer momento solo fuera los domingos por la tarde, fue aumentando poco a poco. La lectura en voz alta revivió en las lecturas familiares y en los salones literarios, pero ahora era de naturaleza predominantemente solipsista. Las lecturas públicas de Dickens de su propio trabajo atraían audiencias masivas en Gran Bretaña y Estados Unidos, así como sus publicaciones captaban una lectura masiva.

A fines de siglo, las naciones de Europa occidental y América del Norte habían alcanzado una tasa de alfabetización de aproximadamente el 90% de su población (Monaghan, 1989; Fischer, 2003). Las desigualdades entre la ciudad y el campo eran menos pronunciadas, así como las diferencias entre los hombres y las mujeres. La existencia de estas últimas como un mercado lector distintivo se reconocía más claramente en la variedad de publicaciones dirigidas a los supuestos gustos y necesidades femeninos. La forma preferida del libro eran las novelas de todo tipo –desde las literarias a las descartables, desde Walter Scott a las aventuras de Buffalo Bill. Algunos novelistas, como Scott o Julio Verne, eran capaces de trascender las barreras de la lengua, y las muchas traducciones de sus obras

les dieron público y fama internacional. Los libros eran un medio de masas. Sin embargo, competían por los lectores con otros productos de la cultura de la imprenta, como periódicos y revistas. La conspiración repuso la competencia cuando las series de las revistas se reimprimieron en forma de libro, como en el caso de Dickens o Victor Hugo; de todos modos, los periódicos y revistas rivalizaban en la oferta de una amplia gama de material informativo y, desde fines del siglo XIX, también de entretenimiento. Su diversidad les permitía focalizarse en grupos especiales de lectores de una manera muy eficaz, y el uso cada vez más sofisticado de la ilustración les daba una ventaja en el mercado de masas (West, 1985).

Durante el siglo XIX, los editores comenzaron a ver a los niños como un mercado distintivo al advertir, una vez más, un crecimiento en el ingreso disponible de los padres, así como un nicho provisto por la escuela y los premios de la escuela dominical. Desde la década de 1870 en adelante, la educación primaria obligatoria se convirtió en la norma en Europa occidental. La demanda de textos educativos aumentó, al igual que las oportunidades para la producción de otras publicaciones diseñadas para los niños en el hogar. Los editores de libros eran capaces de competir con éxito en este mercado debido a los prejuicios de los padres en favor de los libros –más valiosos, más sustanciales– y en contra de las revistas –más frívolas, más transitorias (Hunt, 2001). Sigue siendo dudoso si los niños preferían el material didáctico comúnmente encontrado en los libros, porque los recuerdos de los adultos dignos y sustanciales pueden ser poco fiables en la invención de su propia infancia. Solo unos pocos escritores como Verne tenían la fuerza imaginativa como para escapar de las cadenas de la pedagogía.

Las bibliotecas públicas fueron particularmente claras en que las secciones infantiles debían alojar únicamente literatura edificante y moral. En Gran Bretaña, la mayor parte de ellas habían sido fundadas después de 1850, cuando se podía

recaudar una tasa específica (un impuesto local) para pagar sus costos directos. En Edimburgo, donde escribimos este libro, eso condujo a la creación de una sólida biblioteca central, con una impresionante colección de referencia y de no ficción, y seis bibliotecas comunitarias en una ciudad relativamente compacta. El apoyo público se vio reforzado por el patrocinio privado: en el caso de Edimburgo, por la editorial Nelsons y por Carnegie, el magnate del acero (que hizo donaciones a bibliotecas, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos). El énfasis en la no ficción en estas bibliotecas se fundó, sobre todo, en el deseo de no utilizar el dinero público en algo trivial y potencialmente corruptor como la ficción, y también en que las novelas eran el alimento básico de la suscripción o de las bibliotecas privadas (Rose, 2001). No es que ellos renunciaran a su derecho a no almacenar un libro que pudiera ofender y, de hecho, a participar en una censura preventiva, en relación con los editores siempre deseosos de complacer al comprador de un volumen clave. Sin embargo, una fuerte tradición de autodidactismo entre la clase trabajadora inglesa y alemana permitió una combinación entre sus necesidades y lo que las bibliotecas públicas estaban dispuestas a proporcionar. Las autobiografías y otros testimonios existentes, como los diarios, revelan el poder del deseo de aprender, de adquirir saber y comprensión. Máximo Gorki tituló, de manera irónica, un volumen de su autobiografía *Mis universidades* (1923), ya que ellas incluían extensas jornadas en una variedad de empleos en el curso de los cuales él trataba de mantener su propio programa de lecturas. El personaje central de *The Stars Look Down* [*Las estrellas miran hacia abajo*] (1935) de A. J. Cronin lee ávidamente mientras trabaja como minero hasta que escapa de la mina cuando obtiene una beca para ir a la universidad. Lee bajo condiciones –fatiga, poca luz, falta de privacidad– que le dan una nota de autenticidad a la novela.

La naturaleza de la lectura

La aparición de nuevos medios de comunicación, como el cine, la radio, y luego, a principios del siglo XX, la televisión, que venía a unirse a los rivales existentes a lo impreso, marcó no solo un aumento de la competencia, sino también la confirmación de que el libro había perdido su condición de medio de masas, mientras que la lectura seguía siendo tan importante como siempre. Incluso las primeras películas mudas se basaban en la capacidad de la audiencia para leer y llenar los vacíos en la narrativa o para explicar elementos complejos de ella. La televisión contemporánea se caracteriza, por lo menos en sus emisiones de noticias, por el uso de a veces dos o más carteles de textos estáticos o en movimiento, además de las imágenes y el sonido. En decir que la alfabetización no ha cambiado, pero la naturaleza de lo que se lee cambió en el transcurso del siglo XX. El crecimiento de las ediciones económicas como las de Reclam o Penguin, y el éxito de ciertos libros que son éxitos de ventas como la serie de Harry Potter no logra borrar la disminución general en la lectura de libros como actividad si se mide por el número de participantes (McCleery, 2002). Por otra parte, hay cierta evidencia anecdótica de que el uso de *tablets*, iPads y otros dispositivos electrónicos para acceder a material textual está aumentando la demanda de material de lectura bajo otras formas diferentes de la impresa. En todo el mundo desarrollado, puede haber menos personas leyendo obras impresas, pero más textos electrónicos. Tal vez una pregunta que debemos hacernos es si esta es una tendencia que va a continuar, lo que demuestra una interacción social con los textos similar a la que se vio durante la larga transición desde las obras escritas y manuscritas a las impresas.

El acto de la lectura puede parecer más anárquico en términos de pérdida de la autoridad textual. El ala extremista de la perspectiva del lector-como-intérprete argumentaría que el lector puede crear, a partir de un texto, cualquier cosa que él o

ella quieran sin límites ni restricciones. Una visión más moderada acuerda con que la lectura no es una actividad pasiva en la que el lector decodifica un texto con un único significado. Esto puede haber sido cierto en el caso de los primeros registros, y puede seguir siendo cierto para el equivalente de hoy del recuento del Jack Cade, pero no es una característica de la mayor parte de lo que leemos. En el pasado, la Iglesia y el Estado (y los autores) pueden haber tratado de imponer un significado particular sobre un texto, pero los textos y los lectores se resisten a esta conformidad. Wolfgang Iser sostiene que el significado surge de la interacción entre el texto y el lector (Iser, 1980). Para producir sentido, el texto trae sus palabras, un conjunto de unidades lingüísticas, mientras que el lector trae un conjunto individual de experiencias que tiñen el valor semántico dado a las unidades por separado y en conjunto. No hay, por lo tanto, significado "correcto", aunque el rango de sentidos posibles está limitado por la naturaleza fija del texto, de las palabras que lo componen. Jerome McGann añadiría en este punto que el lector no interpreta un texto, sino un objeto material: el libro, en el que las palabras del texto están en una tipografía y en un tamaño en particular, sobre un papel especial, en un determinado libro, entre las tapas específicas, y que estas particularidades del libro físico también influyen y limitan la gama de significados posibles (McGann, 1991).

Stanley Fish podría, en nuestra mesa redonda imaginaria sobre la lectura, remarcar que esa gama se ve limitada por los valores, experiencias y referencias culturales de los lectores individuales (Fish, 1976). Continuaría diciendo que estos son menos singulares de lo que a veces nos atrevemos a pensar. El hecho de que hay muchos lectores de un texto no se traduce necesariamente en una amplia gama de significados, ya que nuestros valores, experiencias y referencias culturales compartidas limitan ese rango. Un significado común, como en el caso de la novela de Schlink mencionada al principio de este capítulo, señala nuestra pertenencia a las "comunidades

interpretativas", grandes grupos de personas con las que compartimos valores, experiencias y referencias culturales. Uno de los elementos positivos de pertenecer a un grupo de lectura, ya sea virtual, como el de Oprah, o uno que se reúne en una casa, librería o biblioteca, es el sentido de solidaridad derivado no solo de una actividad común, al leer el mismo libro, sino también de la pertenencia a una "comunidad interpretativa" expresada a través de puntos de vista comunes o cercanos acerca de ese libro (Hartley, 2001). A partir de las entrevistas de Janice Radway con los lectores de ficción romántica, es evidente que ahí se tiene un sentido de solidaridad similar (Radway, 1984). Este es el punto donde la lectura que se ha desarrollado como un acto interpretativo individual y la lectura como una actividad social distintiva se cruzan y se combinan.

Conclusión

Usted ha finalizado la lectura de este capítulo, y al hacerlo debería estar familiarizado con algunos de los conceptos de los estudios de lectura y la historia del compromiso social con la más democrática e importante de las habilidades comunicativas. Con un mayor o menor grado de facilidad, usted ha usado una habilidad que se considera esencial, en términos tanto de su naturaleza como individuo como de su capacidad para funcionar de manera efectiva en la sociedad. Esta es una habilidad que está indisolublemente ligada a la tecnología de la escritura, pero tiende a superarla, de manera que la "alfabetización" implica fundamentalmente la capacidad de leer y solo secundariamente la de escribir. Sin embargo, como los textos escritos o impresos son los que perduran, la reconstrucción de la historia de la lectura presenta dificultades respecto de la cantidad y la naturaleza de la evidencia disponible. La historia del libro intenta integrar la comprensión del acto individual de lectura –cómo alguien produce significado en este momento a

partir de estos símbolos en tinta que nosotros hemos escrito y el editor ha optado por presentar en este formato– y de la historia social de la recepción –por qué usted compró o pidió prestado este libro, quién es usted, dónde y cuándo usted está leyendo esto–, que a menudo se junta con detalles de otros lectores para crear un perfil social del lector. La historia del libro puede hacer uso de relatos individuales de lectura y de fuentes estadísticas más amplias, así como de los libros, para crear una historia de lectura en sí misma que va desde la primera decodificación de datos comerciales y administrativos hasta la extensa y a menudo ecléctica naturaleza de la lectura contemporánea. Tal historia proporciona una corrección necesaria al énfasis en la producción de libros típicos de gran parte de la historia del libro anterior; ayuda a la humanización del campo, sobre todo al pedirnos que reflexionemos sobre nuestra propia experiencia como lectores.

Cuestiones para pensar

Lo dejamos con algunos puntos a considerar después de leer sobre el cómo, el qué y el porqué de la lectura. A lo largo de la historia, algunos tipos de materiales de lectura y modos de lectura fueron promovidos por ciertos grupos (iglesias, escuelas, bibliotecas, grupos políticos) con la intención de dirigir los patrones de lectura: ¿cómo responden y respondieron los lectores a esas instrucciones y recomendaciones? En la era de los nuevos medios, ¿cuál es el propósito de la lectura? ¿Estamos asistiendo a un cambio significativo en la forma de acceder a los libros y textos, y de leerlos? Y, finalmente, ¿cuál es el valor de la lectura? ¿Cómo lee usted y cuál es el mayor provecho que se obtiene al leer?

7

El futuro del libro

Introducción

La historia de la ciencia ficción está marcada por las profecías fallidas de los escritores respetados de su tiempo. Es imposible predecir el futuro; solo se pueden extrapolar tendencias, y estas no prestan especial atención a los posibles cambios independientes (este punto de vista está en el corazón de la serie *Fundación*, de Isaac Asimov). En el momento de escribir la primera edición de este capítulo, no podíamos predecir el éxito del Kindle de Amazon o el iPad de Apple y, por supuesto, mientras usted lee esto, ambos pueden haber sido superados por otros tipos de tecnología o puede que sus modelos de comercialización hayan sido sobrepasados por nuevas formas de distribución y propiedad. Sabemos que una banda local se autodenominó "We Were Promised Jetpacks" [Nos prometieron mochilas propulsoras], en una referencia irónica a la visión del futuro que se hizo popular en series de televisión como *The Jetsons* [*Los Supersónicos*]. Tal vez la metodología empleada en la consideración del "futuro del libro" posea una

mayor importancia que cualquiera de las predicciones reales hechas como resultado de ella.

Sin embargo, la inclusión continua de un capítulo sobre este tema deriva de al menos dos factores: los persistentes rumores acerca de la muerte del libro desde principios del siglo XX, y nuestra igualmente obstinada aunque quizá ingenua visión de la historia en la que el pasado prefigura el futuro. Respecto del primero, escritores especulativos como Wells en *When The Sleeper Awakes* [*Cuando el durmiente despierta*] (1899), prevé un futuro en el que el libro ha sido reemplazado por otras formas de archivo y entretenimiento audiovisual. Respecto del segundo, las dos revoluciones anteriores en tecnología de las comunicaciones –en el pasaje de la oralidad a la tecnología de la escritura y del manuscrito a la imprenta, analizadas en los capítulos 2 y 3– elevan el sentido de lo que estamos viviendo a la categoría de una tercera revolución en el pasaje de lo impreso a los medios digitales que combinan texto, gráficos y materiales orales. Sin embargo, los libros retienen por el momento un poder de comunicación y de influencia: cada gran elección política estimula la publicación de libros para promover los intereses de los candidatos o las ideas sobre las que han basado sus plataformas, así como anuncios de televisión, blogs y *tweets*. Ciertos grupos minoritarios, como la plétora de obsesivos de las conspiraciones, desde los creyentes en la Atlántida perdida hasta los partidarios del Santo Grial, siguen produciendo libros con argumentos minuciosos para apoyar sus puntos de vista, así como sitios web y videos en YouTube. Y los fundamentalistas religiosos constantemente supervisan los textos escolares en busca de infracciones morales o científicas a esas creencias, como también lo hacen en el caso de estrenos de cine y descargas de música. Esta última preocupación acerca de los libros de texto también debería recordarnos que los libros siguen siendo las herramientas básicas de la educación en los países en vías de desarrollo y en los desarrollados, incluso tal vez más.

La evidencia apoya el hecho, en contra de las sugerencias de su mortalidad, de que se publican cada vez más libros, tanto en términos de títulos como de tirada, aunque, al menos en los países desarrollados, muchos consumidores eligen alternativas como los libros electrónicos, ya sea para informarse o por placer. En estos países, unos pocos lectores leen y compran más libros, impresos o electrónicos, y grupos específicos como los niños o las mujeres pueden explicar la mayor parte de esta extensiva lectura. Sin embargo, hay también cierta preocupación respecto de que la naturaleza de esa lectura pueda consolidar el desarrollo de una cultura global y homogénea. Podemos analizar tanto la producción y la distribución de libros a nivel mundial y la recepción de esos bienes globales dentro de culturas específicas. Hay sólidos antecedentes para ambos análisis dentro de la historia de libro y, de hecho, también hay ejemplos que confirman que la uniformidad de la producción no implica uniformidad en la recepción. Este capítulo analizará cuatro aspectos relacionados con el pasado inmediato y el presente del libro –tecnología, organización de la industria, público lector y papel del Estado– para identificar la dirección y el motor de los cambios que van a crear el futuro del libro.

El determinismo tecnológico

La idea de que el libro es un medio obsoleto se origina en una fijación con el ritmo del cambio tecnológico y la concomitante y rápida introducción de nuevas y más nuevas formas de almacenamiento, información, recuperación y circulación de la información. En particular, la palabra impresa ha sido cuestionada por una sucesión de medios digitales, desde los discos láser para CD-ROM hasta los libros electrónicos. Ella conserva cierta ventaja, ya que su tecnología facilitadora, la alfabetización, es universal o está extendida en los países en vías de desarrollo que no pueden pagar por estos nuevos medios de

comunicación, mientras que estos otros medios requieren acceso a tecnologías que no son de acceso universal o que, como en el caso de los discos láser, son obsolescentes y plantean cuestiones de "edición futura". La palabra impresa sale perdiendo frente a la posibilidad de buscar rápidamente y de recuperar información muy diversa y frente a la habilidad de los medios de comunicación digitales para integrar texto, sonido e imágenes fijas y en movimiento. La capacidad de almacenamiento de un dispositivo como el Kindle ahorra el peso y el volumen de los libros impresos. La palabra impresa aventaja en la variedad de lenguas (y alfabetos) en el que se la puede encontrar, mientras que la información *online* está principalmente en inglés (y en el alfabeto romano) y exige conocimientos de inglés de parte de todos los usuarios. Puede incluso, como en el caso de los mensajes de texto, convocar cada vez a la comprensión de una variante particular del inglés.

Paul Duguid (1996) introduce dos conceptos relevantes para esta discusión: superación y liberación. El primero encarna la idea de que las nuevas tecnologías reemplazan y borran las viejas. En el caso del libro, significa que los medios digitales lo han asesinado o lo están asfixiando lentamente. La historia del libro ayuda a poner este panorama en perspectiva. A principios del siglo XX, los entonces nuevos medios analógicos como la radio, el cine y, más tarde, la televisión, también desafiaron y finalmente revocaron la supremacía del libro y de lo impreso en general como medio prácticamente monopólico de la comunicación y la información. El libro, sin embargo, no se extinguió: como hemos señalado, los editores desarrollaron nuevos formatos como el libro en rústica, extendieron la variedad de puntos de venta y aprovecharon una relación simbiótica con los productores de medios analógicos, tanto al ofrecerles una fuente de material para la radio, el cine, y la televisión, como al explotar la popularidad de los nuevos medios de comunicación mediante la creación del libro basado en la serie de radio, la película, o vinculado al programa de televi-

sión. En efecto, esta relación y la comercialización general de los derechos de propiedad intelectual, que se describen en el capítulo 4, trajeron para muchos editores una renovada prosperidad, en el mejor de los casos, o un medio de supervivencia, en el peor.

Duguid hace hincapié en que el atractivo de la superación reside, en gran medida, en su claro rechazo del pasado como un principio en sí mismo y como un medio de caracterizar o publicitar, como si fueran una marca, los nuevos medios de comunicación justamente como "nuevos" y, por lo tanto, innovadores, emocionantes, revolucionarios, y necesarios. Es decir que el libro se convierte en el modelo o la moda del siglo pasado, y en una sociedad de consumo somos impulsados a rechazarlo a favor de lo "nuevo". Hay que señalar la tendencia opuesta, por ejemplo en la escritura de Sven Birkerts, es decir, la idealización del pasado a través de una representación idílica de la cultura impresa, la lectura y la educación (Birkerts, 1996). La defensa del libro ha estado a menudo en las manos de conservadores en el ámbito de la cultura, como Harold Bloom, que se preocupan por la preservación de ciertos libros y ciertas formas de lectura que les parece que encarnan una cultura del pasado y que sus valores claros deben confrontarse con la naturaleza confusa de lo contemporáneo (Bloom, 1996, 2001). El uso del término "cultura" aquí es clave: la preocupación no es acerca de las enciclopedias, los libros de recetas de cocina, los manuales de ayuda, o en general, cualquier cosa que tenga un valor meramente informativo. Esto deriva de un estatus privilegiado que se le da a la literatura, la biografía, el ensayo académico –especialmente en las Humanidades– y, en general, cualquier cosa que tenga un potencial valor cultural. En parte, esta es una preocupación por preservar material significativo a largo plazo, en oposición a aquel que tiene utilidad inmediata; en parte, esta es también una forma de nostalgia reaccionaria. Como tal, queda claro que los "revolucionarios", los defensores de la naturaleza omniconquistadora de los nuevos medios

de comunicación, y estos defensores del libro ofrecen visiones absolutistas y simplistas de los dos extremos de lo que, de hecho, es un espectro.

La idea de la "revolución" de los nuevos medios a menudo deriva de la sensación de que de alguna manera liberaron la información, en oposición al control y restricción que de ella ejercería el libro. El segundo concepto de Duguid, la liberación, se basa en la idea de que las tecnologías digitales, Internet en particular, empodera a todos al proporcionarles la capacidad de convertirse en autores cuya obra puede ser leída y ampliamente apreciada. La computadora ha reemplazado no solo la máquina de escribir, sino también al editor y al librero. La liberación no crea la "muerte del autor", sino la transformación del autor en su propio editor. La liberación también puede implicar el relajamiento de los lazos legales de propiedad intelectual y no solo la disponibilidad de material, sino también la aparente licencia para hacer diferentes versiones de él. Jay David Bolter, un defensor de la predestinada marginalidad del libro, escribe: "La computadora está reestructurando nuestra actual economía de escritura. Está cambiando el estatus cultural de la escritura así como el método para producir libros. Está cambiando la relación del autor con el texto y del autor y el texto con el lector" (Bolter, 1991: 3). Las tecnologías digitales, desde el punto de vista de los revolucionarios liberacionistas, actúan como el Robin Hood de la cultura contemporánea, permitiendo el robo de la informatización y el poder de los ricos para empoderar a las comunidades democráticas. Toda la información se convierte en algo a disposición de todos los consumidores.

Una versión de este argumento subyace a la idea de que el fax y la fotocopiadora trajeron aparejados el fin de la Guerra Fría, mientras que Internet y el correo electrónico tienen la capacidad de cambiar sociedades de control como China (Wirtén, 2003). Es un argumento que, aunque sea plausible, subestima la necesidad de algún tipo de validación de la in-

formación, en el pasado, literalmente proporcionada por el imprimátur del libro. También niega la importancia del libro en la creación y el apoyo a las comunidades sociales, desde las "comunidades imaginadas" de lo nacional, de Benedict Anderson hasta la "comunidad interpretativa" de lectores de relatos amorosos de Janice Radway (Anderson, 1982; Radway, 1984). Inversamente, el acceso *online* puede subrayar el aislamiento del individuo, desintegrando en lugar de formando "comunidades virtuales". Esto se opone a la visión de McLuhan sobre la "aldea global", sin duda basada en los efectos de la televisión a mediados de la década de 1960 más que en las tecnologías digitales y en Internet (McLuhan, 1962, 1964). McLuhan, una clara influencia en la caracterización de la oralidad de Ong, sostuvo que mientras que la alfabetización –y, en particular, su adaptación a la forma impresa– promovía un pensamiento lineal y secuencial así como la lectura individual, las tecnologías de posimpresión recreaban el diálogo socrático y llevaban al mundo a la aldea de la cultura oral (Ong, 1982). Manuel Castells, nuestro McLuhan contemporáneo, cree más bien en la convergencia de los medios de comunicación digitales que da origen a la sociedad-red, que conduce a una experiencia cultural compartida (Castells, 1996). Por cierto, los miembros del movimiento antiglobalización temen una homogeneización de la cultura y la creación uniforme de una aldea global estadounidense, que suele presentarse en forma abreviada como "coca-colonización" del mundo; ellos consideran los medios de comunicación con sede en Estados Unidos y el dominio lingüístico de Internet por medio del inglés como motores del proceso (Tunstall, 1994). Este es un punto al que volveremos en el siguiente apartado.

Sin embargo, hay una valiosa lección adicional que se desprende de la historia del libro y su énfasis en la publicación como un acto de socialización. Los circuitos de la comunicación, similares al modelo de Darnton, efectivamente existen y están siendo desarrollados para las tecnologías digitales

(Darnton, 1982b). Estos pueden no ser meramente el empoderamiento del individuo como autor y editor, ya sea individualmente o como parte de un esfuerzo colectivo y de colaboración, como Wikipedia. Han aparecido nuevos empresarios e instalaciones de sitios web como Smashwords o Scribd que desempeñan funciones similares a las de los agentes dentro de versiones de Adams y Barker del modelo de Darnton (Adams y Barker, 1993). Tiendas como Amazon Kindle Store o iBooks de Apple (iTunes) han ganado un lugar predominante como intermediarios en muy poco tiempo. Sin embargo, los liberacionistas proponen una visión descentralizada, en algún lugar entre el individuo empoderado y la industria artesanal como es caracterizada por los fanzines, que subestima el poder de la profesionalidad de la presentación (y el imprimátur), así como el instinto de supervivencia de las industrias existentes. El contexto institucional contemporáneo de los nuevos medios de comunicación, en términos de producción y distribución, sigue siendo con frecuencia el de la corporación transnacional, que contiene en sí una división de edición de libros (impresos y electrónicos) como parte de sus operaciones mediáticas globales.

El crecimiento de los libros electrónicos es paralelo al de la época inicial de la imprenta, en particular durante la Reforma; y así como los primeros libros impresos reflejaban a los manuscritos en su apariencia y organización, también, los *e-books* contemporáneos ofrecen meramente un análogo digital del libro impreso. De hecho, muchos de ellos representan la digitalización del fondo editorial con la ventaja para los consumidores de que todo está disponible y nada se "agota". Sin embargo, si el paralelismo con el desarrollo del libro impreso es válido, entonces, los experimentos actuales para mejorar los contenidos se traducirán en nuevos formatos para el libro electrónico que guardará apenas un parecido superficial con su antepasado. Tales desarrollos producirán nuevas demandas de lectores (usuarios) y el potencial tecnológico tendrá que seguir

el ritmo de la aceptación del mercado. Algunas veces, los lectores tendrán que aprender nuevas formas de producir sentido a partir del libro electrónico; otras veces, las nuevas formas del libro electrónico fracasarán inicialmente en el mercado debido a la resistencia de los consumidores. Esta resistencia por el momento deriva de un sentido de inseguridad e inestabilidad atribuido a los libros electrónicos (en comparación con los impresos), que incluye cierta preocupación por la propiedad, transferencia y reventa. Irónicamente, estas ansiedades no parecen ser compartidas por los editores y los minoristas, aunque ambos grupos sí están preocupados por la amenaza a su propia propiedad y control, que proviene de la piratería digital.

Los autores, editores, minoristas, y los lectores no pueden ignorar los libros electrónicos, pese a todo lo que ignoren acerca de su desarrollo futuro. Para los autores, la falta de inversión por parte del editor en papel, impresión, encuadernación y transporte debería traducirse en una mayor proporción del precio del libro electrónico que deberían recibir como premio por su creatividad. Los esfuerzos de autopublicación o de hacerlo a través de un facilitador tecnológico, por supuesto, aumentarán los ingresos del autor aún más, pero, como hemos argumentado anteriormente, esto puede implicar sacrificar ventas y derechos como consecuencia de la garantía de calidad en la edición y la profesionalidad en la comercialización que ofrece la editorial. Los editores mismos deben dejar en claro el valor de esos servicios y al mismo tiempo invertir, como lo han hecho siempre, en la mejora de los contenidos: en el contexto de los libros electrónicos, por medio de la explotación de la plataforma técnica para agregar valor a la experiencia del lector. Aquellos editores que se contentan simplemente con crear una larga lista de libros electrónicos mediante la digitalización de su fondo editorial impreso no sobrevivirán mucho tiempo sin innovación. El dominio de un pequeño número de minoristas, sobre todo Amazon y Apple, que también diseñaron los dispositivos en los que se leen los libros electrónicos,

no puede perdurar sin un competitivo mercado empresarial. La falta de interoperabilidad, el intento de fijar los precios, la limitación del contenido potencial debido a las especificaciones de los dispositivos: todos se oponen a su doble oligopolio (vender a los lectores) y oligopsonio (comprar de los editores) que persiste por mucho tiempo.

La globalización de los medios

En este apartado, la globalización se refiere específicamente a tres áreas de la reciente historia del libro que podrían afectar nuevamente su futuro: la propiedad predominantemente transnacional del sector editorial de los medios de comunicación; el creciente flujo transnacional de libros, no como objetos materiales, ni siquiera como libros electrónicos, sino como fuente de textos que pueden ser traducidos, tanto en otras lenguas como en otros medios de comunicación; y la supuesta homogeneidad de la cultura transnacional. Estas tres zonas no son elementos discretos sino aspectos de un proceso fortalecido y cíclico al cual se le aplica el término "globalización" (Giddens, 1990).

Como se señaló al final del capítulo 3, durante la segunda mitad del siglo XX, las editoriales se unieron a través de compras y fusiones para formar grandes conglomerados, a menudo transnacionales. A partir de esto parecería que la industria editorial se ha convertido en uno de los motores de la globalización de la cultura, del mismo modo que se la había percibido como capaz de proporcionar la fuerza motriz de la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración. Sin embargo, también se observó que habían surgido dos tipos de conglomerados: uno basado principalmente en lo impreso y que operaba en un número de países diferentes (el ejemplo dado fue la Bertelsmann, con sede en Alemania), y otro que trabajaba con diferentes medios de comunicación, entre los cuales la edición de libros era solo

uno y no necesariamente el más importante (el ejemplo dado era News Corporation, propiedad de HarperCollins). Esta distinción se ha vuelto menos clara de lo que se sugería antes, en tanto las empresas que habían crecido como resultado de la integración horizontal también comenzaron a expandirse a través de la integración vertical de las actividades arriba y abajo del núcleo del negocio editorial. La transición en curso –impulsada en parte por las tecnologías digitales, desde las editoriales que producen solamente libros y, por ejemplo, los estudios que producen exclusivamente películas y programas de televisión, hasta los conglomerados que hacen las dos cosas (y más)– ha borrado la distinción entre los dos tipos de conglomerados a partir de la década de 1990. La posibilidad de explotar el material digital, ya sea texto, sonido o imagen, a través de una serie de medios de comunicación, ha agregado valor al término "sinergia", frecuentemente degradado. Los conglomerados originalmente editoriales comparten ciertas características de otras industrias mediáticas contemporáneas: la gran inversión de capital, la producción en masa para el mercado de masas, y la creación de productos comercializables que también pueden constituir un bien cultural.

Greco registró una tendencia al alza general de las fusiones y adquisiciones en Estados Unidos entre 1960 y 1989, a pesar de que las reformas fiscales introducidas por el Congreso de Estados Unidos dieron lugar a una posterior desaceleración de la actividad (Greco, 1995). En un nuevo estudio publicado en 1996, localizó una impresionante reanudación de las fusiones y adquisiciones desde 1990: contabiliza un total de 557 adquisiciones de medios entre 1990 y 1995, que se acerca a toda la serie durante el período cubierto por el análisis anterior (Greco, 1996). Esta segunda fase durante la década de 1990 creó grandes conglomerados mediáticos transnacionales que abarcan una amplia gama de productos y actividades. El año 2000 marcó no solo el final del siglo, sino también la fusión de AOL –principalmente un proveedor de servicios de

Internet, con Time-Warner, un conglomerado mediático que incluye la edición de libros, para construir la mayor de estas corporaciones en el mundo. Durante ese mismo año, el conglomerado francés Vivendi, que comprende tanto una división de servicios ambientales como una división de medios, dentro de la cual la publicación de libros era un componente clave, adquirió Universal con sus amplios intereses en música, cine y televisión. Muchos otros conglomerados mediáticos fueron incitados por la "manía del puntocom" de la década de 1990 a invertir en las nuevas tecnologías y productos digitales con los que complementar y promocionar, de manera cruzada, los intereses existentes en servicios y productos análogos, incluyendo, nuevamente, la edición de libros. La sinergia buscada por estas empresas se basaba en un claro modelo de integración, dependiente él mismo de la capacidad de trasladar el valor de la propiedad intelectual de un medio a otro. El avatar de ese modelo era la Disney Corporation, cuya clara conciencia del valor de sus marcas, como Mickey Mouse, provocó incluso un cambio en la ley de propiedad intelectual de Estados Unidos. La explotación de esas marcas incluía no solo las películas, la televisión, los parques temáticos, CD y *merchandising* o comercialización, sino también la publicación directa o la licencia de los libros para niños basados en ellos, a la vez como forma de lanzamiento de nuevos productos y como parte del desarrollo continuo de los establecidos desde hace tiempo.

La consolidación de la publicación dentro de los grupos multimediáticos a través de estos procesos de toma de posesión, fusión e integración, ha dado lugar a una concentración del mercado del libro (a su vez exagerada a través de ejemplos de integración horizontal, como la adquisición, en el Reino Unido, de Hodder Headline por W. H. Smith, un trato que siguió a la compra que hizo Smith de la distribuidora de John Menzies). Meier y Trappel recopilaron estadísticas de la Unión Europea para confeccionar un índice país por país de la porción del mercado correspondiente a las cinco principales

empresas editoriales (Meier y Trappel, 1998). Los porcentajes variaron desde 95 en los Países Bajos y el Reino Unido hasta 42 en Finlandia. Bagdikian recopiló una medición de la concentración del mercado de medios analógicos en Estados Unidos desde 1983 (Bagdikian, 2000). Considerando las empresas predominantes de publicación de libros, periódicos y revistas, televisión y cine, se preguntó cuántas de ellas se necesitaban para llegar al 50% del mercado. Sobre esta base, Bagdikian obtuvo cifras anuales acerca de la concentración del mercado en el caso de los medios de comunicación: de 50 empresas en 1983 se pasó a 29 en 1987, 10 en 1997 y solo 6 en el año 2000. La importancia de esta concentración reside en las conclusiones que los críticos han sacado acerca de la elección, calidad y "coca-colonización". Esta concentración da como resultado, se argumenta, una disminución de la posibilidad de elección del consumidor y un aumento de la uniformidad de la cultura transnacional (exagerada, a su vez, por la comercialización integrada de una gama de productos mediáticos dentro de un mismo grupo). Esto parece contradecir evidencia como la prevista por Greco al indicar solo en Estados Unidos un incremento en los nuevos títulos que va desde 15.012 en 1960 a 53.446 en 1989 (Greco, 1996).

Una explicación a la aparente contradicción puede radicar en la falta de diversidad y en cierta dócil homogeneidad dentro del aumento en el número de títulos. Hay un mecanismo particular que crea y refuerza constantemente el rechazo a asumir riesgos dentro de los conglomerados y que los distingue de las editoriales independientes. Cuando un conglomerado toma una compañía, el énfasis cambia del subsidio cruzado de los títulos a la idea de que cada título haga por sí solo una contribución determinada tanto a los gastos generales como a las ganancias. Cuando el conglomerado Bertelsmann se hizo cargo de Random House en 1998, los nuevos propietarios esperaban que Random House diera una ganancia del 15% y aumentara la facturación en un 10% anual. Esto habría su-

puesto un salto en las ganancias de un millón de dolares a 150 millones de dólares en ventas anuales de aproximadamente 1.000 millones de dólares; esto habría implicado también un incremento concurrente en aquellas ventas de 100 millones de dólares (Schiffrin, 2001). Como corolario, se hizo hincapié en una lista de novedades con un impacto inmediato en lugar de la construcción de un fondo editorial que podría haber aumentado considerablemente las ganancias, incluyendo ahora los libros electrónicos. André Schiffrin resume la siguiente conclusión: "La lógica centrada en la ganancia empezó a ser contraproducente. La necesidad de que cada entidad [dentro del conglomerado] alcanzase un incremento anual en las ventas y las ganancias obligaba a cada parte de la editorial a duplicar los esfuerzos de los otros y a competir por los títulos más lucrativos" (Schiffrin, 2001: 76).

Los editores llevan cuentas con pérdidas y ganancias de sus títulos, y se espera que cada editor genere una cantidad predeterminada de ventas y ganancias anuales, la mayoría de las veces incluso el pago que reciben está vinculado a ese desempeño. La necesidad de encontrar claves de "lo seguro", conduce, a su vez a la oferta de grandes adelantos a celebridades de todo tipo, esperando que la fama aporte las ventas y las ganancias necesarias (en 1998, HarperCollins anunció que había perdido 270 millones en adelantos). O se les ofrecen grandes adelantos a autores cuya obra publicada por una editorial independiente ha demostrado ventas "garantizadas". O, una vez más, los libros se producen como parte y derivados de un paquete mediático basado en una película o incluso de un juego de computadora. Y a fin de hacer de lo seguro algo aún más seguro, los conglomerados destinan grandes presupuestos a la publicidad, emplean enormes fuerzas de ventas y explotan sus conexiones con los demás medios (a menudo dentro de una empresa emparentada). Incluso si el producto del conglomerado no se vende –y el público es, en ocasiones, lo suficientemente perverso como para hacer valer sus propios gustos, tanto negativamente al re-

chazar "lo seguro" como positivamente, como en la recomendación, mediante el boca a boca, de *Captain Corelli's Mandolin* [*La mandolina del capitán Corelli*]– no deja de tener promoción y publicidad (Gardiner, 2000).

El pesimismo cultural que es el legado de la Escuela de Fráncfort de críticos sociales de principios del siglo XX –específicamente la estigmatización de la producción masiva de la cultura y su incorporación dentro de un proceso industrial y del capitalismo moderno–, ha dado lugar a preocupaciones no solo acerca de la elección y la diversidad, sino también acerca de la calidad de lo que se ofrece (Adorno y Horkheimer, 1944). En este sentido, hay un vínculo evidente con los conservadores culturales que defienden la supervivencia del libro impreso, sobre la base de una estrecha definición de lo que es culturalmente significativo. El ataque más sangriento a la calidad del conglomerado editorial aparece en un estudio realizado en 1997 por Mark Crispin Miller. Como Schiffrin, Miller revisa la época en que la publicación estaba más centrada en el texto que en las ganancias. Random House (pre-Bertelsmann) es una de las tres editoriales estadounidenses que él acusa de pasar de las grandes novelas y otras obras de importancia cultural a la "bosta" vendible. Él incluye en esta última libros de famosos, ya sea vinculados o escritos por alguna celebridad, libros sobre el ocio o sobre pasatiempos, ya sea la decoración, la cocina o la jardinería. Él vitupera la puesta en marcha de una política que conduce a las memorias "vacías y egoístas" de la duquesa de York (Miller, 1997: 116). También condena la edición y corrección mediocre que produce un libro "a medio hacer, mal informado y toscamente escrito como *To Renew America* [Para renovar América], de Newt Gingrich" (Miller, 1997: 116). Si bien hay, en esta diatriba partisana, mucho con lo que personalmente podemos estar de acuerdo, en lo que respecta a los méritos de determinados títulos, hay varios problemas de selección y falta de rigor analítico. Comienza con su conclusión y no logra proporcionar evidencia satisfactoria que

la sustentaría. El estudio sobre el Club del Libro del Mes, de Janice Radway presenta una mejor consideración de las relaciones entre editores y sus mercados (Radway, 1997). Aunque su tema es anterior a la era de los conglomerados, de todos modos proporciona un análisis convincente, objetivo y detallado que podría aplicarse de manera productiva a los procesos contemporáneos de selección y encargo.

Los libros producidos por los conglomerados mediáticos efectivamente encuentran un mercado internacional que, en los siglos anteriores, era un logro solo de los libros sagrados, particularmente de la Biblia cristiana. El ejemplo de la serie de J. K. Rowling sobre el joven mago Harry Potter es, en este caso, instructivo. Estos libros alcanzaron un enorme éxito internacional, primero en el mundo angloparlante y luego, a medida que la serie avanzaba, a través de más de cuarenta traducciones (el lapso transcurrido entre la publicación en inglés y la traducción al francés de *Harry Potter y la Orden del Fénix* hizo que, en el intervalo, la versión en inglés se convirtiera en el *bestseller* para chicos –un fenómeno que se repitió en Alemania en 2007 con la publicación de *Harry Potter y las reliquias de la muerte*). Este éxito se vio ampliado cuando las novelas se llevaron al cine, con la consiguiente repromoción de los títulos; se vio reforzado por las ventas cruzadas entre los mercados para niños y adultos, alentadas por los editores del libro que, por ejemplo, tenían diferentes tapas para cada caso; y se ha optimizado mediante el control de los calendarios de salida de la edición en tapa dura y tapa blanda para garantizar la venta máxima del formato más caro antes de lanzar el barato con una nueva tanda de publicidad y expectativas. El éxito ha sido suficiente, y la reputación de los libros se ha extendido tanto que Rowling se hizo cargo ella misma, sin la participación de sus editores ingleses o estadounidenses, de la venta de los libros electrónicos (con contenido adicional).

Tal proyección internacional, en particular a partir de la realización de las películas, puede constituir una prueba de la

"coca-colonización" o la homogeneización de la cultura internacional, aunque en la tradición británica de aventuras en el internado, que tiene un extenso pedigrí narrativo y nacional (sin embargo, ha habido pocos estudios sobre la recepción de las novelas de Harry Potter más allá del reporte sobre la reacción de los fundamentalistas cristianos en Estados Unidos). Esta crítica de la globalización y las actividades de los conglomerados mediáticos transnacionales, que se encuentra, por ejemplo, en el importante trabajo de Herman y McChesney (1997), tiene ecos de acusaciones anteriores sobre imperialismo cultural. En esencia, esto se refiere a la imposición de valores y normas de los países desarrollados sobre las culturas de los países en vías de desarrollo, a través de la exportación de productos mediáticos baratos con costos de producción más altos (respecto de los que se habrían producido a nivel local, si es que hubiera alguno). Uno de los autores se acuerda de haber esperado el destacado de la semana, en Accra, Ghana, en 1972, que incongruentemente era la serie estadounidense *Misión imposible*. Tales programas (y el *western* serial *Bonanza* era otro de los programas favoritos de la semana, que contrastaba con los didácticos programas locales hechos en estudio) proveían puntos de referencia y modelos a seguir en el lenguaje y la conducta, que parecían más glamorosos que las normas y las tradiciones locales. La lectura, en las escuelas africanas, de Shakespeare y el resto del canon de la literatura en inglés –porque eran los libros (importados) disponibles–, en el mejor de los casos, exponía a los estudiantes a diferentes valores y destacaba vínculos positivos con el antiguo poder colonial y, en el peor, creaba un sentido de disonancia con el medio ambiente del lector y desafiaba cierto sentido firme sobre la identidad local. (El otro autor aporta el recuerdo de ver en 1976 una emisión latinoamericana de una producción de la BBC TV doblada, de *The Golden Bowl* [*La copa dorada*], la novela clásica del autor nacido en Estados Unidos, pero de origen británico, Henry James. Esta experiencia también pone de relieve la continua ex-

plotación de los textos a través de diferentes medios y diversas lenguas.) Treinta años después, la acusación de imperialismo cultural en ambos casos parece ser débil, ya que exhibe cierta incapacidad para comprender tanto la dinámica naturaleza de las culturas y la creación activa, por parte del lector, del significado a partir de los textos –tal como se expuso en el capítulo anterior– en lugar de su absorción pasiva.

Sin embargo, los libros han sido menos cómplices que otros medios en la "coca-colonización": las diferencias lingüísticas siguen siendo respetadas por las comunidades de diferentes lenguas, los libros suelen adaptarse a las distintas culturas, como lo demuestra el ejemplo de Harlequin, y los editores más pequeños y locales o las editoriales de nicho pueden continuar creciendo sobre la base de los más altos niveles de creatividad y las más bajas inyecciones de capital (sobre todo en comparación con el cine y la televisión) (Wirtén, 1998). Los conglomerados controlan estas empresas más pequeñas y con frecuencia se apoderan de ellas debido al alto valor que le dan a la creatividad y la innovación que encuentran allí. Greco señaló en su estudio sobre las fusiones y adquisiciones que el número de editoriales en Estados Unidos ha aumentado de 993 en 1960 a 2.298 en 1987 (Greco, 1995: 234). La existencia de estas empresas más pequeñas que atienden las diversas necesidades de una amplia gama de lectores, también desmiente el pesimismo cultural de Miller y otros. Como las empresas independientes o los catálogos locales de los conglomerados, ellas representan una fuente de crecimiento y vitalidad para el futuro del libro dentro de los nichos de mercado y los países en vías de desarrollo.

La muerte del lector

Cuando Roland Barthes escribió sobre "la muerte del autor", estaba celebrando el triunfo del lector en el sentido de

reconocer a este último como agente clave en la creación de sentido (Barthes, 1977). Tal como se analizó en el capítulo anterior, teóricos como Iser y Barthes privilegiaron el papel del lector en su interacción con el texto por sobre el del autor (Iser, 1980). Así, en el momento del triunfo, también puede parecer que el lector está en peligro de muerte o de una gradual desaparición (aquí "lector" significa lector de libros). Informes de Inglaterra y Estados Unidos de la última década enfatizan la caída en el número de tales lectores. El informe del National Endowment for the Arts de 2004, en Estados Unidos, cuantifica ese declive como una caída desde el 56,9% de adultos que leían ficción por placer en 1982 a un 46,7% en 2002 (NEA, 2004). El factor central para tal declive fue la competencia con otras actividades en la ocupación del tiempo libre: la televisión ya no sería el mayor rival y, de hecho, promovería la lectura de libros de diferentes maneras. El período considerado ha visto el crecimiento en el uso de Internet como una actividad de ocio, así como la proliferación de los juegos para consola y computadora. El informe también señala con cierta incredulidad que el declive llega durante un período en el que se multiplican los Clubes del Libro (incluyendo el espectacular éxito del Club del Libro de Oprah por televisión), las librerías, tiendas *online* y ventas de *bestsellers*. Una explicación sobre esto surgió del informe inglés de 2000, *Reading the Situation*, subsidiado por la Comisión de Bibliotecas e Información de Inglaterra: menos gente leía más libros. En Inglaterra, el 15% de los adultos decía leer por placer al menos once horas semanales (BML, 2000). Una de las preguntas sobre las que ahora necesitaríamos información es si este grupo en declive también ha estado comprando libros electrónicos y dispositivos para leerlos o si la promoción del Kindle, iPad y Nook ha aumentado el número de lectores activos (y de libros adquiridos tanto de manera impresa como electrónica).

La lectura como actividad general, por otra parte, sigue creciendo ya sea en papel o en la pantalla: a principios del siglo

XXI, las altas tasas de alfabetización que se habían alcanzado en Europa occidental y Estados Unidos cien años antes como consecuencia de una atención concertada en la escolarización primaria obligatoria, están a la vista en todo el mundo en el reconocimiento de la función clave de la lectura en el desarrollo económico. El principal vehículo para la alfabetización sigue siendo el libro, sobre todo, como se ha señalado anteriormente, en el mundo en vías de desarrollo, donde los libros son el medio más rentable y, a veces, el único disponible. En el mundo desarrollado, el crecimiento de "la sociedad de la información" le dio también un mayor valor a la capacidad de leer como habilidad técnica. Aunque la importancia de los medios impresos podría estar disminuyendo en estas culturas en relación con otras formas de comunicación, los textos que vienen a través de otros canales de comunicación siguen compitiendo por la atención del lector. Cualquier café en una ciudad de Europa occidental hoy contendrá a un joven tipiando un mensaje de texto en un teléfono móvil o leyendo los mensajes recibidos. Si se trata de un cibercafé, entonces habrá otros escribiendo y leyendo mensajes de correo electrónico. Desde esta perspectiva, el renombramiento de Don McKenzie de la bibliografía o la historia del libro como "sociología de los textos", y la inclusividad que esto implica, representa una ampliación de las perspectivas adquiridas a partir del libro y la imprenta hacia todas las formas de comunicación (McKenzie, 1986). Para el futuro del libro, sin embargo, la cuestión fundamental ya no es el analfabetismo, sino el no alfabetismo: los que saben leer, pero no leerán libros.

El perfil del lector representativo de Europa occidental o de Estados Unidos hoy reconocería que su lectura extensiva –incluso ecléctica– está influenciada por la publicidad y la promoción, pero también por las recomendaciones boca a boca (*La mandolina del capitán Corelli* ya ha sido citado como beneficiario de la recomendación boca a boca, así como también lo fue *Harry Potter y la piedra filosofal* cuando se publicó

inicialmente con una pequeña tirada de tapa dura). Los editores de periódicos saben que las secciones de reseñas de libros son populares entre los lectores y que utilizan el juicio de los reseñistas como guía para potenciales compras o préstamos. Los hábitos de lectura cambian en el curso de la vida del individuo. La mayoría de los hombres dejan de leer por placer luego de terminar la educación formal, y si reanudan la lectura es en la mediana edad, cuando actividades como el deporte y la socialización ocupan menos de su tiempo de ocio. Las mujeres leen más consistentemente desde la escuela en adelante, y si la lectura disminuye, lo hacen cuando tienen hijos pequeños, y la reanudan nuevamente cuando sus hijos se hacen mayores. Las mujeres leen más ficción que los hombres y, de hecho, constituyen el principal mercado para las novelas con la excepción de algún género de ficción. Es más probable que las mujeres sean miembros de grupos de lectura y no los hombres, que recomienden libros a sus pares y, de hecho, sean más aventuradas en los libros que eligen (Hartley, 2001). El informe del Reino Unido indicaba que "aquellos que disfrutan de la lectura desde la temprana edad tienden a no renunciar al hábito, y aunque durante algunas etapas de la vida se vean forzados por las circunstancias a leer menos de lo que quisieran, por lo general se convierten en lectores 'intensos' no bien vuelven a tener la oportunidad" (BML, 2000: 10). El lector "intenso" surge en la infancia: si se alienta a los niños a leer en el ambiente hogareño y tienen al menos un padre que es un lector entusiasta, entonces tenderán a crecer leyendo extensivamente.

Algunos lectores usan los libros impresos –especialmente en rústica– como objetos desechables, tanto literalmente como en términos de la experiencia de lectura. Entre los que respondieron a la encuesta del Reino Unido, los usos y gratificaciones de la lectura de libros por placer se percibía así: el 52% la veía como una forma de relajarse o aliviar el estrés, el 27% como escapismo, y el 24% como una oportunidad de ejercitar la imaginación (BML, 2000: 12). La capacidad de estimular y relajar al mismo

tiempo puede ser una característica fuerte, tal vez, de supervivencia del libro. El entorno en el que la lectura de libros tiene lugar es variado: desde la cama, por lo general justo antes de ir a dormir, el tren o el avión, hasta una ruidosa y multitudinaria estación de trenes o aeropuerto, rodeados por el flujo y reflujo de las multitudes. Tampoco hay una sola práctica de la lectura, sino que varía y va desde la ojeada del limitado texto dentro de los muy ilustrado libros llamados "libros de mesa" [*coffee-table books*], hasta el desciframiento de una descripción compleja dentro de un campo desconocido o la atención totalmente absorta en las fuertes narrativas de ficción.

El lector ha triunfado de un modo importante como "mercado" al cual la publicación y venta de libros, sobre todo según las directivas de los conglomerados mediáticos, deben ser subordinadas. La comercialización de los libros impresos ha tomado dos caminos diferentes para adaptarse a las necesidades y la naturaleza del lector: por un lado, la compra *online* de libros a través de empresas como Amazon permite la búsqueda en las bases de datos –a menudo actualizadas por "agentes inteligentes" que predicen las preferencias de los lectores basándose en compras anteriores–, una selección a partir de un *stock* mucho más amplio del que podría ofrecer cualquier minorista y también algún descuento sobre el precio; y por otro, las librerías contemporáneas ofrecen ambientes acogedores y confortables, con áreas de lectura y cafeterías, para hacer de la compra de libros una actividad vinculada al ocio en la que una determinada selección se hace más por impulso que a partir de la planificación previa. La lectura de libros se convierte a su vez, o bien en una función necesaria de la educación o el empleo, más amenazada por las formas *online* de recuperación de información, o bien en una opción de ocio vinculada al estilo de vida, que compite con otras formas de actividad y puede ser la preferencia de grupos identificables y distintivos. Estos últimos se convierten en el objetivo de los editores deseosos de establecer su dominio dentro de estos subgrupos

para autores particulares o series. El éxito internacional de Harlequin, su dominio de la publicación de ficción romántica deriva de su conocimiento de los mercados en los diferentes países y de su capacidad para adaptar fórmulas básicas para ellos –así como la economía de escala de que disfruta a través de este tipo de explotación global de la propiedad intelectual (Wirtén, 1998). Los libros electrónicos, a su vez, como hemos argumentado, ayudan al editor a servir a estos subgrupos o segmentos de mercado aumentando el número de títulos disponibles, mientras se reduce la viabilidad financiera de cada tirada. El editor de este libro, por ejemplo, puede aprovechar estas tecnologías para reimprimir, a pedido, un número relativamente pequeño de su fondo editorial además de ponerlos a disposición como libros electrónicos, ampliando así las elecciones del consumidor.

El papel del Estado

Sin embargo, si los avances tecnológicos en la producción no son suficientes para crear libros que coincidan con las expectativas y el presupuesto de estos pequeños grupos de lectores, o para ofrecer opciones suficientes, entonces un nuevo actor puede entrar en escena para intervenir en lo que de otro modo sería un proceso impulsado por el mercado. El Estado, o los organismos habilitados por el Estado, pueden asegurar que lo que por razones culturales, educativas, lingüísticas o nacionales se considera un beneficio positivo –es decir, los libros– debe continuar a disposición de los lectores, incluso si no es financieramente viable para la producción y la venta. El Estado ha desempeñado, tradicionalmente, el papel de antagonista a la publicación y, hasta fines del siglo XX, a menudo intervino, como se ha señalado en los capítulos 3 y 6, para suprimir las publicaciones –en lugar de apoyarlas–, por motivos morales o políticos. *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence,

no estuvo ampliamente disponible en su versión no expurgada sino hasta el juicio de Grove Press, en 1959, en Estados Unidos, y de Penguin Books en el Reino Unido, en 1960 (McCleery, 2002). Los nazis organizaron ceremonias de quema de libros para dramatizar su odio a los libros de quienes, por motivos religiosos, étnicos, o ideológicos, consideraban que se les oponían. Sin embargo, la censura moral de los libros ha sido abandonada en gran medida por los Estados de Europa occidental y América del Norte, y el garrote ha pasado ahora a manos de otros grupos de presión como los fundamentalistas religiosos, que buscan diferentes maneras de prohibir libros, desde las novelas de Harry Potter a *Los versos satánicos* (1989), de Salman Rushdie. En el primer caso, los que se oponen a la brujería y a la magia operan dentro de las democracias para persuadir a bibliotecas y escuelas sobre la compra de las novelas; en el caso del segundo, se dictó una sentencia de muerte sobre el autor y cualquier persona involucrada en la publicación, traducción o venta del libro. A pesar de las opiniones de los teóricos de la conspiración, los Estados en el mundo desarrollado ejercen poca censura política explícita, excepto en casos de seguridad nacional, e incluso allí, como en el procesamiento en Inglaterra de *Spycatcher* (1987), los resultados son nueva publicidad y una mayor demanda de la publicación.

Hoy en día, la relación entre el Estado y el mundo editorial en los países desarrollados es, en general, positiva. Al definir el libro como un bien cultural, una necesidad educativa, una defensa contra la erosión de la lengua o la identidad nacional, el Estado puede apoyar, tanto activa como pasivamente, su publicación y lectura. En este último caso, el apoyo de un fuerte sistema de bibliotecas parece ser una necesidad de infraestructura. Sin embargo, el apoyo estatal para los servicios de las bibliotecas públicas ha ido declinando desde hace varios años, en parte como resultado de la disminución de los lectores, la transformación de las librerías y del proceso de venta de libros, y del aumento del espectro de libros que se espera que ofrez-

can las bibliotecas. Esto ha creado un círculo vicioso de mayor declinación ya que los lectores rechazan la escasa provisión de libros y los ambientes desprolijos. Los Estados también pueden utilizar medios fiscales o legales para apoyar la lectura (y a los lectores): en el Reino Unido, los libros no reciben ningún tipo de carga impositiva y en Francia la *loi Lang* de 1981 estableció el mantenimiento de un precio de venta, una versión voluntaria más que obligatoria del Net Book Agreement de Inglaterra que caducó en 1995.

Los modelos de apoyo más proactivos vienen de los países interesados en proteger las lenguas locales de la hegemonía del inglés y/o de los interesados en salvaguardar los intereses y valores nacionales del dominio mercantil de la industria editorial transnacional. A lo largo de la década de 1990 e incluso después, el gobierno de Canadá, por ejemplo, desarrolló una amplia gama de programas para apoyar el crecimiento y desarrollo de la industria editorial en el país, con énfasis en la igualdad de desarrollo de material en las dos lenguas nacionales, inglés y francés. Algunos de estos programas eran comunes al desarrollo de la industria cultural en su conjunto, mientras que otros se destinaban directamente a sectores específicos de la industria (Lorimer, 1996; Lorimer y Gasher, 2000). El apoyo iba desde subvenciones directas para apoyar la escritura y la publicación de libros, hasta financiación para apoyar el crecimiento y el desarrollo de las pequeñas empresas. En 2001, el gobierno federal de Ottawa invirtió 1,1 millones de dólares en adelantos de emergencia para veintidós editoriales canadienses que estaban en crisis ante las ganancias (en algunos casos de entre 50 a 70%) de la cadena de librerías Chapters. El impacto de estos programas y una amplia gama de iniciativas de comercialización y promoción condujo al crecimiento del volumen de libros de origen nacional, desde un 3% y un 5% en 1970 a casi un 30% en 2000. Las ventas de libros en Canadá alcanzaron un total de casi 1.350 millones de dólares.

En contraste con esto, la industria editorial de Irlanda ha sido en gran parte independiente de los principales actores internacionales. Los principales grupos editoriales extranjeros, principalmente los que tienen una fuerte presencia en el Reino Unido, sí compiten en el mercado irlandés, por lo general con base en Inglaterra, pero usando un dedicado equipo de ventas basado en Irlanda. Las importaciones representan aproximadamente el 70% del mercado, pero hay variaciones sustanciales en el tipo de material. En el sector educativo, se estima que el 90% de la demanda del mercado está en manos de los editores irlandeses, mientras que en el sector en general dominan los editores extranjeros, tomando más del 85% del mercado. Los editores irlandeses han aumentado el nivel de actividad en el mercado nacional y ahora tienen aproximadamente un 14% del mercado. La edición de libros en idioma irlandés constituye un pequeño nicho con aproximadamente 100 títulos nuevos que se publican cada año. La mayoría de los títulos literarios irlandeses reciben ayuda financiera, ya sea del Bord na Leabhar Gaeilge [Consejo del Libro Gaélico] o del Consejo de las Artes de Irlanda. El ingreso total de los editores de lengua irlandesa se estima en menos de 2 millones de dólares, con aproximadamente un tercio de estos ingresos recaudados a través de subvenciones. Debido a las limitaciones en la demanda de publicaciones en lengua irlandesa, es difícil que el sector logre autosuficiencia económica, y cierto nivel de dependencia continua respecto de las agencias públicas de financiación parece ser inevitable (PWC, 1995).

Los países que no hablan inglés parecen estar protegidos de la penetración internacional gracias a la barrera de la lengua, aunque algunos mercados, sobre todo el académico y profesional, son más vulnerables que otros a las importaciones en idioma inglés. El problema en estos países es cómo conciliar un pequeño mercado basado en el lenguaje con precios suficientemente bajos para estimular el consumo. El continuo apoyo financiero gubernamental parece ser

un factor clave para garantizar el desarrollo de publicaciones en una lengua minoritaria, ya sea una minoría internacional como en el caso de Canadá e Irlanda, o una minoría en términos internacionales. Más del 80% del material disponible en Internet está en inglés, un factor que refuerza la hegemonía del idioma. En general, a medida que disminuye el número de lectores y también las tiradas de muchos libros, hay un incremento en la presión sobre el Estado para que introduzca medidas de apoyo con el objeto de asegurar que las elecciones de consumo no se extiendan solo a los productos de los conglomerados transnacionales.

En cambio, algunos títulos escritos en otros idiomas se publicaron y se publican en Inglaterra y Estados Unidos, incluso en traducciones al inglés; nunca hubo mucho tráfico en el otro sentido con respecto al inglés, y los textos en esta lengua afirmaron su actual hegemonía mundial (incluyendo a China, como lo demuestra el gran número de estudiantes de inglés y de textos pirateados en inglés). La fuerza motriz detrás de la globalización del inglés no es, como lo fue en el caso del latín, el duro poder militar romano y la conquista; ni puede ser ya el poder económico –ciertamente no en el caso de Inglaterra y de manera decreciente en el caso de Estados Unidos–. Se trata del impacto de las industrias culturales de Estados Unidos y el Reino Unido, y (dada su íntima relación con la lengua escrita) en particular, del mundo editorial. Sin embargo –y, por supuesto, hay una peculiar ironía aquí–, la industria editorial anglonorteamericana ya no está dominada –en términos de sus principales actores, sus conglomerados globalizados– por dueños de esos países. Random House es actualmente propiedad de Bertelsmann, y otras empresas europeas, como Hachette, tienen grandes participaciones en el mundo editorial en inglés y otros medios. Estados Unidos ejerce una gran influencia cultural, un "poder blando", pero debido a la pérdida de poder económico ya no posee necesariamente los vehículos a través de los cuales ese poder blando está mediado.

Los Estados también intervienen en el plano internacional para proteger intereses nacionales recíprocos. Han participado en una serie de organismos internacionales –incluyendo, de manera significativa, la ley internacional de derechos de autor (el Convenio de Berna) en 1886– para regular el comercio y la comunicación cada vez más globalizados, con el objeto de proteger, en el caso de los derechos de autor, los intereses de sus creadores, propietarios y titulares de licencias. Sin embargo, esto también representó una secesión gradual de la soberanía jurídica nacional a organizaciones como el General Agreement on Tariffs and Trade (GATT) [Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio Aduaneros], World Trade Organization (WTO) [Organización Mundial de Comercio] y World Intellectual Property Organization (WIPO) [Organización Mundial de la Propiedad Intelectual], lo que tal vez prefiguró la pérdida de la soberanía cultural nacional, considerada como un resultado de la globalización.

Conclusión

Este capítulo no ha tratado sobre la predicción detallada del futuro del libro. Ha examinado los factores que desempeñan un papel en la formación de ese futuro e influyen en él. Los libros coexistirán con nuevos desarrollos en la tecnología, cuya naturaleza y efectos son muy difíciles de profetizar. Los usos de los teléfonos móviles son un ejemplo de ello: nadie anticipó su uso para los mensajes de texto (SMS) y nadie puede predecir cómo será la próxima generación de teléfonos inteligentes y cómo se desarrollarán sus usos. Los libros seguirán satisfaciendo ciertas necesidades, aunque sus funciones se verán más seriamente circunscritas al ocio o se retrotraerán a ser bellos objetos para admirar, pero no necesariamente para ser leídos. Su producción estará principalmente en manos de los conglomerados mediáticos transnacionales, que los consideran como

un producto más, aunque un producto que tiene una historia consistente en relación con la propiedad intelectual, a partir de la cual se pueden diseñar otros productos mediáticos. Pese a todo, los pequeños editores ejercerán la creatividad y la innovación, sin dejar de ser presa de competidores más poderosos. Los libros electrónicos continuarán desarrollándose más allá de la simple imitación, en apariencia y funcionalidad, de los libros impresos. Su disponibilidad y transferencia legal serán más flexibles, y el vínculo con los dispositivos de lectura específicos se irá perdiendo. Los lectores de libros han disminuido en número, pero, como estilo de vida, la lectura fomenta un hábito apasionado y ávido. El Estado puede tener que intervenir cada vez más para promover y proteger la lectura de libros, sobre todo en idiomas que no sean el inglés, tal como lo hace en el caso de otras actividades consideradas como recursos positivos para la sociedad civil. Si usted está leyendo esto un par de años después de que nosotros lo hayamos escrito, entonces no le devolveremos su dinero si ninguna de estas declaraciones –que parecen más dogmáticas debido a su brevedad– nunca se hacen realidad.

Cuestiones para pensar

Antes de pasar a la conclusión de este libro, hay que tener en cuenta los siguientes puntos tratados en este capítulo. ¿Qué cree usted que se avecina para el futuro del libro impreso, el libro electrónico y los lectores de libros? También podría ser útil revisar en este momento si cualquier desarrollo en la historia del libro puede verse, en retrospectiva, como surgido consistentemente de las tendencias anteriores.

Conclusión

Los capítulos anteriores han rastreado el arco histórico del manuscrito y la producción de libros, desde la era precristiana hasta la actualidad, pasando por la revolución industrial. En ese recorrido, hemos examinado:

- Cuestiones relacionadas con la autoría.
- La transferencia de la "autoridad" impresa desde el contexto religioso al individual.
- El establecimiento de centros de impresión y el correspondiente desarrollo del comercio de textos impresos, a nivel nacional e internacional.
- La función del libro en la formación de comunidades de lectura y en las formas de desafío de la autoridad.
- Los conceptos teóricos cada vez más utilizados para investigar el lugar de los textos y de la cultura impresa dentro de la comunicación cultural.

En el capítulo 1 se describieron algunos de esos conceptos teóricos. Se estudió la obra de los grandes teóricos que han dado forma a la disciplina de la cultura impresa y a los

estudios de historia del libro en el último siglo. Se mostró cómo la historia libro ha pasado de las tradiciones del pasado basadas en los estudios bibliográficos y textuales, a las preocupaciones actuales sobre contextos culturales y sociales. También se habló sobre cómo los intereses actuales de la historia del libro están integrando cada vez con más frecuencia los estudios sobre autoría y lectura dentro de los estudios de producción textual, cuestiones que luego fueron recuperadas en los capítulos posteriores.

En el capítulo 2 se exploraron los desafíos que marcaron el cambio de lo oral a lo escrito en la cultura de Europa occidental, un cambio que adoptó y superpuso los métodos y procesos de la comunicación oral sobre los nuevos registros culturales. El capítulo también examinó cómo un proceso similar de adopción, adaptación y reconfiguración marcó el paso desde la cultura escrita a la impresa, cómo los críticos de la integración de la cultura oral a la escrita tuvieron que lidiar con la idea de que la difusión del conocimiento era igual a su "profanación", y cómo tuvieron que enfrentar los cambios en sus métodos de procesamiento de información. Por último, este capítulo abordó el uso de la escritura al servicio de los intereses institucionales, políticos y del Estado.

El capítulo 3 continuó la exposición acerca de la transición de la cultura basada en el manuscrito a otra basada en lo impreso. Se consideró el papel de la prensa como un agente de cambio durante la Reforma y el Renacimiento, y se describió el desarrollo de las estructuras industriales para la selección, producción y distribución de los libros impresos. El capítulo abarcó los intentos de las estructuras de poder, el Estado y la Iglesia para controlar la difusión de la imprenta y sus productos a través de licencias, restricciones legales y medidas fiscales. Se detalló la industrialización del libro, al igual que la reducción de personal en la industria a fines del siglo XX a medida que se intensificó la competencia de otros medios de comunicación.

El capítulo 4 examinó la autoría como concepto y actividad en las tradiciones de Europa occidental. Se discutieron los conceptos medievales de autoría, se trazaron los cambios en la función de autor con el advenimiento de la imprenta en el siglo XV y se presentó un panorama de cambiantes estructuras económicas y sociales que apoyan la actividad autoral en los tiempos modernos. La sección también cubrió brevemente las interpretaciones del siglo XX acerca de las funciones de los autores con el objeto de dar una idea de los debates actuales sobre el sujeto, y señaló que los nuevos paradigmas de la actividad autoral y la redefinición de lo que constituye la "autoría" se predicen con la llegada de la tecnología digital en el siglo XXI.

El capítulo 5 observó los diferentes actores y agentes implicados en la circulación de la cultura impresa, y examinó la forma en que los avances industriales y tecnológicos en la producción, difusión y consumo de textos e impresiones de Europa occidental fueron exportados, adoptados y adaptados en otros países. También llamó la atención sobre la historia y la inserción de los diversos agentes culturales en el negocio de la promoción de libros y la imprenta en la sociedad contemporánea.

En el capítulo 6 se definió la lectura como un acto individual de interpretación en el cual el lector crea significado a partir de un texto y, a la vez, como una actividad social distintiva. Se trazó la historia de la lectura desde el primer desciframiento de información, pasando por el desplazamiento de la lectura extensiva a intensiva durante el siglo XVIII, hasta llegar al papel clave de la lectura en la educación y el desarrollo personal durante los siguientes 200 años. La naturaleza de la lectura se examinó a la luz del modelo de Iser de la creación individual de significado (1980) y del de Fish, que pone el acento en la "comunidad interpretativa" (1976).

El capítulo 7 consideró el futuro del libro desde cuatro perspectivas inspiradas en la historia del libro: el efecto en el

libro de la evolución de tecnologías nuevas y existentes, y otras más nuevas y por descubrir; la creación de nuevas estructuras de la industria en la que se encuentra la edición de libros, y los efectos de estas estructuras en la diversidad, la elección y la cultura; la disminución en el número de lectores y la concomitante lectura "intensa" de ese grupo reducido; y, por último, la transformación del papel del Estado en la regulación del libro para el apoyo de la publicación y la lectura.

Un tema importante que se desprende de nuestro estudio es la creciente importancia en los estudios de historia del libro, de la "mediación". Los historiadores contemporáneos del libro y la cultura impresa se centran cada vez más en responder preguntas surgidas de la función de mediación. Esas preguntas incluyen:

- ¿Quiénes y qué actividades median en el complejo camino tomado por los libros y los textos desde el productor al consumidor?
- ¿Cuál es el lugar de las estratégicas alianzas culturales y de los "campos literarios" en el modelado de la promoción y recepción de textos particulares?
- ¿Quién desempeña un rol en ayudar a ciertos libros y autores a volverse elementos claves, mientras otros durante la misma época no logran dejar una marca en términos culturales y económicos?
- ¿Cómo los avances tecnológicos se vuelven una parte "invisible" de las estructuras de comunicación social?
- ¿Cuál es el papel que desempeñan los medios impresos masivos en la formación del discurso social?

Los estudios contemporáneos de la cultura impresa también deben tener en cuenta (como se indica en el capítulo 7) cuestiones transnacionales y comparativas: los efectos que la globalización de la industria del libro ha tenido tanto en términos económicos y culturales como sociales; las oportuni-

dades que plantean la digitalización y las nuevas tecnologías electrónicas, y los efectos homogeneizadores de las prácticas de publicación y venta de libros de los consorcios transnacionales que le cambian la cara a la industria.

El futuro de la historia del libro está, sin duda, ligado al descubrimiento de respuestas a estas preguntas. Al mismo tiempo, es importante reconocer que existen lagunas en el conocimiento y la revisión de la historia de la cultura impresa. La más obvia para los que trabajan en contextos de Europa y América del Norte es que aún queda mucho por decir e investigar en el terreno de la no eurocéntrica arena de la cultura impresa. Por ejemplo, la historia de la elaboración del papel y la impresión en el mundo islámico, y su influencia en la cultura occidental, aún no se ha explorado en profundidad. Del mismo modo, los materiales no textuales son poco utilizados como recursos potenciales en la investigación de la cultura impresa. Las historias orales y entrevistas, las películas y demás materiales visuales, y otra documentación efímera, probablemente ofrezcan poderosas fuentes con las que complementar y mejorar nuestra comprensión de los contextos sociales, culturales e históricos de la cultura impresa y la producción y recepción del libro. Otra cuestión en la que los historiadores del libro se centran es en incluir el género, la clase, la raza, la migración y el lugar de impresión en el mantenimiento y la construcción de identidades sociales, culturales y nacionales. Como hemos señalado, la lectura y los hábitos de lectura son áreas de investigación de las que surgen muchos trabajos nuevos, con estudios inéditos que abarcan temas como el lugar de la lectura en la formación de las identidades individuales y comunales.

Es un momento emocionante para estar involucrado en el estudio de la historia del libro. Se establecen nuevas conexiones en libros que han recibido premios como *The Intellectual Life of the British Working Classes* [*La vida intelectual de la clase obrera británica*] (2001), de Jonathan Rose, y *Forgotten Readers: Recovering the Lost History of African American Literary Societies*

[*Lectores olvidados: recuperar la historia perdida de las sociedades literarias afroamericanas*] (2002), de Elizabeth McHenry. Otros han seguido en la última década con sus abordajes propios de la cultura impresa. Lo que estamos viendo es un movimiento para rastrear tanto aspectos generales como específicos de la historia del libro: desde proyectos iniciales que revelan las historias nacionales del libro en Australia, Canadá, Francia, Irlanda, Nueva Zelanda, el Reino Unido y Estados Unidos, pasando por el análisis del mundo editorial poscolonial y globalizado/globalizándose, hasta los estudios de casos sobre determinados editores, comunidades de lectura y fenómenos de la cultura impresa. El número de cursos que se han desarrollado para estudiar la historia del libro en un contexto interdisciplinario es una prueba del poderoso interés en el tema. Lo que se ofrece es un mundo intelectual sin fronteras: nuevo, todavía en proceso de definición, e infinitamente apasionante en sus posibilidades. Comprometerse con la historia del libro es comprometerse con nuestra humanidad y con los procesos de comunicación social que han apuntalado la recopilación y difusión del conocimiento en toda la sociedad.

Glosario

Autor analógico

Término utilizado por Mark Poster en *What's the Matter with the Internet* [¿Cuál es el problema con Internet?], para definir la autoría tradicional, es decir, autores como individuos que producen un trabajo publicado a través de los límites físicos de la tecnología de impresión.

Autor digital

Término utilizado por Mark Poster en *What's the Matter with the Internet* [¿Cuál es el problema con Internet?], para definir la autoría en el contexto de la tecnología digital emergente; es decir, autores como individuos que producen un trabajo publicado en un entorno digital más fluido e inestable, donde el sentido no está fijado y reproducido a través de la página impresa sino que puede ser copiado, desarrollado, reescrito y retransmitido en varios formatos digitales.

Bibliografía

Término utilizado generalmente para describir el estudio de la transmisión material de documentos literarios y de otro tipo, es decir, el estudio de los medios materiales a través de los cuales se han creado y reproducido los textos. Tradicionalmente, ese trabajo se ha dividido en zonas temáticas, como el estudio de los métodos de impresión (bibliografía analítica o crítica), descripciones y arreglos de documentos primarios (bibliografía descriptiva), y el estudio de la forma física de transmisión textual, tal como el papel, la tinta, la

caligrafía y las formas impresas de textos (bibliografía textual).

Biobibliografía

Terminología utilizada por Thomas Adams y Nicolas Barker en su influyente artículo de 1993 "A new model for the history of the book" [Un nuevo modelo para la historia del libro], al argumentar en favor de un modelo para los estudios de la historia del libro que enfatice los procesos centrados en los textos, en lugar de hacerlo en los procesos centrados en el circuito de la comunicación, propuesto una década antes por Robert Darnton.

Campo literario

Término popularizado por el teórico social francés Pierre Bourdieu, que se utiliza para indicar los ámbitos sociales, intelectuales e ideológicos comunes que interconectan a los productores (editoriales, editores y autores) y productos (libros, publicaciones periódicas, obras literarias). Se han presentado como campos que existen para perpetuar determinadas jerarquías literarias, fortalecer a los grupos culturales dominantes o crear redes para el apoyo de determinados tipos de producción cultural.

Capitalismo impreso

Término utilizado en *Comunidades imaginadas*, el influyente libro de Benedict Anderson, para referirse a la interacción entre un sistema de producción económica (capitalismo) y la tecnología de la comunicación (imprenta) que crecían cada vez más interrelacionados en los años que siguieron a la introducción de la imprenta durante la década de 1450, "una etapa en el camino hacia nuestra actual sociedad de consumo de masas y estandarización" (Febvre y Martin, 1976: 259-260).

Circuito de la comunicación

Modelo para los estudios de la historia del libro propuesto a comienzos de la década de 1980 por Robert Darnton, que hacía hincapié en un abordaje de la historia social del estudio de los libros y la escritura, y centrado en investigar el lugar de los libros dentro de los procesos de comunicación social.

Códice

Originalmente se refería a unas tabletas chatas para escribir, de madera o marfil, encuadernadas para formar hojas o páginas como las de un libro; pero más tarde se utiliza para referirse a un volumen encuadernado similar, con páginas de papel vitela.

Componedor tipográfico

Antes de la composición mecánica, el compositor seleccionaba con una mano las piezas del tipo, de una le-

tra cada una, en el orden correcto y las colocaba en un soporte de madera de la longitud de una línea (el componedor), que sostenía con la otra mano. A medida que las líneas se iban completando, se ubicaban, de a una, en una bandeja para galeras antes de la siguiente etapa, que consistía en dividir la galera en páginas y y en dejar cada una de ellas, tal vez junto a bloques para ilustraciones, en un marco listo para imprimir. Véase **forma.**

Cultura impresa

Forma alternativa de describir los estudios de historia del libro que hacen hincapié en la producción, distribución, recepción, y las relaciones sociales de la cultura impresa, enmarcadas en particular en el contexto de los estudios de las estructuras sociales de comunicación.

Distribución

El tipo concreto que se utilizaba en la impresión representaba una inversión considerable para el impresor. Después de imprimir cada **forma** (véase más abajo), la tarea del aprendiz era desmantelarla y distribuir los tipos de vuelta en su correspondiente lugar, en una caja para tipos de donde los habían sacado y de donde el compositor los volvería a tomar para una nueva disposición.

Ejemplar

Texto manuscrito original oficial proporcionado por las autoridades universitarias en los períodos preimprenta, a partir del cual se hacían varias copias, o pecias, para uso de los estudiantes.

Escritura cuneiforme

Sistema de escritura con símbolos pictográficos, en forma de cuña, creado con un lápiz o instrumento de escritura afilado, e impreso en tablillas de arcilla. En uso aproximadamente entre 3500 a. C. y 100 a. C. en toda la Mesopotamia y el cercano Oriente. El término deriva de la palabra latina para cuña (*cuneus*).

Escritura jeroglífica

Temprana forma de comunicación escrita basada en pictogramas y símbolos pictográficos de uso común en Egipto desde alrededor del año 3000 a. C.

Escuela de los *Annales*

Movimiento sociohistórico con influencia francesa, desarrollado durante la década de 1950 y dirigido por Robert Escarpit, Henri-Jean Martin, Lucien Febvre y otros, que enfatiza la aplicación de métodos cuantitativos de la historia social para el estudio de la producción, transmisión y recepción de textos.

Estereotipia
Un método para superar los costos involucrados en la posesión, almacenamiento o distribución de grandes cantidades de tipos, que se desarrolló durante el siglo XVIII. Se hacía un molde de yeso de la página compuesta de tipos y actuaba como un molde a partir del cual se podían hacer las planchas de impresión. Era popular entre los editores que, de otra manera, tenían que pagar a la imprenta para mantener el conjunto de tipos en esa disposición o recolocarlos si se necesitaban reimpresiones.

Fijeza tipográfica
Frase acuñada por Elizabeth Eisenstein para indicar la forma en que la tecnología de impresión se desarrolló en Europa occidental durante el siglo XV, con su capacidad de reproducir el mismo texto, rápidamente, en grandes números y con formatos idénticos, lo cual modeló la recepción de la palabra escrita, permitiéndole quedar fijada y ser transmitida de un modo impreso y duradero.

Fondo editorial
Títulos que un editor sigue publicando y vendiendo durante una cantidad de años, en oposición a la "lista de novedades", que consiste en los nuevos títulos publicados en un año determinado. Un gran fondo editorial que trae ingresos constantes representa el objetivo de la mayoría de los editores.

Forma
La composición con tipos y bloques para las ilustraciones se transfería a un marco llamado "cama" y quedaba lista para la impresión. Esa "cama" ya fijada se conocía como "forma".

Histoire du Livre
Movimiento francés de historia social que data de la década de 1980; se basa en el trabajo pionero de la escuela de los *Annales* sobre historia del libro y el énfasis en el valor de vincular el estudio del texto material a la historia social y a un estudio con base empírica sobre lectores, lectura y recepción textual. Los principales exponentes de este tipo de trabajo incluyen a Roger Chartier y Robert Darnton.

Imprimátur
Permiso para imprimir un título en particular, otorgado por el monarca o la Iglesia; se indicaba con un signo o marca en el libro.

Incunables
Primeros libros impresos, especialmente antes de 1501.

La brecha de Gutenberg
Término utilizado por los científicos de la información para describir el período entre un descubrimien-

to, científico o de otro tipo, inicial y su difusión mediante la publicación en la prensa.

Libro de horas

Libro devocional de oración, para uso personal de los laicos, utilizado a menudo por las damas nobles. Los libros de horas fueron populares entre los siglos XI y XVI, y recorrieron la transición entre el manuscrito y la impresión.

New Bibliography

Escuela de estudio bibliográfico que surgió a principios del siglo XX, dirigida por académicos angloestadounidenses como W. W. Greg, Fredson Bowers y R. McKerrow. Propone un estudio científicamente fundamentado de los textos y los libros como objetos físicos (con diferencias determinantes en la tipografía, el papel, la tinta, los métodos de impresión, y así sucesivamente).

Paratexto

Dispositivos liminares que controlan la forma en que el lector percibe el texto, como la portada y la contraportada, solapas, índices, notas al pie, tablas de contenido, prólogos y prefacios.

Pecia

Sección de un texto manuscrito (ejemplar) copiado por los escribas para su uso en las universidades a partir del siglo XIII. Hecho de piel de oveja tratada y recortada, el tamaño de la sección individual variaba entre cuatro páginas, si se lo plegaba en folios, u ocho páginas, si se plegaba en cuartillas.

Pergamino

Piel de un animal, por lo general una oveja o una cabra, preparada para proporcionar una superficie para la escritura, la ilustración o la impresión. El papel vitela es una versión de lo mismo pero de mejor calidad, hecho de piel de becerro o de la piel de otro animal joven.

Propiedad intelectual

Concepto de propiedad de un texto, considerando este como una forma de propiedad intangible a partir de la cual se pueden obtener ingresos en cada uso o representación. El *copyright* es una licencia para copiar –para reproducir– un texto. La protección de estos derechos, y la correspondiente asignación de responsabilidades, es la función de la ley de propiedad intelectual.

Punzón

Herramienta utilizada para imprimir la forma de la letra en el molde, o matriz, en el cual se vertía metal fundido –una aleación de estaño, antimonio y plomo– para moldear la pieza del tipo. Este último llevaba una imagen en relieve, invertida, para producir la imagen impresa deseada.

Scriptorium
Habitación o espacio en un monasterio donde estaban los manuscritos que iban a ser producidos y copiados.

Socialización del texto
Frase acuñada por Jerome McGann para describir la forma en que los libros y la imprenta se abren paso desde los espacios privados a los públicos, a través de procesos de producción, con énfasis en la importancia de estudiar el impacto de los libros como artefactos sociales.

Sociología del texto
Frase acuñada por Don McKenzie a comienzos de la década de 1980, como parte de sus intentos por ampliar las competencias de los estudios bibliográficos contemporáneos para integrar el análisis textual con los intereses de la historia del libro de los *Annales* y la *Histoire du Livre*, para así abarcar los sentidos económicos, sociales, estéticos y literarios de los textos.

Bibliografía

Adams, T. y Barker, N. (1993): "A new model for the study of the book", en N. Barker, (ed.), *A Potencie of Life: Books in Society*, Londres, British Library, pp. 5-43.

Adorno, T. y Horkheimer, M. ([1944] 1977): "The culture industry: Enlightenment as mass deception", en J. Curran, M. Gurevitch y J. Wollacott (eds.), *Mass Communication and Society*, Londres, Edward Arnold, pp. 349-383. [Hay versión en castellano: Adorno, T. y Horkheimer, M., "La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas", en *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.]

Altick, R. (1957): *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public, 1800-1900*, Chicago, University of Chicago Press.

Amory, H. y Hall, D. (eds.) (2007): *A History of the Book in America*, vol. 1: *The Colonial Book in the Atlantic World*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Anderson, B. (1982): *Imagined Communities*, Londres y Nueva York, Verso. [Hay versión en castellano: B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1991.]

Ascher, M. y Ascher, R. (1981): "El quipu como lenguaje visible", en H. Lechtman y A.-M. Soldi (eds.), *La tecnología en el mundo andino*, México, Universidad Nacional Autónoma, pp. 407-431.

Assmann, J. (1994): "Ancient Egypt and the materiality of the sign", en H. U. Gumbrecht y K. L. Pfeiffer (eds.), *Materialities of Communication*, Stanford, Stanford University Press, pp. 15-30.

Bagdikian, B. H. (2000): *The Media Monopoly*, Boston, Beacon Press, 6° edición.

Barnard, J. y McKenzie, D. F. (eds.) (2002): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 4, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1557-1695.

Barnes, J. J. y Barnes, P. B. (1984): "Thomas Aspinwall: First transatlantic literary agent", en *The Papers of the Bibliographical Society of America*, vol. 78, n° 321-332.

Baron, D. (2009): *A Better Pencil: Readers, Writers and the Digital Revolution*, Oxford, Oxford University Press.

Barthes, R. (1977): *Image, Music, Text*, Londres, Fontana Press. [Hay versión en castellano: "La muerte del autor", en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987.]

Bayly, C. A. (1996): *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India 1780-1870*, Cambridge, Cambridge University Press.

Belich, J. (1996): *Making Peoples: A History of the New Zealanders*, Londres, Allen Lane, Penguin.

Bell, B. (ed.) (2007): *The Edinburgh History of the Book in Scotland*, vol. 3: *Ambition and Industry 1800-1880*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

Benson, L. D. (ed.) (1988): *The Riverside Chaucer*, Oxford, Oxford University Press.

Biriotti, M. y Miller, N. (eds.) (1993): *What Is an Author?*, Manchester, Manchester University Press.

Birkerts, S. (1996): *The Gutenberg Elegies: The State of Reading in an Electronic Age*, Londres, Faber & Faber.

Bland, M. (2010): *A Guide to Early Printed Books and Manuscripts*, Oxford, Wiley-Blackwell.

Bloom, H. (1996): *The Western Canon*, Londres, Macmillan. [Hay versión en castellano: *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 1997.]

— (2001): *How to Read and Why*, Londres, Fourth Estate. [Hay versión en castellano: *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama, 2005.]

BML (Book Marketing Ltd.) (2000): *Reading the Situation: Book Reading, Buying and Borrowing Habits in Britain*, Londres, BML.

Bolter, J. D. (1991): *Writing Space: The Computer, Hypertext, and the History of Writing*, Hillsdale, Erlbaum Associates.

Bonham-Carter, V. (1978): *Authors by Profession*, vol. 1, Londres, Society of Authors.

— (1982): *Authors by Profession*, vol. 2, Londres, Society of Authors.

Bourdieu, P. (1993): "Field of power, literary field and habitus", en R. Johnson (ed.), *The Field of Cultural Production: Essays on Art and Literature*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 27-73. [Hay versión en castellano: "Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase", en *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montresor, 2002, pp. 97-118.]

Bowers, F. (1950a): "Current theories of copy-text, with an illustration from Dryden", en *Modern Philology*, vol. LXVIII, pp. 19-36.

— (1950b): *Principles of Bibliographical Description*, Princeton, Princeton University Press.

Brack, O. M., Jr. y Barnes, W. (eds.) (1969): *Bibliography and Textual Criticism: English and American Literature, 1700 to the Present*, Chicago y Londres, Chicago University Press.

Brake, L., Bell, B. y Finkelstein, D. (eds.) (2000): *Nineteenth-Century Media and the Construction of Identities*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Brands, H. W. (2000): *The First American: The Life and Times of Benjamin Franklin*, Nueva York, Bantam Dell Publishing Group.

Brewer, J. (1997): *The Pleasures of the Imagination: English Culture in the Eighteenth Century*, Londres, HarperCollins.

Brewer, J. y McCalman, I. (1999): "Publishing", en I. McCalman (ed.), *An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture 1776-1832*, Oxford, Oxford University Press, pp. 197-206.

Briggs, A. y Burke, P. (2002): *A Social History of the Media, from Gutenberg to the Internet*, Londres, Polity Press.

Brooks, D. (2000): "From Playhouse to Printing House: Drama and Authorship in Early Modern England", en *Cambridge Studies in Renaissance Literature and Culture*, 36, Cambridge, Cambridge University Press.

Brouillette, S. (2007): *Postcolonial Writers in the Global Literary Marketplace*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Brown, C. J. (1995): *Poets, Patrons, and Printers: Crisis of Authority in Late Medieval France*, Ithaca, Cornell University Press.

Brown, S. y McDougall, W. (eds.) (2011): *The Edinburgh History of the Book in Scotland*, vol. 2: *Enlightenment and Expansion, 1707-1800*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

Burrow, J. (1976): "The Medieval Compendium", en *Times Literary Supplement*, 21 de mayo, p. 615.

Canfora, L. (1989): *The Vanished Library*, Londres, Hutchinson, trad. de M. Ryle.

Casper, S. E., Groves, J. D., Nissenbaum, S. W. y Winship, M. (eds.) (2007): *A History of the Book in America*, vol. 3: *The Industrial Book, 1840-1880*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Castells, M. (1996): *The Rise of the Network Society*, Oxford, Blackwell. [Hay versión en castellano: *La sociedad red. Una visión global*, Madrid, Alianza, 2006.]

Cavallo, G. (1999): "Between Volumen and Codex: Reading in the Roman world", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 64-89, trad. de L. G. Cochrane.

— (2003): "Lire, écrire et mémoriser les Saintes Écritures", en C. Jacob (ed.), *Des Alexandries II: Les métamorphoses du lecteur*, París, Bibliothèque Nationale de France, pp. 87-102.

Cavallo, G. y Chartier, R. (eds.) (1999): *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, trad. de L. G. Cochrane.

Cave, R. (1986): *Printing and the Book Trade in the West Indies*, Londres, Pindar.

Cave, R. y Coleridge, K. (1985): "For Gospel and wool trade: Early printing in New Zealand", en *Printing History*, vol. 7, nº 1, pp. 15-27.

Chakava, H. (2001): "The origins and development of publishing systems in English speaking Africa: In search of an independent model", en J. Michon y J.-Y. Mollier (eds.) (2001): *Les Mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*, L'Harmattan: Les Presses de l'Université Laval, pp. 339-349.

Chartier, R. (1981): "L'ancien régime typographique: réflexions sur quelques travaux récents", en *Annales E.S.C.*, vol. 36, pp. 191-209.

— (1987): *The Cultural Uses of Print in Early Modern Europe*, Princeton, Princeton University Press, trad. de L. G. Cochrane.

— (ed.) (1989a): *The Culture of Print*, Oxford, Polity Press.

— (1989b): "The practical impact of writing", en R. Chartier (ed.), *A History of Private Life III: Passions of the Renaissance*, Cambridge, Harvard University Press.

— (1994): *The Order of Books: Readers, Authors, and Libraries in Europe between the Fourteenth and Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, trad. de L. G. Cochrane.

— (ed.) (1995): *Histoires de la lecture: Un bilan des recherches*, París, IMEC. [Hay versión en castellano: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.]

— (1997a): "The end of the reign of the book", en *SubStance*, vol. 82, pp. 9-11.

— (1997b): *On the Edge of the Cliff: History, Language, and Practices*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, trad. de L. G. Cochrane.

Charvat, W. (1993): *Literary Publishing in America, 1790-1850*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Christin, A.-M. (ed.) (2001): *A History of Writing: From Hieroglyph to Multimedia*, París, Flammarion.

Copeland, R., Lawton, D. y Scase, W. (eds.) (1999): *New Medieval Literatures 3*, Oxford, Clarendon Press.

Crone, R. y Towheed, S. (eds.) (2011): *The History of Reading*, vol. 3: *Methods, Strategies, Tactics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Darnton, R. (1982a): *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge, Harvard University Press.

— (1982b): "What is the history of books?", en *Daedalus*, pp. 65-83.

— (1990): "First steps toward a history of reading", en *The kiss of Lamourette*, Londres, Faber and Faber, pp. 154-190. [Hay versión en castellano: *El beso de Lamourette*, Buenos Aires, FCE, 2010.]

— (1996): *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton. [Hay versión en castellano: *Los* best-sellers *prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, FCE, 2008.]

— (2001): "Literary surveillance in the British Raj: The contradictions of liberal imperialism", en *Book History*, vol. 4, pp. 133-176.

— (2003): "The heresies of bibliography", *Nueva York Review of Books*, vol. 50, nº 9, pp. 43-45.

Davidson, C. (ed.) (1989): *Reading in America: Literature and Social History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Davis, N. Z. (1983): "Beyond the market: Books as gifts in sixteenth-century France", en *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 33, pp. 69-88.

Docherty, T. (2003): "On reading", en *Critical Quarterly*, vol. 45, nº 3, pp. 6-19.

Duguid, P. (1996): "Material matters: The past and futurology of the book", en G. Nunberg (ed.), *The Future of the Book*, Berkeley, University of California Press, pp. 63-101.

Eggert, P. (2003): "Robbery under arms: The colonial market, imperial publishers, and the demise of the three-decker novel", en *Book History*, vol. 6, pp. 127-147.

Eisenstein, E. (1979): *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*, vols. 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press. [Hay versión en castellano: *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, México, FCE, 2010.]

— (1983): *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2002a): "AHR Forum: An unacknowledged revolution revisited", en *American Historical Review*, vol. 107, nº 1 (febrero), pp. 87-105.

— (2002b): "AHR Forum: Reply", en *American Historical Review*, vol. 107, nº 1 (febrero), pp. 126-128.

Eliot, S. y Rose, J. (eds.) (2009): *A Companion to the History of the Book*, Oxford, Wiley-Blackwell.

Engelsing, R. (1974): *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland, 1500-1800*, Stuttgart, Metzler.

Escarpit, R. (1966): *The Book Revolution*, Londres y París, George G. Harrap & Co. y Unesco.

— (1971): *The Sociology of Literature*, Londres, Cass, trad. de E. Pick. [Hay versión en castellano: *Sociología de la literatura*, Buenos Aires, Los libros del Mirasol, 1962.]

Ezell, M. J. M. (1999): *Social Authorship and the Advent of Print*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Feather, J. (1988): *A History of British Publishing*, Londres, Croom Helm.

Febvre, L. y Martin, H.-J. (1958): *L'Apparition du livre*, París, Albin Michel. [Hay versión en castellano: *La aparición del libro*, Barcelona, FCE, 2005.]

— (1976): *The Coming of the Book: The Impact of Printing, 1450-1800*, Londres, Verso, trad. de D. Gerard. [Hay versión en castellano: *La aparición del libro*, Barcelona, FCE, 2005.]

Feltes, N. N. (1986): *Modes of Production of Victorian Novels*, Chicago, University of Chicago Press.

— (1993): *Literary Capital and the Late Victorian Novel*, Madison, University of Wisconsin Press.

Finkelstein, D. (2002): *The House of Blackwood: Author-Publisher Relations in the Victorian Era*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Finkelstein, D. y McCleery, A. (eds.) (2006): *The Book History Reader*, Londres, Routledge, 2° edición.

— (eds.) (2007): *The Edinburgh History of the Book in Scotland*, vol. 4: *Professionalism and Diversity, 1880-2000*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

Finkelstein, D. y Peers, D. (2000a): "'A great system of circulation': Introducing India into the nineteenth-century media", en D. Finkelstein y D. Peers (eds.), *Negotiating India in the Nineteenth-Century Media*, Basingstoke, Macmillan, pp. 1-23.

— (eds.) (2000b): *Negotiating India in the Nineteenth-Century Media*, Basingstoke, Macmillan.

Fischer, S. R. (2003): *A History of Reading*, Londres, Reaktion Books.

Fish, S. (1976): "Is there a text in this class?", en *Critical Enquiry*, vol. 2, n° 3, pp. 465-486.

Fleming, P. L., Gallichan, G. y Lamonde, Y. (eds.) (2004): *History of the Book in Canada*, vol. 1: *Beginnings to 1840*, Toronto, University of Toronto Press.

Flint, K. (1993): *The Woman Reader, 1837-1914*, Oxford, Oxford University Press.

Foucault, M. (1969): "Qu'est-ce qu'un auteur?", en *Bulletin de la Société française de Philosophie*, vol. 63, n° 3, pp. 73-104;

"What is an author?", en D. F. Bouchard (ed.) (1977), *Language, Counter-memory, Practice*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 113-138. [Hay versión en castellano: *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2010.]

— (1984): *The Foucault Reader*, Ithaca, Cornell University Press.

Fox, A. (2000): *Oral and Literature Culture in England, 1500-1700*, Oxford, Oxford University Press.

Fraser, R. (2008): *Book History through Postcolonial Eyes: Rewriting the Script*, Londres, Routledge.

Fraser, R. y M. Hammond (eds.) (2008): *Books Without Borders*, vol. 1: *The Cross-National Dimension in Print Culture*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Fritschner, L. M. (1980): "Publishers' readers, publishers, and their authors", en *Publishing History*, vol. 7, pp. 45-100.

Fyfe, A. (2012): *Steam-Powered Knowledge: William Chambers and the Business of Publishing 1820-1860*, Chicago, University of Chicago Press.

Gameson, R. (ed.) (2011): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 1: *c. 400-1100*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gardiner, J. (2000): "Recuperating the author: Consuming fictions in the 1990s", en *Papers of the Bibliographical Society of America*, vol. 94, nº 2, pp. 255-274.

Gedin, P. (1982): *Literature in the Marketplace*, Londres, Faber & Faber, trad. de G. Bisset.

Gekoski, R. (2004): *Tolkien's Gown and Other Stories of Great Authors and Rare Books*, Londres, Constable.

Genette, G. (1997): *Paratexts: Thresholds of Interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, trad. de J. E. Lewin. [Hay versión en castellano: *Umbrales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.]

Gerson, C. y Michon, J. (eds.) (2007): *History of the Book in Canada*, vol. 3: *1918-1980*, Toronto, University of Toronto Press.

Ghosh, A. (2003): "An uncertain 'coming of the book': Early print culture in colonial India", en *Book History*, vol. 6, pp. 23-56.

Giddens, A. (1990): *The Consequences of Modernity*, Stanford, Stanford University Press.

Gillespie, R. y Hadfield, A. (eds.) (2006): *The Oxford History of the Irish Book*, vol. 3: *The Irish Book in English, 1550-1800*, Oxford, Oxford University Press.

Gillies, M. A. (1993): "A. P. Watt, literary agent", en *Publishing Research Quarterly*, vol. 9 (primavera), pp. 20-34.

Gilmont, J.-F. (1999): "Protestant Reformations and Reading", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 213-237, trad. de L. G. Cochrane.

Ginzburg, C. (1980): *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, trad. de J. Tedeschi y A. Tedeschi.

Gómez, A. C. (ed.) (2001): *Historia de la cultura escrita*, Gijon, Ediciones Trea.

Gomme, R. (1998): "Edward Thomas and the literary agency of London", en *The Book Collector*, vol. 47, nº 1 (primavera), pp. 67-78.

Goody, J. (1987): *The Interface between the Oral and the Written*, Cambridge, Cambridge University Press.

Grafton, A. (1997): *The Footnote: A Curious History*, Cambridge, Harvard University Press.

— (1999): "The humanist as reader", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 179-212, trad. de L. G. Cochrane.

Greco, A. (1995): "Mergers and acquisitions in the US book industry, 1960-89", en P. G. Altbach y E. S. Hoshino (eds.), *International Book Publishing: An Encyclopedia*, Nueva York y Londres, Garland Publishing, pp. 229-242.

— (1996): "Shaping the future: Mergers, acquisitions, and the U.S. publishing, communications, and mass media industries, 1990-95", en *Publishing Research Quarterly*, vol. 12, nº 3, pp. 5-16.

Greenspan, E. y Rose, J. (1998): "Introduction", *Book History*, vol. 1, pp. ix-xi.

Greg, W. W. (1914): "What is bibliography?", en *Transactions of the Bibliographic Society*, vol. 12, pp. 39-53.

— (1950): "The rationale of copy-text", en *Studies in Bibliography*, vol. III, pp. 19-36.

Griest, G. (1970): *Mudie's Circulating Library and the Victorian Novel*, Bloomington y Londres, Indiana University Press.

Griffith, P., Harvey, R. y Maslen, K. (eds.) (1997): *Book and Print in New Zealand: A Guide to Print Culture in Aotearoa*, Wellington, Victoria University Press.

Gross, R. y M. Kelley (eds.) (2010): *A History of the Book in America*, vol 2: *An Extensive Republic: Print, Culture, and Society in the New Nation, 1790-1840*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Gumbrecht, H. U. y Pfeiffer, K. L. (eds.) (1994): *Materialities of Communication*, Stanford, Stanford University Press.

Hall, D. D. (1996): *Cultures of Print: Essays in the History of the Book*, Amherst, University of Massachusetts Press.

Halsey, K. y Owens, W. R. (eds.) (2011): *The History of Reading*, vol. 2: *Evidence from the British Isles, 1750-1950*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Hamesse, J. (1999): "The scholastic model of reading", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 103-119, trad. de L. G. Cochrane.

Harris, W. V. (1989): *Ancient Literacy*, Cambridge, Harvard University Press.

Hartley, J. (2001): *The Reading Groups Book*, Oxford, Oxford University Press.

Havelock, E. (1988): *The Muse Learns to Write: Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, New Haven, Yale University Press.

Helgesson, S. (2008): *Transnationalism in Southern African Literature: Modernists, Realists, and the Inequality of Print Culture*, Londres, Routledge.

Hellinga, L. y Trapp, J. B. (eds.) (1999): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 3, *1400-1557*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hepburn, J. (1968): *The Author's Empty Purse and the Rise of the Literary Agent*, Londres, Nueva York y Toronto, Oxford University Press.

Herman, E. S. y McChesney, R. W. (1997): *The Global Media*, Londres, Cassell.

Hobbes, R. G. (1851): "Calcutta", en *Bentley's Miscellany*, vol. 30, pp. 361-368.

Howsam, L. (1991): *Cheap Bibles: Nineteenth-Century Publishing and the British and Foreign Bible Society*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2006): *Old Books and New Histories: An Orientation to Studies in Book and Print Culture*, Toronto, University of Toronto Press.

Hunt, P. (2001): *Children's Literature*, Oxford, Blackwell.

Innis, H. y Watson, A. J. (2007): *Empire and Communications*, Toronto, Dundurn Press.

Isaacson, W. (2003): *Benjamin Franklin: An American Life*, Nueva York, Simon & Schuster.

Iser, W. (1980): "Interaction between text and reader", en S. K. Suleiman e I. Crosman (eds.), *The Reader in the Text: Essays on Audience and Interpretation*, Princeton, Princeton University Press, pp. 106-119.

Jackson, H. J. (2001): *Marginalia: Readers Writing in Books*, Nueva Haven, Yale University Press.

Jacob, C. (ed.) (2003): *Des Alexandries II: Les métamorphoses du lecteur*, París, Bibliothèque Nationale de France.

Johanson, G. (2000): *Colonial Editions in Australia, 1842-1972*, Wellington, Elibank Press.

Johns, A. (1998): *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*, Chicago, University of Chicago Press.

— (2002): "AHR Forum: An unacknowledged revolution revisited", en *American Historical Review*, vol. 107, nº 1 (febrero), pp. 106-125.

Johnson-Woods, T. (2000): "The virtual reading communities of the London Journal, the Nueva York Ledger and the Australian Journal", en L. Brake, B. Bell y D. Finkelstein (eds.), *Nineteenth-Century Media and the Construction of Identities*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 350-362.

Jordan, J. O. y Patten, R. L. (eds.) (1995): *Literature in the Marketplace: Nineteenth-Century British Publishing and Reading Practices*, Cambridge, Cambridge University Press.

Joseph, M. (1925): *The Commercial Side of Literature*, Londres, Hutchinson & Co.

Joshi, P. (2002): *In another Country: Colonialism, Culture, and the Development of the English Novel in India*, Nueva York, Columbia University Press.

Justice, G. L. y Tinker, N. (eds.) (2002): *Women's Writing and the Circulation of Ideas: Manuscript Publication in England, 1550-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kaestle, C. F. y Radway, J. (eds.) (2009): *A History of the Book in America*, vol. 4: *Print in Motion: The Expansion of Publishing and Reading in the United States, 1880-1940*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Keating, P. (1991): *The Haunted Study: A Social History of the English Novel 1875-1914*, Londres, Fontana Press.

Ker, N. R. (1960): *English Manuscripts in the Century after the Norman Conquest*, Oxford, Clarendon Press.

Kernan, A. (1987): *Printing Technology, Letters and Samuel Johnson*, Princeton, Princeton University Press.

Kirsop, W. (2001): "From colonialism to the multinationals: The fragile growth of Australian publishing and its contribution to the global Anglophone reading community", en J. Michon y J.-Y. Mollier (eds.), *Les Mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*, París, L'Harmattan: Les Presses de l'Université Laval, pp. 324-329.

Knowles, D. (1950): *The Religious Orders in England*, vols. 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press.

Kuskin, W. (1999): "Reading Caxton: Transformations in capital, print, and persona in the late fifteenth century", en R. Copeland, D. Lawton y W. Scase (eds.), *New Medieval Literatures* 3, Oxford, Clarendon Press, pp. 149-183.

Lamonde, Y., Lockhart Fleming, P. y Black, F. A. (eds.) (2005): *History of the Book in Canada*, vol. 2. *1840-1918*, Toronto, University of Toronto Press.

Laurenson, D. T. y Swingewood, A. (1972): *The Sociology of Literature*, Londres, MacGibbon & Kee.

Lavallée, D. (2001): "The Peruvian quipus", en A.-M. Christin (ed.), *A History of Writing: From Hieroglyph to Multimedia*, París, Flammarion, pp. 190-191.

Lechtman, H. y Soldi, A.-M. (eds.) (1981): *La tecnología en el mundo andino*, México, Universidad Nacional Autónoma.

Lee, A. J. (1976): *The Origins of the Popular Press in England 1855-1914*, Londres, Croom Helm.

Lemaire, A. (2001): "The origin of the Western Semitic alphabet and scripts", en A.-M. Christin (ed.), *A History of Writing: From Hieroglyph to Multimedia*, París, Flammarion.

Lévi-Strauss, C. (1988): *Tristres trópicos*, Barcelona, Paidós.

Littau, K. (2006): *Theories of Reading: Books, Bodies and Bibliomania*, Londres, Polity Press.

Livingstone, A. (1986): *Mystical and Mythological Explanatory Works of Assyrian and Babylonian Scholars*, Oxford, Clarendon Press.

Lorimer, R. (1996): "Book publishing in Canada", en M. Dorland (ed.), *Canada's Cultural Industries: Problems, Prospects and Issues*, Toronto, James Lorimer.

Lorimer, R. y Gasher, M. (2000): *Mass Communications in Canada*, Toronto, Oxford University Press.

Love, H. (1998): *The Culture and Commerce of Texts: Scribal Publication in Seventeenth-Century England*, Amherst, University of Massachusetts Press.

— (2003): "Early modern print culture: Assessing the models", *Parergon*, vol. 20, nº 1, pp. 45-64.

Lowry, M. (1979): *The World of Aldus Manutius*, Oxford, Blackwell.

Lyons, M. (2010): *A History of Reading and Writing in the Western World*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Lyons, M. y Arnold, J. (eds.) (2001): *A History of the Book in Australia, 1891-1945: A National Culture in a Colonised Market*, St. Lucia, Queensland, University of Queensland Press.

MacDonald, M. L. (2001): "The modification of European models: English Canada before 1890", en J. Michon y J.-Y. Mollier (eds.), *Les Mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*, París, L'Harmattan: Les Presses de l'Université Laval, pp. 84-93.

Macherel, C. (1983): "Don et réciprocité en Europe", en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. 24, nº 1, pp. 151-166.

Manguel, A. (1996): *A History of Reading*, Bath, Flamingo. [Hay versión en castellano: *Una historia de la lectura*, Buenos Aires, Emecé, 2005.]

Marek, J. E. (1995): *Women Editing Modernism*, Lexington, The University Press of Kentucky.

Martin, H.-J. (1995): *The History and Power of Writing*, Chicago, University of Chicago Press, trad. de L. G. Cochrane.

Mauss, M. (1954): *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, Londres, Cohen & West, trad. de I. Cunnison. [Hay versión en castellano: *Ensayo sobre el don*, Buenos Aires, Katz, 2009.]

McCleery, A. (2002): "The return of the individual to book history: The case of Allen Lane", en *Book History*, vol. 5, pp. 85-114.

McDonald, P. (1997): *British Literary Culture and Publishing Practice 1880-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

McDonald, P. y Suarez, M. F. (eds.) (2002): *Making Meaning: "Printers of the Mind" and Other Essays*, Amherst, University of Massachusetts Press.

McDonald, P. D. (2009): *The Literature Police: Apartheid Censorship and its Cultural Consequences*, Oxford, Oxford University Press.

McGann, J. (1991): *The Textual Condition*, Princeton, Princeton University Press.

McHenry, E. (2002): *Forgotten Readers: Recovering the Lost History of African American Literary Societies*, Durham, Duke University Press.

McKenzie, D. F. (1969): "Printers of the mind: Some notes on bibliographical theories and printing-house practices", en *Studies in Bibliography: Papers of the Bibliographical Society of the University of Virginia*, vol. 22, pp. 1-75.

— (1981): "Typography and meaning: The case of William Congreve", en P. McDonald y M. F. Suarez (eds.) (2002): *Making Meaning: "Printers of the Mind" and Other Essays*, Amherst, University of Massachusetts Press, pp. 198-236.

— (1984): "The sociology of a text: Orality, literacy and print in early New Zealand", en *The Library*, vol. 6, nº 4, pp. 333-365.

— (1986): *The Panizzi Lectures, 1985: Bibliography and the Sociology of Texts*, Londres, British Library.

— (2002): "What's past is prologue"; en P. McDonald y M. F. Suarez (eds.), *Making Meaning: "Printers of the Mind" and Other Essays*, Amherst, University of Massachusetts Press, pp. 259-275.

McKerrow, R. B. (1927): *An Introduction to Bibliography for Literary Students*, Oxford, Clarendon Press.

McKitterick, D. (2003): *Print, Manuscript and the Search for Order, 1450-1830*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (ed.) (2009): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 6: *1830-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

McLuhan, M. (1962): *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, University of Toronto Press. [Hay versión en castellano: *La galaxia Gutenberg. Génesis del homo typographicus*, Madrid, Aguilar, 1969.]

— (1964): *Understanding Media: The Extensions of Man*, Nueva York, McGrawHill; Cambridge, MIT Press, 1994. [Hay versión en castellano: *Comprender los medios de comunicación. La extension del ser humano*, Barcelona, Paidós, 1996.]

Meier, W. A. y Trappel, J. (1998): "Media concentration and the public interest", en D. McQuail y K. Siune (eds.), *Media Policy*, Londres, Sage, pp. 38-59.

Michon, J. y Mollier, J.-Y. (eds.) (2001): *Les Mutations du livre et de l'edition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*, París, L'Harmattan: Les Presses de l'Université Laval.

Miller, M. C. (1997): "The publishing industry", en P. Aufderheide *et al.* (eds.), *Conglomerates and the Media*, Nueva York, The New Press, pp. 107-134.

Milner, A. (1996): *Literature, Culture and Society*, Londres, UCL Press.

Minelli, L. (ed.) (1992): *I regni preincaici e il mondo inca*, Milán, Jaca Books.

Minnis, A. (1988): *Medieval Theory of Authorship: Scholastic Literary Attitudes in the Later Middle Ages*, Aldershot, The Scolar Press.

Mitchell, W. (1995): *City of Bits: Space, Place, and the Infobahn*, Cambridge, MIT Press.

Modiano, R., Searle, L. F. y Shillingsburg, P. (eds.) (2004): *Voice, Text, Hypertext: Emerging Practices in Textual Studies*, Seattle y Londres, University of Washington Press.

Mole, T. (2003): "Byron's 'Ode to the Framers of the Frame Bill': The embarrassment of industrial culture", en *Keats-Shelley Journal*, vol. 52, pp. 111-129.

Monaghan, E. J. (1989): "Literacy instruction and gender in Colonial New England", en C. Davidson (ed.), *Reading in America: Literature and Social History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 53-80.

Morgan, E. S. (2002): *Benjamin Franklin*, New Haven, Yale University Press.

Morgan, N. y Thompson, R. M. (eds.) (2008): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 2: *1100-1400*, Cambridge, Cambridge University Press.

Motte, D. de la y Przyblyski, J. M. (eds.) (1999): *Making the News: Modernity and the Mass Press in Nineteenth-Century France*, Amherst, University of Massachusetts Press.

Mueller-Vollmer, K. (ed.) (1985): *The Hermeneutics Reader: Texts of the German Tradition from the Enlightenment to the Present*, Nueva York, Continuum.

Müller, J.-D. (1994): "The body of the book: The media transition from manuscript to print", en H. U. Gumbrecht y K. L. Pfeiffer (eds.), *Materialities of Communication*. Stanford, Stanford University Press.

Munns, J. (ed.) (1993): *A Cultural Studies Reader*, Londres, Longman.

Murphy, J. (ed.) (2011): *The Oxford History of the Irish Book*, vol. 4: *The Irish Book in English, 1800-1891*, Oxford, Oxford University Press.

Nagy, G. (2003): "Lire la poésie grecque à haute voix", en C. Jacob (ed.), *Des Alexandries II: Les métamorphoses du lecteur*, París, Bibliothèque Nationale de France, pp. 131-144.

NEA (National Endowment for the Arts) (2004): *Reading at Risk: A Survey of Literary Reading in America*, Washington, NEA.

Nile, R. y D. Walker (2001): "The 'paternoster row machine' and the Australian book trade, 1890-1945", en M. Lyons y J. Arnold (eds.), *A History of the Book in Australia, 1891-1945: A National Culture in a Colonised Market*, St. Lucia, Queensland, University of Queensland Press, pp. 3-18.

Noegel, S. B. (2004): "Text, script and media: New observations on scribal activity in the Ancient Near East", en R. Modiano, L. F. Searle y P. Shillingsburg (eds.), *Voice, Text, Hypertext: Emerging Practices in Textual Studies*, Seattle y Londres, University of Washington Press, pp. 133-143.

Nord, D. P., Rubin, J. S. y Schudson, M. (eds.) (2009): *A History of the Book in America*, vol. 5: *The Enduring Book: Print Culture in Postwar America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Norton, D. F. y Norton, M. J. (1996): *David Hume Library*, Edimburgo, National Library of Scotland.

Olivier, J.-P. (2001): "Aegean scripts of the second millennium BCE", en A.-M. Christin (ed.), *A History of Writing:*

From Hieroglyph to Multimedia, París, Flammarion, pp. 197-202.

Ong, W. J. ([1982] 2002): *Orality and Literacy: The Technologizing of the Word*, Londres, Methuen. [Hay versión en castellano: *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*, Buenos Aires, FCE, 2006.]

Parkes, M. B. (1999): "Reading, copying and interpreting a text in the Early Middle Ages", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 90-102, trad. de L. G. Cochrane.

Pollard, A. W. (1909): *Shakespeare's Folios and Quartos*, Londres, Methuen.

Poster, M. (2001): *What's the Matter with the Internet?*, Londres y Minneapolis, University of Minneapolis Press.

Price, L. (2000): *The Anthology and the Rise of the Novel: From Richardson to George Eliot*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2002): "The tangible page", en *London Review of Books*, 31 de octubre, pp. 36-39.

— (2004): "Reading: The state of the discipline", *Book History*, vol. 7, pp. 303-320.

PWC (PriceWaterhouseCoopers) (1995): *The Strategic Future of the Irish Publishing Industry*, Dublín, Coopers and Lybrand.

Radicati de Primeglio, C. (1992): "L'interpretazione del quipu", en L. Minelli (ed.), *I regni preincaici e il mondo inca*, Milán, Jaca Books, pp. 190-192.

Radway, J. (1984): *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

— (1996): "Books and reading in the age of mass production", en *The Adams Helms Lecture 1996*, Estocolmo, The Swedish Publishers' Association and the Stockholm University Library.

— (1997): *A Feeling for Books: The Book-of-the-Month Club, Literary Taste, and Middle Class Desire*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Reed, D. (1997): *The Rise of the Popular Magazine in Britain and the United States, 1880-1960*, Toronto, University of Toronto Press.

Rose, J. (1992): "Re-reading the English Common Reader: A preface to a history of audiences", en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, pp. 47-70.

— (2001): *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven, Yale University Press.

Rose, M. (1993): *Authors and Owners: The Invention of Copyright*, Cambridge, Harvard University Press.

Ross, T. (1992): "*Copyright* and the invention of tradition", en *Eighteenth-Century Studies*, vol. 26, pp. 1-27.

Rubin, J. S. (2003): "What is the history of the history of books?", en *The Journal of American History*, vol. 90, nº 2, pp. 555-575.

Saenger, P. (1999): "Reading in the Later Middle Ages", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 120-148, trad. de L. G. Cochrane.

Schiffrin, A. (2001): *The Business of Books: How the International Conglomerates Took Over Publishing and Changed the Way We Read*, Londres, Verso.

Schleiermacher, F. D. E. (1985): "General hermeneutics", en K. Mueller-Vollmer (ed.), *The Hermeneutics Reader: Texts of the German Tradition from the Enlightenment to the Present*, Nueva York, Continuum, pp. 72-97.

Schlink, B. (1997): *The Reader*, Londres, Phoenix House, trad. de Carol Brown Janeway. [Hay versión en castellano: *El lector*, Barcelona, Anagrama, 2003.]

Schmandt-Besserat, D. (1982a): "The emergence of recording", en *American Anthropologist*, vol. 84, pp. 871-878.

— (1982b): "How writing came about", en *Zeitschrift fur Papyrologie und Epigraphik*, vol. 47, pp. 1-5.

Schneirov, M. (1994): *The Dream of a New Social Order: Popular Magazines in America, 1893-1914*, Nueva York, Columbia University Press.

Secord, J. A. (2000): *Victorian Sensation: The Extraordinary Publication, Reception, and Secret Authorship of Vestiges of the Natural History of Creation*, Chicago, University of Chicago Press.

Sheahan-Bright, R. y Munro, C. (eds.) (2006): *A History of the Book in Australia*, vol. 3: *Paper Empires*, Queensland, University of Queensland Press.

Sheehan, D. (1952): *This Was Publishing*, Bloomington, Indiana University Press.

St Clair, W. (2004): *The Reading Nation in the Romantic Period*, Cambridge, Cambridge University Press.

Suarez, M. F. y Turner, M. L. (eds.) (2009): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. 5: *1695-1830*, Cambridge, Cambridge University Press.

Suarez, M. F. y Woudhuysen, H. R. (eds.) (2010): *The Oxford Companion to the Book*, 2 vols., Oxford, Oxford University Press.

Sutherland, J. (1976): *Victorian Novelists and Publishers*, Londres, Athlone Press.

— (1988): "Publishing history: A hole at the centre of literary sociology", en *Critical Enquiry*, vol. 13, nº 3, pp. 574-589.

Tanselle, G. T. (1979): *Selected Studies in Bibliography*, Charlottesville, University Press of Virginia.

— (1991): "Textual criticism and literary sociology", en *Studies in Bibliography*, vol. 44, pp. 83-143.

Taylor, A. (1999): "Authors, scribes, patrons and books", en J. Wogan-Browne, N. Watson, A. Taylor y R. Evans (eds.), *The Idea of the Vernacular: An Anthology of Middle English Literary Theory 1280-1520*, Exeter, University of Exeter Press.

Thomas, M. (1976): "Manuscripts", en L. Febvre y H.-J. Martin (eds.), *The Coming of the Book: The Impact of Printing, 1450-1800*, Londres, Verso, trad. de D. Gerard de *L'Apparition du livre*.

Thompson, J. B. (2010): *Merchants of Culture: The Publishing Business in the Twenty-First Century*, Cambridge, Polity Press.

Tompkins, J. (2001): "Masterpiece Theater: The politics of Hawthorne's literary reputation", en D. Finkelstein y A. McCleery (eds.), *The Book History Reader*, Londres, Routledge, pp. 250-258.

Towheed, S., Crone, R. y Halsey, K. (eds.) (2010): *The History of Reading*, Londres, Routledge.

Towheed, S. y Owens, W. R. (eds.) (2011): *The History of Reading*, vol. 1: *International Perspectives, c. 1500-1990*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Traue, J. E. (1997): "But why Mulgan, Marris and Schroder? The mutation of the local newspaper in New Zealand's colonial print culture", en *Bibliographical Society of Australia and New Zealand Bulletin*, vol. 21, nº 2, pp. 107-115.

— (2001): "The two Histories of the book in New Zealand", en *Bibliographical Society of Australia and New Zealand Bulletin*, vol. 25, nº 1, pp. 8-16.

Tunstall, J. (1994): *The Media Are American*, Londres, Constable.

Van der Vlies, A. (2007): *South African Textual Cultures: White, Black, Read all Over*, Manchester, Manchester University Press.

Walsh, P. y Hutton, C. (eds.) (2011): *The Oxford History of the Irish Book*, vol. 5: *The Irish Book in English, 1891-2000*, Oxford, Oxford University Press.

Waugh, A. (1930): *A Hundred Years of Publishing*, Londres, Chapman and Hall.

Wernick, A. (1993): "Authorship and the supplement of promotion", en M. Biriotti y N. Miller (eds.), *What Is an Author?*, Manchester, Manchester University Press, pp. 85-103.

West, J. L. W., III (1985): *American Authors and the Literary Marketplace since 1900*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Whyte, F. (1928): *William Heinemann, a Memoir*, Londres, Jonathan Cape.

Williams, R. (1965): *The Long Revolution*, Harmondsworth, Penguin. [Hay versión en castellano: *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.]

— (1966): *Culture and Society 1780-1950*, Londres, Pelican Books. [Hay versión en castellano: *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.]

Winship, M. (1993): "Afterword", en W. Charvat, *Literary Publishing in America, 1790-1850*, University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 91-102.

Wirtén, E. H. (1998): *Global Infatuation: Explorations in Transnational Publishing and Texts*, Uppsala, Literature Department, University of Uppsala.

— (2003): *No Trespassing: Authorship, Intellectual Property Rights, and the Boundaries of Globalisation*, Toronto, University of Toronto Press.

Wittmann, R. (1999): "Was there a reading revolution at the end of the eighteenth century?", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *A History of Reading in the West*, Cambridge, Polity Press, pp. 284-312, trad. de L. G. Cochrane.

Wogan-Browne, J., Watson, N., Taylor, A. y Evans, R. (eds.) (1999): *The Idea of the Vernacular: An Anthology of Middle English Literary Theory 1280-1520*, Exeter, University of Exeter Press.

Woudhuysen, H. (1996): *Sir Philip Sydney and the Circulation of Manuscripts, 1558-1640*, Oxford, Oxford University Press.

Índice onomástico

A
Altick, Richard 56
Amazon 217, 224, 225, 238
Amberes 94, 99, 108
América del Norte 10, 17, 51, 117, 171, 206, 209, 240, 251
América Latina 80-1
analfabetismo 187, 236
Anderson, Benedict 20, 26, 45-6, 170, 173-4, 223
Apple 217, 224, 225
Aristóteles 139, 203
Asimov, Isaac 217
Asociación de Compositores 117
Asociación de Editores 119, 168
Asociación de Editores Estadounidenses 168
Asociación de Librerías de Gran Bretaña e Irlanda 168
Aspinwall, Thomas 177
autobiografías 55, 186, 211

B
Balzac, Honoré de 149, 165
Bertelsmann 124, 226, 229, 231, 243
Biblia de Maguncia 101
Bibliothèque bleue 205
blogs 59, 218
Bloom, Harold 221
Bohemia 108
Boswell, James 144
Bourdieu, Pierre 51, 52, 119, 155, 180
Bowers, Fredson 20, 25, 27, 28
Bracciolini, Poggio 76, 106
Brahe, Tycho 90
Brown, Curtis 178
Buenaventura (San) 130, 131
Bury, Richard de 79
Byron, Lord 49, 162

C
caballería, relatos de 202, 205
Cade, Jack 84, 202, 203, 213
Calvino, Juan 105, 200
capital cultural 52, 53
capitalismo impreso 45, 173
Carlile, Richard 117

Carlomagno 68, 92
Castells, Manuel 223
Catalina la Grande de Rusia 113, 114
catecismos 57, 201
Caxton, William 102, 109, 200
Chaucer, Geoffrey 131, 132, 157
Cicerón, Marco Tulio 106, 192-3
ciencia ficción 217
clase burguesa 77, 130, 148, 196-7, 201, 205-7
clase obrera 97-9, 116-7, 211, 251
clero 104-7, 194-5, 199-201
Club del Libro del Mes 52, 53, 182, 186, 232
Club del Libro de Oprah 235
"coca-colonización" 223, 229, 233, 234
Collins, Wilkie 149, 178
compositores 29-30, 99, 116-7
comunidades imaginadas 173, 223
comunidades interpretativas 11, 182, 186, 188, 214, 223, 249
comunidades virtuales 223
Conrad, Joseph 151, 178
conservadores culturales 231
contenidos generados por computadora 42
contenidos mejorados 224, 225
Contrarreforma 105, 107, 198, 201, 202
Convención Universal sobre Derechos de Autor 121
Convenio de Berna 121, 146, 244
Cop, Guillaume 135
Corporación Disney 228
corporaciones transnacionales 167, 224, 226, 241
correctores: y el significado textual 28
correo electrónico 222, 236
cultura de clase media 52
cultura maya 80, 81
cultura textual 43, 87

D
Dante Alighieri 199, 200
deconstrucción 29, 152
derechos de reproducción 145, 178
derechos humanos 114
Dickens, Charles 121, 149, 167, 177, 209, 210
Diderot, Denis 112, 113, 114, 206
discurso social 183, 250
Disraeli, Benjamin 149
Docherty, Thomas 188
Donaldson contra Beckett 145-6
dramaturgia 134
Duguid, Paul 220-2

E
Eadmer de St. Albans 70
Edimburgo 109, 145, 171, 211
El amante de Lady Chatterley 239
El Hobbit 13, 14, 15
Eliot, George 149, 177
El señor de los anillos 13, 14, 15, 18
Encyclopédie 18, 90, 112, 113, 125, 206, 207
energía a vapor 91, 115, 147, 162-3
enfoque biobibliográfico 20, 26, 36
Erasmo, Desiderio 106-7
Escandinavia 14, 108
Escarpit, Robert 33, 56, 147, 173
Escocia 57, 109, 200
escritura carolingia 68, 69, 92
escritura uncial 91
escuela de Frankfurt 231
escuela de los *Annales* 31, 33, 46
estatus cultural 222
Estatuto de Anne 144
estereotipia 116, 118, 163
Estrasburgo 76, 101, 102, 103, 105
estructuralismo 152, 154
estudios de la cultura impresa 19
estudios literarios 26, 60
eurocentrismo 31, 81, 251

F
fanzines 224
ferias del libro 94, 155
fijación de precios 168
Fish, Stanley 22, 186, 188, 213, 249
fondo editorial 124, 224, 225, 230, 239
forma 99
Forster, John 175, 177
Fráncfort 94, 95
Franklin, Benjamin 164
Froben, Johannes 107
Fust, Johann 101

G
Garnett, Edward 175
GATT (Acuerdo General Sobre Aranceles y Comercio Aduaneros) 244
género de ficción 237
Genette, Gérard 37-9, 56
genio creativo 49
Ginebra 105, 200
Gingrich, Newt 231
glosas 130, 197
Gorki, Máximo 211
grabados 93, 103, 111, 163
Greenblatt, Stephen 154
Greg, W. W. 20, 25, 27, 28
grupos de lectura 116, 214, 237
Guerra Mundial, Segunda 122, 167
guiones 76

H
habilidades orales, valor de las 48
Hachette 148, 166, 167, 209, 243
Harlequin 234, 239,
HarperCollins 124, 227, 230
Harry Potter 212, 232, 233, 236, 240
Hawthorne, Nathaniel 181
Heinemann, William 179
hermenéutica 39, 151
hipertexto 15, 36
Histoire du Livre 20, 25, 32-3
historia de la comunicación 10, 41, 60, 86, 169
historia de la publicación 40
Holly, Flora May 179
hombres, como lectores 237
homogeneización 223, 233
Horacio 137, 203
Hugo, Victor 167, 210
Humanismo italiano 107
Hungría 108

I
iBooks 224
identidades regionales 22, 160
ilustraciones, reproducción de 118
Ilustración francesa 89
imperialismo cultural 233, 234
incunables, época de los 93
Index Librorum Prohibitorum 204
influencia, zonas de 37, 173
infraestructuras de impresión 57-8
intercambio de regalos 137
Internet 48, 58, 60, 87, 156, 222, 223, 228, 235, 243
iPads 59, 212, 217, 235
Irlanda 57, 168, 242, 243, 252
irlandés (idioma) 242
Iser, Wolfgang 22, 56, 186, 213, 235, 249
Israel 66
itálica 77, 93, 96

J
jeroglíficos egipcios 65, 66, 191
jesuitas 108
Jewsbury, Geraldine 175
Johns, Adrian 20, 26, 46-8, 89-90
judaísmo 190

K
Kindle 59, 217, 220, 224, 235
Koberger 94, 99, 102

L
La mandolina del capitán Corelli 231, 236
Lane, Allen 121-2
Lawrence, D. H. 151, 178, 239
Leavis, F. R. 151
Lévi-Strauss, Claude 82-3
ley y escritura 68
librerías contemporáneas 238
Libro de Kells 92
libros de horas 195, 196, 197
literatura, la mercantilización de la 50-1
los lectores 54-5, 160, 174-80, 192-3, 237-8
Los versos satánicos 240
Love, Harold 40, 44
Lutero, Martín 103-5, 200

M
madres, como maestras de lectura 197
Manucio, Aldo 94, 96, 106, 107, 108, 198, 203
mapas 13-4, 110-1
marginalia 38
Marx, Karl 15, 162
materialismo cultural 152
McGann, Jerome 18, 35, 38-9, 56, 213
McHenry, Elizabeth 22, 185-6, 252
McKerrow, R. 27-8
mecenazgo 21, 127, 136-40
Menocchio 186, 201
mensajes de texto 220, 236, 244
Mentelin, Johann 101
Menzies, John 166, 228
Mercator, Gerard 111
Mesopotamia 64, 65, 66, 80
micro-campos 137
Miller, Mark Crispin 231, 234
misioneros: y la imprenta 169-70
monasterios 68, 93, 128-9, 194
monjes 76, 85, 91, 97, 104, 129
Montesquieu, Barón de 112, 113
Moro, Tomás 107
mujeres, como lectoras 205-6, 209, 237
mundo islámico 190, 251
mundos noéticos 40, 72, 82

N
nambiquara 82
nazis 240
New Bibliography 20, 25, 27, 28, 29
New Historicism 154
Newton, Isaac 205
Niccoli, Niccolo de 76, 106
no-alfabetismo 236
Nook 235
notas al pie 37, 38
novelizaciones 58
Nowell, Elizabeth 179

O
Oresme, Nicole 138
Ortelius, Abraham 111
Ovidio 130, 133, 199, 203

P
Paine, Tom 116
palabras sagradas 86
papiro 74, 75, 190
paratextos 20, 26, 37-8
patentes 135, 145
Paterson, A. B. 172
Penguin Books 121-2, 212, 240
pensamiento, reproducción del 131
pergamino 67, 75, 76, 91, 190

periodismo 64, 163, 172
perspectiva posimprenta 36
Petrarca 49, 106, 199, 200
philosophes 112, 113, 138
Pinker, James Brand 178
piratería 121, 156, 164, 205, 225, 243
Platón 71, 79, 203, 206
Plinio el Joven 191, 193
poder institucional 21, 64
Polonia 108
Pompeya 193
pornografía 207
poscolonialismo 10, 29
posestructuralismo 152
prédica 67, 103, 104
prensa radical 116
producción literaria 27, 51-2, 137, 168, 172, 182
profesores 94, 106, 130

Q

quadrivium 197
quema de libros 240
quipu 80

R

Random House 229, 231, 243
redes de comunicación 81, 117, 118, 147, 170, 180
redes literarias 22, 160, 180
Revolución Francesa 114, 117, 162
Revolución Industrial 21, 22, 114-7, 160, 163, 247
Reynolds, Paul Revere 179
rollos 68, 74, 75, 76, 190, 192
Rose, Jonathan 22, 185, 186, 251
Rousseau, Jean-Jacques 112, 114, 207
Routledge, George 119
Rowling, J. K. 232
rubricadores 128

S

sacerdotes 65, 68, 77, 103, 105
salones literarios 140, 209
Schlink, Bernhard 187, 213
Schöffer, Peter 101
Scott, Walter 209
scripta continua 76, 194, 197
scriptorium 102, 128, 129
Scriveyn, Adam 131-2
SHARP (Sociedad de Historia de la Autoría, la Lectura y la Publicación) 17
sindicatos 100, 117, 179
sinecura 137-8
sistema de gremios 98, 101, 116
sistema de lucro compartido 142, 149
sistema de regalías 119, 121, 142, 143, 149, 150, 175
sitios web 15, 16, 59, 218, 224
Smith, W. H. 166, 209, 228
Sociedad de Amigos de los Operadores de Prensa 117
Sociedad de Autores 119, 168
sociedad de la información 236
sociedades intelectuales 141
sociedad-red 223
Sócrates 70, 71, 72
solapas 37
Spycatcher 240
Stanhope Press 115
STN (Société Typographique de Neuchatel) 90, 207
Strata, Filippo di 97
Suard, Jean-Baptiste-Antoine 138
superación 220-1
suplementos de periódicos 165

T

Teresa de Ávila (Santa) 202
término; visual 14, 32, 43, 49, 58, 60, 73, 74, 104

textos electrónicos 212
textos manuscritos 75, 130
textos seculares 91
Thackeray, William 167, 177
The Times 115, 116, 163
Thomson, James 137-8
Time-Warner 228
tinta, colores diferentes de 76, 91, 197
tipográfica, fijeza 43, 45, 46, 74
tipos: la evolución de los 93
Tolkien, J. R. R. 13-5
Tolomeo 110
Tomás de Aquino (Santo) 70
Tompkins, Jane 180, 181
Torá 68
Towheed, Shafquat 22, 185, 186
trabajadores de la imprenta 97-100, 116
tradiciones orales 20, 63, 64, 67-70, 81, 169
transacción, zonas de 37
Tratado de Waitangi 19, 31, 81, 116, 169
trivium 197

U
Unwin, Stanley 13
urbanización 114, 208
ur-textos 151

V
valores culturales 57, 63, 80
Venecia 77, 85, 94, 96, 98, 108, 198, 201
venta ambulante 35, 94, 95, 123, 206
Verne, Julio 209, 210
vidas de los santos 201, 202
Vigne, André de la 135
Virgilio 106, 130, 203
vitela, papel de 75, 91
Vivendi 228
Voltaire 112, 114

W
Warner, Sophie 181
Watt, Alexander Pollock 177, 178
Weekly Political Register 116
Wells, H. G. 178, 218
Wikipedia 125, 224
Winfrey, Oprah 182
WIPO (Organización Mundial de la Propiedad Intelectual) 244
WTO (Organización Mundial de Comercio) 244

Z
Zainer, Gunther 101, 102

www.planetadelibros.com.ar
www.paidosargentina.com.ar
ISBN 978-950-12-5621-5
8011521
9 789501 256215

Como lo anuncia su título, esta obra ofrece una introducción al estudio de la historia del libro, en la que la difusión transnacional de conocimientos y habilidades resulta un pilar fundamental. Este énfasis en el desarrollo social y económico permite una visión que se aleja del énfasis en las acciones de un individuo particular. Así, por ejemplo, las narrativas sobre el desarrollo de la imprenta desplazan a Gutenberg para acentuar las estructuras económicas, sociales y tecnológicas, y su difusión desde Alemania al resto de Europa. Al poner el énfasis en los procesos, este enfoque también evita la competencia pueril sobre quién "inventó" la imprenta y qué país lo hizo antes. *Una introducción a la historia del libro* se encuadra en el conjunto de obras escritas con la intención de reunir perspectivas internacionales: la del poscolonialismo, en el sentido de la relación entre las industrias editoriales de América del Norte y Europa occidental, y los autores y el público lector de los países que antes pertenecían al imperio; la de las redes comerciales –por ejemplo, entre el Reino Unido, Sudáfrica y la India–; y la de la globalización de la industria editorial, tanto en términos de su estructura como de sus productos. Estas nuevas historias desafían la autosuficiencia de la narrativa nacional y proporcionan, a través de los distintos períodos, mayor sentido a la historia del libro en tanto historia de la comunicación. Abordar la historia del libro desde esta perspectiva implica, en definitiva, darle mayor énfasis a los lectores y la lectura.

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS